

LIBROdot.com

Novel a Histórica

Francisco A. J. Mata Hernández

DE SUTORE OSSEO

“Un viaje desde el Temple a la Masonería”

Diseño de cubierta: José Ignacio González Pisón

Correctores de Pruebas: Álvaro de Toro Moreno
Esperanza Cortés y Montero
Águeda Mata Hernández
Emilio Ballina Fernández

Colaboración y asesoramiento: Luis Ortíz P.C.

Francisco A. J. Mata Hernández

Avda. Ferrol nº 3, 2º 2
Madrid 28029

Primera Edición de 500 ejemplares: Marzo de 2002

ISBN:

Depósito legal: M-100.656-2001

Impreso por

Impreso en España - Printed in Spain

A mi padre, un flecha valiente que venció al frío de Novgorod.

*“Cuando llueva en la luna,
Andaré sin paraguas por el barro
Recordando tu genio y tu bravura,
Intentaré imitar tu risa clara,
Cabalgaré una tarde hasta el ocaso,
Inventaré tu cuna.*

*Así te quiero, así te espero,
Solo, padre, cuando llueva en la luna”
(Caricias)*

ÍNDICE

Prólogo	El sentido de la existencia
Prefacio	El juicio y la condena
Capítulo I	Una hoguera en la Isla de los Judíos.
Capítulo II	Los símbolos de la muerte
Capítulo III	Un mensaje en un poema.
Capítulo IV	La hermandad de la Quimera
Capítulo V	Los Hijos de Salomón
Capítulo VI	El galeote
Capítulo VII	El patriarca de San Salvador
Capítulo VIII	La cristiandad sin papa
Capítulo IX	El tesoro de los Templarios
Capítulo X	La muerte de un rey Hermoso
Capítulo XI	Marte el planeta Rojo
Capítulo XII	La llamada del Templo
Capítulo XIII	El manuscrito de San Malaquías
Capítulo XIV	Epílogo

Prólogo. El sentido de la existencia

En el recuerdo del tiempo pasado, donde nuestra alma ha vivido para ennoblecerse y crecer, una historia, casi una novela, se va desgranando letra a letra por encima de un absurdo pero a la vez hermoso y cotidiano vivir.

Juntos, ante el abismo del averno, aparecen los espíritus buenos y los malos. Una eterna lucha los enfrenta empeñada en manifestar su poder frente a la debilidad de las voluntades humanas. Pero el Juez Eterno y Justo no aparece. Alguien ha interpretado mal los signos: “No ha llegado todavía mi hora”. ¿Quién juzgará entonces?

En este indisciplinado y confuso panorama se levanta una hoguera antes de San José, en las idus de marzo. En ella acaba la vida, pero empieza el vivir. Un muchacho corre tras un destino que impregnó su vida antes de nacer. Es el hijo ilegítimo de un templario y una hermosa cátara. Doble felonía agrupa en su ser, al descender de una hereje y de un monje que faltó a sus votos. Sus pasiones y sus virtudes se entremezclan en un infinito remolino que no permite a veces distinguir las unas de las otras.

Las profecías de los hombres, que dicen haber recorrido el futuro de la historia por un atajo quebrado, no pueden ser más que sueños de deseos, ilusiones de sentidos o ansias de inmortalidad. Pero el anhelo de lo eterno y la ambición de saber engaña a los más lúcidos, que desesperadamente buscan en sus signos la constatación de que lo que ellos desean es justo lo que va a ocurrir.

Cuesta a veces una vida entera entender el sentido de la existencia y se lamenta la senectud cuando el recuerdo refleja los tropiezos del camino. Sin embargo, ese es un error de viejo que ya no ve, porque todos los caminos son buenos y todos conducen al mismo sitio, aunque no se anden. Ese descubrimiento aflora como un tesoro en el

manuscrito de los secretos de los sabios y el sabio lo aprendió viendo caminar a un niño.

El autor quedaría plenamente satisfecho de su obra si lograra hacer pensar, a al menos, alguno de sus lectores, que él pudo haber sido en el pasado uno de esos personajes de ficción que aparecen en el relato, animados por su alma todavía verde y virgen. Eso es lo que piensa este anciano, que escribió este prólogo, prometido a su sobrino años ha, desde su vivir eterno.

(Victoriano Rivas Andrés S.J.)

1.- Cargamancos :

En un pequeño poblado cerca de la Sierra de Francia, en el sur de Salamanca, existía a principios del siglo XIV una comunidad cátara huida de la cruzada albigense, la cual, casi cien años atrás, había assolado las tierras francesas del Languedoc. Llevaba en aquella zona unos treinta años y ya los hijos de los primeros cátaros instalados allí se casaban y tenían a su vez nuevos hijos. Parecía un pueblo tranquilo y pacífico muy devoto de una imagen de la Virgen que se veneraba en la ermita del pueblo. Era una talla de madera que representaba a la Señora Madre con el niño Jesús sentado sobre sus rodillas mirando hacia el frente; solamente se diría que tenía algo diferente de otras figuras: el rostro y las manos de la Virgen eran tan negros como una noche sin luna, y, sin embargo, parecía que de su cuerpo salía una luz capaz de iluminarlo todo. Nadie que no perteneciera al poblado o fuera autorizado por el pater revestido, como llamaban a una especie de jefe espiritual que gobernaba todas las actividades de la comunidad, podía acercarse para verla. Es más, ni siquiera los habitantes del pueblo podían verla más que en dos ocasiones durante el año: la noche de San Juan, el 23 de junio a partir de la caída del sol, y el primer sábado del mes de diciembre, también después de que el astro rey se hubiera ocultado. Esta extraña custodia hacía que las leyendas se extendieran fabulando sobre milagros y hechos que a veces no existían más que en la mente de quienes los propalaban. El pueblo se llamaba Cargamancos; la maldición que perseguía a sus pobladores se cebó de nuevo en ellos a principios del siglo XIV cerrando su corta pero intensa historia. Hoy, el viajero que se acerque a buscarlo, sólo podrá encontrar restos de las ruinas de aquella pequeña ermita y las casas de piedra que la rodeaban. El misterio de la imagen se ha trasladado ahora a una comunidad próxima que heredó la efigie de nuestra Señora: es el pueblo de Arroyomuerto, al que emigraron los escasos supervivientes de la primitiva comunidad cátara. Quizá fuera eso lo que ocurrió, o quizá hubiera otros motivos tal y como se expresa en este libro.

2.- La Hermandad de la Quimera y la de los Hijos de Salomón:

Las hermandades constituían en la Edad Media una forma de defensa de intereses corporativos. Se popularizaron las que tenían como fin el mantenimiento de un culto a determinados santos o imágenes, y también las que proporcionaban a sus cofrades un digno sepulcro a la llegada de la muerte.

En nuestra historia, las hermandades de la Quimera y la de los Hijos de Salomón iban más lejos, puesto que eran auténticos centros de poder creados para propiciarlos, mantenerlos y aplicarlos. La primera había sido constituida en el año 1268 por un Gran Maestre del Temple en la iglesia de la Virgen Blanca, situada en la villa

palentina de Villarcázar de Sirga. En efecto, Tomás de Bèrard, que era el citado Gran Maestro, consideró necesario unir, bajo un único centro de poder, a los soberanos occidentales más poderosos; a la Orden Militar más influyente, que entonces era el Temple; y a importantes abades, cardenales y otros notables prelados de la Iglesia. Se supone que la hermandad de la Quimera influyó durante los siguientes cuarenta años en el devenir de occidente propiciando acuerdos y decisiones secretas y estratégicas, como lo fueran: el abandono de Tierra Santa, el proyecto de fusión, frustrado finalmente por Jacques de Molay, del Temple con la orden de San Juan de Jerusalén, y, finalmente, cuando esta hermandad ya no estaba gobernada por el Temple, de la desaparición trágica de la Orden que la fundara.

La hermandad de los Hijos de Salomón fue fundada por los maestros constructores del siglo XIII, como un centro de influencia y poder para su propio gremio. Inicialmente se integraron en ella los maestros y oficiales constructores de iglesias, catedrales y otros monumentos. Pronto se incorporaron también los estamentos de prestamistas, dominados por judíos y venecianos cuyos capitales financiaban en gran parte aquellas magnas obras. En esta novela, las dos poderosas hermandades tratan inicialmente de unirse, para conseguir con ello el máximo poder sobre la Tierra: el poder del dinero, que estaba en manos de los Hijos de Salomón a través de los banqueros y prestamistas judíos; el político, dominado por las monarquías de Hispania, Francia e Inglaterra; y el de la comunicación, controlado por la hermandad de la Quimera a través de las trovas y coplas de juglares y trovadores. Pero a ambos les faltaba el poder religioso, ostentado por la Iglesia. En la búsqueda de éste, para cada una de las hermandades o para las dos juntas, se desarrolla gran parte de esta trama.

Prefacio

Capilla de Viquers en los alrededores de Tours, el 10 de marzo de 1314

Uno de los diez lanceros que custodiaban el recinto se dirigió a la puerta y, una vez junto a ella, anunció a los que estaban dentro la llegada del último miembro de la Hermandad de la Quimera. Era un hombre corpulento; por su voz se diría que estaba acostumbrado a mandar y que no rebasaría los treinta años. Vestía, como los demás reunidos que le estaban esperando, una gran túnica blanca que arrancaba de un capuchón que cubría completamente su cabeza salvo por unos orificios a la altura de los ojos. Antes de dejarlo entrar, el guardia le registró minuciosamente a la vista de los restantes congregados. El encapuchado, inicialmente, le dejó hacer, pero, ante la parsimonia del otro, le dio un empujón dando a entender que su competencia estaba cumplida y penetró en el recinto mientras el vigilante cerraba la puerta tras de él.

-*¿Quid faciebat Deus, antequam faceret caelum et terram?*¹ – le preguntó uno de los encapuchados que estaba junto al altar de la ermita.

-*Antequam faceret Deus caelum et terram, non faciebat aliquid. Ante caelum et terram nullum erat tempus, non enim erat tunc ubi erat tempus*² – contestó el recién llegado.

¹ ¿Qué hacía Dios antes que hiciese el cielo y la tierra?

² Antes que Dios hiciese el cielo y la tierra, no hacía nada. Antes del cielo y de la tierra no existía ningún tiempo, porque realmente no había tiempo donde no había entonces, (tomado de "las Confesiones" de S. Agustín).

Bajo su capucha, el hombre que le había interrogado sonrió. Varios de los reunidos se acercaron al recién llegado y le ofrecieron un asiento en la primera fila de bancos.

La pequeña estancia había sido preparada para la reunión situando los bancos en tres semicírculos abiertos hacia el ara. En el centro, de espaldas a un viejo sagrario de madera pintado con pan de oro, se situaba uno de los encapuchados, que ordenó silencio con voz firme.

-Hermanos, no tenemos hoy mucho tiempo para debatir y hay grandes asuntos que precisan nuestro acuerdo, así que debemos dar gracias al Creador porque ha permitido que todos nosotros estemos aquí hoy para servirle.

Se pusieron todos de pie y oraron. Después, el que había dirigido la oración, se levantó de nuevo para dirigirse a los congregados:

-Han pasado casi siete años desde que el Rey ordenó el arresto de todos los templarios del reino y todavía no ha conseguido que confesaran dónde se guarda el tesoro que el propio monarca vio en los sótanos del Temple de París. Pero no es oro lo que nosotros buscábamos propiciando el final de esa Orden, el oro se queda para los avaros y los pobres, porque son los que lo necesitan. Nosotros perseguimos el poder para con él hacer un mundo mejor, y el poder está, todavía hoy, en el palacio pontifical de Avignon, donde ninguno de los nuestros ocupa la silla gestatoria. El proceso contra el Temple ha demorado innecesariamente nuestros planes, por ello debe acabar cuanto antes....

Miró hacia los reunidos, pero, a pesar de que sus caras estaban cubiertas, leyó en su silencio que apoyaban su propuesta y esperaban que les explicara la forma en que pensaba que deberían producirse los acontecimientos.

-*Fessis Aquitanicis*³ enviará a dos cardenales para que interroguen al Gran Maestre, pero éste negará todas sus confesiones anteriores.

-Pero si lo hace será condenado a la hoguera por relapso –exclamó una voz de entre los reunidos.

-Así es, y ese será su final y el de la orgullosa Orden del Temple.

De nuevo el silencio de los reunidos siguió a aquellas palabras, pero, esta vez, el que había hablado, pareció necesitar algo más que una aceptación silenciosa de la condena que había preparado para el gran Maestre del Temple.

-¿Qué opina de esto nuestro hermano Marte?

Se levantó con parsimonia el llamado Marte, que había sido el último en llegar, y, con voz imperativa, dijo:

-Maestre Zag, vos conocéis ya lo que yo pienso sobre este tema, pero no tengo reparo en repetirlo delante de todos nuestros hermanos. Si se ha prolongado la vida de Jacques de Molay no ha sido por ese oro al que os habéis referido. Es verdad que se le ha interrogado con toda clase de tormentos que habrían hecho hablar a cualquiera de nosotros, pero ese hombre a veces parece que se sintiera como un dios y siempre se ha negado a decir donde ocultó los tesoros del Temple. Pienso que no lo dirá nunca obligado por el tormento, pero sí que lo haría si de ello dependiera la continuidad de su Orden.

-Ya aceptamos abolir el Temple a petición vuestra, a pesar de que algunos no estábamos convencidos de las ventajas de esa medida –la voz salió de uno de los que estaban sentados en la primera fila.

-Hermano –el llamado Marte estaba claramente molesto-, debéis levantaros para hablar y ello cuando os lo autoricen. Decía... –volviéndose despreciativo,

³ Fosas de Aquitania. Es la acepción con que San Malaquías profetizó la prelatura del papa Clemente V.

continuó-, que nunca confesará por el tormento, pero ayudará a los freires de la Orden que todavía están libres. Vos, Maestre Zag, presidís también esa llamada Hermandad de los Hijos de Salomón donde todavía el Temple tiene alguna representación. Dejad el cargo y haced nombrar a uno de esos templarios huidos nuevo Maestre, eso podría hacer nacer la esperanza en Jacques de Molay, y él sin duda les ayudaría en la única forma que le queda, esto es, dándoles sus tesoros y sus secretos.

-Si sueltas a un lobo hambriento, es posible que tú seas su comida –dijo enfático Zag- ; no es momento para hacer pruebas.

La mayor parte de los congregados asintió a las palabras del Maestre murmurando en voz baja los riesgos que suponía aquella propuesta. Los rumores se cortaron en seco por una firme intervención de Marte.

-Acepto vuestra propuesta. El Rey sabrá asumir la impopularidad que supone esa orden y no le temblará la mano al dictarla,... ¡me consta! –dijo girando la cabeza en derredor sin detenerla en ninguno de los congregados.

-El Rey no asumirá más que lo que se le ordene, ni menos que a lo que su conciencia le obligue. El interés de todos no puede detenerse en la impopularidad de alguno, ya sabíamos a lo que nos sometíamos cuando conjuramos esta hermandad. Además, si alguno de vosotros ha cambiado de opinión y no quiere asumir su compromiso que salga de este lugar ahora mismo -dijo Zag.

-“*Con un pescado en la boca y los pies fríos*” –murmuró en voz baja uno que estaba en la última fila, muy cerca de la puerta, al que estaba a su lado.

El otro le apretó firmemente el brazo al tiempo que susurraba con voz asustada en su oreja:

-¡Cállate loco!...si te escucha el Maestre puedes ser tú el que comas peces.

La tensión del auditorio se respiraba en el silencio forzado de la ermita que nadie se atrevía a romper. Tanto en los círculos próximos a las realezas europeas como también en las restantes órdenes militares, cada vez eran más las voces que pedían el perdón para los templarios. Y lo hacían con mayor intensidad a partir del momento en que la bula del Papa daba por extinguido al Temple y ordenaba la distribución de sus bienes. Por ello la decisión de terminar aquella historia con la ejecución del Gran Maestre causaba la inquietud de quienes, en aquel momento, se veían como un gran jurado en la sombra; además, un jurado que condenaba sin haber escuchado al abogado defensor.

-Maestre Zag –era de nuevo Marte el que hablaba-, algo todavía tenéis que explicarnos. ¿Cómo pensáis obtener la silla gestatoria de Avignon?.

La pregunta serenó los ánimos y provocó la expectación de los reunidos. El anciano judío Zag se levantó una vez más, aparentemente satisfecho de que se le hiciera aquella pregunta.

-Un viejo libro, escrito según dicen bajo el dictado en sueño extático de San Malaquías, profetiza los lemas de los que han de ser sucesores de San Pedro en el gobierno de la Iglesia a partir del Papa Inocencio II. Según ese escrito, nuestro querido Bertrand de Got ocuparía el lugar treinta y cuatro, y hasta ahora se produce una sorprendente exactitud entre cada Papa y las reseñas que el Santo dictó. San Malaquías era gran amigo y admirador de San Bernardo de Claraval, que como sabéis fue el que inspiró la regla del Temple y defendió con ahínco en el concilio de Troyes su autorización. En su última visita a Claraval, Malaquías llevó consigo como presente a Bernardo los escritos de su profético sueño, y se los entregó el dos de noviembre de 1148 después de decir misa y recibir la extremaunción de manos de su amigo. Esos escritos pasaron de San Bernardo a manos del segundo Maestre de la Orden del Temple, Roberto de Craon, y de él a cada uno de sus sucesores como uno de sus más

preciados bienes. Ese si que es un verdadero tesoro, porque supone conocer de antemano quienes gobernarán la Iglesia y, por tanto, quien va a tener el máximo poder sobre la Tierra. Pero, además, si lo conseguimos, y no dudo que lo haremos, nos permitirá conocer cuándo llegará el fin de los tiempos, ya que tras del último Papa se producirá la llegada de un Juez terrible que juzgará a todos.

La sorpresa que produjeron las palabras del anciano judío fue tan grande que, incumpliendo el rito y las reglas de la Hermandad, casi todos los presentes se habían levantado de los asientos acercándose hacia su Maestre con atención reverencial. Tan sólo Marte y los que estaban a su lado permanecían en sus asientos mirando silenciosos a sus compañeros.

Alguno de los que rodeaban a Zag le preguntaron:

-¿Quien os informó de la existencia de ese manuscrito...?.

-Un templario renegado, contó al canciller real, al referirse a las acusaciones contra la Orden, que en una ocasión oyó al preceptor del Temple de Normandía, dirigirse a su Gran Maestre llamando al Papa con ese lema que yo os he citado: “Fessis Aquitanicis”; al preguntarle el porqué de aquella denominación, el preceptor sonrió y le recordó uno de los reglamentos de la Orden: “Cuidado con la boca y con lo que se hablare...hermano”, después, como viera que el freire quedaba compungido por su indiscreción, sonrió y se limitó a traducirle el lema latino : “Las fosas de Aquitania”...

Marte se removió inquieto en su asiento, no porque lo que había oído le sorprendiera, dado que ya conocía aquella información, sino más bien porque le disgustaba que el Maestre la hiciera extensiva a todos los reunidos.

-No veo la necesidad que tenía el Maestre de revelar hoy ese secreto –susurró a los que tenía a su lado.

Zag miró con preocupación cómo Marte y los que estaban junto a él no parecían interesados en su relato, pero acuciado por los que le rodeaban continuó:

-En aquel momento, el canciller Nogaret no concedió excesiva importancia a ese comentario, pero después, cuando interrogaron en la cárcel al preceptor de Normandía, jugó la carta de hacer pensar al otro que sabía más de lo que sabía: le dijo que el Gran Maestre Jacques de Molay le había confesado quien era Fessis Aquitanicis, y, el preceptor Godofredo de Charnay lo confesó todo, que desgraciadamente no era mucho. Le dijo que el lema de Fessis Aquitanicis se refería a Clemente V, porque así aparecía reflejado en un libro sagrado, escrito por San Malaquías, y propiedad de la Orden, al que solamente el Gran Maestre y sus senescales tenían acceso. En una ocasión pudo ojear el libro y leyó su última página que decía: “ *In persecutione extrema Sacrae Romanae Ecclesiae sedebit Petrus Romanus qui pascet oves in ultis tribulationibus; quibus transactis, civitas septicollis dirvetur; et Judex Tremendus judicabit populum*”⁴ .

-¡El fin del mundo! –exclamó el encapuchado que había interrumpido a Marte-. ¿Cuándo ocurrirá eso?

-He ahí el problema –contestó incorporándose Marte en tono interrogante-, el problema es que no sabemos nada y ya lo decimos todo, el problema es ...-se calló por un instante y, mirando hacia Zag, culminó- que tenemos la lengua demasiado larga.

La ermita pareció encenderse por la cólera de las palabras de Marte, con una claridad plomiza que se filtraba por entre las sucias vidrieras del ventanuco que estaba

⁴ En la última persecución de la Santa Iglesia Romana estará sentado Pedro el Romano, que apacentará las ovejas entre múltiples tribulaciones; cuando aquello pase, la ciudad de las Siete Colinas será destruida y el Juez Tremendo juzgará al pueblo.

sobre el altar. Después, el estallido de un relámpago próximo, señaló el punto final de la reunión.

-Creo que hemos terminado, ¿verdad? –dijo Marte, y sin esperar respuesta salió de la ermita rodeado por cuatro de los Hermanos que habían permanecido todo el rato sentados a su lado.

Capítulo I . Una hoguera en la Isla de los Judíos

La luz dorada y clara del amanecer despertaba con el ki-ki-ri-kí de los gallos en la Isla de los Judíos, la víspera de San José en París. Una enorme pira se alzaba sobre los arbustos y parecía más grande aquel montón de maderos al descansar sobre un pequeño islote, que, como nave fluvial, rompía orgulloso en dos mitades las aguas del Sena, junto a la catedral de Nôtre Dame.

En derredor, la multitud se apretujaba abriendo paso a un carromato en el que un pelotón de soldados reales conducía a tres hombres vestidos con unas capas blancas, desgarradas y muy sucias, que revelaban un largo cautiverio. Entre los jirones de la del que iba delante, de pie y mirando orgulloso hacia el cielo, se distinguía la roja cruz “pattée” del Temple.

Con una fuerza que no correspondía a su aspecto, se abrió paso hacia el carro una mujer de edad madura y aspecto distinguido; nadie se preocupó de ella, los soldados trataban de abrir paso a la comitiva y tan sólo unos muchachuelos de entre la gente habían seguido tras la mujer, y ahora, indecisos, y un poco atemorizados, veían de cerca a los condenados. Los del carro no se percataron de su presencia hasta que la mujer gritó:

-Hugo Rivière, ¡bendito seas! ¡ven a verme sea cual sea el lugar al que vayas!

El templario la miró, y reconoció a Claudie⁵, le dedicó una sonrisa cómplice y movió la cabeza afirmativamente con gesto cariñoso y seguro. Luego se inclinó sobre el carro, y le musitó unas palabras. La mujer se quedó mirándolo mientras a duras penas el vehículo se iba alejando, rodeado entonces por los muchachos, que pasada la primera impresión, se habían envalentonado, y gritaban a su alrededor dirigiéndose burlones a los cautivos y a la multitud.

Llegó un momento en que el gentío impedía que la comitiva se acercara más al lugar de la ejecución. El jefe de la tropa, viendo la inutilidad de los esfuerzos de sus hombres, comprendió que no habría forma de pasar sin causar un serio disturbio, por lo que ordenó detener el carro y bajar a los prisioneros. Los tres hombres descendieron del carromato con una agilidad inesperada para su edad y para el deplorable estado físico en el que parecían encontrarse.

Unos guardias abrían un estrecho paso entre el vulgo espeso por el que avanzaban los reos; tan estrecho, que no podían proteger a los templarios de los insultos, golpes y escupitajos de los más cobardes espectadores, que, ocultos entre la oscuridad de las masas, daban rienda suelta a sus complejos y temores. Sabido es que la valentía de los cobardes aflora sólo cuando la multitud oculta sus miserias.

Un hombre alto, de pelo rojizo y muy fuerte, que había permanecido en silencio entre la gente más próxima a los reos, se adelantó hacia la comitiva. Por un

⁵ En la novela Jakhin y Bôaz, Claudie fue, desde su juventud, la eterna enamorada del templario Hugo Rivière padre de Joel.

momento, pareció que también él buscaba aportar su cuota de insultos, escupitajos y golpes, contra aquellos antaño orgullosos y poderosos héroes de “outremer”⁶, que ahora, condenados y humillados, iban a morir desprovistos de honores y de grandeza, y bajo la acusación de los más viles cargos.

Los que estaban en las primeras filas opusieron resistencia, tratando de evitar que aquel hombre les desplazara de su lugar de privilegio. Muchos, para conseguir un buen sitio desde donde contemplar la ejecución, habían tenido que dormir en aquel islote la última noche, padeciendo la humedad del río y los olores detestables de las deyecciones de sus compañeros; pero el fin merecía la pena: iban a presenciar una especie de magnicidio, el final de casi doscientos años de predominio económico y religioso de los orgullosos templarios. Sin duda se trataba de uno de los más notables ajusticiamientos que hubiera visto París en muchos años.

Los monjes de Saint Germain-des-Prés, que se hallaban a cargo de aquel gran nido de pájaros, habían dejado abierto, desde el anochecer anterior, el puente de madera que daba acceso a la isla; eso sí, cobrando a los viandantes el doble del pontazgo habitual. Pese a todo, el lugar estaba casi repleto desde bastante antes de la salida del sol, y los monjes de Saint Germain habían recaudado aquella noche más que en un año.

Finalmente, la fuerza de los brazos del pelirrojo desplazó a los dos que quedaban delante de él y le permitieron situarse en primera fila. Los desalojados, que eran de constitución débil, se miraron incrédulos; pero, temerosos de enfrentarse al grandullón, optaron por debatir entre ellos quien mantendría un lugar aceptable junto al forzudo, y lo hicieron liándose a bofetadas y mamporros, organizando un pequeño tumulto.

Cuando los templarios ya llegaban junto a la pira, el pelirrojo se arrodilló y gritó:

-¡Dadme vuestra bendición, padre!

Los tres monjes se detuvieron un instante al escuchar el vozarrón, y al unísono le bendijeron; luego continuaron hacia donde esperaba un encapuchado con una antorcha humeante.

Fue el momento que aprovecharon los espectadores que se habían quedado tras el del pelo bermejo. Parecieron olvidar de repente sus propias rencillas, para lanzarse sobre el penitente golpeándole en la cabeza con piedras y con todo lo que se ponía a su alcance. Ya parecía que iba a anteceder a los condenados en el viaje al otro mundo, cuando varios soldados, alertados por el revuelo, se volvieron, y, a duras penas, consiguieron que los atacantes calmaran su saña. Al ayudarlo a levantarse y reconocer en él al hombre que había pedido la bendición de los condenados, a punto estuvieron de golpearle ellos también; pero ya el pelirrojo parecía haber recuperado algunas fuerzas y se escapó entre el grupo de espectadores, que llegaba en aquel momento formando una procesión tras los cautivos.

Joel, que así se llamaba el del pelo rojo, se llevó la mano a la frente, donde una herida profunda sangraba abundantemente. No le habría importado morir luchando por la liberación de sus hermanos, pero habría sido inútil intentarlo él solo y, además, el Gran Maestre había prohibido a los escasos templarios que todavía permanecían en libertad, toda acción violenta para liberarlos e incluso que estuvieran en París aquel día. Joel no había cumplido el mandato, porque uno de los que iban a morir era su padre y se consideró eximido de la orden del Maestre; pero su imprudencia habría podido acabar muy mal, pensó suspirando. Rasgó una manga de su camisola, la arrolló alrededor de su

⁶ Los templarios controlaban hasta diez años antes, cuando Felipe IV ordenó su arresto en toda Francia, la economía y, en cierto modo, la política del mundo occidental.

frente, taponándose la herida mientras se sentaba entre la maleza. Pronto comprobó con tristeza que a duras penas podría ver desde allí lo que ocurría, pero se consoló admitiendo que era la única alternativa sensata que le quedaba.

Los presos se habían detenido junto al montón de ramas. El Gran Maestre se quitó la capa sin vacilar cuando el jefe de la tropa se lo indicó, y lo mismo hicieron los otros dos monjes; se quedaron sólo con la camisa. Después, manifestando una gran calma y sin dar muestra alguna de temor, a pesar de que también allí la muchedumbre les escupía y empujaba con violencia, se acercaron hacia los postes que estaban sobre la fogarata. Cuando el verdugo iba a atar las manos de Jacques de Molay por detrás del poste, éste le pidió :

-Permitidme que pueda unir un poco las manos, ya que deseo dedicar mis oraciones a Dios. Este es el instante que más lo requiere, pues me encuentro en el umbral de la muerte.

El verdugo, impresionado por la firmeza de sus palabras, le dejó hacer, y Jacques de Molay, elevando la voz, hizo callar a la multitud.

-Dios conoce que se nos ha traído aquí con gran injusticia. Pero no cambiarán dos lunas antes de que venga una gran calamidad para quien nos ha dejado sin protección y, tras de él, antes de que ardan los braseros del belén, arderá en los infiernos un hombre ambicioso, y allí, la hermosura de que presume y el oro que le obsesiona no calmarán a Lucifer. Dios, que es grande y está aquí con nosotros, hará también justicia en la Tierra.

Aquellas palabras habían pasado sobre la isla como una ráfaga de aire helado, y las miradas aterrorizadas de las gentes se cruzaban entre susurros de temor; algunos se acurrucaban intentando evitar que la maldición recayera también sobre ellos, y se persignaban en el nombre del mismo Dios que el templario invocaba. Era la reacción que parecía esperar el Gran Maestre, quien esbozó una ligera sonrisa y, en tono más alto, continuó :

-¡Sí! -gritó con gran fuerza-. Dios se encargará de hacer justicia por nuestra muerte. Yo pereceré con esta seguridad. A Vos, Señor, os suplico que lleveis nuestra mirada hacia la Virgen María, Madre de Cristo.

Entonces inició en voz baja una oración mientras juntaba de nuevo las manos. Después los tres entonaron con voz recia y ardiente la canción mariana del *Salve Regina*⁷. Su fervor hizo que se produjera un profundo silencio entre la gente y algunas lágrimas brotaron incontenibles ante aquel tremendo espectáculo.

-¡Maldito sea el Rey y maldito también el padre que no tutela a sus hijos !

El vozarrón de Joel se escuchó sobre la pequeña isla como un trueno. Estaba de pie en el puente de madera que atravesaba el río y levantaba sus brazos con los puños apretados dirigiéndose hacia la multitud. Pero la gente apenas volvió la vista un momento hacia él, para no perder detalle de la ejecución; y es que ya las llamas empezaban a crepitar elevándose entre el humo blanco que despedía la madera mojada. El fuego no parecía alterar la expresión de bondad de los rostros de los monjes, lo que no dejó de asombrar a los ávidos espectadores que se sintieron defraudados y confundidos al tiempo. Algunos empezaron a llorar entre un murmullo de protestas. Al fin parecían haber comprendido que se estaba cometiendo una gran injusticia. Pero, salvo Joel, nadie osó alzar la voz para protestar.

⁷ Todas las abadías cistercienses se pusieron bajo la advocación de Nuestra Señora, y la entonación del *Salve Regina* (la antifona del Puy) pasó a ser, bajo la influencia de Bernardo de Claraval, el rito final de la jornada de los monasterios cisterciense y de las encomiendas templarias.

Ya habían desaparecido los cuerpos entre el humo y las llamas cuando se oyó un extraño zumbido, como si un enorme abejorro sobrevolara la isla; luego se inició una gran tormenta.

* * *

Al día siguiente, dos carruajes salían de París de madrugada por el camino de Fontainebleau. Ambos llevaban grabados en sus puertas el escudo de la Santa Sede Papal de Avignon. Iban todo lo deprisa que permitían el potente tiro de buenos caballos y el deteriorado estado del camino, respondiendo a las órdenes de unos cocheros vestidos con elegante librea y sombrero negro de fieltro. Estos azuzaban a los frisonos⁸ animándolos a correr, a riesgo de tener un buen tropiezo, pues la senda mostraba los signos del aguacero del día anterior.

Se diría, por la forma de conducir los troncos, que no era la primera vez que recorrían aquel camino y es que la Sede pontifical de Avignon, obligada a despachar casi a diario con el rey de Francia en París, no tenía otra vía de comunicación que aquella ruta.

Pese a la habilidad de los cocheros, las carretas se deslizaban en el barro y amenazaban con quedar empantanadas cuando el camino se doblaba en una curva pronunciada. Uno de los lanceros que iban en vanguardia, a modo de postillones de los carruajes, se detuvo bruscamente haciendo señas apresuradas a los conductores para que frenaran la marcha. Era en una parte del sendero a la que la luz del sol casi no tenía acceso, porque las ramas de las hayas y de los robles se entrelazaban formando un techo vegetal que impedía su paso. Tan sólo algunos rayos conseguían filtrarse entre las hojas, a semejanza de los que cruzan las hermosas vidrieras de las catedrales góticas, y venían a caer sobre el suelo formando en el cielo una bóveda de luz y verdor.

-¡Sooo... ! ¿Qué ocurre ? -preguntó inquieto el conductor del primer coche, tirando fuertemente de las riendas.

Su vehículo se detuvo después de arar dos profundos surcos con las ruedas bloqueadas. El segundo cochero reaccionó raudo y consiguió que su carroza se detuviera sin tropezar con la que le precedía.

Tras unos instantes de silencio, en los que se escuchaba el canto de los grillos alborotando los prados y el gorjeo de los gorriones, los dos soldados que iban en retaguardia adelantaron sus monturas hasta donde estaban los que abrían camino.

-¡Mirad ! -indicó el que había reaccionado primero, señalando hacia un enorme haz de leña que estaba situado en medio de la senda, tras la curva, con una gran cruz sobre él.

El símbolo cristiano aparecía embreado y ardiendo. Alguien, probablemente no hacía mucho tiempo, le había prendido fuego esperando intencionadamente que la comitiva contemplara aquel mensaje, porque no cabía duda de que aquel montaje era un aviso para el séquito eclesial. Por si quedara alguna duda, el autor había querido despejarla dejando dos enormes llaves de hierro cruzadas en el centro de los dos maderos.

A través de la ventanilla del primer carronato asomó una mano que lucía un enorme anillo de oro. Apartó ligeramente la cortina de púrpura roja, que protegía del polvo a los ocupantes del coche, para dejar oír la voz imperativa y grave de su propietario :

-Soldado, ¡venid aquí al momento!

⁸ Son caballos con cascos fuertes y anchos procedentes de Frisia (en Holanda junto al mar del Norte).

No uno, sino los cuatro jinetes se apresuraron a acercarse hacia el lugar de donde había salido la orden. El que había detenido la marcha acercó su cabeza hacia la ventanilla del coche, y comentó en voz baja unas palabras.

-Eminencia, alguien estaba esperando nuestro paso y nos han preparado un espectáculo deleznable. Vedlo vos mismo, si lo deseáis.

Como el de dentro tardara en salir, el soldado se acercó de nuevo para aclarar :

-Ya hemos comprobado que no hay nadie por los alrededores.

Finalmente, se abrió la puerta y salió por ella un hombre fuerte, de edad madura. El capelo rojo de cardenal le cubría una avanzada calvicie, y su mirada, acerada y profunda, se abría bajo unas pobladas cejas, dando a su rostro una expresión de dignidad y firmeza que acentuaba su mandíbula afilada. Se dirigió hacia el segundo coche y habló por unos momentos con sus viajeros. Después de mantener con sus ocupantes una breve conversación, salieron de aquel vehículo otros tres prelados, también cardenales.

Los cuatro siguieron al soldado, que se había quedado a prudente distancia, y, sorteando el barro por los bordes del camino, se acercaron al lugar donde se habían detenido los otros lanceros que hacían el postillón.

El soldado no había exagerado en su apreciación: el haz de leña imitaba cuidadosamente la pira en la que habían ardido los templarios el día anterior, y a la vera de la cruz ardiente yacían dos perros: uno, blanco, casi albino, tenía el vientre abierto y sus entrañas se desparramaban sangrantes sobre los leños (no es corriente que un fiel can muestre el dolor en su expresión, pero aquel desdichado animal mantenía todavía en su mirada los signos del terrible tormento que tuvo que anteceder a su muerte). El otro perro era de color oscuro y de gran tamaño; estaba situado al otro lado de la cruz y se diría que su posición era plácida, si no fuera porque su cabeza estaba extrañamente torcida, y en una posición imposible.

-Han vertido brea sobre la cruz -explicó uno de los soldados señalando un líquido oscuro que manchaba algunos maderos.

-Sí, sin duda querían asegurarse que estuviera ardiendo cuando llegáramos -contestó el cardenal que había bajado del primer coche- Vamos, ¡retirad eso de ahí de inmediato y enterrad a esos pobres animales! -ordenó, antes de dirigirse con los otros tres purpurados de vuelta hacia los coches.

De los tres cardenales que habían salido del segundo coche, dos parecían realmente asustados, y temblaban de pies a cabeza. Si aquello era un mensaje, su actitud delataba que lo habían entendido, y no debía de ser de muy buen presagio su significado. Eran los cardenales Arnaldo de Santa Sabina, Nicolás de Santo Eusebio y Arnaldo de Santa Prisca. Los tres habían sido designados por el Papa Clemente V para escuchar la confesión del Gran Maestre del Temple y cerrar así un proceso que ya se alargaba más de siete años: “demasiado tiempo dura ya este tormento; la Iglesia y el Rey no pueden demorar más una solución...”, les había dicho⁹.

El Papa Clemente V era francés, de Gasuña, y debía su nombramiento en gran parte al apoyo del rey de Francia, que le había sugerido el traslado de la residencia pontifical a la ciudad occitana de Avignon. Pero el Papa no había sido tan obediente para con el Rey como aquél imaginara, porque, aunque admitió inicialmente las graves

⁹ Siete años atrás, el 12 de octubre de 1307, el rey Felipe IV, a quien llamaban el Hermoso, había ordenado detener en una inesperada redada a todos los monjes templarios de Francia. Había buscado un motivo durante años para conseguir apoderarse de las riquezas de la Orden y lo encontró en las acusaciones de un oscuro personaje llamado Esquius de Floirac que profesó en el temple y fue expulsado de la Orden. Esquius paseó sus deseos de venganza por varias cortes europeas sin éxito, pero encontró eco en los oídos del consejero real francés Guillermo de Nogaret, que junto con el inquisidor Guillermo de París, prepararon la trampa en la que cayeron los súbditos del rey, quienes creyeron a pie juntillas todas las burdas mentiras que alumbraron el proceso.

acusaciones de Felipe IV hacia los templarios consintiendo su arresto, luego trató, sin éxito, de mantener la causa bajo la jurisdicción religiosa, al darse cuenta de que el asunto estaba desbordando los límites de lo razonable. Presionado por el Rey y vencidos sus reparos, convocó un concilio en la ciudad francesa de Vienne en octubre del año 1311. Durante él, se repitieron las confesiones de los monjes del Temple, obtenidas con refinadas torturas: así, muchos de los freires dijeron ser adoradores del demonio, haber realizado prácticas de sodomía y otros pecados imperdonables; no fue necesario nada más, porque sus declaraciones hicieron que aquellas culpas se presumieran generalizadas entre todos los miembros de la Orden Militar.

El Concilio de Vienne cerraba eclesiásticamente el desagradable asunto, y sólo restaba ya decidir qué hacer con el Gran Maestre y sus hombres de confianza. Clemente V intentaba cerrar el proceso en la forma más política posible, es decir, sin incomodar al rey de Francia. Por ello, había escuchado la petición de Felipe IV, y, envió a sus tres cardenales con el encargo de que todo debería quedar en una amonestación pública, y después, pasados unos meses, en un destierro a alguna pequeña isla del Mediterráneo.

-Nunca entenderé cómo habéis podido consentir lo que ha pasado- el que hablaba era el cardenal Jacques Duèse.

Aunque se decía que Jacques Duèse contaba con la amistad y apoyo del Rey, en aquel asunto había sido uno de los pocos purpurados que había levantado su voz contra él, indignado por la actitud de Felipe IV; ello le había costado ser apartado del entorno próximo al Papa, de quien había sido confidente y asesor. No obstante, el encanto seductor de su elocuencia, unido a su sabiduría (era un hombre doctísimo en toda clase de ciencias), simpatía y grata conversación, le mantenían como líder de la curia y del pueblo, sobre todo de las mujeres, porque era también agraciado de rostro.

Jacques Duèse estaba aquellos días en París para celebrar los oficios solemnes de la festividad de San José, santo del cual se confesaba admirador y devoto. Enterado de lo que había ocurrido durante el interrogatorio de los más altos representantes del Temple, trató, en vano, de hablar con los legados Papales para intentar detener la ejecución. Sin embargo, el Rey, previendo algún movimiento eclesiástico en ese sentido, no había permitido que los legados abandonaran su palacio hasta la madrugada, cuando la comitiva con los reos salía ya hacia la Isla de los Judíos. Frustrado y amargado por lo que aconteció después, no tuvo, sin embargo, otra opción que aceptar su inclusión en la comitiva que conducía a los nuncios de vuelta a Avignon; porque, de otro modo, hubiera tenido que viajar con una escolta más reducida, con grave riesgo de caer en manos de alguna de las numerosas bandas de malhechores que se ocultan en los bosques que rodean las riberas del Ródano.

-Eminencia no tuvimos opción ...

Fue el cardenal de Santa Sabina quien trató de explicarle la forma en la que los acontecimientos les desbordaron, pero Jacques Duèse se volvió hacia él para indicarle con un gesto que no estaba dispuesto a escucharlo. Ya se alejaba de su presencia, con gesto de disgusto y rechazo, cuando Nicolás de Santo Eusebio se plantó delante de él impidiéndoselo.

-Habéis preguntado lo que pasó, y creo que tenemos derecho a explicarlo-. Jacques Duèse se detuvo indeciso, pero finalmente pareció aceptar lo que su compañero quería decirle -Sabéis que el Papa nos ordenó que tras el interrogatorio del Maestre del Temple todo debería quedar en una amonestación pública. Pues bien, esa era nuestra intención. Les leímos los crímenes y herejías de los que se les acusaba y que, como bien conocéis, el propio Jacques de Molay había admitido anteriormente cuando fue interrogado en la Sorbona; pero, cuál no sería nuestra sorpresa, al ver que el Maestre y

sus Comendadores, en lugar de aceptar los hechos, hicieron desprecio de nuestra presencia, y se adelantaban para dirigirse abiertamente a los parisinos.

El cardenal de Santa Sabina matizó:

-Había reunidas allí más de mil personas.

Continuó Nicolás molesto por la interrupción:

-Negó el Maestre que fueran culpables de ninguna de las acusaciones, y vino a decir que hizo su anterior confesión por cobardía. Así es que podéis imaginar la furia del Rey al ver que las gentes empezaban a creer que todo era un complot contra la Orden. El Rey no dio tiempo a más rectificaciones ordenando que se los quemara por relapsos¹⁰ al día siguiente.

-Y vosotros fuisteis los verdugos aunque no encendierais la hoguera- dijo despreciativo Jacques Duèse, y se retiró hacia su carro, porque ya los soldados habían despejado el camino.

El cardenal de Santa Prisca comentó en voz baja a los otros dos mientras se dirigían a su coche:

-Con este cahorsino¹¹ no valen explicaciones. Me gustaría haberle visto a él en nuestro lugar, a ver si tenía el coraje que ahora demuestra delante de un Rey que no dudó en secuestrar a un Papa¹².

-¿No dicen que es su amigo? Entonces ¿por qué no se dirigió a él para pedirle clemencia? –Arnaldo de Santa Prisca puso buen cuidado en que el cardenal de Cahors no escuchara sus últimas palabras.

-Porque cuando este rey se enfurece, no tiene amigos –murmuró el de Santa Sabina.

Instantes después, los carruajes reanudaban su marcha.

En la segunda carroza, los tres clérigos se miraban en silencio. Se leía un sentimiento de culpa y a la vez de temor en la expresión de los dos Arnaldos. El cardenal Nicolás de Santo Eusebio debía tener cierto ascendente sobre ambos, debido a que a él era a quien había encomendado el Papa la responsabilidad de dirigirse al Rey para su misión evangélica; pero, y pese a esa aparente prelatura, el cardenal Nicolás no parecía sentirse especialmente culpable por lo ocurrido el día anterior.

Nicolás de Santo Eusebio, ferviente seguidor de las doctrinas de San Francisco sobre la humildad y la pobreza, era un hombre inteligente y tenaz, segundo hijo de una familia noble; le correspondía, por tanto, ingresar en el clero si aspiraba a algo más en la vida que a servir a su hermano mayor cuando heredara el título paterno. Pero eso no le preocupaba demasiado, porque creía ciegamente en el destino, y sabía, desde su infancia, que el suyo iba a ser elevado. Por eso, nunca procuraba alterar el curso de los acontecimientos en el buen entender de que éstos le llevarían finalmente a su triunfo personal.

Miró hacia sus compañeros de viaje, y pudo entender que esperaban sus palabras para explicar el extraño suceso de aquella mascarada burlona, como le parecía ver detrás de la pantomima de la pira y los perros muertos. Así que, en tono de extrema docencia, se dirigió a ellos :

-En casos como éste hay que saber adivinar qué es lo que pretendía el que los ha ocasionado. Eminencias, están poniendo a prueba nuestra sagacidad. La sutileza de

¹⁰ Se consideraba relapso al reo que habiendo confesado sus culpas se retractaba de su confesión anterior. Era un delito que se penaba con la muerte en la hoguera.

¹¹ Jacques Duèse era natural de la ciudad francesa de Cahors.

¹² Se refiere al suceso de Agnani, donde Bonifacio VIII fue secuestrado por el enviado de Felipe IV, Guillermo de Nogaret.

mi espíritu percibe el significado de esos signos, pero preferiría conocer, antes de explicar lo que yo veo, cuál es vuestra opinión al respecto.

Ambos Arnaldos se miraron confusos. Ninguno de ellos se había recuperado todavía de aquel espectáculo horroroso, y ahora Nicolás les pedía sutileza e intuición. Santa Sabina exhaló un suspiro de resignación, y contestó :

-Creo que nosotros no hemos entendido más que lo que hemos visto, es decir, un auto sacrílego de unos herejes que queman la Santa Cruz de nuestro Señor Jesucristo y que, para mayor oprobio y maldad, colocan a su vera a esos infortunados canes.

Santa Prisca asentía con la cabeza a las palabras de su compañero, y se vio en la necesidad de decir también él algo.

-Me entran ganas de vomitar, pero ¡ay de esos herejes, si cayeran en manos de la Inquisición!

El cardenal Nicolás movía la cabeza a ambos lados con miseratadamente.

-¡No !,...¡no !,...no es eso. No digo que no sean herejes, pero no han pretendido escandalizar nuestra fe con esa escena teatral. Los efluvios que emanan de las causas y de los signos que hemos visto creo que van más allá. Me viene al espíritu la sensación de que el color del perro reventado tiene relación con el Santo Padre, y quizá también con la blanca clámide de las túnicas templarias. Intentad poner vuestras mentes alejadas de todo por unos instantes, y tratad de recordar lo que hemos visto.

Esperó durante un buen rato a que los dos cardenales abrieran de nuevo los ojos para preguntarles :

-¿Os habéis dado cuenta de que es cierto lo que digo ?

-Me llegaban hace un instante extrañas vibraciones que se acompañaban de cantos gregorianos. Es posible que tengáis razón, pero en todo caso los herejes han matado a los perros con saña para ofender a Dios, colocándolos junto a su Cruz – comentó Sta. Prisca.

-Yo no creo en los augurios ni en los auspicios. Sinceramente os digo que mis recuerdos siguen igual que hace un rato cuando nos detuvimos –le contestó Sta. Sabina.

-Vuestra mente es igual que la corteza de un alcornoque en otoño -dijo con iracundia-. Han pretendido avisarnos de un mal terrible que acontecerá al Santo Padre y vosotros os quedáis tan tranquilos. Han sido los templarios, lo siento por las vibraciones que se asemejan a las que veía en la mirada de Jacques de Molay cuando le interrogábamos –el cardenal de Santo Eusebio se expresó con dureza y autoridad.

-Eminencia, no puedo creer que vuestros poderes de adivinación lleguen a haceros tan osado. La maldición del Gran Maestre antes de morir dejaba claro que ese sería su deseo, pero de ahí a que la muerte de esos perros tenga algo que ver con sus palabras, dista algo más que entre las creencias fatalistas del vulgo ignorante y la fe teológica por la que debería guiarse un padre de la Iglesia como vos.

Estas palabras del de Santa Sabina parecían una velada contestación a la desconsideración que había tenido Nicolás al hablar del contenido de sus pensamientos.

-Veo que os han molestado mis palabras. Era una comparación eminentemente botánica y sin intención peyorativa, porque la corteza de un ser vivo es su protección y, por tanto, lo que le libra de infecciones.

El cardenal Arnaldo de Santa Prisca sonrió al escuchar las palabras de Nicolás, tratando de evitar que el de Santa Sabina interpretara mal su gesto.

-Debéis hablar con el Santo Padre cuanto antes. No sería bueno que el cardenal Jacques Duèse le relatara su particular visión de los hechos –el de Sta. Sabina parecía dar por buena la disculpa de Nicolás de Santo Eusebio.

-Descansad tranquilo, yo me ocuparé de que pasen los días hasta que pueda visitarle. Además, el Papa está con esas molestias del alto vientre que arrastra desde

hace un mes, y no querrá que las críticas de Jacques Duèse reaviven su dolor –le contestó.

Los cardenales Arnaldos recostaron la cabeza contra la pared del carronato intentando dormir. Nicolás les observaba satisfecho; él no tenía sueño. Corrió ligeramente la cortinilla de terciopelo que cubría el ventanuco, y miró hacia fuera. Estaban atravesando una zona de pastos con escasos árboles. El cielo estaba despejado y en la lejanía se veían algunos rebaños de ovejas pastando plácidamente, mientras unos perros trataban de reunir a algunas descarriadas. “Los rebaños necesitan un pastor, y si el pastor desaparece será necesario proveer uno nuevo”, murmuró en voz baja, o quizá sólo lo pensaba. Miró hacia sus compañeros, y vio que dormitaban con ligeros ronquidos.

Seis días tardaron en llegar a Avignon siguiendo el curso del Ródano por Chagny, Lyon y Valence, y durante todo el trayecto respetaron la regla monacal del silencio en las frugales comidas que despacharon juntos. Jacques Duèse seguía indignado sin perdonar a sus compañeros, y no estaba dispuesto a admitir su complacencia para con el Rey, aunque, y para su sorpresa, veía ahora a los tres legados más distantes y desafiantes, como si el incidente de los bosques de Fontainebleau hubiera cambiado las cosas.

Pasaron varios días desde la llegada de la comitiva a Avignon sin que Jacques Duèse pudiera despachar con Clemente V.

-Bertrand de Goth debe estar realmente enfermo -así se refería Jacques Duèse al Papa para llamarle por su nombre de pila cuando estaba entre miembros de la curia-, o quizá ese legado suyo que hace tan buenos oficios con el Rey le tiene secuestrado.

-Dicen que la noticia de lo ocurrido en París le ha avivado el ardor de vientre y ya no despacha más que los asuntos que no pueden esperar. Deberías convocar una reunión de la Cámara Apostólica: el Papa debe presidirla, y eso te dará oportunidad de hablar con él.

Jacques Duèse era el secretario de la Cámara Apostólica: un consejo que era el centro de la nueva organización burocrática creada por el Pontífice para despachar las tareas administrativas y financieras de la Santa Sede. Las reuniones se celebraban habitualmente una vez al mes y hacía ya varios meses que había tenido lugar la última, así que a Jacques le pareció una idea excelente.

-Convocaré una reunión para mañana -dijo a los prelados que le rodeaban.

Al día siguiente, cuando se dirigía a la reunión de la Cámara se encontró con su compañero y amigo Jacques Fournier, un monje cisterciense, obispo de Pamiers, muy influyente entre la curia, que veía con buenos ojos la impenitente heterodoxia del cardenal Duèse y, también, uno de los pocos que no le habían vuelto la espalda desde que no tenía los favores de su Santidad ni del Rey. Ambos entraron juntos en el salón de reuniones.

El lugar donde se iba a celebrar la sesión era una estancia muy grande, tenía unos pequeños ventanucos en la parte superior y contaba con pocos adornos; estaba destinado para albergar todo tipo de sesiones multitudinarias de prelados, bien instalados y amplios: sus más de doscientos asientos situados en semicírculos concéntricos, le asemejanza a un anfiteatro romano. La disposición de las gradas en varios niveles permitía que las intervenciones de los más jóvenes, que se situaban en las últimas filas, estuvieran en paridad con los ancianos, que ocupaban lo que en el edificio romano habría sido la arena, el lugar próximo a los combatientes, porque su voz no tenía la misma energía. En todas las reuniones solía cederse el sitio en los bancos delanteros a los prelados de mayor edad, y a los que tenían dureza de oído; pero en las reuniones de la Cámara Apostólica no era necesaria esa deferencia, puesto que apenas la

componían treinta cardenales, muchos de los cuales no siempre podían asistir debido a otros compromisos.

Jacques Duèse era un sibarita, y le disgustaba sobremanera que la decoración de la residencia Papal no estuviera al nivel de los engalanados palacios de las cortes europeas. En su opinión, los mejores ornatos debían estar al servicio de Dios, y ¿dónde mejor se podría encontrar el Señor que entre sus ministros?. Pero la Iglesia vivía entre opiniones como la del cardenal y otras que instruían justamente lo contrario: de los seguidores de San Francisco, que como un huracán, predicaban de palabra y obra los mandatos de pobreza y sencillez, logrando que estas ideas fueran aceptadas por varios prelados que ocupaban los puestos más elevados de la curia¹³. Sin embargo, Jacques Duèse pensaba que un lugar debía estar decorado en función de su destino, y el destino del palacio Papal de Avignon tenía la responsabilidad de ser el lugar desde donde el máximo representante de Cristo impartiría su doctrina al mundo. También en esto el cardenal Duèse estaba de acuerdo con los ahora desaparecidos templarios: “si parte del poder del mundo se apoyaba en el dinero y la riqueza, los representantes de Cristo deberían de tener más que nadie, aunque sólo fuera para poder repartirlo justamente”, pensaba el cardenal.

Cuando Jacques Duèse y Jacques Fournier llegaron, ya había reunidos en la sala unos veinte obispos y quince cardenales; entre ellos, Nicolás de Santo Eusebio y Arnaldo de Santa Sabina, que estaban sentados en el primer banco. Algunos de los presentes, al ver entrar a Jacques Duèse, que era el secretario de la Cámara y por tanto el máximo responsable en ausencia del pontífice, se levantaron con cierta parsimonia en señal de respeto, pero Nicolás y Arnaldo siguieron hablando entre ellos como si no se hubieran enterado de su presencia.

-Hermanos -Jacques Duèse excluía intencionadamente el tratamiento al dirigirse a otros clérigos, ya que decía que la jerarquía entre hermanos no tenía sentido-
Sungo que todos conocéis la noticia de la muerte del Maestro Jacques de Molay.

De entre los reunidos salieron murmullos de desaprobación. No era habitual tratar en las reuniones de la Cámara Apostólica otros temas que los estrictamente financieros y de orden interno. Al tiempo, gran parte de los asistentes conocían el disgusto que al Santo Padre le había producido la díscola actitud del cardenal Duèse durante la causa templaria; varios de ellos desaprobaban su heterodoxia, y aspiraban a sucederle cuando el Papa le relevara de la secretaría de la Cámara.

Jacques apretó su afilada mandíbula y frunció el ceño dejando ver aquella mirada de hierro, que todavía, pese a su avanzada edad, dejaba sin aliento a sus contortulios. Las voces se callaron de inmediato, tal era el respeto que tenían al viejo cardenal de Cahors sus compañeros de la curia. Jacques, complacido, siguió hablando:

-El Temple va a dejar un gran vacío en nuestra Iglesia y no será fácil rellenarlo.

-La avaricia de poseer tiene a veces ese final -le interrumpió Arnaldo de Santa Sabina, que recibió por ello un codazo de reprimenda de su vecino Nicolás.

Jacques Duèse le miró y, volviéndose de espaldas hacia los presentes, como si quisiera dar una explicación a la pared que ahora quedaba frente a él, dijo :

-Hay cosas semejantes a los pecados que no lo son, porque no está escrito que lo sean. Tal acontece cuando se procuran algunas cosas convenientes para el uso de la vida y no se sabe si esto nace del apetito de poseer o de verdadera necesidad. Pero tampoco es pecado, porque no está escrito que lo sea... -se volvió entonces, y señaló con el dedo hacia Arnaldo de Santa Sabina-... cuando se castiga a algunos con deseo de que

¹³ Estaban en su apogeo los llamados fraticcelos y beguinos, o seguidores de San Francisco, quienes exageraban aún más las prédicas del santo de Asís esforzándose en superarse unos a otros en la vida mendicante y humilde.

se corrijan, en uso de la potestad ordinaria, y no se sabe si se pretende realmente corregir o se hace por el gusto de mortificar...

-Ha habido numerosos testigos que demostraron con su juramento las acusaciones de las herejías de esa desdichada Orden -le interrumpió Nicolás, entendiendo que indirectamente se le estaba también acusando a él como inquisidor.

El cardenal Duèse le miró furibundo y le hubiera fulminado con su mirada si tuviera aquel poder.

-Sabéis muy bien que nuestro querido, pero inexperto y joven Rey, que dispone de la religión como si también fuera en eso Juez Supremo, acusó de herejía a nuestro difunto Papa Bonifacio¹⁴ y para ello presentó en el Concilio de Viena a cuarenta testigos dispuestos a declarar que el difunto Papa no sólo negaba la presencia de Cristo en la Eucaristía, sino también la resurrección de los hombres, y, con ello, la inmortalidad del alma; y que había dicho que tanto nuestra religión como la judaica y la mahometana eran meras quimeras. La mayor parte de esos testigos afirmaron haber oído estas blasfemias al mismo Bonifacio, que en gloria esté, y no por ello el Concilio declaró la herejía, sino que sentenció a favor de nuestro difunto Papa. Si no le faltaron testigos para apoyar una calumnia tan atroz contra un Soberano Pontífice, ¿creéis que le iban a faltar para denunciar a los templarios?

En ese momento, se abrió de nuevo la puerta de la estancia y todos se levantaron al ver entrar a Clemente V. El Papa, que venía acompañado de su secretario personal, vacilaba al caminar como si fuera un anciano, y se agarraba con la mano derecha la parte alta del vientre mientras con la izquierda se apoyaba en un báculo de plata. Lentamente se dirigió hacia el sillón central y tomó asiento en él. Sólo en ese momento le imitaron los cardenales.

-Continuad -dijo el Santo Padre-. ¿Hay algún episodio nuevo respecto a las propiedades del difunto cardenal D'Angelo?¹⁵

El cardenal D'Angelo, al fallecer, había dejado muchas propiedades y sus parientes pugnaban con la Iglesia por su herencia.

-Santidad -contestó Nicolás de Santo Eusebio- ese asunto ya ha sido resuelto y la Sede recibirá más de cinco mil ovejas y las tierras que riega el Po junto al castillo de los D'Angelo.

-No hablábamos ahora de finanzas, Santidad -interrumpió el obispo Jacques Fournier-, hablábamos de Jacques de Molay.

Como si le hubieran golpeado en aquella zona del cuerpo que ya tenía dolorida, Clemente V se levantó con gesto de dolor y gritó airado.

-Nadie puede hacerme olvidar ese nombre. Yo no quería que muriera, yo quería sólo que... -Viendo que ni el escenario, ni los gestos de asombro de los cardenales presentes eran los adecuados para aquella explicación, el Papa se calló bruscamente y abandonó la sala ayudado por su secretario.

Tardaron un buen rato en reaccionar los presentes, y ni siquiera Jacques Duèse parecía dispuesto a intervenir. Fue, finalmente, el propio Jacques Fournier quien rompió el silencio.

-A fin de cuentas, el Papa tiene razón. Jacques de Molay ha muerto a pesar de que ninguno de nosotros lo deseábamos. Lo mejor será dejar en paz su memoria -El

¹⁴ Se refiere a Bonifacio VIII a quien el Rey Felipe IV secuestró y ofendió gravemente en Agnani.

¹⁵ Clemente V, visto que no podría ya controlar el poder temporal de occidente, había optado por la organización y centralización del mundo clerical. El pontífice reivindicaba el derecho a nombrar a los altos cargos eclesiásticos y se hacía pagar por tal nominación para atender a los gastos exigidos para crear en Avignon una corte digna. Además, al igual que los nobles se atribuían derechos sobre los bienes de sus vasallos, así el Papa participaba de las riquezas de los clérigos difuntos.

obispo de Pamiers era, probablemente, el más astuto de cuantos componían la curia del Papa Clemente V. Natural de Toulouse, era de carácter austero, pero también pragmático y frío. Se podría decir que sabía estar a bien tanto con los cardenales más ortodoxos, como con aquellos que propugnaban un cambio radical en el rumbo de la nave cristiana.

Viendo que nadie replicaba a la sugerencia del obispo Fournier, el cardenal Nicolás de Santo Eusebio intervino de nuevo.

-Jacques de Molay ha muerto y ahora lo más importante es evitar que el Rey se apodere de su inmenso tesoro. Nos han llegado noticias de que cuando el rey Hermoso mandó abrir las cámaras secretas del Temple de París, apenas se encontraban allí las rentas y óbolos de dos o tres semanas, el resto había desaparecido.

Jacques Fournier, el obispo de Pamiers, apoyó la propuesta de Nicolás, interviniendo de nuevo con voz apasionada.

-Ni con la tortura han conseguido que el Maestre les dijera donde había ocultado el gran tesoro del Temple. Dicen que en una visita a su casa de París, el Rey quiso que el Maestre se lo enseñara, y se quedó asombrado tocando aquellos objetos y riquezas que nuestros hermanos conquistaron y recibieron durante doscientos años. Es seguro que el Monarca buscaba esas riquezas cuando se propuso acabar con la Orden. Jacques de Molay debió entregarlo entonces al Papa cumpliendo con su voto de obediencia, pero dicen algunos de sus caballeros que el Maestre dio instrucciones a alguno de sus senescales que quedaba en libertad, para que lo ocultara hasta que él decidiera su destino. Y ahora su destino está escrito en medio del Sena, en las cenizas de la isla de los Judíos de París.

El cardenal Duèse decidió que había que acabar la reunión:

-Hermanos, todo eso está muy bien; ahora ocupémonos de los problemas de cada día y dejemos de soñar con tesoros escondidos. Yo propongo que en la próxima reunión se haga inventario de las necesidades que tienen los hermanos del Temple que todavía están cautivos para socorrerlos en lo más imprescindible.

Nadie pareció oponerse a su sugerencia. Ya se estaban levantando para abandonar la sala cuando entró precipitadamente Arnaldo de Santa Prisca. Llegaba jadeante, como si el mandato que traía le hubiera exigido el esfuerzo de correr.

-¡Eminencias ya ha empezado el castigo divino: todos vamos a morir abrasados por la maldición de Molay!

Capítulo II . Los símbolos de la muerte.

Joel se alejó tambaleante de la isla de los Judíos. Se había enrollado su camisa alrededor de la frente como un vendaje. En medio de su tragedia, daba gracias a Dios, pues, aunque la tela con que se cubría rezumaba sangre, sus heridas no revestían gravedad.

El joven se cogía la cabeza con las dos manos; los golpes recibidos le habían producido una especie de sopor que le impedía coordinar los movimientos, así que, a punto estuvo de caer al Sena mientras atravesaba trabajosamente el puente de madera que separa la Isla de la orilla derecha del río. Con las nubes de la tormenta ya sobre su cabeza y los relámpagos luminosos amenazando con caer para fulminar a toda aquella gente, decidió que lo mejor era alejarse de allí cuanto antes.

Cuando apenas había andado unos pasos, sintió que una mano le asía por detrás. Iba a volverse con rabia pensando que alguno de los que le habían atacado en la isla venía tras de él, pero se contuvo al advertir que la mano que agarraba su capa era

frágil y suave. La miró con curiosidad: se trataba de una mujer joven, de esbelto talle, que le hacía señas para que la siguiera.

Seguramente era la primera persona que le trataba con amabilidad desde que llegara a París, hacía ya más de un mes. Los días pasados, la ciudad había estado alborotada previendo que de una forma u otra el Rey tendría que tomar una decisión con el Gran Maestre del Temple, y aunque ya la Orden no representaba al poder de antaño, todavía Jacques de Molay era capaz de concitar pasiones y odios.

-Os he seguido desde la Isla, ¿sois Joel el templario, ... verdad?

La sangre de la herida en la frente se le había secado a Joel sobre el ojo derecho, y apenas podía ver por el otro, hinchado como estaba por los golpes, pero aquella voz le sonaba angelical y, aunque no veía con detalle a su propietaria, por su tono adivinaba que se trataba de buena gente. Iba a contestar afirmativamente confiando en la muchacha, aunque el descubrimiento de su identidad le supusiera un grave riesgo, cuando la mujer le ordenó callar.

-¡Chist...!, callad, no digáis nada.

Joel se restregó la sangre que tapaba su ojo y vio una figura frágil cubierta con unas toscas sayas campesinas y un pañolón negro que apenas dejaba entrever su cara. Se adivinaba que era una muchacha de bellas facciones, con rasgos finos y una piel suave que ya había sentido al agarrar su mano. Sus ojos almendrados y vivos le sonreían amistosos.

Ella, al ver que la observaba, le explicó :

-Podéis estar tranquilo. Me han enviado para ayudar a vuestros hermanos. Nosotros ya hemos pasado por estos males que ahora vivís los de vuestra Orden.

Hizo un gesto y extrajo una cruz de hierro que llevaba colgada del cuello bajo sus ropas. Reconoció Joel al momento la cruz cátara, porque él llevaba otra igual que le enseñó también a la muchacha.

-Esta era de mi madre, pero yo no soy exactamente un caballero templario. Aunque he vivido entre ellos toda mi vida, no he llegado a profesar como caballero, soy un simple sargento del Temple. Sí que lo era mi padre, y por ello acaba de ser inmolado injustamente en esa hoguera.

La muchacha inclinó la cabeza con tristeza, luego se acercó, rompió un trozo de su enagua, la empapó en el agua de un charco, y se la exprimió sobre la cara mientras Joel entrecerraba los ojos saboreando el placer de la caricia del líquido al resbalar sobre su piel.

-Puedes llamarme Mahonia -le dijo la joven, y Joel asintió con la cabeza.

-Pero ahora debemos marcharnos de aquí, porque el aguacero está tan cerca que dentro de poco no se podrá andar por la calle -la muchacha tomó su mano y le invitó a seguirla.

Apenas habían atravesado unas pocas calles, cuando la tormenta estalló ensordeciendo las calles de París. Las nubes se rompieron atravesadas por haces de rayos encolerizados que caían con estrépito dando una cobertura sonora al espectáculo que había preparado tan precipitadamente el rey Felipe IV de Francia, a quien llamaban "el hermoso". Joel imaginaba al monarca asustado por la dimensión que iba tomando la tronada. Quizá pensara que Dios estaba juzgando desde el cielo su villanía y temiera un nuevo diluvio universal como justo castigo, se decía satisfecho.

Los muchachos se refugiaron unos instantes bajo el alpende del pórtico de una iglesia, dudando sobre si convenía continuar o esperar que escampara.

-Lástima que la tormenta no se hubiera adelantado algunas horas. No habría ardidado esa pira ni untándola con brea -murmuró Joel, cuando la muchacha salía del cobertizo corriendo de nuevo calle abajo.

-Esto va para largo. ¡Vámonos!

Las calles estrechas les protegían del agua que caía, pero en los tramos donde la pendiente se elevaba se formaban pequeños torrentes que dificultaban el paso. Al poco, la muchacha se detuvo de nuevo en un zaguán para tomar aliento.

-Si continúa lloviendo así, no se podrá caminar por estas calles sin riesgo de ser arrastrados -le dijo Joel.

-La casa ya está cerca. Hay que llegar allí antes de que el agua nos lo impida - contestó la muchacha saliendo del refugio calle abajo.

Pero, apenas dio dos o tres pasos, resbaló y fue a caer en medio de la calle, donde ya el agua, que traía la fuerza de un torrente, la arrastró pendiente abajo. Joel saltó de donde estaba en un titánico esfuerzo por alcanzarla. Tras bracear como un poseso, con toda la fuerza de que era capaz, su mano llegó a agarrar un trozo del vestido de Mahonia, pero eso fue lo único que consiguió, porque la tela se rasgó y pronto se vio también él debatiéndose entre la espuma del agua que lo arrastraba hacia una zona donde terminaban las casas.

Sin saber como, se encontró de pronto en un vado, entre un montón de ramas que salían de un tronco que flotaba sobre el agua. Allí vio también a la muchacha que, desde la orilla, le ofrecía su mano para ayudarle a salir. Atolondrado todavía se deshizo de la maraña de ramas que le rodeaban para acercarse hacia ella, luego vaciló un buen rato antes de aferrarse a aquella piel húmeda pero cálida, que de nuevo venía en su socorro.

Cuando ambos estuvieron en seco, siguieron caminando un tramo con las manos unidas sin que ninguno hiciera ademán por retirarla. El agua fría les había despejado la cabeza, pero el peligro corrido conjuntamente había alterado el latido de sus corazones.

-¿Estás bien ? -le preguntó la muchacha.

-Creo que sí. No recuerdo haber estado tan bien desde hace mucho tiempo - respondió Joel apretando su mano, sonriente.

-Otros no han tenido tanta suerte como nosotros -dijo la muchacha soltándose, un tanto turbada por la respuesta del templario, mientras señalaba hacia una hondonada donde se veían dos cuerpos sin vida flotando entre aguas-. Las tormentas de primavera son muy traicioneras por esta zona, llegan sin avisar y siempre se cobran un tributo.

Estuvieron un buen rato mirándose el uno al otro sin decir palabra, asombrados de lo poco que se conocían y lo mucho que ya les unía. Ya estaba dejando de llover cuando se levantaron, y caminaron lentamente hacia una pequeña casa de paredes de adobe.

La puerta se dividía en dos mitades y la superior estaba abierta. La muchacha gritó un nombre en voz alta mientras se inclinaba hacia adentro para abrir el portillo inferior sin esperar a que los del interior contestaran.

-Vamos, pasa -dijo impaciente, viendo que Joel dudaba-, mi padre está un poco sordo y tenemos que secar estas ropas antes de que empapen nuestros huesos.

La casa tenía en la parte de abajo una pequeña estancia muy oscura donde se amontonaban algunos sacos y enseres que parecían de hilar. De ella arrancaba una escalera de madera vieja, muy empinada e inestable, que contaba con la única protección de la pared que la arropaba por el lado izquierdo. Joel subió tras de la muchacha observando complacido las curvas que su cuerpo dibujaba en las ropas empapadas. No pudo, o simplemente no quiso, apartar la vista del espléndido cuerpo de la cántara, porque le producía en su interior una sensación algo especial que tenía casi olvidada.

Cuando llegaron al distribuidor superior, que estaba en penumbra, se abrió una puerta, y tras de una lamparilla de aceite apareció un hombre con gesto temeroso pero acogedor. El reflejo de la tenue luz desdibujaba su rostro, pero se adivinaba en él un rostro curtido por la vida al aire libre: le faltaban los cuatro dientes que primero aparecen y que, en su caso, le habían abandonado también los primeros. Tras un instante de duda que empleó en escrutar al templario, esbozó finalmente una sonrisa dirigida a la muchacha y se hizo a un lado haciéndoles seña para que pasaran. Su gesto se completó con unas palmadas en el hombro de Joel cuando éste entraba en el cuarto.

-Eres igual que tu madre -dijo a guisa de bienvenida.

Joel le miró preguntándose si debía conocer a aquel hombre. Le observó fijamente; tendría la misma edad que su padre, o quizá más. Salvo por aquella dentadura mellada, se diría que su aspecto era el de un anciano de facciones agradables y simpático, pero no le recordó a nadie.

-Siento no poder recordarle, pero... ¿dice usted que conoció a mi madre?

El mellado hizo un gesto de asentimiento con la cabeza mientras se sentaba en un tajo de madera a uno de los lados de la chimenea.

-Ya lo creo que conocí a Papáver. Era algo más que una mujer bella; para nosotros los cátaros, se diría que era una diosa de la Occitania, una heroína que arrastraba con su mirada y que hacía temblar a sus enemigos. Sí..., ya lo creo que la conocía, y doy gracias a Dios por ello. Pero ahora debes quitarte esas ropas que llevas empapadas; no tenemos vestidos para ofrecerte, pero mientras que se secan puedes cubrirte con aquella manta.

La muchacha había desaparecido por una puerta mientras hablaban y ahora llegaba ataviada con una blusa de lana fina y una larga falda. Se había quitado el velo que ocultaba su cabello, y éste caía ahora ensortijado y hermoso rodeando su cara de rizos del color del trigo maduro. Su rostro ovalado y fresco le miraba desde unos profundos ojos grises que revelaban la fuerza de su dueña; era realmente muy hermosa. Joel no recordaba a ninguna muchacha que representara la belleza de una forma tan exacta como la que tenía delante.

Las palabras del anciano llegaron justo en el momento en que el rubor iba a aparecer en su rostro, porque la muchacha le sonreía con pícaría al ver su turbación.

-Yo fabriqué para tu padre una ballesta que le permitió vencer una vez en el torneo de San Martín. Quizá alguna vez le hayas oído hablar de Sebastien, el armero de Tours.

-Sí, ahora recuerdo. Mi madre me habló de usted. Al parecer estuvo a punto de morir en aquel torneo, ¿no es así?

-Bueno, la mala hierba nunca muere y yo he sido peor que la grama. Pero aquella vez estuvo cerca. Sí,... estuvo muy cerca.

-¿Por qué me han traído aquí? -le preguntó Joel.

-Porque queremos ayudarte y que nos ayudes. Sabemos que eres un hombre valiente, noble y bueno. Sentimos tu sufrimiento como nuestro, por eso queremos ayudarte a calmar tu dolor castigando a los culpables.

-¿Ustedes dos? -preguntó incrédulo el templario.

-Detrás de este anciano y esta mujer está el ideal de nuestra religión, que es el mayor poder de la Tierra -irrumpió Mahonia con apasionamiento.

-Va a hacer falta ese poder para hacer justicia, porque los causantes de mi dolor son el más poderoso rey de la cristiandad y el representante de Dios en la Tierra. Pero no quiero ser yo quien imparta esa justicia, debe ser mi Señor Dios, a cuyo nombre dedico mi vida, quien llene ese cáliz.

-A veces Dios también se sirve de un maestra para realizar esa función - contestó irreverente el anciano Sebastien.

Joel se sintió incómodo, tanto que, de no ser porque la bella cántara le tenía hechizado, habría vestido sus ropas empapadas y salido a la calle sin esperar a más explicaciones. Después de un rato en silencio mirando como las llamas de la chimenea calentaban sus ropas, volvió la vista hacia sus dos anfitriones:

-En todo caso, habéis hablado de que esperáis que yo os ayude. ¿Qué os puedo ofrecer yo a vosotros en contraprestación?

-Una de las cosas que necesitamos no es muy difícil de conseguir, al menos no debiera serlo para un sargento del Temple. Se trata de un pequeño anillo de bronce que perteneció al Maestre Guillermo de Beaujeu y que después tuvo tu padre Hugo Rivière cuando fue Maestre de la Quimera¹⁶.

Joel sabía a lo que se referían, porque se lo había visto puesto a su padre repetidas veces.

-¿Por qué pensáis que os puedo ayudar a encontrar esa bisutería de metal? ¿qué importancia tiene para vosotros una joya que no es de oro ni de plata?

-“La muerte y la vida están en la boca y en lo que se hablare”. Recordad que esa es una norma de vuestra Orden. A veces es preferible no saber para no poder hablar, así que es mejor que no conteste a tus preguntas -Sebastien había puesto un tono extremadamente serio en estas palabras, y Joel comprendió que no iba a conseguir que le dijera nada más al respecto.

-Me diréis, al menos, donde podré encontrarla.

-Sabemos que vuestro padre la llevaba puesta hasta hace pocos días. La última visita que tuvo fue la de la anciana condesa Claudie de Tours; una amiga de su infancia por quien vuestro padre siempre tuvo un gran afecto. A nosotros nos sería más difícil ser recibidos por ella, y, de conseguirlo, dudo mucho que nos entregara ese anillo.

Joel se levantó de la silla y, apoyado en ella, le miró; los pensamientos se agolpaban en su mente y, presa de una súbita inspiración, le dijo:

-Creo que conozco el motivo por el que deseáis ese anillo y también sé cuál será vuestra segunda petición. Pero antes de que yo os proporcione ambas cosas debe de cumplirse la profecía del Gran Maestre.

Se produjo un tenso silencio que permitía oír caer una suave llovizna. El armero sostenía la mirada del templario con gesto serio y circunspecto.

-Se hará como decís, comprendo que los plazos de la maldición no dan para mucho, así que habrá que ponerse en marcha de inmediato. ¿Cuál pensáis que es nuestra segunda demanda?

-Sin duda querréis encontrar alguno de los objetos que se guardaban con el tesoro del Temple; ¿no es así?

-Veo que nos entenderemos muchacho. -afirmó suspirando Sebastien.

La muchacha se había mantenido expectante y atenta en todo momento a la conversación de los dos hombres. Cuando ambos callaron, se dirigió hacia la chimenea donde unos leños de roble ardían calentando un caldero de barro, levantó con un trapo la tapa del recipiente y revolvió su contenido con un cucharón de madera; después tomó un poco de caldo y lo probó.

¹⁶ La Hermandad de la Quimera fue una organización secreta fundada por los principales monarcas europeos en Villalcázar de Sirga (Burgos) en 1264 bajo la tutela del Maestre del Temple Thomas de Bérard para influir en el gobierno del mundo. Su objetivo era convertirse en el gobierno del mundo en la sombra, algo así como, hoy, podrían ser algunas organizaciones poco conocidas que tratan de realizar la misma función.

-La comida ya está -dijo dirigiéndose a su padre, que la había seguido con la mirada. Luego comprobó que la ropa que habían dejado junto al fuego estaba seca y entregó la suya al templario.

-¿Nos ayudarás, verdad? -le preguntó, dirigiéndole una sonrisa a la que ningún hombre hubiera podido responder con una negativa.

-Los enemigos de mis enemigos son mis amigos. Me parece que no tenéis en vuestras alabanzas matutinas al rey, y creo que tampoco al Papa¹⁷.

Saborearon con deleite el guiso que se cocía en el puchero, el cual sólo tenía algunas verduras y unos pedazos de perdiz, pero a Joel, que había comido tan sólo frutas y raíces los últimos días, le supo a gloria aquella poción.

-Hay abundancia de perdices y faisanes entre los trigales de Fontainebleau, lejos de donde los guardabosques patrullan, pero estos restos son lo que queda de nuestra última cacería en tiempo vedado. Habrá que volver para rellenar la despensa -dijo Sebastien mientras sacaba un pedazo de muslo de la perdiz y se lo llevaba a la boca.

-¿Seguís fabricando ballestas?

Sebastien se limitó a señalar hacia una esquina donde colgaba una magnífica arma con un haz de saetas con punta muy afilada en un extremo y en el otro unas plumas muy cortas. Joel se levantó y cogió la ballesta. Era una magnífica pieza de madera de fresno bien labrada, tendría unos cinco palmos de largo y remataba en un arco de acero flexible. Una cuerda muy tensa, seguramente construida con las fibras de algún animal, atravesaba la madera uniendo los dos extremos del arco. El templario intentó armarla y lo consiguió, pero no sin antes recurrir a toda su fuerza.

Observando la dificultad que exhibía, Sebastien comentó sonriendo:

-La primera vez que tu padre lo intentó tampoco pudo tensar la suya hasta el disparador más que haciendo uso de sus piernas, pero eso no le impidió vencer en el torneo del conde de Tours. Él era un gran tirador.

-Lo sé -contestó conciso el templario, mientras acariciaba el arma-. Es una hermosa ballesta. Se ve que ponéis el corazón en vuestro trabajo, viejo armero.

-Yo siempre pongo el corazón en todo lo que hago, por eso lo tengo con algunas grietas, tantas que ya no empujará este cuerpo por mucho tiempo.

-Vamos, padre, no digáis esas cosas -le reprendió cariñosa Mahonia.

-Voy a prepararlo todo -dijo el viejo saliendo de la casa.

Regresaba un buen rato más tarde, cuando sonaban las campanas llamando a la oración de vísperas. Entre tanto, Joel había tenido tiempo para relatarle a Mahonia como había sobrevivido en los bosques próximos a París, a la espera de tener la oportunidad de ver por última vez a su padre.

Ya había cesado completamente la tormenta, cuando, al anochecer, salieron de la casa con gran sigilo después de asegurarse que nadie en los alrededores les observaba. Sebastien Abiers, el viejo armero de Tours, iba delante con un gran farol en su mano señalando el camino. Marcharon un largo trecho por las callejuelas embarradas hasta una zona de casas de madera, que estaba río abajo, muy próxima al Sena, pero a más de media legua de la isla de los Judíos.

Una tos seca entre la bruma, advirtió de la presencia de alguien. Cuando se acercaron, Joel vio a un hombre joven vestido a la usanza de los labradores, que tenía sus ropas salpicadas de barro.

¹⁷ Años atrás el Papa Inocencio III había proclamado una cruzada contra los cátaros tachándolos de herejes. Con ella se arrasaron las principales ciudades del Languedoc, donde residían la mayor parte, y obligando a muchos de los sobrevivientes a emigrar a Hispania.

Les vio acercarse apoyado indolente en un carromato cargado con algunos aperos de labranza, mientras el agua enfangada corría a su alrededor desliziéndose sobre sus abarcas hasta mojar sus medias de lana gruesa; pero aquello no parecía importarle lo más mínimo. Claro que tratar de evitar el barro hubiera sido una tarea inútil, porque la tormenta había dejado todo el contorno como un pantanal.

Sólo cuando Joel y los dos cátaros estaban a unos pasos, se incorporó para sujetar a los dos perros que tenía a su lado, que empezaron a ladrar amenazadores.

-¿Quiénes sois? -preguntó dubitativo.

-Bôaz de Burgos y dos más -contestó con naturalidad Sebastien utilizando una clave que tranquilizó al paisano.

-Ya estaba a punto de marcharme. Han sonado las últimas -se refería así al toque de completas- en la Iglesia de las Ánimas hace un buen rato. Ya temía que la tormenta os hubiera echado para atrás.

-Vuélvete a la ciudad y busca mañana a Dominique a la hora del angelus en la puerta de Nôtre Dame. Tenéis que intentar recuperar los restos de nuestros amigos cuando cese la vigilancia. Nosotros estaremos algún tiempo lejos de París.

El hombre tenía un candil de aceite y dos farolas colgados del carro; cogió una de las luminarias y se acercó para acariciar a un perro de color marrón y feo aspecto.

-Éste acumula las malas cualidades de sus padres y abuelos, es feo como un demonio, pero le quiero, y siento tener que desprenderme de él. Ese -dijo señalando hacia el otro, que era blanco, casi albino- es de los que los nobles llaman perros de linaje, blanco como toda la camada, pero tened cuidado con él, porque es más falso que Judas -Sebastien asintió, cogió las cuerdas con las que estaban atados los animales y las anudó en la parte de atrás del carromato.

El campesino emitió un estornudo tan estentóreo que él mismo se sobresaltó del escándalo que produjo en medio del silencio de la noche, pero nadie salvo sus amigos parecieron haberlo oído. Luego se despidió de los dos cátaros.

-Que San Juan os guarde -les dijo marchando a grandes zancadas orilla arriba.

Hasta que se perdió en la lejanía la luz del candil que llevaba el campesino, no se pusieron en marcha Joel y los dos cátaros. Sebastien y Joel se tumbaron en la parte de atrás, mientras Mahonia conducía el vehículo. La muchacha tenía pericia para dominar al mulo que tiraba del carro, y lo hacía caminar con toda la rapidez que permitía la tenue luz de las dos farolas que colgaban a ambos lados de donde estaba sentada.

-Dicen que el rey Felipe se ha quedado con los tesoros que tenía vuestra Orden en la encomienda de París -comentó Sebastien acurrucándose bajo una manta de esparto.

-Se dicen muchas cosas sobre nuestros tesoros y no todas son ciertas. Esa hiena coronada se ha quedado con todo el oro y las joyas que custodiábamos en el Temple de París, pero el caso es que lo que allí había no era todo nuestro, sino que muchos de aquellos bienes los teníamos depositados para su custodia.

-¿Nadie los ha reclamado?

-El único que reclama es el rey Felipe, porque él sabía que nuestra Orden tenía muchos más bienes que los que encontró; los demás tendrán que olvidarse de lo que allí tenían depositado si no quieren perder otras cosas -e hizo un gesto significativo pasando su pulgar alrededor de su cuello.

A ratos, el camino se adentraba entre una fronda tan espesa, que los altos árboles tapaban la luna, oscureciendo la senda y obligando al carro a un movimiento más lento.

-Ve con cuidado, hija, no tenemos ninguna prisa. No fuera que con esta oscuridad topáramos con lo que no esperamos.

-Pensar que han muerto tantos inocentes por ese oro... -murmuró el cáтары, volviéndose de nuevo hacia el templario.

-En realidad, nadie es totalmente inocente -le contestó Joel, dándose la vuelta para intentar dormir e indicarle que daba por terminada la charla.

Cuando Joel se despertó ya estaba amaneciendo. El carro se había detenido a un lado del sendero y los dos cáтары habían desaparecido. Saltó del vehículo andando un trecho hasta una parte donde el camino hacía una curva muy pronunciada. Allí estaban Sebastien y Mahonia aparentemente muy atareados: el viejo intentaba colocar una cruz sobre un montón de maderas que parecía una pequeña pira, luego cogió los cuerpos sin vida de los dos perros que les habían acompañado, y los situó a ambos lados del símbolo cristiano.

-¿Qué estáis haciendo? -preguntó Joel.

Mahonia se le acercó mientras Sebastien continuaba con la tarea, sin que pudiera asegurarse que no le había oído o no deseaba contestarle. La muchacha le miró fijamente tratando de explicarle con la mirada que todo aquello tenía una lógica.

-Maldiciones o brujerías, eso es lo que pensaría quien viera esto; pero, con suerte, quien está a punto de pasar por aquí entenderá nuestro mensaje. Y esperemos que comprenda que ha obrado mal y sin duda sabrá muy bien que a un gran pecado corresponde una gran penitencia. ¿No te parece?

Joel se acercó más hacia donde estaba Sebastien seguido ahora por Mahonia, que no dejaba de mirarle pendiente de su reacción.

-¿Por qué habéis tenido que sacrificar a esos pobres animales? -preguntó con gesto de reproche.

Sebastien tenía en sus manos un cuchillo de caza de larga hoja. Le miró fijamente mientras lo clavaba en el vientre del perro blanco abriéndolo en canal.

-Si no lo comprendéis, no seré yo quien os lo explique -dijo mientras se incorporaba limpiando el arma con unas hierbas.

-Comprendo que había en esos cuerpos dos vidas y ahora hay sólo despojos. Comprendo que los habéis utilizado para un fin oscuro cuando la vida y la muerte son cristalinas y puras. Comprendo simplemente que no está bien lo que hacéis -concluyó.

Mahonia se puso frente a Joel.

-A veces es necesario hacer cosas que nos permitan competir en igualdad con los poderosos, que en sí parecen malas, pero que en su conjunto no lo son. Es malo matar a un cordero por el placer de matar, pero es bueno si con su carne se sacia el hambre de un pueblo. ¿No crees? -le tuteó.

Joel la escuchó sin entender muy bien aquella comparación, pero la presencia de la muchacha le perturbaba tanto, que prefirió no dar más importancia al suceso. “A fin de cuentas son los únicos aliados que tengo frente a muchos enemigos”, pensó. Una inmensa bandada de pájaros se alzó hacia el cielo como una nube, oscureciéndolo por un momento, como si se tratara de una profecía.

En Avignon se hospedaron en una hermosa casa propiedad de un amigo de los dos cáтары llamado Lucas Craien, que era uno de los maestros albañiles que trabajaban en las obras de la residencia del Papa Clemente V. Estaba situada muy cerca de la muralla, algo apartada del centro y de otras construcciones. A Joel le impresionó la perfección con que las piedras de cantería se unían unas a otras trenzando lienzos regulares. Era muy grande y bien distribuida: constaba de dos pisos; el inferior lo ocupaban: una amplia cocina con una chimenea en una de las esquinas, y una bodega

con un cillero donde almacenaban el grano y la harina. La cocina hacía también las veces de salón, quizá por eso estaba amueblada con recios muebles de castaño. En las paredes, de piedra bien trabajada, colgaban diversos instrumentos de medida: angulares, semicírculos, plomadas y niveles, que no dejaban lugar a duda sobre la profesión del dueño de la vivienda. La primera planta tenía seis alcobas, que debían de estar destinadas habitualmente a visitantes como ellos, porque el albañil y su mujer no parecían convivir con ningún otro familiar.

Pasaron algunos días con la sensación de que algo iba a ocurrir, pero parecía que todos habían olvidado la extraña profecía del Gran Maestro. Por fin una tarde el alarife advirtió a Sebastien que había convocado la esperada reunión en su casa.

Con la puesta del sol empezaron a llegar los visitantes. Arribó primero un octogenario de barbas blancas que tenía aspecto hebreo, aunque sus ropas no lo delataban. Llegó acompañado de un muchacho joven que Joel imaginó que fuera su hijo, porque no se apartaba de él.

El templario empezó a sentirse incómodo cuando tras de aquellos llegaron otros más, hasta doce, sin que nadie le presentara a los recién llegados. Por más, los últimos portaban sobre sus rostros unas capuchas blancas que no destaparon ni siquiera una vez dentro del recinto.

Al llegar se dirigían hacia el anciano con aspecto de judío que había llegado el primero, le saludaban con un extraño gesto inclinando la cabeza y luego se dirigían a los demás cruzando las manos con las palmas abiertas sobre su pecho. El templario les observó con curiosidad, mientras los invitados hablaban animadamente entre ellos, y es que, excepto Joel, todos los convocados parecían conocerse.

El rato que estuvieron esperando congregó a los invitados en grupos de tres o cuatro manteniendo conversaciones en voz baja, mientras Joel permanecía sentado junto al hogar con una jarra de vino que le había ofrecido Mahonia y que al templario le pareció agrio. Como quiera que la muchacha y Sebastien no estaban en la gran cocina donde se iban situando los convidados, Joel empezó a sentirse extraño y ajeno a todo aquello; tanto que, cuando hubo llegado el visitante que hacía el número catorce, se levantó con la intención de marcharse de allí en busca de los dos cátaros. El anciano de aspecto hebreo, al ver su gesto, se acercó hacia donde estaba:

-Soy Zag de la Maleha¹⁸. -le dijo invitándole a tomar asiento de nuevo junto al fuego- Conocí y admiré a vuestro padre, y lamento que haya muerto de esa forma tan ignominiosa, porque, a nuestro entender, todas las acusaciones que han propiciado tan triste final no son más que burdas mentiras, aunque bien adornadas por los que interesaban ese desenlace.

Joel no recordaba haber oído hablar nunca de aquel hombre, pero sus palabras y la forma de pronunciarlas le ganaron al instante su simpatía. Asintió con la cabeza, agradeciéndolas. Entonces, el judío continuó :

-Vamos a celebrar una reunión reservada para los miembros de nuestra Hermandad, pero vos estáis invitado. Os anticipo que nuestra comunidad no suele aceptar extraños en nuestras tenidas, que así es como llamamos a estos encuentros de meditación y reflexión, pero haremos una excepción con vos, como la hicimos antaño en Burgos para recibir a vuestro padre.

¹⁸ En la novela "Jhakin y Bôaz, la camisa de lágrimas del Temple", el judío Zag de la Maleha fue prestamista del rey de Castilla Alfonso X. Engañado por los templarios al servicio del rey Alfonso, vio como una importante suma que debía la corona fue endosada al reino fantasma de Alagón creado por los templarios sólo con el fin de sanear las cuentas del reino. Más tarde Zag aparece al frente de una misteriosa comunidad de constructores en la ciudad de Burgos.

-Tendréis que indicarme de que se trata, porque no os conozco, y aunque imagino que vais a tratar algún asunto relacionado con la muerte de mis hermanos templarios, no tengo muy claro cual va a ser mi papel en este cenáculo.

-Nuestra hermandad de los Hijos de Salomón y la que forma la Quimera, de la que fue Maestre vuestro padre, se unirán definitivamente ahora que el Temple ha desaparecido; queremos perpetuar la obra que, el que fuera su Maestre, Tomás de Bèrard, inició en Villasirga.

Mientras el judío hablaba con otras personas, Joel observó que lucía en su mano derecha un anillo de bronce con una escuadra y una plomada grabadas; miró hacia Sebastien señalándosele interrogante, pero el cáтары negó con la cabeza y se acercó hacia donde él estaba, susurrándole al oído:

-Ese es una copia; queremos el original.

Los reunidos se fueron sentando en el suelo formando un gran óvalo que se extendía desde la chimenea hasta el extremo opuesto de la habitación. Una vez que se hubo incorporado a la reunión Sebastien, eran en total quince hombres, además de Joel. En una de las cabeceras estaba Zag, que ofreció un asiento a su izquierda al templario.

Fue el judío quien habló el primero :

-Como esta es una reunión extraordinaria, yo os pediría que descubrierais vuestras cabezas para que todos conozcamos los reparos y acuerdos que producen nuestras palabras. Ya sé que desde que se inició la persecución del Temple la prudencia parece aconsejar esa medida precautoria, pero la Orden que el Rey maldijo ya está muerta y esta práctica no hace sino alejarnos cuando más necesaria es nuestra unión. Pronto celebraremos en Burdeos el capítulo general para la fusión de nuestra Hermandad con la Quimera; allí también solicitaré, ya formalmente, que en adelante nadie oculte su rostro a sus hermanos –no esperó a ver si era obedecido-. Pero invoquemos antes al Altísimo autor de todo lo creado, porque sin su ayuda nada será posible.

Los reunidos se pusieron en pie, y, algunos con cierta pereza, fueron descubriendo sus cabezas que inclinaban después en la extraña posición de saludo que a Joel le había sorprendido. Dos de los reunidos no obedecieron al Maestre y permanecieron con la capucha blanca sobre su cabeza. Se produjo un silencio en espera de la reacción del judío Zag, pero éste les miró y dio orden al joven que había llegado con él para que iniciara el rito. El muchacho miró hacia los encapuchados con gesto de reproche, y luego se dirigió hacia el resto del grupo con una letanía que los demás contestaban cantando a coro:

Imaginamos a Yahvéh Dios como el poseedor de todas las perfecciones.

(coro): La existencia es la máxima perfección, luego Yahvéh existe.

Yahvéh Elohim es infinitamente bondadoso. La bondad es una perfección.

(coro): La existencia

Yahvéh Elohim es infinitamente sabio. La sabiduría es una perfección.

(coro): La existencia

Yahvéh Elohim es infinitamente justo. La justicia es una perfección.

(coro): La existencia

Yahvéh Elohim es infinitamente poderoso. El poder es una perfección.

(coro): La existencia

Joel se dejó arrastrar por la pasión que los hombres ponían en las jaculatorias e hizo coro con los demás.

Yahvéh Elohim es eterno. La eternidad es una perfección.

(coro): La existencia

Yahvéh Elohim es creador de todas las cosas. La creación es una perfección.

(coro): La existencia es la máxima perfección, luego Yahvéh existe.

Después se sentaron todos en el suelo. Zag tomó de nuevo la palabra. Se dirigió primero hacia Joel en agradecimiento a que se hubiera incorporado a su rito:

-Como veréis, parece que estamos todos más de acuerdo en que Dios existe que en mantenernos ocultos, así que vamos a confiar que perdone lo que esta noche tenemos que decidir. Pero antes es de cortesía hablaros de alguien muy honorable que hoy nos acompaña. Está con nosotros, y con su rostro descubierto -dijo estas palabras con un leve tono de reproche dirigiéndose hacia los dos que permanecían con la capucha sobre sus cabezas-, uno de los pocos hermanos del Temple que han sobrevivido, aquí, en Francia, a la feroz persecución que se ha desatado contra ellos; es una persona a quien yo aprecio aunque él no me conozca siquiera. Le aprecio porque conocí y valoré a Hugo Rivière, su padre. Muchos de vosotros me habréis oído hablar de él, porque fue Maestro de la Quimera hasta que cayó preso en París hace siete años, antes que la Hermandad mezclara la sangre azul de los nobles con la nuestra que es roja y espesa, quizá por el polvo de las piedras de las catedrales que construimos. Quien nos acompaña es su hijo Joel, fruto del amor de nuestro Maestro con la princesa cántara Papáver. Yo, en vuestro nombre y en el mío propio, le he invitado a acompañarnos hoy y siempre que él lo desee, porque su sangre le da derecho a ser miembro de nuestra Hermandad.

Joel miraba al judío con la sorpresa de quien no espera tal acogida y cuando consideró que había terminado se levantó, sintiéndose obligado a responder :

-Cuando acompañé al templario Hugo Rivière en la única reunión de la Quimera a la que asistí, yo era solamente un sargento que cuidaba la seguridad de los caballeros del Temple que profesaban en aquella Hermandad. Después ya sabéis todos lo que ha ocurrido con nuestra Orden, por eso agradezco vuestra ayuda, aunque de momento no pueda aceptar integrarme en este grupo.

Zag le tocó un hombro afectuosamente y se levantó de nuevo diciendo :

-Bien, volvamos al tema principal de nuestra reunión: tenemos que juzgar al Papa. Su delito es haber consentido que el rey Felipe difamara y sacrificara a sus hijos más leales, y creemos que el principal motivo por el que lo ha hecho ha sido para conservar el sillón del poder de San Pedro. Ello es un crimen de cobardía junto a otro de ambición, orgullo y soberbia. Si le consideráis culpable, condenadle, pero sabed que si le condenáis debe morir.

Se adelantó el joven que acompañaba al judío y le entregó un documento que llevaba externamente el lacre del palacio pontifical de Avignon.

-Voy a leeros la carta que el Papa dirigió al Rey no ha mucho tiempo sobre esta causa. Es la máxima prueba escrita que hemos podido conseguir gracias a nuestra influencia en la corte. Juzgad vosotros mismos¹⁹:

“Ciertamente creemos no te habrás olvidado de lo que en León y Poitiers, lleno de celo y devoción, nos hicisteis saber del hecho de los Templarios; y así por tu propia persona, como por los tuyos en varias ocasiones, y también por el Prior del Monasterio nuevo de Poitiers; y aunque apenas por entonces pudimos aplicar el ánimo

¹⁹ Carta copiada a la letra del Ballucio. Invitis Papar Avenoniense, tomo 2, pág. 75.

a creer lo que decía, pareciéndonos imposible e increíble; sin embargo, porque desde entonces oímos muchas cosas increíbles e inauditas, nos es preciso reflexionar, aunque no sin amargura e inquietud y turbación del corazón, hacer en lo expresado con acuerdo de nuestros hermanos lo que el orden y la razón dictare. Mas por cuanto el Maestre de la Caballería del Temple, y muchos Comendadores de tu Reino, y otros de la misma orden, habiendo llegado a entender el peligro en que se hallaba su opinión, así para nosotros, como para contigo y otros Señores Temporales, nos pidieron con mucha instancia una y muchas veces, que sobre los cargos que falsamente se les imputaban, nos sirviésemos averiguar la verdad, y absolverlos si se hallaban inocentes, como lo esperaban, y en caso -que no se esperaba en modo alguno- que algo se encontrase contra ellos, condenarlos. Nos, porque en negocio de fe nada se deje por hacer, y por cuanto sobre estas cosas nos han manifestado muchas veces, los contemplamos de no pequeña entidad, atendiendo a la instancia de dichos Maestre y Templarios; por lo mismo, pensamos en el inmediato viernes entrar en la Ciudad de Poitiers, a principiar con acuerdo de nuestros hermanos, el examen de una diligente inquisición, y proceder con el mismo acuerdo en el negocio, y a lo demás que sea conveniente, lo que por ahora hemos determinado, y ofreciendo hacer lo mismo a tu magnificencia en lo que en adelante en este asunto obraremos. Exhortamos en el Señor a tu sinceridad, que plena e íntegramente desde el principio, procures manifestarnos tu dictamen en lo sobredicho, y la sumaria que sobre ello recibiste, y todo lo demás que en el asunto pareciere a tu advertencia convenirnos, lo que haréis por medio de vuestras cartas”.

-Es una prueba indudable de los medios de que se valió el Rey y de que el proceso ha estado tutelado por el Papa desde el principio -dijo Zag.

Se extendió después el judío en explicaciones y argumentos bíblicos que justificaban la posibilidad de cometer un magnicidio con el Sumo Pontífice, y, una vez que consideró suficientemente apoyada su propuesta, pasó a preguntar la opinión de los reunidos. Un hombre de baja estatura que estaba sentado junto a Sebastien levantó la mano indicando que quería intervenir. No parecía que su petición fuera muy del agrado de Zag, que miró en derredor buscando con la mirada algún otro deseo de intervención, pero viendo que el patricio parecía ser el único que quería hablar, le concedió la palabra con gesto resignado:

-Habla, Víctor, pero te ruego que tengas presente que esta synaxis²⁰ no debe extenderse más allá de la hora de vísperas.

El hombre sonrió complaciente, como si no hubiera entendido el sentido que el judío había querido dar a sus palabras. Se levantó, adelantándose un paso de donde estaba moviendo los brazos con gesto de hacer una larga exposición. Zag al verlo le interrumpió de nuevo antes de que comenzara.

-¡Víctor! Límitate a decir si estás o no de acuerdo en que debemos matar al Papa.

Esta vez Víctor pareció entender claramente. Se turbó viéndose en ridículo y, retrocediendo el paso que había avanzado, se limitó a decir con voz ronca y dubitativa.

-Sí..., sí estoy de acuerdo. Pero yo quería explicar el porqué.

-¿Alguien no está de acuerdo? -preguntó Zag, interrumpiéndole de nuevo, y dirigiéndose hacia todos los reunidos.

Joel se revolvió inquieto en su silla. No parecía disfrutar con el planteamiento autoritario que el judío Zag estaba dando a aquella parte de la asamblea. Mentalmente la comparó con las de los capítulos templarios donde la opinión del caballero más joven

²⁰ Synaxis es un vocablo de origen griego, que significa reunión o asamblea para escuchar la palabra de Dios.

tenía el mismo peso que la de los más respetables comendadores, y sintió que los débiles del mundo habían sido quemados también un poco en la Isla de los Judíos. Iba a levantar su mano cuando vio un gesto de Sebastien que le conminaba a permanecer expectante, y fue el viejo armero de Tours quien se levantó para hablar.

-Yo pienso que nuestros amigos los espirituales que están entre la curia podrían ocuparse de este trabajo mejor que nosotros. Así conseguirían imponer su doctrina, porque el Papa no les apoya, más bien se lo impide. El cardenal Nicolás de Santo Eusebio o cualquiera de los dos Arnaldos; a fin de cuentas, ellos están siempre cerca del Papa, cualquiera podría hacerlo sin despertar sospechas.

-Desde que murió su líder, el médico Arnaldo de Vilanova, los espirituales parecen desquiciados con la proximidad del fin del mundo. Ya sabéis que avicinan la llegada del anticristo que predijo el Apocalipsis de San Juan. Así es que dudo mucho que accedieran a cometer un sacrilegio que les cerraría la salvación estando ahora tan cerca del juicio final como creen estar; además, Nicolás de Santo Eusebio es uno de los candidatos para sucederle y no debiera arriesgar esa posición.

Era uno de los encapuchados el que había respondido con voz impetuosa pero grave. Zag pareció aprobar sus afirmaciones con el gesto, pero se levantó con la intención de evitar más intervenciones sobre aquel tema.

-Muy bien,... muy bien -el judío parecía complacido-. Tenemos que disponerlo todo para los próximos días antes de que llegue la luna nueva.

Sebastien se alejó con Zag y los dos asistentes que se mantenían encapuchados. Estuvieron un largo rato en otra sala mientras los demás permanecían en la cocina pasándose de unos a otros la jarra del vino agrio, entregados al mismo tiempo a comentar los hechos de París y las palabras de Zag. Calculaban la decisión que tomaría el consejo reunido en la sala contigua y alababan al judío por haber resumido tan notablemente las circunstancias del juicio al Papa.

En aquel interregno el hombrecillo llamado Víctor se acercó a Joel.

-Soy Víctor Sort -le dijo ofreciéndole su mano.

-Yo soy Joel -contestó lacónico el templario.

Víctor le sonreía simplón sin saber qué decir. Estuvo así un largo rato hasta que finalmente pareció encontrar un tema de conversación.

-¿Piensas tú también que el Papa debe morir? -preguntó en voz baja.

-Clemente V consintió que mis hermanos murieran después de haber abolido nuestra Orden, así es que no seré yo quien le defienda.

-Pero yo no pregunto eso. No,...no digo si quieres defenderlo, pregunto si quieres matarlo.

Joel se mostró sorprendido por las palabras del paticorto, cuyo ingenio no parecía guardar relación con su aspecto. Pareció meditar unos instantes lo que iba a decir tratando de zafarse de una respuesta directa, ya que no le resultaba fácil contestar a aquella cuestión. Afortunadamente para él, se abrió en aquel momento la puerta de la sala contigua y salieron los que se habían reunido; Joel aprovechó para dejar de lado la respuesta del hombrecillo.

Zag de la Maleha elevó la voz demandando silencio para congregarse al grupo a su alrededor.

-Hemos decidido que sea el templario quien ejecute la sentencia, puesto que es a él a quien más se ha ofendido.

Todos se volvieron esperando la respuesta de Joel, pero éste se limitó a asentir con un gesto de la cabeza mientras el pequeño Víctor le miraba interrogante.

El paticorto se alejó cabizbajo musitando en voz baja una especie de juramentos ininteligibles, pero, como todos los ojos se fijaban en Joel, nadie pareció prestar atención a sus palabras.

Capítulo III . Un mensaje en un poema.

El albañil Lucas estaba trabajando aquella mañana en una parte de la residencia del Papa destinada para atalaya, que estaba situada en la zona de los jardines, muy alejada de la vivienda principal donde estaban las restantes cuadrillas. Con la intención de familiarizarse con el lugar de cara a su inmediata misión, Joel le había acompañado. No tuvo problemas el joven para enrolarse en el grupo al contar con el respaldo del cantero cántaro, que era también capataz de aquel tajo.

La torre, de planta circular, se destinaría, una vez finalizada, para vivienda del alcaide, pero por aquel entonces era uno de los jardineros quien la ocupaba. Joel hizo rápida amistad con él y consiguió que le permitiera acompañarle una tarde, al terminar la jornada, por los jardines del palacio.

Iba el hombre haciendo su faena y, mientras revisaba los setos y parterres, explicaba al templario las características de las plantas de que se componían.

-Eso de ahí es grama. No soy capaz de eliminarla, porque aunque se ve débil es dura como la roca -mientras esto decía se agachó para arrancar la hierba de entre unos rododendros-... dicen que, incluso cuando sirve de alimento a una vaca, es capaz de volver a brotar cuando el animal la expulsa entre sus boñigas.

Joel rió el comentario.

-¿Pasea a menudo por aquí el Santo Padre? -preguntó al jardinero.

-Viene todas las tardes antes de la puesta del sol. No falta mucho para que aparezca -dijo señalando hacia el horizonte donde ya el disco enrojecido del sol rayaba las copas de los árboles-. Tendremos que alejarnos de aquí dentro de poco para no turbar su meditación.

De regreso hacia el torreón, se detuvieron junto a una fuente natural, que brotaba de entre las rocas de la pared vertiendo en una pequeña charca cubierta de nenúfares. Al lado de las piedras que abrían el paso al agua, se formaba una pequeña oquedad cubierta por una abundante mata de helechos, que colgaban tapando la entrada. “*Un lugar ideal para permanecer aquí sin ser visto*”, pensó Joel, que se quedó un rato oyendo el ruido que hacía el líquido al salpicar sobre las rocas del suelo. Observó, mientras el jardinero seguía con su tarea, que para entrar en aquel hueco había que pasar por la charca, pero, metiendo la mano en ella, comprobó con alivio que no era muy profunda, pues su mano tocaba el fondo sin que el brazo se mojara por encima del codo.

El jardinero se acercó con dos grandes melones de los llamados *piel de sapo*.

-Lléveselos a Lucas. Estos son de la temporada pasada, pero se conservan bien; esta clase es muy dulce y casi saben mejor ahora que recién cogidos.

Joel los tomó mirándolos con curiosidad, sorprendido de que se pudieran conservar unos melones durante tanto tiempo.

-Es mi secreto -dijo, interpretando su extrañeza el jardinero.

Luego le explicó lo agradecido que le estaba a aquél albañil, ya que en una ocasión el viento había derribado varios árboles que, cayendo sobre su casa en pleno invierno, habían abierto un gran boquete en el techo en medio de una fuerte nevada. Lucas había estado trabajando en el palacio y al terminar la jornada reunió a su cuadrilla para, entre todos, retirar los pesados troncos y reponer la techumbre.

-De no ser por vuestro amigo y los otros miembros de la Hermandad, hubiéramos perecido de frío aquellos días.

Joel dedujo inmediatamente que el jardinero era también miembro de la hermandad de los Hijos de Salomón que iba a unirse con la Quimera, lo que le pareció sorprendente, ya que se suponía que este último grupo, que fuera creado por los templarios y los nobles en Villasirga, debía ser secreto, y, por ello, no muy numeroso.

Pasaron dos días más antes de que Joel decidiera volver a los jardines del palacio pontifical. Fue un sábado al terminar el trabajo; la cuadrilla solía reunirse en una taberna próxima donde celebraban una especie de rito que se había hecho habitual entre los constructores: consistía en que el más joven tomaba una jarra de vino bien repleta y con ella iba rociando el rostro de cada uno de sus compañeros. Aquellos saboreaban las gotas que resbalaban hacia sus labios sin moverse hasta que el benjamín del grupo terminaba la ronda. Después, el maestro más viejo bendecía el vino vaciando lo que quedaba de la jarra de un trago, y dando licencia para que los demás le imitaran.

-¡Bebes más que un templario, Lucas! -comentó riendo uno de los albañiles mientras, mirando a Joel, tomaba un buen trago.

-Pagaré el vino el que pierda con el palo²¹ -dijo Lucas dejando la jarra ya vacía y tomando una gruesa estaca de castaño que mediría algo más de una vara de larga.

Las chanzas y risas de los habituales de aquel lugar saludaron la idea del albañil, ya que era una ocasión de beber gratis y disfrutar con el espectáculo. Lucas era un individuo fornido, habituado a ganar en aquel juego en que el peso era un punto a favor, porque el contrario, si quería ganar, debía levantar al otro del suelo.

Salió el grupo fuera del figón siguiendo al albañil y éste se sentó retador con las piernas abiertas en medio de una pequeña plazoleta. Muchos de los que por allí pasaban se detenían formando un gran corro alrededor de Lucas, a falta de otra ocupación y en espera del espectáculo.

-¡Vamos, animaos! ¡no os voy a comer!...; si nadie se atreve, debe ser el novato quien pague la ronda -se dirigió con gesto de chanza hacia Joel.

El templario se adelantó lentamente hacia el centro del círculo que había formado la gente y se sentó frente al forzado, colocó sus pies con una ligera patada en las plantas de Lucas, y empuñó el palo que el otro le ofrecía. Lucas agarraba ambos extremos, de forma que el templario no tenía más opción que agarrar la estaca por el centro. Ambos contendientes se miraban fijamente a los ojos esperando la orden de tirar, era una observación aparentemente apacible, aunque por la tensión de sus músculos se diría que ya estaban forzando el madero. Cuando sonó la voz de “¡va!” del jefe de la cuadrilla, Joel vio como Lucas apretaba las mandíbulas y hacía aflorar en sus brazos unos músculos que parecían de mármol. Tras un breve instante, el forzado consiguió levantar del suelo al templario entre las risas de la gente.

-Lucas, ¡se ve que no tienes rival! -gritó uno.

-Nadie querrá venir contigo a la taberna los sábados para darte de beber gratis - rió otro.

Joel estaba de pie contemplando a su oponente, que todavía permanecía sentado en el suelo. El albañil sonreía guasón y complacido al oír a la gente alabar su fuerza.

²¹ “El palo” es un juego en el que dos contendientes se sientan enfrentados apoyando sus pies en los del contrario y agarrando con sus manos una estaca de mediano grosor y seis palmos de larga que se sitúa horizontalmente atravesando el eje que los une. Luego tiran de ella a una señal del juez tratando de levantar del suelo a su oponente.

-Yo pagaré la bebida, pero ahora vamos a repetir la partida con una nueva ronda para todos los que nos miran y ¡yo utilizaré una sola mano! -dijo las últimas palabras Joel en voz alta, casi gritando, y con gesto serio.

La gente, que empezaba a marcharse, volvió para formar de nuevo el círculo, y Lucas, todavía desde el suelo, hacía gestos de aceptar el nuevo envite. Joel se volvió a sentar frente al albañil y cogió el palo con su mano derecha, mientras colocaba la izquierda en su espalda. Mucha más gente se había ido arremolinando alrededor, atraída por los comentarios de los espectadores.

-Esta ronda te va a costar cara, templario -susurró en voz baja Lucas a Joel.

-Cuida de que no seas tú quien la pague.

El jefe de la cuadrilla viendo que la expectación crecía demasiado, se acercó hacia donde estaban los contendientes para disuadirlos de aquel intento.

-Os va a costar el salario de una semana. Más vale que deis lo hecho por bueno y dejéis esto para otra ocasión. Mirad al tabernero como disfruta, lo mismo le da que ganéis uno u otro, el ganará en todo caso.

Cuando las cabezas de los dos hombres giraron casi al unísono negando la sugerencia de su jefe, éste se retiró blasfemando en voz baja hacia el borde del círculo.

-¡Vamos, empezad ya! -gritó.

Se hizo el silencio en el lugar mientras los dos hombres trataban de dominar a su rival. Lucas miraba a Joel asombrado de que todavía siguiera con las posaderas sobre el suelo a pesar de que estaba poniendo en juego toda la fuerza de que era capaz. La situación parecía que no iba a tener fin dada la aparente igualdad, y la gente, que al principio animaba al albañil, empezó a admirar la resistencia de aquél desconocido haciendo que algunas voces se inclinaran por él.

-Parece que ninguno podremos con el otro. Paguemos la ronda a medias -ofreció las tablas Lucas a Joel con voz jadeante por el esfuerzo.

-Lo siento amigo pero no tengo dinero -contestó sonriendo el templario.

Las manos agarradas al palo sufrían la tensión extrema a la que estaban sometidas y el calor del rozamiento las quemaba. Centrados en la contienda parecía que los ruidos de en derredor sonaban lejanos a los dos hombres; ni tan siquiera las campanadas de una torre cercana parecieron sacarlos del ensimismamiento, pero al fin Joel vio que en la frente del albañil se empezaron a formar diminutas gotas de sudor, entonces comprendió que su victoria sólo era cuestión de tiempo. Poco a poco consiguió levantar a Lucas del suelo mientras aquél le miraba atónito. Ya estaba claramente dirimida la contienda con el cáтары en cuclillas, cuando el palo se rompió.

-Bueno, vamos a beber todos, que paga mi amigo, y nadie más podrá ganarme..., al menos con ese palo -comentó riendo Joel.

Unas jarras de vino consolaron a Lucas que pronto pareció olvidar su derrota, mientras las alabanzas se centraban en Joel y en la forma en la que había sido capaz de vencer al campeón de los últimos meses.

Aquellas fiestas solían prolongarse hasta bien entrada la noche, cuando ya las almas se escapaban de los cuerpos aturcidas por el aroma del alcohol, pero Joel no esperó tanto y salió de la taberna poco después de apurar la primera jarra que siguió a su victoria, alegando como disculpa un malestar del vientre.

-Debe de ser por el miedo que he pasado temiendo tener que pagar la bebida de toda esa gente -comentó divertido mientras se iba.

La puerta que daba acceso a los jardines del Papa estaba cerrada, pero, como no era muy alta la reja que protegía el lugar, Joel pudo saltar por encima de ella sin dificultad. Luego, ocultándose de los guardias, se dirigió hacia la fuente de nenúfares

metiéndose en el hueco de la roca que ocultaban los helechos. El lugar era más estrecho y menos profundo de lo que parecía desde fuera y dificultaba el acomodo de un cuerpo robusto como el de Joel. Después de buscar en vano una posición de cierta estabilidad, ya iba el templario a desistir de aquel escondite cuando escuchó voces que se acercaban: eran el Papa Clemente V y un cardenal que venían paseando hacia aquel lugar. Se detuvieron junto a la fuente, justo enfrente del lugar en el que estaba oculto, así que Joel se resignó a permanecer tras los helechos en un incómodo equilibrio que le mantuviera a cubierto de la vista de los dos clérigos.

-Santidad, ofendéis a Dios pensando que el Señor ya no os protege. ¿Desde cuando un padre abandona a su hijo más amado?

-No, Nicolás, no quiero ofender a Dios, ¡no!... sin duda tenéis razón, pero es que estos dolores insufribles que me quemán el vientre por dentro parecen haberse agravado las últimas semanas, aunque puede que sea debido a las malas noticias que nos trajisteis de París. He estado pensando en abdicar y retirarme a uno de esos monasterios franciscanos de los que tan bien me habláis. Quizá dentro de aquellos muros, aislado del mundo y lejos de la podredumbre política que nos rodea, vuelvan de nuevo a mi espíritu la paz y la meditación necesarias para esa relación con Dios.

El cardenal Nicolás de Santo Eusebio, que era el prelado que acompañaba al Papa, pareció reaccionar como si le hubiera caído un rayo.

-Retirad esa idea que sería fatal para nuestra Iglesia. Sabéis que un cisma ya está presente en la mente de parte de la curia de Roma, donde la familia Colonna espera una debilidad vuestra como esa para azuzar a sus seguidores y conseguir un pontífice de su agrado que devuelva la Sede a la ciudad eterna. La noticia de vuestra renuncia provocaría la chispa que esperan unos y otros para acercar la yesca. Los romanos no han aceptado de buen grado el traslado de la Sede Papal a Avignon, que creen debida a vuestra condescendencia con el rey Felipe.

El Papa miraba ahora hacia el suelo como si estuviera confesando una gran culpa.

-No están del todo equivocados. Poco antes de que se produjera mi elección Felipe me visitó. Sabréis que entonces, como ahora, tenía de su lado a un buen número de los cardenales franceses, y con su apoyo, yo sería el elegido; pero quería asegurarse de que sería condescendiente para con unos sencillos deseos suyos. ¿Sencillos...? ¡hum! ... bueno, eso le parecía a él. Se trataba de nombrar a tres cardenales de la familia de su ministro Nogaret; trasladar la sede Papal aquí, a Avignon, y condenar al Papa Benedicto VIII por haberle excomulgado. Como a esto último me opuse enérgicamente, me solicitó a cambio que le permitiera recaudar los estipendios de las misas para su guerra con Flandes y un último deseo que se reservaba entonces, pero que ha sido el que más caro ha costado a mi conciencia.

Joel observaba a los dos hombres a través de la mata de helechos temiendo que sus miradas se dirigieran hacia aquel punto, pero la luna estaba en los últimos días del cuarto menguante y su tenue luz no era suficiente para que los clérigos pudieran detectar su presencia. No obstante, en un momento en el que el Papa estaba de espaldas, a Joel le pareció que el cardenal miraba fijamente hacia su escondrijo, como si hubiera advertido que alguien les acechaba. El templario se mantuvo en tensión preparado para salir huyendo si llegaran a descubrirle, pero el cardenal Nicolás de Santo Eusebio no hizo ningún gesto que justificara su reacción.

-Dios nos exige un amor absoluto y excluyente -estaba diciendo el Papa a su cardenal confesor-, nosotros somos los caballeros de su fe y debemos mantenernos alerta para poder combatir cualquier desviación. Tenéis razón, el Temple no tenía ya sentido, porque su prestigio como Orden estaba perdido irremediablemente y las

acusaciones de que eran objeto sus caballeros ponían en peligro la fe de las gentes sencillas. No es ese un motivo para renunciar, no debo renunciar..., no sería bueno..., ¡no!

Las últimas palabras parecían el desahogo de alguien que acababa de liberar su cuello del nudo que le oprimía. El cardenal Nicolás había conseguido tranquilizar la conciencia del Papa y evitar con ello un cónclave sucesorio que en aquel momento no sería favorable a su candidatura; y no sólo porque el propio Nicolás tuviera ambiciones personales, sino porque sabía que en él descansaba la esperanza de los minoritas²², una congregación nacida de la doctrina más rigurosa de la Orden franciscana, fundada por San Francisco de Asís, que propugnaba la más absoluta pobreza material, tanto individual como colectiva. Si llegaban a sentar a Nicolás en el solio²³, la implantación de sus ideas supondría una revolución, porque para ser congruente con las ideas de Francisco de Asís, debería renunciar a todos los bienes materiales de la Iglesia para volver a la pobreza que predicó Cristo en el evangelio. Alcanzar ese objetivo se había convertido en una obsesión para los minoritas, o espirituales, como también se les denominaba.

-Claro, Santidad, el caballero cristiano debe permanecer en su caballo hasta la muerte, ese es el mejor fin que cabe esperar de él. Vuestros dolores pasarán con el tratamiento de ese físico que llegará mañana de Roma y os olvidaréis de esos pensamientos. Dicen que ese hombre ha tratado al eminente Dante Alighieri de unas molestias que se asemejaban a las vuestras y que no se le han vuelto a repetir.

Se alejaron de donde estaba escondido Joel con paso lento y cansino, sin que el templario pudiera escuchar nada más. La noche estaba cerrándose porque unas nubes tapaban la tenue luz de los cuernos afilados de la luna. El templario los siguió desde cierta distancia ocultándose entre los setos de aligustres, hasta que los vio desaparecer por una pequeña puerta del palacio, que estaba protegida por dos soldados.

La fachada de la residencia del pontífice que comunicaba con el jardín estaba iluminada por muchas antorchas, y Joel comprobó que había más de media docena de centinelas que se movían de un lado a otro haciendo la guardia. Estuvo observando durante un rato hasta que vio iluminarse la ventana de una habitación de la primera planta. Era la que hacía esquina y daba acceso a una amplia balconada que permitía contemplar los jardines desde las dos fachadas que confluían en ella. *“Debe ser el aposento del Papa”*, se dijo Joel; *“subir a ese balcón no será difícil con una buena cuerda, claro que para ello haría falta que esos soldados miraran hacia otro lado”*.

El problema para entrar sin ser visto eran las numerosas antorchas distribuidas cada dos o tres pasos frente a la fachada del palacio. Su luz bastaba para ver con nitidez a los soldados que hacían la guardia. *“No..., no será fácil, a no ser que esos soldados dejen su puesto de vigilancia para acudir a otro sitio”* se dijo.

Cuando ya en la casa del albañil Lucas, que le miraba con cierto recelo por su derrota con el palo, Joel relataba su incursión nocturna, Sebastien le escuchaba preocupado.

-Ya sabéis que debemos hacerlo antes de que cambie esta luna. Ese es nuestro compromiso con vos y con la Hermandad, y la luna cambiará en tres o cuatro días, ¿no es así, hija?

²² Se les denominó fraticellos y también beguinos y fueron perseguidos y en algunos casos terminaron en la hoguera al insistir en sus teorías. Entre otros defensores de este movimiento se encontraban los cardenales Jaime y Pedro Colonna, Napoleón Orsini y Arnaldo de Vilanova; cardenal de Santa Sabina; también, aunque menos significados: Nicolás de Santo Eusebio y Arnaldo de Santa Prisca.

²³ Se denomina así al sillón de San Pedro desde el que se gobierna la Iglesia Católica.

-Sí, padre, dentro de tres días cambiará la luna, pero no parece que en ese tiempo se pueda realizar lo que queréis sin riesgo para quienes lo intenten.

-Para que la profecía del Gran Maestro se cumpla debe hacerse ahora, después no tendría sentido -concluyó el viejo armero de Tours.

Joel miró hacia donde se había ido Mahonia. La muchacha, después de escuchar a su padre, se había acercado al fuego, y estaba en cuclillas colocando sus manos frente a las llamas.

-¿Tienes frío? -le preguntó Joel, situándose tras de ella.

-Raro sería tener frío en este tiempo, ¿verdad? pero siento que alguien va a morir y es eso lo que me lo produce -contestó la muchacha volviéndose y mirándolo con ojos interrogantes-; mira hacia esas llamas, se mueven alegres porque tienen vida y su movimiento produce el calor. La alegría que da ese calor no puede existir cuando nuestros sentimientos más profundos están encenagados por el odio. Sólo el perdón puede traer de nuevo calor a nuestras vidas. No me gusta lo que vas a hacer -estas últimas palabras las dijo susurrando para que no la oyera su padre que estaba al otro extremo de la sala. Luego, viendo que Sebastien la observaba, elevó la voz diciendo:

-Vamos a buscar a uno de esos espirituales que es pariente lejano del Papa. Es un comerciante de Gascuña llamado Goth, que, según dice, tiene motivos para desear todo el mal del mundo a su deudo por haberle despreciado dejándole sin ningún puesto de privilegio. En todo caso, él conoce muy bien el Palacio, y... dicen que podrá ayudarte. Aunque ...-corrigió dubitativa-, yo no me fiaría mucho de alguien que fuera capaz de traicionar a su sangre.

Sebastien corroboró la afirmación de su hija.

-Tenemos que apoyar y apoyarnos en esos espirituales, pero yo también creo que no son completamente de fiar, porque sus ideas son tan extremas que nadie en su sano juicio, salvo el Santo de Asís, las cumpliría.

-Yo también lo creo; esa pobreza que predicán está muy bien como *lectio divinis*, pero hay que tener en cuenta que el hombre es un mar de vicios y los vicios no se sacian con pobreza -dijo Joel.

-A mí tampoco me hubiera importado llegar a ser un pobre si antes mis padres me lo hubieran dado todo hasta hartarme. Cuando uno se harta de vino, el olor de la jarra le hace vomitar; pues igual debe de ocurrir con la riqueza.

Joel asintió sin tener muy claro si aquél Goth le iba ayudar o iba a ser un estorbo.

Mahonia y Joel caminaron un buen rato entre los tendales del mercado. Estaban estos situados de forma irregular en una explanada protegida por la sombra de la alameda que se alargaba por toda la orilla izquierda del Ródano. El lugar no estaba muy alejado del palacio del pontífice, aunque sí lo suficiente como para que el ruidoso gentío no molestara a sus moradores. Los tenderetes, dedicados en su mayor parte, a la venta de frutos secos y verduras de la estación, contenían sabrosas brevas del sur del Languedoc, guindas conservadas en vino, melones de piel de sapo y cestillos con castañas y nueces; también se veían algunas lechugas, cebollas y ajos entrelazados.

Mahonia se adentró entre la multitud y se dirigió hacia uno de los puestos saludando al hombre que lo atendía. Después de cruzar con él unas palabras, le hizo una seña al templario para que se acercara.

-Este es el hombre del que os hemos hablado. Se llama Joel; él es quien os acompañará al palacio el próximo martes a la hora de vísperas.

A pesar de las palabras de Mahonia, el gascón miraba desconfiado a Joel. Era un personaje singular, de nariz afilada y enrojecida por el vino; tenía los ojos hundidos

dentro de las órbitas y una delgadez tal, que sus huesos parecían amenazar con salir perforando su piel. Miró con desgana al templario y su voz sonó como un silbido que saliera de la profundidad de su pecho.

-No me gusta esperar, así que deberéis ser puntual; en otro caso ya no me encontraréis allí.

A Joel no le gustó el tipo; hizo como si no hubiera escuchado sus palabras y se volvió para hablar dirigiéndose a Mahonia, dándole la espalda al gascón.

-Creo que se está haciendo tarde. Tendríamos que volver ya, porque me gusta ser puntual, sobre todo cuando se trata de comer.

Pero la cántara trató de mantener las cosas dentro de un orden, y, sacando de entre sus ropas un pequeño papel²⁴ doblado, se lo entregó al templario; pero se dirigió a los dos:

-Deberéis dejar esto en la cabecera del Papa después de matarlo; os ruego que no lo leáis, porque nada os aportaría su contenido; es un mensaje que sólo sabrá interpretar aquel al que está destinado.

Se despidió del tendero tratando de que no diera importancia a la actitud del joven Joel; después, sin que estuviera segura de haberlo conseguido, se internó malhumorada entre la muchedumbre seguida por el templario, que se sentía obligado a hacerlo en una actitud protectora que nadie le había asignado. Cuando consideró la muchacha que estaban lo suficientemente lejos del espiritual Goth como para que no pudiera verlos, se volvió hacia su acompañante con gesto enfadado.

-¿Se puede saber qué es lo que pretendes con esa actitud orgullosa y altiva?. Estamos necesitados de la ayuda de cualquiera que pueda dárnosla, y no creo que con ese desprecio que has manifestado hacia Goth vayas a conseguir que colabore mejor contigo.

Joel la escuchaba con una sonrisa socarrona lo que parecía exasperar más a la muchacha. Luego contestó en tono distendido y apaciguador.

-Mahonia, a veces hay ayudas que empujan el carro contra los bueyes; ese hombre no sabe manejar la aijada, tómalala tú y mi carro te seguirá; deja que sea yo el buey. Creo que el papel me va bien; yo solo podré con esta carga.

La muchacha pareció tranquilizarse y sonrió después de permanecer en silencio unos instantes como si meditara una respuesta, luego le indicó un barril de vino que aparentaba pesar más de cincuenta libras y, tras cerrar un rápido trato con el tendero que lo vendía, le dijo a Joel:

-Empieza a cargar el carro, tenemos que llevar eso a casa.

Joel la miró sin decir palabra y por un instante la muchacha tuvo la impresión de ver una luz ardiente en sus ojos, aunque sólo duró un instante. El templario cogió el barril con suma facilidad, y echándose al hombro dijo, mientras ponía su mano en el otro:

-Si quieres, puedo llevarte también a ti.

La muchacha le sonrió maliciosa con una mirada que revelaba una naciente pasión. Le hizo un gesto con sus caderas invitándole a que las pusiera realmente sobre sus hombros y fue entonces Joel el que pareció acobardarse ante la provocación. Mahonia, como todos los cántaros, entendía la sexualidad como una necesidad y en ningún modo como un pecado. Había recibido ese legado de su madre y estaba orgullosa de él, sobre todo porque la igualdad entre hombre y mujer, que tanto

²⁴ En occidente sólo se utilizó el pergamino hasta que aprendieron de los árabes el arte de fabricar papel a partir de la paja de trigo. En esta época, aunque escaso y caro, ya era conocido.

destacaba a los cátaros sobre los demás pueblos que convivían con ellos, había sido uno de los ocultos motivos de su persecución.

Cuando volvieron a casa Mahonia se adentró en el cillero de la planta baja y le hizo señas para que la siguiera. Dejó Joel el barril junto a otros, que estaban perfectamente apilados, y se sentó junto a la muchacha que le invitaba con un gesto que parecía un reto.

-Es muy arriesgado lo que vas a hacer. Me parecería terrible que no pudiéramos volver a vernos. ¡Ven aquí junto a mí y estréchame en tus brazos!

El joven templario dudó ante aquella invitación, pero sólo fue un momento, después se tumbó junto a la cátera y así permaneció abrazándola en silencio durante unos instantes. La muchacha le excitaba con un calor que nunca antes había sentido. Levantó su vestido lentamente hasta dejar sus pechos al descubierto y se inclinó para besar aquella piel blanca y cálida que se ofrecía turgente y suave a sus labios. Cogió los pezones de la muchacha como si tratara de tomar de ellos un bebedizo de amor y los apretó levemente. Mahonia le dejaba hacer inmóvil y satisfecha, luego pasó sus brazos alrededor del cuerpo del templario y lo apretó contra ella.

-No me dejes, amor mío, no me dejes -susurró con voz apasionada mordiendo suavemente la piel de sus vigorosos hombros.

Se movía con una sensualidad fresca y natural. Desinhibida del papel de hembra complaciente, que correspondería a las mujeres de las otras culturas, tomó la mano de Joel y la llevó entre la seda rubia y ensortijada de su vientre, hacia abajo, entre sus suaves y cálidos muslos.

* * *

Aún faltaba un buen rato para que sonaran las campanadas de vísperas cuando Joel estaba ya bajo un pequeño porche frente a donde se había asentado el mercado el día anterior. Se recostó contra uno de los postes de madera para pasar más desapercibido, porque ya no se veía movimiento en las calles del entorno y la ronda de la guardia del Papa tendría que pasar pronto por allí.

Cuando sonó la última campanada que llamaba a la oración, escuchó tras de sí la inconfundible voz de ultratumba del espiritual de los ojos hundidos.

-Chist..., soy Goth, vamos, seguidme, pronto va a pasar la ronda.

Le produjo sobresalto y cierta admiración que consiguiera acercarse tanto a él sin que hubiera detectado su presencia, y es que el esqueleto de aquel hombre parecía el de un ave, porque se movía como si no tocara el suelo logrando que sus movimientos no produjeran apenas ruido alguno.

A punto estuvieron de cruzarse con los guardias de ronda, pero Goth parecía conocer al dedillo el camino que solían traer, por lo que tuvieron tiempo de ocultarse detrás de un montón de troncos hasta que los soldados pasaron de largo. El hombrecillo le miró mientras esperaban y, sabedor de que no gozaba de la simpatía del templario, intentó romper el hielo:

-¿De dónde sois? -inquirió.

-Nunca me ha preocupado mucho eso, pero si os referís al lugar en el que vine al mundo, creo que fue en unas montañas de Hispania que llevan el nombre de Francia. Pero yo me siento un ciudadano romano, como San Pablo, porque siento igual de amor por cualquiera de las tierras del viejo Imperio.

-Entonces sois un romano de esos que no perdonan al Papa el haberse trasladado aquí.

Joel estuvo a punto de escupir la estupidez de aquel hombre, pero recordó las palabras de Mahonia y permaneció en silencio, volviendo la cabeza hacia la calle por donde se alejaba ya la ronda.

-Ya podemos salir -contestó aliviado al liberarse de la compañía estática del tendero.

-Yo también nací cerca de Hispania, soy gascón -decía esto Goth mientras iba ahora tras de Joel interesado en continuar la conversación.

-Entonces también sois un ciudadano romano -cortó Joel precipitando el paso para finalizar la conversación. El templario se dirigía hacia los jardines del palacio del Papa haciéndole señas para que se callara.

Joel no comprendía a aquellas gentes que trataban de vincular una amistad a un acontecimiento geográfico como era el hecho de haber nacido en uno u otro lugar. Quizá porque él había sufrido, durante los primeros años de su militancia en la Orden, la preeminencia que pretendían los freires francos sobre los demás; argüían para ello la coincidencia de su origen con la del fundador Hugo de Payns, y de la mayor parte de los otros siete primeros caballeros.

Llegaron al lugar por donde había saltado Joel la otra vez y pasaron la valla sin esfuerzo. A pesar de su aparente debilidad, el gascón era muy ágil y se adelantó a Joel, que le observó hacer mientras él vigilaba el entorno. Después Goth desapareció entre los arbustos como si lo hubiera tragado la noche; cuando al cabo de un rato surgió de nuevo de entre las sombras, le hizo señas para que le siguiera. No tardaron en llegar a un pequeño descampado, donde el esquelético se detuvo señalando triunfante hacia un lugar en el que había amontonados árboles cortados y trozos de ramas que estaban destinados a calentar las chimeneas del palacio.

-Vamos a calentar muy bien este lugar -comentó el gascón imaginando el incendio que se podría formar con toda aquella madera-; esto alborotará más a la guardia que una zorra en un gallinero. ¿Cuándo empezamos?

-Se diría que estás destemplado y quisieras calentarte con una buena hoguera; a algunos les caldearía y podrían dormir a pesar de esta humedad que hay hoy en el aire; pero aquí una llama puede descontrolarse y llegar hasta el río -las palabras de Joel reflejaban que era consciente del riesgo que aquella idea podría acarrear en una zona donde los restos de hierbas y hojas secas se amontonaban por doquier.

El gascón se limitó a emitir un gruñido de satisfacción, y se encogió como si realmente tuviera frío.

-Tendremos que esperar a que las luces de las habitaciones se apaguen -comentó Joel, viendo que aquél parecía ser el único camino. Luego dejó junto a los maderos a Goth y se acercó sigiloso hasta la zona ajardinada que daba a los aposentos del Papa. La fachada estaba más iluminada todavía que en su anterior visita, probablemente para compensar la ausencia de la luz en una noche en que la luna moría para engendrar una nueva. También se veían más soldados frente a la fachada.

Estuvo esperando un buen rato hasta después de que sonaran las completas, y suspiró aliviado al ver que las luces de las habitaciones del Papa se apagaban; entonces volvió junto al gascón.

Con aquel movimiento silencioso que le permitía desplazarse sin hacer el más mínimo ruido, Goth fue juntando un buen montón de ramillas de menor tamaño y hierbajos secos, luego miró hacia Joel, y viendo que aquél asentía con la cabeza, sacó de entre sus ropas un trozo de piedra y un eslabón de hierro. Estuvo golpeando el pedernal con el hierro un buen rato hasta que consiguió que las chispas prendieran en unas hierbas secas; luego, con cuidado, sopló donde había prendido y acumuló allí algunos trozos de madera.

-Esto ya está, ahora sólo falta darle de comer -rió el hombrecillo la gracia con su inconfundible voz de pito que sonaba a tragedia griega.

-Espera hasta que yo te dé la señal -le dijo Joel alejándose de nuevo para vigilar a los guardias.

Todo parecía ir según lo había planeado. Ya no se veían más que dos guardias en la puerta, así que Joel pensó que era el momento de preparar su entrada en el palacio. Volvió para ordenar a Goth que propagara el fuego, pero el gascón se le había adelantado y ya se veía el resplandor de las llamas crepitando en la negrura de la noche. Maldijo en su interior la falta de disciplina de aquel hombre, y mientras se ocultaba entre unos arbustos para evitar ser visto por los soldados, vio pasar a los dos que hacían guardia, que, apercebidos también del incendio, corrían hacia donde estaba Goth, llamando al resto de la guardia para apagarlo.

Joel asió su puñal dispuesto a defender cara su vida, pero las voces de los soldados se fueron alejando hacia el lugar de la fogarata, de donde salían ya grandes llamaradas. El templario los siguió sigilosamente para tratar de encontrarse con Goth y continuar con su plan.

Tal y como habían calculado Joel y Goth, los soldados, que se habían provisto de largas ramas, con las que sacudían las llamas de los matorrales, y algunos cubos llenos de agua, se mostraban incapaces de controlar el fuego. Viendo que la hoguera no remitía, los guardias corrieron hacia el palacio para despertar a la servidumbre; el fuego estaba alcanzando grandes proporciones y, aunque estaba lejos de la residencia, amenazaba con prender los grandes árboles secos ya por los primeros días de calor de la primavera. Los matorrales más próximos a los maderos ardían como la yesca; parecían gigantescas antorchas iluminando en la noche a los aterrorizados soldados.

-Traed más agua -se gritaban unos a otros, y los criados, todavía medio dormidos, corrían sin rumbo portando cubos de madera llenos de agua, que derramaban en donde les parecía, sin sacar provecho a sus esfuerzos.

La mayor parte de los que se habían congregado frente a la hoguera no sabían muy bien qué hacer y miraban abobados cómo las llamas avanzaban acercándose a los árboles más grandes. Un hombre salió de la negrura para tomar, al parecer, las riendas de aquel maremagno.

-Si prenden esos álamos arderá todo y nadie estará libre de este infierno. Traed hachas y que alguien los corte; otros, que remojen la madera que todavía no ha prendido y que se cavén surcos de tierra en el suelo alrededor de estos troncos.

Joel reconoció en aquella voz al gascón, que se había mezclado entre los sirvientes pretendiendo ordenar los trabajos. Goth le vio y le hizo una seña para que le siguiera, mientras que uno de los guardias se hizo eco de las órdenes del hombrecillo y estaba disponiendo para que se cumplieran. No les costó ningún trabajo entrar en el palacio entre el movimiento de criados que iban y venían con cubos de madera, hachas, azadones y otros aperos.

En aquel momento llegaba corriendo, con un grupo de criados tras él, el cardenal Nicolás de Santo Eusebio; la agilidad con que se movía no correspondía para nada a su edad; su capa roja se elevaba tras él dándole la apariencia de un ángel salvador que llevara sus huestes a la batalla. Había salido el primero de la reunión de la Cámara Apostólica, en cuanto entró el cardenal de Santa Prisca advirtiéndole del incendio en los jardines, mientras los demás prelados inquirían al recién llegado sobre lo que había ocurrido.

-Vamos, daos prisa; coged esas artesas, y seguidnos. Hay que llenarlas de agua y llevarlas hasta el fuego.

Su voz imperiosa obligó a los dos hombres a obedecerle. No podían hacer otra cosa, porque de haber seguido hacia el interior, los criados les habrían detenido.

En medio del barullo que arrastraba tras de sí el prelado, nadie se percató de su condición. Cuando llegaron hasta el fuego, ya el jardinero y otros sirvientes dirigidos por él habían hecho un buen trabajo. Separando los troncos que estaban prendidos del resto habían conseguido disminuir la fuerza de las llamas, lo que facilitaba el trabajo de talar los álamos que ardían, para, después en el suelo, apagar sus brasas. Tan sólo un gran roble centenario, cuyo tronco no serían capaz de abrazar entre tres hombres, se quemaba en las ramas más altas alejadas de las hachas.

-Ese árbol no se puede cortar por abajo porque tardaríamos demasiado tiempo, hay que podar la parte que está encendida- era el cardenal quien se dirigía así hacia el jardinero; al hombre le faltó tiempo para solicitar un hacha y trepar para cumplir el mandato.

Era una labor peligrosa, porque las llamas ardían con fuerza. Desde donde se había situado, le llegaba el fuego también de abajo, colocándole en medio de la pira. Ya había cortado las dos ramas más grandes, cuando de pronto, se le vino encima una bola de fuego formada por trozos de madera y hojas secas de la copa del roble. Aquella maraña ardiente le arrastró hacia el suelo cayendo sobre él y prendiendo fuego en sus vestidos.

El cardenal cogió la artesa que llevaba Goth, y se lanzó para apagar las ropas de aquel hombre, cuando ya otros más próximos trataban de hacer lo mismo.

-¡Apartaos! -gritó el cardenal abriéndose paso entre la gente.

El templario, viendo que toda la atención se centraba en ayudar al jardinero, hizo una seña a Goth y regresó hacia el palacio. Cuando atravesaron las puertas nadie les detuvo, tan sólo uno de los guardias que permanecían allí le preguntó a Goth sobre el objeto de la cuerda que todavía colgaba de su hombro.

-¿Habéis tenido que subir a los árboles? -le dijo con tono relajado una vez que la sensación general era que el fuego estaba controlado.

-¿No habéis oído el ruido de las nueces?. Hemos cogido un saco y las hemos estado comiendo a la luz de la luna -bromeó Goth sin detenerse, aunque el soldado debió entender una crítica a su actitud pasiva y no puso buena cara.

Antes de que a nadie les sorprendiera su presencia, ya estaban templario y gascón en el corredor que daba a las habitaciones del Papa, donde el cardenal Duèse daba su bendición a todos los sirvientes que regresaban de los jardines.

-El propio Santo Padre os agradecerá mañana el esfuerzo que habéis hecho -dijo, mientras bendecía a la pareja, y Goth, desconcertado, se acercaba para besar su capa.

Tras ellos llegaban otros grupos, que también se arrodillaban delante del cardenal con el rostro vuelto hacia él para que les recordara. Cuando Duèse se volvió para bendecirles, Joel y Goth se precipitaron por el corredor, y algo debió de sorprender al cardenal en la actitud de los dos hombres, porque hizo un ademán como para seguirles; pero ya otros sirvientes que llegaban se lo impidieron reclamando su bendición, y cuando se libró de ellos, el templario y su acompañante habían desaparecido.

Joel se dejaba guiar por Goth; aunque éste no había estado nunca en aquella zona del Palacio, sabía muy bien su distribución por las descripciones que le habían hecho los cocineros en sus visitas para vender hortalizas y frutas.

-Por aquí debe de estar el salón de despachos. Cerca de él duerme el secretario personal del Papa, y allí está también su alcoba, justo en la antesala del Pontífice.

En el suelo de aquel salón, el mármol de carrara lucía como un espejo y, sobre él, las pisadas de los dos hombres sonaban entre el silencio como si estuvieran golpeando un tambor. Había elegantes muebles de nogal negro; nada denotaba que la sencillez predicada por los franciscanos hubiera tenido acogida en aquella zona del palacio; en una esquina, se veía un gran diván tapizado en seda del color de las perlas y, sobre él, un tapiz recamado de oro colgaba de la pared: representaba la crucifixión de Cristo, con las piadosas mujeres acompañando a la Virgen al pie de la cruz; en el centro de la estancia, una gran mesa de cerezo ribeteada con marquetería de color blanco, que bien pudiera ser de marfil, daba prestancia al conjunto.

-Debe de ser el comedor privado del Papa -susurró Goth señalando hacia una mesilla que estaba en una esquina de la estancia cubierta con un mantel de seda, y sobre ella, perfectamente ordenados, se veían dos platos de fina porcelana junto a copas talladas de cristal italiano.

Joel señaló hacia una puerta medio oculta por unas cortinas de terciopelo.

-Debe de estar ahí -indicó con voz indecisa, como si no quisiera acertar en su apreciación y sintiera la fuerza de la obediencia a la que, como templario y soldado del Papa, había estado sometido. Fue sólo un instante, después pareció recordar que Clemente V había suprimido la Orden del Temple mediante la bula "Ad providam" hacía más de dos años, así que se sintió liberado de aquella sumisión, y echó a andar, resuelto, para abrir la puerta.

El Papa estaba allí; se encontraba tumbado sobre el lecho, vestido con un camisón blanco de lino. A su lado, un clérigo, posiblemente su secretario privado, le ofrecía un brebaje en una copa de fino cristal tallado. Joel se quedó petrificado en la puerta al ver los ojos del pontífice mirarle interrogante; le dirigía sin embargo una mirada amable, y después, como si hubiera comprendido que venían a matarle, le sonrió con benevolencia e inició una bendición, tras apurar el contenido de la copa que tenía en su mano.

-Vamos por él -gruñó Goth detrás del templario, y exhibió un cuchillo en su mano de esos que llaman *miser cordia*, mientras le empujaba para hacerse paso por la estrecha puerta que daba entrada al aposento del Papa.

Las palabras del tendero parecieron hacer reaccionar al secretario del Papa, que hasta aquel momento había permanecido expectante, con una extraña expresión de estupor. Cogió un pequeño taburete como única arma que le venía a mano, y se situó en actitud defensiva delante del lecho del pontífice. Pero pronto se dio cuenta de que no hacía falta aquella precaución, porque Joel se detuvo en la misma puerta y, volviéndose hacia su compañero, lo detuvo, empujándolo fuera de la estancia. Luego se volvió y, sacando el cartel que le había entregado Mahonia, se acercó al lecho y se lo entregó al Papa, haciendo una pequeña reverencia ante él. Todo transcurrió en un instante; cuando regresaba, ya el gascón estaba de nuevo en la puerta empuñando amenazador su *miser cordia*.

-Vámonos -le ordenó Joel con voz firme- ese hombre va a morir sin que nadie tenga que matarlo.

En realidad, el aspecto del Papa, con el rostro pálido y avejentado, a pesar de su relativa juventud (tenía cincuenta y cuatro años), más parecía el de un muerto que el de un vivo, pero Joel no lo decía por eso: él había visto vivir a mucha gente con peor aspecto; lo que le decidió a abandonar su misión fue reconocerse templario y ver en el Papa de nuevo a su jefe supremo: la milicia del Temple tenía un enorme sentido de la disciplina.

Cuando los dos hombres desaparecieron tras la puerta, el secretario del Papa empezó a gritar pidiendo ayuda. En el silencio de la noche, se oyeron ruidos de gentes

que se dirigían a los aposentos Papales, mientras Goth y Joel se deslizaban hacia los jardines descolgándose por una balconada próxima. Era un intento vano, porque la alarma había puesto en alerta a toda la guardia y, apenas habían apoyado los pies sobre el suelo, ya un grupo de guardias les rodeaban apuntándolos con sus lanzas.

-Rendios o sois muertos -gritó un sargento acercando su lanza a menos de un palmo del cuello de Joel.

Goth miraba asustado a su compañero; había sacado de entre sus ropas el *misericordia* y lo exhibía amenazador. Lo levantó sobre su cabeza retador y por un instante estuvo a punto de ser ensartado por los soldados, pero rápidamente comprendió que no le quedaba otra opción que entregarse y dejó caer el arma mientras se arrodillaba implorando piedad.

Los llevaron atados de pies y manos a un calabozo de los sótanos del palacio; allí los encerraron, y dejaron a un centinela haciendo guardia a su puerta. Un olor nauseabundo salía de entre las pajas que cubrían el suelo, pero los dos hombres se tumbaron sobre ellas sin ni siquiera seleccionar aquella parte en que la paja parecía más seca. Estaban derrotados. Permanecieron en silencio sabiendo que sólo podían esperar la clemencia de una muerte rápida.

El Papa parecía sorprendentemente tranquilo; era como si el incidente le hubiera alejado los dolores que le acosaban. Junto a él estaban los cardenales Jacques Duèse, Nicolás de Santo Eusebio y el obispo Jacques Fournier; también le acompañaba su secretario. Muchos sirvientes se habían quedado en los corredores que daban acceso a su aposento, dispuestos a pasar la noche en vela en aquel lugar protegiendo a su señor.

-Santidad, presiento que la mano que empuñaba ese puñal es la de un esbirro reclutado de entre los desesperados que mendigan por las plazas, a quien poco le importará morir colgado del cuello, porque moriría en cualquier caso de hambre o acuchillado en una taberna por robar un pedazo de pan. Hemos de buscar a quienes le han encomendado cometer este sacrilegio, porque no dudo que serán varios y muy poderosos. Los inquisidores darán cuenta de sus huesos hasta que confiese -era el cardenal Duèse quien se dirigía al Papa, mientras Nicolás de Santo Eusebio no parecía muy contento con aquellas palabras y Jacques Fournier parecía ignorarlas. El secretario movía la cabeza asintiendo a la propuesta del cardenal.

El Papa seguía sonriendo imperturbable; se diría que su mente no estaba en aquel lugar. Su actitud silenciosa llegaba ya a preocupar a sus visitantes, hasta que por fin, señalando con el dedo a Jacques Duèse, dijo:

-Jacques, teníais razón. Sí ..., como casi siempre, teníais razón. He sido débil permitiendo que el rey Felipe atormentara y humillara a mis valerosos templarios, pero ahora que he estado tan cerca de la muerte y que la presiento todavía cercana, quiero confesaros algo: estoy seguro de que Jacques de Molay deseaba que ocurriera lo que ha pasado. Todo seguía una lógica que me explicó hace trece años cuando yo le ofrecí ser el Maestro de una nueva Orden que uniera a templarios y hospitalarios y él lo rechazó. Lo hizo, porque creía que el orgullo los había hecho indignos a su lema de defensores del nombre de Dios: *“Sólo nos resta aparecer de forma oprobiosa ante el mundo para hacer penitencia por nuestro orgullo...., he soñado con un Jacques que os sucederá a la cabeza de la Iglesia y no desearía ser yo; sólo le faltaría ya eso a la arrogancia del Temple”*, me dijo. Comprenderéis que el proceso del rey Felipe IV contra la Orden ha superado cualquier medida que mis caballeros tuvieran que purgar. Lo que no había comprendido hasta hoy, era los motivos que tuvo para cambiar su declaración en los últimos momentos y la maldición que, se dice, profirió en contra mía; eso no lo había comprendido hasta esta noche, y por eso ahora soy feliz.

Jacques Duèse miraba hacia el Santo Padre sin perder detalle de sus palabras; lo mismo ocurría con los demás. Pareció que en un momento Nicolás de Santo Eusebio iba a intervenir, pero, al unísono los dos Jacques, que se sentían identificados con el nombre que el Maestre había dado al futuro sucesor del pontífice, le sujetaron fuertemente por ambos brazos, instándole a que se callara y esperase la continuación de las palabras del Papa. Pero Clemente V les entregó el cartel que le había entregado Joel y ya no dijo más sobre aquel tema. Permaneció en silencio y con gesto complacido al ver la confusión que sus palabras y la lectura de aquel documento producía en sus cardenales; luego, señalando al obispo Fournier, ordenó:

-Ocupaos de que nadie maltrate a esos dos hombres cuando sean capturados. Mañana saldré para Burdeos y deseo que me acompañen. Vos, eminencia, vendréis también con nosotros, -se refería al cardenal Nicolás de Santo Eusebio, que parecía molesto por el protagonismo que el Papa daba ahora a los dos Jacques-. Y ahora os ruego que me dejéis descansar, porque nos espera un largo viaje.

Al retirarse el obispo y los cardenales, el Papa recogió de nuevo el cartel que le había entregado el templario, y lo releyó para asegurarse de que había entendido bien su contenido. Era una poesía escrita con letra firme y clara. Habían usado una tinta rojiza, seguramente hecha con una mezcla de sangre y otros pigmentos:

Jinetes rompen el viento

Avignon es su destino

Cabalgan con un lamento

Odio llena su camino

Buscan cumplir juramento:

Osario regio y divino.

Clemente V sonrió al releer la poesía recordando las palabras del último Gran Maestre del Temple, y las relacionó con el mensaje que le habían entregado. No cabía duda de que el autor había puesto fácil la clave del mensaje, porque había destacado la primera letra de cada verso y al leerlo en vertical le indicaba un nombre: “Jacobo”, una de las acepciones de Jacques. El Papa entendió que la penitencia a su debilidad estaba donde los cristianos iban a lavar sus culpas, en Saint JACQUES de Compostela, recorriendo, como otros cientos de gentes, *El camino de las estrellas*. Por eso, aprovecharía su viaje a Burdeos para, desde allí, iniciar la marcha como peregrino hacia la tumba del Apóstol por el llamado camino del Norte. Una senda mucho menos concurrida que el camino francés, lo que haría más fácil que su comitiva pasara desapercibida.

Sin embargo, el obispo de Pamiers y sus dos cardenales no habían interpretado el mensaje del mismo modo.

Jacques Fournier se hizo acompañar por unos guardias hacia los calabozos donde estaban encerrados Goth y Joel. Iba pensando en el mandato del Papa, pero también en el acróstico del poema, e imaginó que lo que allí se decía era la versión en verso de la maldición del Maestre Molay, y si eso llegaba a ocurrir, él podía muy bien ser el futuro sucesor de San Pedro al frente de la Iglesia.

El carcelero se levantó en cuanto le vio llegar acompañado por el guardia de la primera puerta. Luego, se situó de pie frente a la celda esperando la orden del que era tenido como el mejor amigo del cardenal Duèse, el más temido de la curia.

-Abridme la puerta. -Las palabras de Jacques Fournier sonaban suaves pero firmes y el hombre atolondrado se apresuró a cumplirlas, mientras uno de los presos le veía hacer a través de los barrotes de un ventanuco, que, a la sazón, estaba abierto. Era

el tendero Goth, quien, temiendo que aquella fuera ya su senda hacia el hacha del verdugo, se puso de rodillas, apenas se hubo abierto la puerta, y se lanzó a besar la túnica del obispo.

-Señor, no espero compasión, pero os ruego que no dejéis que me torturen. Confesaré todo lo que sé, pero no me torturen.

Jacques Fournier hizo un gesto de asco apartando la cabeza de aquel hombre, y le conminó con voz firme a que se levantara, luego, dejándolo tras de sí, se dirigió hacia donde estaba Joel, quien, sentado sobre un montón de paja en un rincón de la celda, parecía con su mente en otro lugar.

-¿Quiénes sois, y por qué queríais matar al Papa? -preguntó el prelado.

Joel le miró desde el suelo, y fue entonces cuando observó la presencia de tan elevado representante de la curia. Se levantó con gesto rápido, recordando todavía la disciplina debida a un alto rango de la Iglesia.

-Me llamo Joel, y soy un freire del Temple. Esa Orden que su Santidad ha disuelto, después de haber sido durante casi doscientos años su vanguardia en la lucha contra los enemigos de la Iglesia. Pero no veáis en mi acción la mano vengativa de nuestra Orden, sino la de un hijo que ha visto quemar a su padre.

-Más os valiera que reflexionárais ahora sobre vuestros pecados que empeñaros en ensombrecer la figura del Santo Padre. ¡Vamos, seguidme! -dijo el obispo dirigiéndose a ambos presos, cuando ya estaba en la puerta.

Les condujo ante la presencia de Clemente V, y le contó la explicación que le había dado el templario. El Papa le escuchó complacido, mirando a los dos prisioneros como si estuviera delante de dos ángeles enviados por Dios desde el Cielo. Después, al verlos atados de pies y manos con cadenas, ordenó que se les liberara de inmediato de aquellas ataduras. El secretario del pontífice iba a decir algo antes de que se llevara a cabo aquella orden, pero el Papa no le dejó hablar.

-No me atacaron antes cuando estaba indefenso, así es que dudo mucho que lo vayan a intentar ahora delante de todos vosotros y de esos guardias -dijo señalando a dos lanceros que no perdían de vista a los prisioneros.

-Decidme, pues, cuál era el motivo de vuestra visita -los dos prisioneros permanecían de pie y en silencio, con la mirada baja, como si les avergonzara la actitud valiente y generosa del pontífice -Vamos no temáis, ¡hablad!... Si lo que queríais era entregarme este cartel, no era necesario organizar tanto alboroto. Habéis estado a punto de provocar un gran incendio, que, de no haberse controlado, habría destruido toda esta parte de la ciudad.

-Santidad, nuestro pecado ya no tiene absolución en este mundo, así es que ordenad que nos faciliten una rápida muerte y os estaremos agradecidos.

Las palabras de Joel no parecieron del agrado de Goth, quien, tras mirarle con gesto de reproche, se echó de rodillas al suelo suplicando clemencia por su vida.

-Hijo mío -dijo el Santo Padre, dirigiéndose a Joel- tu pecado no es sólo tuyo; ya tu origen fue el fruto de un grave vicio contra la Iglesia y contra Dios, porque tu padre, que juró voto de castidad, faltó a ese voto para unirse carnalmente con una mujer excomulgada. Pero yo no os puedo perdonar porque no me habéis ofendido, al menos yo no siento la ofensa si eso es lo que pretendíais; así es que estáis libres.

Un murmullo de sorpresa recorrió la sala ante aquellas palabras del Pontífice. Algunos de los prelados presentes expresaron claramente su enojo con murmullos desaprobadores, pero el Santo Padre hizo una seña para que desalojaran la estancia, pidiendo a Joel y a Goth que se quedaran con él. Tampoco se fue el secretario personal del Papa, que, aunque daba la sensación de no estar muy de acuerdo con la

magnanimidad de Clemente V, se sentía en la obligación de protegerle. Por ello se mantuvo medio oculto tras unas cortinas cuando los demás abandonaban el lugar.

El Papa se dirigió con voz amable a los dos detenidos, que permanecían frente a él sin moverse, a pesar de que el Santo Padre les había hecho una indicación para que se acomodaran en unos asientos.

-Es muy difícil hacer justicia, porque quien juzga no puede nunca conocer todo lo que acontece en los hechos que se le presentan ni en quienes son acusados de cometerlos. Vosotros me habéis juzgado y condenado como culpable de haber dejado morir a mis mejores soldados, los caballeros del Temple, pero yo no quiero hacer valer nada en mi defensa, porque seguramente soy culpable de eso que me acusáis y de muchas otras fechorías que ni yo mismo sería ahora capaz de recordar.

El Papa se detuvo un momento y, reparando en que continuaban de pie, les hizo señas para que se sentaran en unas butacas que estaban junto a la cama a menos de tres pasos de donde él se recostaba. Vio entonces el Papa, al volverse, que les acompañaba su secretario, que seguía medio escondido entre las telas del dosel de su cama y unos cortinajes de terciopelo; le sonrió agradeciendo su fidelidad, y le invitó, también, a acercarse.

-El Señor es grande, porque mira las cosas humildes y conoce de lejos las elevadas. Él es el único Juez justo y ante Él compareceremos algún día todos nosotros para rendir cuentas. Eso es lo que realmente importa, todo lo demás no es sino un tránsito, más o menos afortunado, por esta vida temporal. Los hombres convertimos la verdad en mentira según nos acomode, pero sólo detrás de la piedad se halla la sabiduría auténtica. Yo no os quiero juzgar a vosotros, porque no deseo que vosotros me juzguéis a mí; simplemente, yo, que aquí tengo el poder terrenal que vosotros me habéis dado, quiero apiadarme de vuestro error. Es la única forma en la que estoy seguro de acertar. Así es que ahora podéis marcharos en paz.

Goth no tardó ni un instante en hacer caso al Papa, saliendo precipitadamente de allí, pero Joel parecía extasiado por las palabras de Clemente V, y permaneció un rato mirándolo como embobado, fija la mirada en la del Santo Padre, que le miraba a su vez con gesto bondadoso. Luego, el templario se levantó, y arrodillándose a los pies del pontífice con la cabeza doblada, le imploraba perdón. El Papa le consolaba con unas leves palmadas en el hombro.

-He de partir mañana para Burdeos. Si lo deseas, puedes acompañarnos.

-Seré vuestro más fiel escudero -contestó, agradecido, el templario.

“¿Quién hallaría yo, Señor, que me reconciliase contigo mejor que el hijo de uno a los que dejé quemar injustamente?, gracias, Señor, por enviarme este mensaje y gracias también porque me has ayudado a entenderlo”. Clemente V meditaba este ruego y se sentía feliz porque su alma estaba en paz y los dolores de vientre, que tanto le habían martirizado, habían desaparecido como por ensalmo.

La comitiva se detuvo para hacer noche en la pequeña villa de Roquemaure, porque con el traqueteo del viaje los dolores habían vuelto a martirizar al Papa con tan redoblado ímpetu, que el físico que le cuidaba había confesado al cardenal de Santo Eusebio que de seguir así temía por la vida del Santo Padre. El cardenal, a quien correspondía el buen orden de la comitiva, le escuchó, y como si no quisiera dar pábulo a aquellos temores, se limitó a ordenar el alojamiento del séquito en un pequeño convento franciscano seguidor del movimiento de los *espirituales*. No le resultó fácil conseguir alimento y cobijo en aquel lugar para un cortejo que se componía de más de veinte soldados de escolta, el físico romano y su ayudante, el tendero Goth, Joel y dos clérigos, además del secretario del Papa y del propio cardenal.

El Prior del convento parecía desbordado por la responsabilidad que se le venía encima. Las circunstancias del momento hacían que apenas hubiera en la despensa unas vasijas de vino aguado que utilizaban para la misa y unas cuantas piezas de ese pan negro que se obtiene a partir de la harina de centeno. Con gesto resignado estaba enseñando y ofreciendo aquellas miserias al cardenal, dispuesto a prescindir de ellas para su comunidad si tan distinguidos huéspedes decidían finalmente aceptarlas. Pero el gesto del hombre del capelo rojo le hizo saber de inmediato que no debería buscar otro vino para decir las misas del día siguiente. Con gesto displicente, dijo Nicolás de Santo Eusebio:

-¿Así queréis sanar a vuestro Papa enfermo? Vamos, decidme dónde se puede encontrar en este pueblo una comida digna.

-Eminencia -contestó con voz susurrante el prior-, sabéis que hemos hecho voto de la pobreza más extrema, así que no nos preguntéis lo que no podemos conocer.

Un joven monje, que acompañaba a su prior, apoyó las palabras de su superior.

-No debemos avergonzarnos nosotros, sino los que se hartan de los mejores manjares mientras nosotros ayunamos. A pesar de vuestra actitud, yo hubiera aceptado compartir con vosotros esa comida -y miró con gesto de reproche al cardenal, que le contemplaba sorprendido, pero orgulloso, de la humilde osadía de uno de los suyos.

El prior dirigió su mirada hacia el monje joven con un gesto de suave reproche, pero agradeció con una leve inclinación de cabeza aquel comentario; luego, ambos se retiraron por el corredor hacia donde estaba el resto de la congregación. Al poco volvió el monje joven con las llaves de las celdas de la primera planta, que eran más espaciaosas y menos húmedas y, sin decir palabra, se las entregó al cardenal.

Resuelto ya el alojamiento, se dirigía el cardenal a una posada cercana para tratar de conseguir algo más de comida, cuando vio cómo el secretario del Papa se acercaba corriendo. El clérigo corría sujetando la parte baja de su sotana con las manos, para avanzar más deprisa.

-Cardenal, su Santidad tiene mal aspecto; el físico ha pedido que se os llamara de inmediato a su lado -dijo jadeante.

Cuando Nicolás llegó a la sala que habían preparado para el Pontífice, éste se hallaba tumbado, y, su cabeza, chorreante de sudor, se movía a uno y otro lado tratando en vano de escapar a los dolores que le atormentaban. El color de su rostro era pálido como la leche y sus labios se teñían de un tono morado que resaltaba aún más la blancura de sus mejillas. A su lado se encontraba el templario que había acompañado al Papa desde Avignon en su carroza y que no se había apartado de él, como si quisiera ahora convertirse en su primer escolta.

Cuando el físico terminó de dar a Clemente V un brebaje, se acercó al cardenal y le hizo seña para que le acompañara fuera de la celda. Después de caminar en silencio unos pasos, emitió su diagnóstico:

-No puedo curar las heridas que corroen a su Santidad las entrañas; esta vez el mal excede de mis conocimientos; mi pobre saber parece que ha alentado la dolencia en vez de calmarla. -Parecía confundido y asustado por la responsabilidad.

-¿Por qué ha habido tan súbito cambio en la enfermedad? -preguntó el cardenal.

-Yo mismo estoy confundido, porque el agravamiento ha sido tan repentino, que por fuerza ha de achacarse al remedio que le estoy administrando. Eminencia, disponed de mi vida y de mis bienes, pero yo os juro por lo más sagrado que este remedio es el mismo que curó a mi señor.

-¿Qué contiene la pócima que le administráis?

-Es una tisana de hierbas de manzanilla y acanto macerada con pulpa de bayas de acebo. A mi señor, el poeta Dante, le hicieron un efecto tan benéfico, que, aun después de haberse curado, me pide que le provea de la poción para tomarla cada dos o tres días.

Dentro de la celda, el Papa pidió a su secretario que hiciera salir de la estancia a dos monjas que rezaban arrodilladas a la vera de su lecho y a uno de los monjes franciscanos que murmuraba letanías. Luego que hubieron quedado solos con el templario, pidió el Papa a Joel que se acercara al lecho y, con voz muy apagada, le dijo:

-Sé que habéis estado a mi lado para protegerme, pero no lo habéis hecho muy bien, porque alguien ha vertido veneno en mi comida o en mi bebida. Los dolores que siento no son los que tenía desde hace meses. Estos son como si un látigo lacerara mis entrañas cuando más desprevenido me encuentro, y aquellos, sin embargo, eran punzantes y continuos. Cuidaos, porque es posible que alguien esté tratando de utilizar vuestra presencia junto a mí para achacaros después mi muerte. Ahora a vos compete averiguarlo, porque me parece que lo mío no tiene cura.

-¿Estáis seguro de lo que decís, Santidad?

-Estoy seguro por lo que ahora os mostraré, pero lo que no acierto a imaginar es quien pueda estar tras el nombre de vuestra Orden -el Papa hablaba cada vez con un susurro más entrecortado, que hacía difícil entender sus palabras, por lo que su secretario se había acercado también al lecho.

-Pero señor, vuestra enfermedad proviene de tiempo atrás, no puede ser que un envenenamiento se prolongue tanto -comentó Joel.

Clemente V miraba ahora con la vista perdida hacia el fondo de la estancia como si no hubiera oído aquellas últimas palabras. Permaneció así un instante, sin poder controlar la saliva que resbalaba por la comisura de sus labios. El secretario lo vio, y se adelantó diligente para limpiarlo con un pañuelo; luego, miró al templario como desaprobando su insistencia en una conversación que el Santo Padre no parecía querer seguir. Joel comprendió que era inútil la espera e iba a retirarse, cuando Clemente V pareció darse cuenta de que debía una respuesta, y le hizo un gesto para retenerlo.

-Fue hace ya algunos años, un médico de Hispania llamado Arnaldo de Vilanova; curiosa coincidencia con nuestro querido cardenal²⁵. Bien, pues vino a verme a petición del cardenal Colonna; lo recuerdo muy bien. Es posible que hayáis oído hablar de él y de sus escritos en favor de los beguinos y los espirituales. Vino para interceder por los seguidores de aquel fray Juan de Olivi a quien los beguinos veneran como si se tratara de un santo. No fue posible acceder a sus deseos porque habría supuesto la destrucción de nuestra Iglesia. El médico hispano no entendió nuestra decisión, porque estaba obsesionado por una profecía que aventuraba el fin del mundo para estas fechas: *“Al fin que queréis... -le dije, ... si llegara el fin del mundo más vale que lo que hacemos esté bien porque no habría tiempo para cambiar tantas cosas, así que conformaos”*. Creí que se avenía a olvidar sus encomiendas, porque desde entonces se limitó a darme remedios para un malestar que yo tenía a causa de la acidez. Pienso ahora si el remedio que me recetó no tendría un gusano que aflorara con este resultado.

-He oído hablar de ese médico; por lo que yo sé, dudo de que fuera capaz de lo que pensáis. Coincidí con él una vez en la corte del rey Jaime II; os aseguro que nunca he visto a nadie más preocupado por su prójimo que Arnaldo de Vilanova. No pudo ser más que una coincidencia de su tratamiento con vuestros dolores.

²⁵ Se refiere a Arnaldo de Santa Sabina cuyo nombre civil era Arnaldo Vilanova igual que el médico de Hispania.

El Papa hizo una seña a su secretario, que buscó entre sus ropas y extrajo un cartel arrugado y grasiento escrito con letra gótica.

-Parece que últimamente hay más gente interesada en que yo lea sus mensajes que en escuchar los míos. ¡Leed! -dijo entregándole el pliego donde estaba escrito un extraño poema.

*Primero fue Joan d'Olivi
El que murió sin clemencia,
Cátaros en las hogueras,
Ayer Molay, el templario.
Después sólo tu conciencia.
Oigo voces justicieras,
¡Ruega y pide penitencia!*

-Se refieren a ese Juan de Olivi del que habláis, pero también a nuestro Maestro, que en paz descanse.

El Papa no contestó. Se había reclinado hacia el otro lado de la cama, y parecía no escucharle. Fue el secretario quien se acercó a Joel, y señaló con el dedo la inicial de cada verso.

-¡Pecador! -exclamó Joel-. Es evidente que os acusan a vos de todas esas cosas, pero, ¿quién trajo ese cartel?

-Ha debido de ser hace unos momentos, cuando nos instalábamos en esta celda. El escrito estaba bajo esos almohadones que...

El secretario observó algo extraño en la quietud del Pontífice y se acercó alarmado hacia él, tomó su mano y, encontrándola fría y sin pulso, comprendió que el alma ya no estaba en aquel cuerpo.

-El Papa ha muerto -dijo con voz tenue- buscad y tomad a los culpables...; pero pienso que debierais marcharos antes de que se os acuse de su muerte -dijo, entregándole el cartel y saliendo precipitadamente de la sala para avisar de la triste noticia al cardenal.

Joel se quedó mirando a Clemente V, que mantenía sus ojos abiertos con una mirada de dulce placidez.

-Nos hicisteis mucho mal, padre, pero yo os perdono en nombre de mi Orden y en el de mis hermanos. ¡Que ellos te acompañen ahora en este viaje!

Era la medianoche del día 20 de abril de 1314: se habían cumplido ocho años, diez meses y dieciséis días de su Pontificado. Antes de la segunda luna desde que muriera el Gran Maestro del Temple.

Capítulo IV . La hermandad de la Quimera

Joel permaneció en Roquemaure hasta la mañana siguiente. No era el caso arriesgarse a que alguno de los miembros de la tropa, que no veían con simpatía su repentina liberación por el Pontífice, arguyera algún motivo para volver a detenerle, ahora que su valedor estaba muerto. Así es que, a sugerencia de Goth, quien tampoco quería volver con la comitiva fúnebre que devolvería el cuerpo del Papa a Avignon, se dirigieron juntos a Burdeos.

El gascón viajaba cabizbajo, como si el fallecimiento de su lejano pariente le hubiera afectado más de lo que correspondería a la ignorancia en que Clemente V le había tenido, y al odio que ese distanciamiento había producido en Goth. Cabalgaban por las praderas de los alrededores de Cahors, acercándose a aquella ciudad, cuando de pronto el espiritual le preguntó a Joel:

-Envenenasteis al Papa, ¿verdad?

La pregunta hizo que Joel detuviera súbitamente su caballo y enfrentara con gesto airado a Goth.

-¡Esas artes no son dignas de un caballero, sino más bien de un sucio comerciante como vos! Si osáis realizar un comentario semejante haréis que me condene, porque os cortaré el cuello sin remedio.

El gascón parecía confundido y acobardado. Daba la impresión de que había hecho aquel comentario desde el convencimiento de quien conoce la verdad y la expone tan sólo para hablar de ella. En su estrecha mente de comerciante parecían bullir ahora las preguntas sobre la causa de la muerte del Papa y la mano que pudiera haber ordenado el magnicidio, porque no le cabía ninguna duda de que su pariente había sido envenenado.

-Es posible que todo haya sido una trágica burla -murmuró pensativo y cabizbajo, mientras dejaba que su mula avanzara sin guía delante del caballo del templario. Luego, tomó con fuerza las riendas, tiró de ellas haciendo que el animal se detuviera, y volviéndose en la silla hacia Joel, le dijo:

-Os ruego que me perdonéis, señor. Ha debido ser una tropelía de mis sesos que no distinguen cuando los agobia un calor como éste que nos cae hoy del cielo.

Tres días después, el caballo de Joel relinchaba oteando la brisa del estuario del Garona que traía un inconfundible olor a humedad. Desde una colina que dominaba la ciudad de Burdeos, se detuvieron a contemplar una puesta de sol que enterraba al astro rey en las profundidades del verdor azulado de las aguas del río. El viento soplaba con ruido ensordecedor entre los árboles, como si quisiera abrirse paso hacia las torres de la catedral. En el campanario de una iglesia sonaba lejana la llamada a vísperas.

-¿Habíais estado aquí antes? -preguntó el gascón.

-No lo sé -dijo Joel con voz malhumorada-, es posible.

Los dos jinetes espolearon sus monturas. A la mula de Goth le costaba esfuerzo mantener el ritmo que marcaba el caballo del templario e iba quedándose atrás sin que el gascón se atreviera a solicitar a su compañero que amainara el paso. Ya lo iba a perder de vista cuando le vio detenerse frente a una destartalada taberna. Joel descabalgó esperando a su compañero, mientras dos hombres, que estaban sentados a la puerta del establecimiento, les observaban con curiosidad. Algo debió de llamarles la atención en los recién llegados, porque murmuraban señalándolos ostensiblemente, pero Joel no se dio cuenta o no quiso fijarse en ello, y, cuando el gascón estuvo a su altura, le empujó para que entrara sin más.

Una moza entrada en carnes que no cumpliría ya los treinta puso una jarra sobre la mesa en que se acomodaron los dos viajeros, y esperó paciente secándose las manos con su mandil. Goth miró hacia Joel y éste le devolvió la mirada. Luego se dirigió a la muchacha.

-Temo que no tenemos ni un mal cobre que daros, pero decid al tabernero que pagaremos con nuestro trabajo; mientras, puede quedarse estas alforjas en prenda de que cumpliremos.

La muchacha puso un gesto de pocos amigos y volvió a coger la jarra ante la mirada espantada de Goth, que veía alejarse el alivio de su cuaresma. En un extremo, donde se iniciaba una escalera que conducía al piso superior, la muchacha se detuvo

para hablar con el dueño del lugar. El tabernero los miraba inquisitivo, y la acompañó de vuelta hasta la mesa donde estaban los dos hombres. Era un hombre canoso, de baja estatura, pero muy fuerte, y con una nariz roja e hinchada que denotaba la proximidad continuada del apéndice a las barricas del vino, y no precisamente para olerlo.

-¡Espléndido! -exclamó plantándose con los brazos en jarras delante de los dos hombres-; tenemos aquí dos mozos de establo que quieren recoger el estiércol para poder comer. Muy bien, pero yo no quiero esas alforjas, porque dudo que lo que contengan valga más que un saco de esas boñigas que vais a recoger. Así es que levantaos presto, y a trabajar; luego hablaremos del yantar que os hayáis ganado.

Goth se levantó de inmediato para seguir al tabernero, pero Joel permaneció sentado mirando al hombre con gesto inexpresivo, como si sus pensamientos no estuvieran en aquel lugar. Finalmente, al ver que el de la nariz roja se alejaba con el gascón, se levantó él también con ánimo de marcharse. Ya estaba en la puerta, cuando una mano se posó sobre su hombro.

-Esperad, creo que tenemos una jarra de vino de más.

Joel se volvió y vio ante sí a un hombre que le sonreía con gesto franco invitándole a acompañarle hacia una mesa en la que estaba sentado con tres compañeros. Era de compleción fuerte, con profundas cejas muy pobladas, larga barba grisácea y el pelo descuidado que asomaba bajo un gorro de cuero. Las arrugas de su frente y el color cano le daban apariencia de senectud. Era el de más edad, y por su apariencia, sus compañeros bien hubieran podido ser sus hijos.

A Joel no parecían quedarle muchas opciones una vez que había rechazado el tono imperativo del posadero. Sus tripas reclamaban ya desde el día anterior algo sólido, y aquel hombre parecía confiable, así que agradeció el ofrecimiento con una sonrisa y le acompañó hasta su mesa.

-Les agradezco su invitación, señores. Mi compañero y yo acabamos de llegar a esta ciudad y hemos agotado nuestras bolsas durante el viaje. Espero que pronto pueda corresponder a su amabilidad -Joel no quería que aquellos desconocidos le pudieran tomar por un mendigo. Cogió la jarra que le ofrecieron, que estaba mediada de vino y tomó un sorbo con gran placer, después se limpió la boca con el dorso de la mano, y se sintió pletórico.

-Es posible que ya pueda corresponder ahora -era uno de los jóvenes el que se dirigía a Joel-. ¿Puede decirnos de dónde viene?

Joel miró al joven, después tragó otro largo sorbo de vino, y asintió con la cabeza.

-Vengo de Avignon..., bueno,... más exactamente de Roquemaure.

-Por un momento nos pareció que podríais traernos noticias de París. Dicen que el Rey mandó quemar en la hoguera al Gran Maestre del Temple hace algo más de un mes.

-No os equivocáis, señor. Tuve la desgracia de presenciar esa infamia.

-Cuidad vuestras palabras, alguien podría oírlos y terminaríais durmiendo esta noche en un calabozo del castillo. -dijo el anciano bajando la voz y mirando alrededor para ver si alguien más había escuchado a su invitado. Pero había mucho ruido en el local y la mesa más próxima estaba ocupada por unos marineros poco interesados en lo que no fuera rellenar sus jarras, que vaciaban con inaudita rapidez, al tiempo que bravuconeaban sobre sus conquistas-. Entonces, ¿es cierto lo que dicen?

-Igual que es cierto que esta jarra estaba llena. -contestó Joel vaciando el último trago en su garganta-. Quemaron a Jacques de Molay y también a dos de sus más fieles compañeros. Uno de ellos era mi padre.

Los cuatro hombres le miraron incrédulos. Luego, durante un largo rato, le hicieron múltiples preguntas sobre las circunstancias de la muerte de los templarios; Joel les complació, extendiéndose en explicaciones al observar que parecían detestar al Rey tanto como él. Sin embargo, Joel evitó hablar de los motivos de su estancia en Avignon y de lo que había acontecido allí.

Mientras hablaban, Joel miraba fijamente al anciano y algo observó en él que le produjo un vago e inexplicable temor.

Les trajeron un trozo de conejo asado en espetón y el anciano lo repartió entre sus compañeros sin reparar en su invitado, que miraba el yantar con indisimulada envidia.

-Soy el conde Wion Carafa –dijo llevándose un trozo a la boca-; si es cierto lo que decís y os mantenéis al margen de esos proscritos de vuestra Orden, tendréis en mí y en mis compañeros a unos amigos.

-Yo Señor no considero proscritos a mis freires que luchan por sobrevivir.

-Pero el Temple ya está muerto y de nada sirve empeñarse en resucitarlo. Vuestros hermanos se consideran con derecho a recuperar los bienes que fueron de la Orden, que son también el objetivo codicioso de otros muchos, el Rey entre ellos, pero ahora nadie tiene derecho a tenerlos, salvo la verdadera Iglesia.

El templario miró con asco cómo devoraba el trozo de carne y se alegró de no haber recibido él también una parte de la pieza. Tuvo que hacer un esfuerzo para no levantarse de la silla y alejarse de aquel grupo; afortunadamente fue el anciano el que le evitó el mal trago.

-Nosotros debemos marcharnos ahora, pero si precisáis cualquier cosa no dudéis en acudir al convento de San Miguel de los Minoritas, que está en las afueras de la ciudad, en el camino que lleva a París. Allí os indicarán donde podréis encontrarnos. Podéis terminar esa comida, si os place, -y señaló hacia un trozo de pan y un pedazo de pescado en salazón, ya frio, que quedaba en una fuente de barro.

Joel hizo un simple gesto de asentimiento, pero ni siquiera se levantó para despedir a sus anfitriones. Cuando los otros se hubieron ido comió con ganas el pescado y el pan olvidándose de quienes se lo habían regalado. Después salió de la taberna para buscar al gascón.

Goth había estado trabajando en unos corrales que el mesonero tenía muy próximos a la taberna, y ahora se sentaba sobre unos troncos frente a un trozo de pan untado con manteca y una botella de vino. Parecía satisfecho del trato hecho con el posadero y comía con avidez. Al ver acercarse a Joel tomó un gran trozo de pan y se lo llevó a la boca al tiempo que empujaba la botella. Parecía temer que la presencia del templario le supusiera una merma en la ración y trataba de aumentar su parte.

-Ya veo que has conseguido saciar tu hambre, pero no te atragantes, yo también he comido, y no quiero más. Si me dices dónde puedo encontrar a los amigos de Sebastien Abiers, podrás terminar tu comida con tranquilidad.

Goth tardó un buen rato en poder contestar, el que le llevó pasar el bolo de comida que todavía estaba en su boca por su garganta. Cuando al fin lo hubo tragado, sacó de entre sus ropas un pliego muy doblado y se lo entregó a Joel.

-”Convento de San Miguel de los Minoritas” -leyó en voz alta Joel-; curiosa coincidencia -murmuró-. Muy bien, si ése es también vuestro destino os esperaré allí; si no, hasta que nuestras vidas se vuelvan a cruzar.

-Id con Dios, que yo ahora tengo otros empeños -farfulló a guiso de despedida el de Gascuña.

Ya era noche cerrada cuando Joel llegó frente a una construcción de adobe y madera. Estaba en los extrarradios de la ciudad, fuera de las murallas. Parecía contar

con pocos medios, porque el encalado de las paredes tenía numerosos desconchones que dejaban ver la paja y el barro erosionado por la lluvia y el viento. Sobre la puerta principal -un portón de madera de dos hojas, color verde oliva-, estaba representado el santo arcángel en posición de atravesar al dragón infernal. El templario se dio cuenta de que necesitaría una espada, y por un momento pensó en tomar prestada la de San Miguel, pero se disculpó inmediatamente de su irreverencia con una mirada.

No se veía luz alguna a través de los paños mojados en aceite que tapaban unos pequeños ventanucos de la fachada. Realmente parecía que los espirituales de San Miguel seguían la regla de San Francisco en su más férrea disciplina, al menos en cuanto a no poseer nada, ni individual ni colectivamente. Aquel sitio, más parecería, por su aspecto exterior, que pudiera albergar a una cuadra de caballos que a una congregación religiosa.

Dudó sobre la conveniencia de llamar a la puerta a hora tan intempestiva, y durante un buen rato, dio vueltas alrededor del recinto para observar si algún ruido delataba movimiento dentro que justificara en parte su llamada. La noche era cálida y el aire se movía con pesadez plumiza; pero, aparte de su monótono murmullo, el silencio era absoluto. Decidió que esperaría al alba, y se tumbó junto a la puerta cubriéndose con su capa lo mejor que pudo.

Le despertaron unas campanadas cuando todavía el astro rey no había sobrepasado el horizonte. Después de lavarse en un pequeño canal de riego, se dirigió hacia el portón, y lo golpeó con su puño repetidamente. Hubo de insistir otra vez, cuando hubo transcurrido un buen rato sin que nadie respondiera a su primera llamada; entonces la puerta de madera verde se abrió lentamente, y lo hizo con un chirrido agudo que denunciaba unos goznes poco aceitados.

Un monje que vestía el hábito franciscano apareció sonriente frente a él: tenía el sayal marrón comido por el sol, era muy alto y llevaba la cabeza afeitada, salvo una corona de pelo que se cerraba sobre su frente.

-Ave María, ¿qué deseáis? -le preguntó.

-Sebastien Abiers, un viejo armero de Tours, me dijo que sería bienvenido en esta casa. -recordó Joel al anciano que le invitara en la taberna la noche anterior, pero no quiso en principio referirse a él hasta ver cómo aceptaban el nombre del cátaro de Tours.

El fraile, que no había perdido su sonrisa, asintió con un gesto y le hizo un ademán para que le siguiera. Atravesaron un pequeño patio, en cuyo centro había un jardín. En aquella parte, el aire era más cálido que en el exterior. Había un suave rastro de fragancia en el ambiente, pero se notaba que nadie había cuidado aquello desde hacía tiempo, por lo que las plantas ornamentales crecían libremente entre las malas hierbas. Había lirios alzándose desordenadamente entre grupos de azucenas silvestres y rosas, y la grama invadía los parterres amenazando con asfixiarlos.

Penetraron seguidamente por un estrecho corredor que tenía la tierra por pavimento y que conducía hacia una zona de donde salían cantos de laudes. Joel observaba sorprendido la extrema pobreza del lugar. Él estaba acostumbrado a la estética de renuncia que introdujo San Bernardo en los conventos e iglesias cistercienses, la misma regla en ese punto que luego adoptaron sus protegidos los templarios, pero ahora, los espirituales de San Francisco habían subido de golpe varios escalones en el camino hacia la negación de todo lo vano.

Llegaron al claustro que rodeaba un segundo patio interior; allí el monje le hizo señas para que esperara mientras él desaparecía por una de las galerías. No había tampoco en aquel lugar manifestación alguna de ornamentos, salvo un techo de madera muy bien trabajado que describía bajorrelieves de escenas bíblicas, o, al menos, eso le

parecieron al templario. Estaba observando una zona que representaba la crucifixión, y le sorprendió que no ocupara el centro el momento culminante de Cristo en la Cruz sino la escena en que los apóstoles descubren el sepulcro vacío. En eso estaba, cuando regresó el franciscano acompañado de otro fraile de más edad.

-Vos debéis ser Goth, nuestro hermano de la orden tercera que nos trae nuevas de Avignon, ¿no es así? -le preguntó a Joel el fraile que acababa de llegar.

Joel le miró confundido sin saber muy bien qué decir; al parecer aquellos monjes sólo esperaban al gascón y el hombrecillo no parecía muy interesado en pasar por allí. Iba a reiterar su presentación refiriéndose también ahora al anciano Wion Carafa, pero el monje no le dio opción. Le hizo señas para que le siguiera, mientras el que le había abierto la puerta se despedía con la sonrisa que iluminaba su cara desde que le había conocido.

-Ya están en la reunión el Maestre Zag y otros importantes personajes que seguramente conoceréis; pero, ¿cómo debo presentaros?

-Me llaman Joel “el templario”.

El fraile dio un respingo al oír el apodo con el que Joel se bautizaba y se detuvo en seco enfrentándose a él.

-No debéis pronunciar ese nombre, ni tan siquiera como un apodo. No creo que fuerais bienvenido si os presento así.

-Muy bien, pues decid entonces Joel de “Sierra de Francia”; allí nací.

El fraile, que seguramente ignoraba la ubicación del lugar, lo aceptó como bueno, le sonrió complacido de que aceptara su sugerencia, y le hizo señas para que le siguiera hasta una sala muy espaciosa que debía acoger la celebración de los capítulos. Allí, sobre una fila de bancos toscamente trabajados, se situaban más de doce cofrades vestidos con una capa blanca sin distintivos y cubiertos por unas capuchas que sólo tenían aberturas para los ojos y la boca. El fraile acompañó a Joel hasta un banco que estaba en un nivel superior, donde se situaban otros cinco encapuchados, y haciendo una ligera inclinación de cabeza, lo presentó:

-Este hombre es Joel de Sierra de Francia, -pareció dudar cuando pronunciaba su nombre, temiendo que alguien le preguntara sobre la ubicación de aquel lugar, pero respiró tranquilo al comprobar que los reunidos le escuchaban en silencio-. Le envía nuestro hermano Sebastien Abiers y nos trae noticias de Avignon.

Joel no sabía muy bien qué decir. Lo que menos se esperaba encontrar en aquel convento era un cónclave de encapuchados similar al que había presenciado en la casa de Lucas, en la ciudad Papal. El lugar le inspiraba cierto temor, no sólo por la presencia de los tapados, que le habían ido rodeando formando un círculo estático y silencioso, sino porque, después de la repentina muerte de Clemente V, no tenía muy claro en quien confiar realmente.

-Vamos, muchacho, no debes avergonzarte porque estés entre tantos desconocidos; quizá alguno no lo sea tanto. Cuéntanos las nuevas que traes -le pidió uno de los encapuchados.

Joel optó por informar de los hechos acaecidos en Roquemaure, pensando que en breve plazo serían noticia conocida por todos.

-He venido en el séquito que acompañaba al Papa desde Avignon a Roquemaure, y os puedo informar de que su Santidad ha dejado este mundo en aquel lugar hace tres días.

Si los presentes hubieran sido estatuas, seguramente se habría notado menos la reacción que produjeron las palabras del templario: nadie se movió, ni hizo comentario alguno. Finalmente, se levantó el encapuchado que estaba en el banco principal, dio

algunos pasos hasta situarse frente a Joel y le abrazó firmemente; después, se dirigió a los reunidos.

-Hermanos, se ha cumplido la profecía del Gran Maestro. Creo que este hombre ha hecho méritos para honrar nuestra gran logia; por ello propongo que lo aceptemos entre nosotros como uno más.

Joel creyó reconocer aquella voz a pesar de que el paño que cubría su rostro la distorsionaba. Sin duda se trataba del judío Zag; así es que Joel comprendió que aquel grupo era la continuación del que le había ordenado la muerte del Papa en la casa del albañil Lucas. Lo que no entendía era el motivo por el que ahora el judío también ocultaba su identidad tras el disfraz. La voz del que estaba sentado junto a Zag sonó, imperativa.

-La profecía de Molay tenía dos partes. Yo espero que os deis por satisfecho con la que ya se ha producido, porque me ocuparé personalmente de que no haya una segunda parte. Y no dispongáis tan pronto la aceptación de un nuevo miembro, de quien sólo sabemos su nombre y el escaso mérito que le atribuí. Yo propongo que se realice una votación según la norma.

Las palabras de aquel encapuchado denotaban que quien las pronunciaba estaba acostumbrado a mandar y a ser obedecido, y consiguieron lo que no había logrado su predecesor en la palabra: levantar leves murmullos con un movimiento de inquietud de entre los congregados.

-Marte tiene razón, -se oyó una voz de entre los que formaban el círculo, que Joel no acertó a identificar-; al menos debería tener dos padrinos que lo avalasen.

Aquél, a quien Joel identificó con el judío Zag, aceptó la propuesta, y susurrando unas palabras al oído del que estaba a su lado, dijo:

-Este hombre ha demostrado que merece toda nuestra confianza; por ello, yo seré uno de sus padrinos; Domus Aurea será el otro -dijo, señalando hacia el hombre con el que había hablado, que se levantó e hizo un gesto afirmativo con la cabeza-. Así que, salvo que haya más observaciones, podemos empezar la votación.

Todos los congregados deberían pasar ante una bolsa de fieltro donde dejarían una bola blanca o negra, según aceptaran o no la incorporación del novicio. Con cierta premura, uno tras otro fueron pasando hacia el estrado; llevaban el puño cerrado donde guardaban la bola que iban dejando después dentro de la bolsa. El que llamaban Marte, que había hablado contra el ingreso de Joel, se acercó con un bola negra claramente visible en su mano; finalmente le siguió el judío Zag, que hizo lo propio, pero dejando ver en su mano una bola blanca.

Dos de los encapuchados se acercaron a recoger la bolsa y fueron extrayendo una tras otras todas las que contenía. Dentro había nueve blancas y siete negras, así que fue aprobado el ingreso de Joel, a quien denominaron Aldebarán a propuesta del llamado Domus Aurea.

Pasaron dos días con reuniones largas, que tenían como principal objetivo culminar con la unión de la Hermandad de los Hijos de Salomón y la de la Quimera. En opinión de Joel, todas ellas de un contenido excesivamente tedioso y complejo. Una confusa panoplia de ritos y símbolos encabezaba todas las reuniones y ocupaba la mayor parte del tiempo, para después tratar de temas políticos y económicos. Joel concurría a los trabajos previos, para los que se formaban pequeños grupos de cuatro o cinco cofrades, más como un novicio que intenta aprender, que como un miembro de pleno derecho. Allí conoció las diferentes opiniones de los hermanos, que presentaban propuestas y estrategias para ser debatidas y aprobadas en las reuniones conciliares que agrupaban a todos.

En un momento de la reunión del segundo día, el judío Zag se lamentaba de los escasos réditos que se habían conseguido para la Hijos de Salomón, a pesar de los cuantiosos gastos que habían tenido que asumir sus cofrades. El comentario encendió el ánimo del encapuchado que estaba a su lado, que se levantó también para constatar aquel hecho.

-¡Hemos tenido que pagar grandes sumas para esto! -gritó el tapado que llamaban Domus Aurea-. Entregamos cantidades monstruosas de dinero a los recaudadores del Rey porque se nos prometió que obtendríamos el manuscrito de San Malaquías y las demás joyas del Temple. Pero ahora no tenemos ni el documento ni las joyas. ¿Qué vamos a hacer? ¿Vamos a permanecer quietos viendo como nos roban?

El llamado Marte se levantó, iracundo.

-El dinero no es más que un vil metal. ¿Qué nos importa el dinero! Lo que buscamos es el poder para conducir al mundo. Si vamos a quejarnos ahora por lo que hemos dado para esta misión, más valdría que saliéramos todos de aquí poniendo a nuestros caballos al galope hacia cualquier parte, porque no habríamos entendido nada y quizá los animales nos enseñaran un camino mejor. -En un repentino arrebato, cogió la antorcha que tenía sobre su cabeza y la agitó con violencia trazando círculos a su alrededor-. Es posible que necesitemos algo de luz para iluminarnos. Mañana nos reuniremos en concilio y decidiremos qué hacer -dijo con decisión-. ¡Ahora meditémoslo durante la noche! pero pensemos también en algo más importante: necesitamos nombrar un nuevo Maestre para la nueva Hermandad unida y tenemos que decidir también quien será el cardenal al que apoyaremos para ser el próximo Papa.

Era clara la diferencia entre los dos grupos de la Hermandad, uno que seguía a Marte y otro al judío Zag. Tal era la agresividad y enfrentamiento que se desataban en los debates entre las posiciones de unos y otros, que más que “hermanos”, se diría que fueran enemigos irreconciliables. A Joel le pareció que era mucho más lo que les separaba que los objetivos comunes que podrían unirlos, y se preguntaba cuál podría ser la empresa común capaz de poner de acuerdo posiciones tan distintas. Aquella noche tuvo la respuesta.

Zag llamó a su cuarto a los cofrades que le seguían. Eran diez contando a Joel; todos mantenían cubiertos sus rostros por las capuchas blancas.

-Mañana es el día decisivo -dijo Zag-. Temo que Marte proponga el nombramiento del cardenal Duèse en lugar de Nicolás de Santo Eusebio; si así fuera, nuestras fuerzas estarían divididas y podría salir designado cualquiera de los dos prelados con riesgo de toda la operación; así es que, de no haber mayoría a favor de Nicolás, insistiremos otra vez en una segunda ronda y, en caso que persistiera la división, propondremos un candidato de consenso que será el cardenal Arnaldo de Santa Sabina. En la segunda votación, Aldebarán y Domus Aurea se abstendrán: trataremos que vean en ese gesto una posición flexible por nuestra parte. Yo presentaré de nuevo mi candidatura para Maestre, pero en esa ocasión Aldebarán y Domus Aurea votarán a favor de Marte, no quiero ser la causa de que nuestra Hermandad se deshaga, y considero que Marte puede ser un buen Maestre cuando observe que la mayoría del concilio está con él.

Hubo un coro de murmullos desaprobatorios que el judío cortó con gesto enérgico, y Joel observó, por entre la ranura del velo que cubría su rostro, unos ojos amenazadores.

-Os ruego que me dejéis solo. Debo hacer mis oraciones del sabbat, -dijo, y se volvió antes que los demás hubieran cumplido su petición.

Cuando todos los seguidores de Zag hubieron desaparecido dentro de sus celdas, Joel volvió sigilosamente hacia el cuarto del judío y golpeó suavemente la puerta con sus nudillos.

La puerta se abrió lentamente pasados unos instantes. El cuarto estaba completamente oscuro, pero se percibía el aroma a almizcle que siempre seguía al judío.

-Pasa..., ¡vamos, no te detengas ahí! -ordenó Zag susurrante, pero con cierta convicción, como si no le sorprendiera la presencia del templario.

Poco a poco los ojos del templario empezaron a acostumbrarse a la oscuridad. Vio que el judío se había retirado de la puerta y estaba sentado sobre el jergón esperando que él se decidiera a hablar para explicar su presencia allí.

-He venido, apelando al afecto que profesasteis a mi padre, para que me expliquéis los motivos de vuestra renuncia, y sobre todo, ¿cuál será a partir de ese momento la misión de la Hermandad de la Quimera? No comprendo muy bien que el secreto alcance a tal límite, que no podamos conocer ni tan siquiera la identidad de nuestros hermanos.

-Hay cosas que no se pueden explicar. ¿Podéis aclarar, vos, el perdón repentino que otorgasteis al difunto Papa? ¿Cómo podría justificar yo una desdichada propuesta que hice hace poco más de un mes, si no fuera por el interés supremo de toda la humanidad a que me obligan mi cargo y mi conciencia?

Joel permaneció en silencio unos instantes, sorprendido por que Zag hubiera conocido lo ocurrido en Avignon con tanta prontitud. Le preocupaba además descubrir en las palabras del judío la decisión ciega de los fanáticos que se creen enviados y artífices de los mandatos de un Ser superior.

-Os lo voy a explicar, ya que creo que os aportará el mismo alivio que a mí mismo me trajo: cuando llegamos a las habitaciones del Papa en Avignon, comprendí que lo que yo había considerado como ofensa voluntaria y consciente, bien hubiera podido serlo involuntaria e inconsciente; porque la voluntad y la consciencia sólo quien la ejecuta la conoce realmente, ya que el ofendido no puede conocerlo a ciencia cierta; en todo caso, sólo le cabe presumir una u otra actitud en el ofensor. Por ello, muchas veces la maldad de la ofensa está tan sólo en nuestros corazones, que la quieren ver así, sin que lo sea. Recordé, mientras estaba en las mazmorras del palacio, que el rostro de mi padre cuando estaba al pie de la hoguera no era el de un hombre ofendido e iracundo, sino más bien que moría feliz cantando la antífona de Puy. Esto supone también que las ofensas no son tales, si al que debiera estar ofendido no le causan daño. Las circunstancias de la vida llevan a veces a las personas a actuar de forma que parece que quieren ofender a otras, pero esto no es sino una consecuencia de una situación a la que todos contribuimos; así es que difícilmente podemos dejar de perdonar algo de lo que somos en parte culpables.

El judío escuchaba confundido la explicación de Joel asintiendo a sus últimas palabras.

-Sois igual que vuestro padre, y podéis estar orgulloso de serlo. Veo que tendré que daros yo también una explicación, aunque no creo que os otorgue tranquilidad de conciencia.

Miró interrogante a Joel, y al darse cuenta de que esperaba sus palabras, continuó:

-Me preguntáis por el fin de la Hermandad tras el cambio de Maestro. Esa situación se ha presentado ya varias veces en circunstancias más adversas que éstas y nada ha pasado. Es cierto que tras la detención de los templarios se decidió mantener en secreto las identidades de nuestros miembros, pero eso puede ser pasajero; yo mismo propondré mañana que se cambie ese hábito. En cuanto a nuestro objetivo principal,

seguirá siendo el mismo que estableció vuestro maestro, el fundador de la Quimera, Tomás de Bèrard, en Villasirga: unir como hermanos a todos los hombres; la gran hermandad universal, esa es, y seguirá siendo, nuestra sagrada misión. El nombramiento del nuevo Papa tiene en ese objetivo una importancia capital; por ello, debemos lograr que se nombre a una persona conciliadora que alivie las aristas que todavía separan a los creyentes de Jesús de los de Moisés o de los de Mahoma.

-Parece que Marte no piensa como vos en ese sentido. Yo he conocido al cardenal de Santo Eusebio y dudo mucho que tenga esas cualidades que buscáis, y...

A Zag no pareció gustarle aquella observación del templario, por lo que le interrumpió con brusquedad.

-No se puede juzgar a un hombre con tanta facilidad. En todo caso, Nicolás es un hombre que sabe despreciar el valor de las cosas terrenas, mientras que el cardenal Duèse no rechaza el lujo y el boato, más bien se diría que lo necesita. El nuevo Papa conocerá, por serlo, el lugar en el que vuestra Orden ocultó su tesoro. Ese oro no debe emplearse para construir palacios lujosos, debe ser empleado en otros fines...

Zag interrumpió sus palabras y se dirigió, con una rapidez impropia de su edad, hacia la puerta del cuarto. Cuando la abrió, quienquiera que fuera el que había estado escuchando tras de la puerta, había tenido tiempo para correr ocultando su identidad en la oscuridad de la noche.

Zag corrió tras del que huía, pero pronto se dio cuenta de la inutilidad de su intento. Cuando volvió, comentó lacónico:

-Lo que quieren realmente es matarme, porque temen que cuente lo que sé. Te matarán también a ti si presumen que pudieras haber llegado a conocer nuestro secreto.

-Ahora lo saben, puesto que os han oído decírmelo.

-Ese no es nuestro secreto, hijo mío. Se van a unir dos Hermandades que pueden coincidir en el final del camino pero han divergido en la senda a tomar. El secreto de los Hijos de Salomón ya no tiene importancia para nadie, excepto, probablemente, para ti y otros como tú; conocerlo, supondría la ruptura de la unión que pretendemos en estos días. Todos los Hijos de Salomón conocen las circunstancias que os acabo de contar. Pero ahora volved a vuestra celda y velad esta noche, porque presumo que será necesaria la vigilia.

Después de los rezos de maitines, toda la comunidad de franciscanos se retiraba cantando laudes por la galería que unía ambos patios. En ese momento los encapuchados de la Quimera y los Hijos de Salomón, marchando en fila, en sentido contrario, entraban en la sala capitular. Eran diecisiete, y el maestro Zag marchaba al frente.

Ese día, a diferencia de los anteriores, se había desatado un inesperado frío por lo que la estancia había sido calentada con braseros y piedras calientes.

Las alocuciones en defensa del cardenal Duèse, que fundamentalmente fueron expuestas con gran vehemencia por Marte, dieron inicio a las sesiones.

-Es un cardenal francés. En estos momentos, eso supone que al menos los romanos tendrán que esperar unos años más para que la sede pontificia vuelva a Roma. Además, ha demostrado sobradamente que tiene la simpatía y el afecto de las gentes y el cariño del pueblo cristiano. Eso es lo primero que se requiere para ser un buen Papa.

-Pero no ve con buenos ojos los movimientos espirituales, y os recuerdo que hoy estamos en un convento franciscano, -contestó Domus Aurea.

-No veo qué pueda importar eso. Yo valoro positivamente la doctrina de San Francisco, pero no las extravagancias de los fraticelos y los beguinos -dijo Orión, uno de los que parecían más incondicionales seguidores de Marte.

El grupo que sostenía la candidatura del cardenal Nicolás de Santo Eusebio, se distribuyó entre varias intervenciones, y en ninguna de ellas fue el maestro Zag quien la defendió.

De pronto, un fraile apareció en el umbral con un candil en la mano, seguido por el novicio que había recibido a Joel el primer día.

-Nuestro prior desea que sepáis que han llegado noticias de Avignon: los cardenales se han reunido en cónclave, por lo que la elección del nuevo Papa se espera para mañana o pasado.

Marte se levantó iracundo, gritando:

-¡Debemos decidir esto ahora mismo! Un mensajero deberá partir hacia Avignon esta noche con el mensaje para los cardenales que esperan nuestras órdenes.

Zag, a diferencia de su compañero, se levantó con parsimonia y se dirigió hacia el centro de la sala para silenciar a los reunidos, que, tras la entrada del franciscano, habían iniciado un sinfín de conversaciones en animados cuchicheos.

-Llevamos aquí desde antes de maitines y ya hace tiempo que ha sonado el angelus. Creo que Marte tiene razón, no podemos demorar más la decisión de a quién debemos apoyar, así que, como todos conocemos las virtudes y los defectos de ambos, huelgan más exposiciones; votemos cuanto antes. Pero yo quisiera que tuvierais en cuenta que aquel a quien apoyemos cuenta con muchas posibilidades de ser elegido, por lo que tenemos en nuestras manos una gran responsabilidad. La cristiandad entera depende de lo que decidamos hoy.

-Tiene gracia que hable así de la cristiandad alguien que no es cristiano -se mofó Marte desde su asiento-; pero dejemos ya la palabrería y votemos.

Desde los asientos se desataron las risotadas y algunos de los que estaban más cerca de Marte se levantaron gritando con descaro al que todavía era su maestro.

-Vamos, judío, ¡vete con los tuyos, vosotros crucificasteis a Jesús!

-No oses hablar de Él, ¡irreverente! -dijo otro con gesto despectivo.

-El maestro debería impedir que le sigan hablando así, -dijo Joel.

-Por el santísimo padre Abraham, ¡ayudadme! -dijo Zag, víctima de un profundo sofoco, dirigiéndose a Domus Aurea. El encapuchado le asistió y, juntos, se encaminaron hacia la puerta en silencio con expresión abatida, casi como si hubiera sido el final de todo. Después, también en silencio, y con la cabeza inclinada, el judío se separó de su compañero buscando un rincón de la sala para recuperar la calma.

-Antes de la votación, creo que deberíais conocer algo más sobre los escritos de San Malaquías, -era Marte el que hablaba, levantándose de su asiento- Godofredo de Charnay confesó durante los interrogatorios a los que se le sometió, que su curiosidad le venció cuando tuvo a su alcance los escritos de San Malaquías. ¿Queréis saber cual es el lema del Papa que sucederá a *Fessis Aquitanicis*?

Temiendo que surgiera durante los debates aquel tema, y dado que los Hijos de Salomón ya lo conocían tras su reunión en la ermita de Viquers, Zag también había puesto en antecedentes a los selectos miembros de la Quimera que asistían a aquel encuentro.

El judío pareció recobrar su aplomo, cuando se levantó para contestar, pero Marte le imprecó:

-¿Por qué quieres hablar ahora si has callado a conciencia esta parte de la historia? ¿No será que no interesa a tus planes que conozcamos el lema del Papa que sucederá al difunto Clemente V? Dejemos que juzguen nuestros hermanos... sí, dejemos que sean ellos quienes juzguen.

-Muy bien, que sean ellos quienes juzguen, pero no se debe valorar una información como ésta sin tener los escritos, porque sería terrible, si después la revelación fuera falsa, o simplemente interesada –contestó Zag.

Joel, que estaba sentado junto a Domus Aurea y desconocía por completo aquel asunto, le pidió en voz baja que se lo explicara, manifestándole su inquietud porque se estaban refiriendo al interrogatorio de uno de sus hermanos templarios.

-Casualmente, durante los interrogatorios a vuestros hermanos, el preceptor de Normandía de vuestra Orden se refirió a unos escritos que contienen el relato de un sueño de San Malaquías. En él, el Santo profetiza los lemas de los Papas que se sucederán hasta el final de los tiempos –Domus Aurea le contestó también en voz baja, para no interrumpir el agrio debate entre el Maestre Zag y Marte.

-¿Quién consiguió esa información para vosotros? –Joel se revolvía inquieto en su asiento recordando las torturas a sus hermanos, y presintiendo también que en aquel cónclave no se era del todo ajeno a ellas.

Domus Aurea le miró sorprendido por su pregunta, y pareció caer entonces en la cuenta de que Joel había sido un sargento templario. Su respuesta, improvisada y audaz, pareció suficiente para calmar de raíz la inquietud del joven.

-El inquisidor que asistió al interrogatorio era uno de los franciscanos espirituales de este convento. Ellos están muy interesados en que el cardenal Nicolás de Santo Eusebio sea el próximo Papa; porque han sufrido también con la tortura su lucha por los ideales de San Francisco, y desean acabar con el lujo y la opulencia en la Iglesia.

A pesar de la habilidad de Domus Aurea, Joel no se mostró muy confiado en que aquella fuera toda la verdad. Recordó la referencia que el Maestre Zag le había hecho la noche anterior sobre el secreto de los Hijos de Salomón, y se quedó pensando en ello, mientras miraba al Maestre: “*esta noche me has de contar toda la verdad sobre ese secreto, o yo no me llamo Joel*” –se dijo.

Era Marte el que, haciendo gala de un suspense de teatro, iba a revelar el lema del próximo Papa:

-Su lema será “*De sutore osseo*”²⁶

-Y ahora, después de tanta intriga, ¿nos quieres decir quién será ese zapatero huesudo?

Zag hablaba claramente molesto por la introducción de aquel tema en el debate. Además de por su defensa a la prelaturo del cardenal Nicolás de Santo Eusebio, porque temía que finalmente Joel pudiera deducir que ellos habían propiciado la desaparición del Temple. Y no es que ello le importara demasiado, dada la soledad del templario en aquel foro, pero temía que una reacción impetuosa del muchacho pudiera desembocar en su propia muerte, y el judío realmente le tenía simpatía.

-No sé si conocéis por ventura, que Jacques Duèse es el hijo de un zapatero de Cahors a quien llamaban “*el esqueleto*” porque sus huesos se dibujaban claramente bajo su piel –la voz de Marte era la de un triunfador.

-¿Hablamos del hijo o del padre? ¿sabemos si alguno de los parientes de Nicolás se dedicó también a ese noble oficio? El hambre de los pasados tiempos ha sido tan abundante, que no dudo que la descripción que habéis hecho del padre de Jacques se corresponda también con la de cualquiera de los parientes de Nicolás. Sabed, además, que otro de los lemas revelados por San Malaquías es el de *Piscator minorita*, que se corresponde claramente con el cardenal de Santo Eusebio, pero no hace al caso ahora revelar lo poco que sabemos sobre ese libro profético. En fin, tanto misterio para nada, pero ya lo hemos dicho y ahora creo que lo que procede es votar.

²⁶ El significado es “acerca del zapatero huesudo”.

Marte iba a hablar de nuevo, pero Orión, que estaba como siempre a su lado, le sujetó ligeramente por el brazo cuchicheando en su oreja unas palabras que parecieron convencerle. Ya desde su asiento, se limitó a decir:

-No me gusta que se truequen mis palabras, pero ya que lo decís: ¡votemos!

Se celebró la votación, y, como Zag había previsto, el resultado fue de diez votos a favor de Nicolás de Santo Eusebio y siete a favor de Jacques Duèse.

-Se ha de celebrar una segunda votación porque ninguno ha conseguido dos tercios de los votos, pero antes de que opinéis de nuevo, quiero deciros algo más: el cardenal Duèse ha prometido que, si llegara a ser Papa, compartiría con nuestra Hermandad el tesoro de los templarios. -dijo Marte, en tanto que Zag permanecía en su rincón en silencio.

Algunos de los reunidos hicieron resaltar aquel comentario entre los que consideraban más próximos a Nicolás de Santo Eusebio, pero no pareció que el efecto de la intervención fuera notable.

-Primero tendrá que encontrarlo –espetó socarrón Domus Aurea.

Los que estaban a su lado rieron el comentario sin grandes aspavientos, para no herir en demasía a Marte, que murmuraba su malestar de forma ostensible, con gruñidos dirigidos a los que estaban junto a él.

Tal y como había propuesto Zag la noche anterior, Joel y Domus Aurea se abstuvieron en la segunda vuelta. Sin embargo, el recuento de votos trajo una inesperada sorpresa para el judío, porque esta vez hubo diez votos a favor de Jacques Duèse y cinco a favor del cardenal de Santo Eusebio, por lo que se cumplía el requisito de los dos tercios, y Zag no tuvo más remedio que firmar un pergamino en el que se proponía a los cardenales afines a la Hermandad el nombramiento de Jacques Duèse. Aquello pareció acabar con la resistencia del judío.

Tras la votación, el encapuchado al que llamaban Marte pidió al mensajero de Avignon que se acercara a su lado, se inclinó hacia él, y empezó a decirle algo: hablaba atropellada y rápidamente y en voz tan baja que no podía entenderse lo que decía. Luego, Marte se levantó con intención de marcharse, haciendo una seña a sus incondicionales para que le siguieran.

Se hizo un alto en los debates cuando las campanas estaban llamando a tercia, y, al igual que todos los demás, Joel se puso a la cola para entrar en el refectorio a comer. Fue en ese momento cuando el que le seguía, que era uno de los seguidores de Marte, le dijo en voz baja:

-Nuestro padre, el venerable señor Marte, desea que te unas a nosotros –dijo, y, titubeando, añadió el vocablo “hermano” que utilizaba siempre cuando hablaba con sus compañeros.

Joel no titubeo un instante y le respondió en voz alta, de forma que los que estaban cerca pudieran oír sus palabras.

-No creo que ninguno de nosotros se deba unir a nadie que no sea nuestro Maestro, al menos mientras no le sustituya otro. Si no deseas que lo sea, tendrás la oportunidad para votar a otro en la sesión de esta noche.

El encapuchado se retiró contrariado, y Joel supo que se había labrado un enemigo.

Las conversaciones durante la comida se referían a las posibilidades que tendría Zag de ser reelegido o de que el vencedor fuera Marte. La opinión que prevalecía era que los apoyos del judío terminarían por darle la victoria, lo que suponía que ninguno de los asistentes a la reunión de la noche anterior había traicionado el secreto. Pero Joel no las tenía todas consigo, porque el resultado de la votación anterior

denotaba que alguno de los que apoyaban al judío habían cambiado su voto a última hora.

Cuando volvieron a la sala, el lugar estaba iluminado por dos antorchas cubiertas parcialmente por velos negros, de forma que apenas se podía adivinar las sombras de los asistentes. Joel, callado, miraba fijamente hacia el lugar en que se situaba Marte, que, como siempre, se sentó rodeado de sus fieles seguidores.

El anciano Zag se levantó torpemente apoyando su mano sobre el hombro de Joel, en parte para soportar su cuerpo y, quizá también, para recomponer su ánimo, ya que no se había repuesto de la afrenta recibida en la reunión anterior. El judío se dirigió con paso cansino hacia un sillón alto, y Joel reparó en que, contra lo que le había prometido la noche anterior, todavía conservaba la capucha blanca sobre su cabeza. Pero, como si hubiera leído sus pensamientos, fue entonces cuando se volvió hacia el grupo, hizo una señal hacia sus compañeros sentados en los primeros bancos, deslizando después lentamente la capucha para dejar ver sus plateados cabellos y su rostro bruñido por el sol y el viento. Sus ojos brillaban en la penumbra como los de un felino y su rostro tenía un gesto firme y sereno.

Los asistentes a los que se había dirigido con el gesto le imitaron retirando también sus capuchones para dejar ver sus rostros. En el gesto se advertía un aire desafiante hacia los que mantenían sus cabezas cubiertas.

-¿Por qué vestir la púrpura si no se puede mostrar a nadie? ¿De quién ocultamos nuestros rostros ahora si estamos entre hermanos? -el judío definitivamente parecía haber superado los malos momentos anteriores.

-Amigos míos, como todos sabéis, ahora procede elegir a uno de nosotros que nos represente y nos dirija. Son tiempos difíciles y difícil será conducir a la Hermandad por donde pueda iluminar su entorno, porque la niebla nos rodea y la perfidia se oculta siempre, a veces hasta dentro de la propia familia; por eso, creo que el primer gesto a que nos obliga esta circunstancia, es descubrir nuestros cuerpos y nuestras almas revelando nuestra verdad, porque este es el origen del bien que debemos buscar y distribuir con justa magnificencia. Muchos años tornean el alma de este judío que ama a los cristianos...-Zag se detuvo para mirar hacia el grupo de Marte, que permanecía en silencio- y algún lugar frío y duro espera para recoger mis restos a no tardar, pero eso no sólo no importa, sino que me anima a seguir luchando si vosotros así lo deseáis.

Daba la sensación que su discurso no había terminado todavía, pero Zag giró su cuerpo dando la espalda a la sala para salir después lentamente, dejando tras de sí un confuso silencio de rostros encapuchados que miraban a Marte, y otros que esperaban también su reacción, desnudas sus identidades en aquel foro por primera vez.

-No sé si conozco suficientemente las reglas de estas reuniones, pero nuestro maestro Zag de la Maleha ha hecho una pregunta y yo quiero responderle que estoy con él. Debéis saber que he vivido una tragedia injusta que se cernía sobre mis hermanos, y sobre sus cenizas quiero pasar, para deciros que cuando los sucesos parecen adversos y penosos, se impone obedecer a nuestros superiores y consentir con ellos. Así lo entiendo yo -Joel se sintió satisfecho de su discurso sentándose junto a Domus Aurea, que se levantó para hablar seguidamente.

-Ahora podéis ver mi rostro y no podréis adivinar en él ni la tristeza ni el enojo, porque todos los infortunios ante los que gemimos son simples tributos de la vida, por eso no esperemos ni pidamos vernos libres de ellos. Pero podéis leer esos sentimientos porque he obedecido al Maestro retirando la tela que lo cubría. Haced lo mismo, os lo ruego, y confirmad con vuestra obediencia la sumisión que es procedente tener ante él.

Marte, que desde que se iniciara la intervención de Joel se revolvía inquieto en su asiento, se levantó para contestar con gesto airado, dirigiéndose al templario con tono imperativo:

-Ya que decís desconocer las normas, debéis ahorrarnos vuestra opinión, que nadie ha solicitado; si un hermano quiere mantener a cubierto su rostro, no es porque tema presentar su desnudez, más bien es porque su humildad así lo exige, y no se descubre el alma viendo vuestros ojos, si no vuestros hechos, y éstos no lucen aún entre nosotros. ¡Tiempo llegará, si antes no habéis retirado el cilicio a que obliga nuestra norma! Y ahora yo os digo que aunque Dios dispone la libertad de obrar, es el hombre quien hace las paredes y utiliza el adobe o el ladrillo sin que se lo imponga nadie. Si queréis seguir construyendo con barro y paja, elegid al judío, porque yo voy a exigiros picar y tallar duro, así se trate de piedra de cantería o de mármol blanco. Podéis y debéis mantener vuestros rostros cubiertos, pero descubriréis vuestras almas tallando y puliendo las estatuas y adornos que vuestra mente guarda. Elegidme a mí, y veréis una Hermandad grande y poderosa construida con piedras sillares; entonces yo seré su piedra angular.

Cuando terminó de hablar, uno de los que estaban junto a él se levantó pidiendo que se retiraran todos para reflexionar antes de proceder a la votación. Marte, que se había sentado de nuevo en el banco, fue el primero en salir.

Al poco volvieron a la sala de nuevo; uno de los frailes había retirado los velos negros que cubrían las antorchas, y sobre una mesa de piedra, que estaba adosada a la pared frontal, había situado una calavera con un gran cirio encendido sobre ella. Los que mantenían las capuchas puestas se reunieron junto a Marte y los que se la habían retirado lo hicieron junto a Zag. Aunque de la observación superficial de los reunidos el resultado parecía favorecer a priori al judío, porque eran diez los que tenían el rostro descubierto, mientras solamente siete mantenían los capuchones blancos sobre sus cabezas, Zag no las tenía todas consigo cuando se inició la votación.

Iban los miembros de la Hermandad en dos filas, caminando con el puño cerrado sobre una de las dos bolas que habían de decidir la elección. La bola blanca representaba la continuidad y la bola negra el cambio de Maestre, nombramiento que recaería en el otro aspirante.

Una bolsa de fieltro, tan larga como el antebrazo de un hombre, recogía las voluntades de los hermanos que iban depositando allí su bola. Cuando hubieron terminado de pasar todos, uno de los que tenían la cabeza descubierta recogió la bolsa y se acercó hacia la mesa donde estaba la calavera. Los demás, que se habían sentado, le observaban en silencio vigilante.

Sacó la primera bola que era blanca y la depositó a la derecha de la vela que iluminaba la calavera; luego otra más, blanca, y una negra; se detuvo un momento mirando hacia los demás interrogante. Como nadie le dijera nada, siguió extrayendo más bolas con ritmo muy pausado. Joel observaba al grupo de Marte con preocupación: algo le parecía que no encajaba en la actitud aparentemente apacible del encapuchado.

Ya había siete bolas blancas a la derecha y cinco negras al otro lado, avanzando lo que parecía ser el resultado final, cuando un ruido de pasos que se acompañaba de gritos de hombres de armas hizo detenerse al escrutador. El judío se levantó para señalar con el dedo hacia donde estaba Marte, que seguía impertérrito, demostrando que lo que ocurría no le resultaba del todo ajeno.

Los rasgos de Joel se tensaron, y si su expresión de antes revelaba un estado de alerta, el rostro que mostraba ahora era tan impenetrable como aquella capucha que vestía Marte sobre su cabeza.

ellos el prior, que, tras arrebatarse el cirio a uno de los hermanos, lo acercó al rostro de Zag queriendo comprobar por sí mismo la identidad del muerto.

-¡Que San Francisco le defienda de las llamas del purgatorio, porque, aunque pagano, era un buen hombre!

Marte le empujó e hizo que la vela cayera sobre el cadáver, que empezó a arder. Los otros frailes se abalanzaron con presteza para apagar el fuego, como si con ello pudieran librar al judío de algún sufrimiento.

Capítulo V . Los Hijos de Salomón

Joel se encaminó despacio por el borde del sendero que unía el convento con la puerta oriental de la muralla de Burdeos. Cuando llegó a los primeros árboles, giró la cabeza para asegurarse de que todavía no se habían percatado de su huida, comprobando satisfecho que el portón trasero por el que había escapado permanecía cerrado. Entonces oyó entre la maleza el relincho ahogado de un semental, y dedujo que no podía pertenecer a los que habían traído a la partida asesina, porque éstos permanecían agrupados junto a la puerta principal, bajo la atenta vigilancia de cuatro lanceros, así que decidió internarse en la floresta en busca del animal.

Tardó un buen rato en encontrarlo: era un magnífico ejemplar y no parecía un jamelgo campesino. Lo habían atado con una cuerda de cáñamo de más de diez varas para que el animal pudiera pastar en el amplio círculo que tenía por centro el árbol al que estaba atado, pero el caballo, en su deambular, había enredado la cuerda en una piedra y permanecía junto a ella hurgando la hierba con sus cascos en una inútil lucha por librarse de su atadura. Al ver a Joel alzó la cabeza bufando y mirándolo desconfiado con sus grandes ojos abiertos. Era un corcel de dorado pelaje, de largas patas, y se veía bien alimentado; un caballo, pensó el templario, que muy bien podría servir para cualquier acción de guerra.

Joel acarició sus crines con la habilidad de quien está habituado a tratar con aquellos nobles brutos, que fueran siempre compañeros inseparables de viajes y batallas; luego, desatando la cuerda lentamente, subió sobre su lomo intentando que el animal no le derribara. El alazán corcoveó, y estuvo a punto de descabalgarse al jinete; pero, al final, Joel consiguió controlarlo; lo espoleó con sus muslos hasta conseguir que acelerara el paso en un rápido trote por entre los árboles; luego, obediente a su nuevo amo, se detuvo en una zona desde donde se podía observar la partida que había quedado a la puerta del convento.

No tuvo que esperar mucho tiempo para que los de dentro reaccionaran. Las puertas del retiro se abrieron y por ellas salieron los soldados con los Hermanos de la Quimera que habían organizado tan vil traición. Seguían aquellos cubiertos por sus capuchas, y, durante un momento, parecieron confabularse formando un círculo con sus caballos. Se movieron un buen rato alumbrándose con antorchas buscando al huído por el entorno más próximo; pero, al cabo, comprendieron que el templario debía estar ya lejos de allí. Entonces el grupo se dividió: uno de los tapados volvió grupas hacia la ciudad, mientras los demás se dirigían al galope por el camino de París.

Joel esperó hasta que el ruido de los cascos se fue apagando; entonces lanzó también su caballo al galope tras el encapuchado que había regresado a Burdeos. Fue una larga cabalgada en la que le pareció que su corcel volaba. Iba absorto recordando la tragedia que había vivido en el convento franciscano, mientras dirigía al noble bruto con

sus piernas sintiendo que, bajo la piel desnuda, la sangre del animal hervía tanto como la suya. Durante un tramo, en que le pareció perder el sonido lejano del encapuchado al que perseguía, se tumbó hacia adelante para facilitar la cabalgada; pronto el caballo entendió la exigencia del jinete acelerando el paso. Joel le dio unas palmadas de agradecimiento y el animal giró la cabeza soltando nubes de vapor por sus ollares, mirando a su nuevo amo con simpatía cómplice.

-Topaz te llamaré, amigo, pues topacios parecen tus ojos -susurró, satisfecho, a su oído. El animal sacudió la crin, y, emitiendo un relincho, le miró con sus grandes ojos, aceptando, al parecer complacido, aquel nombre.

Cuando llegó a la colina que cerca la ciudad por el nordeste, le pareció ver a lo lejos, iluminado por un rayo de luna, al jinete que perseguía. Ya no vestía el capuchón. Mirando desconfiado hacia todos lados, se adentraba entre las casuchas de pescadores que bordean la orilla izquierda del río. Pronto llegó él también a aquella zona.

La noche estaba tranquila y la luna reinaba todavía en los cielos, aunque no faltaría mucho para que sonaran las campanadas de maitines llamando a los pescadores a la faena.

Los cascos de Topaz golpeaban las piedras del adoquinado haciendo un ruido que a Joel le parecía ensordecedor. Sujetó a su caballo para evitar acercarse demasiado al otro, y, en el repentino silencio, volvió a escuchar el sonido delator de las pesuñas saliendo de aquel suburbio y subiendo a una pequeña colina donde se alzaba una mansión de piedra que dominaba todo el barrio. Descabalgó, ató al animal lejos del lugar, y fue hacia allí a pie.

Unas gaviotas cruzaron en vuelo raso sobre sus cabezas dirigiéndose hacia el estuario del Garona. “Esas sí que son madrugadoras”, murmuró para sí; luego sonrió para sus adentros cuando vio amarrado junto a la casa, construida con buenas piedras sillares, al caballo del encapuchado.

Ascendió cautelosamente la pendiente, que comenzaba en donde había dejado el caballo; llegó hasta la puerta al tiempo de observar que otro hombre se encaminaba también hacia allí viniendo en sentido contrario; el desconocido vestía con ropa talar.

Joel se detuvo para observarle: se movía con la cautela de quien no quiere ser descubierto, acercándose hacia un ventanuco lateral por el que se escapaba la luz de una vela que iluminaba el interior; el hombre se asomó ligeramente, luego miró en derredor buscando un sitio para ocultarse.

El clérigo volvió una esquina y permaneció allí unos instantes, luego se dirigió hacia donde se había ocultado Joel, quien, al aproximarse, reconoció en él al joven franciscano que le había recibido cuando llegó al convento de San Miguel. La sonrisa iluminó de nuevo el rostro del fraile cuando vio a Joel, luego se acomodó junto a él en silencio dispuesto a esperar.

-Doy gracias a Dios porque os ha librado de la suerte de vuestros hermanos -dijo.

El templario, que no tenía muy clara la posición de los franciscanos en la encerrona que causara la muerte del judío y los demás, se limitó a relajar algo su expresión; pero no contestó.

-No temáis de mí indiscreción ni tampoco lástima. Mi alma quiere prepararse para la próxima llegada del Creador y mal haría yo si os traicionara, ya que vos habéis sido el traicionado. Más bien se inclina mi espíritu a apoyar vuestra justa causa, fuera cual fuera, -buscó en la mirada de Joel, y halló esta vez la aceptación que le animó a continuar-, esperemos juntos, porque antes o después saldrá ese hombre y podremos ver su rostro. Es posible que encontremos alguna explicación para lo que ha pasado en

nuestro convento. Yo os aseguro que nosotros...-se interrumpió dubitativo-... nuestra comunidad, no ha tenido arte ni parte en ese crimen.

-¿Por qué estáis aquí hoy? ¿Por qué os interesa la identidad de ese hombre? -le preguntó Joel.

-Podiera ser que por el mismo motivo que os interesa a vos. Las quimeras son las fantasías de un mundo que se resiste a creer la realidad que vive; pudiera ser que nuestro credo franciscano fuera también una quimera, ¿no os parece?. Si así es, militamos los dos en el mismo bando y también nosotros hemos sido ofendidos con ese crimen.

El templario asintió sin querer corregirle, ya que los traicionados habían sido los Hijos de Salomón, pero el fraile le hacía sentir tan seguro como lo hubiera estado entre sus hermanos del Temple, así que se envolvió en su capa y se tumbó en el suelo dispuesto a dormir. Pero no pudo; la niebla había cubierto aquella zona y tenía frío. Su pensamiento voló hacia la cántara Mahonia; en aquellos momentos Joel hubiera dado cualquier cosa con tal de poder abrazar a la muchacha, envolverla con él en su capa, y así dormir lejos de las intrigas a que le obligaba su extinta Orden y la, ahora también maltrecha, Hermandad de los Hijos de Salomón.

Se despertó, sorprendido en medio de un sueño erótico que tenía a la cántara por compañera. El fraile se había levantado y con su pie golpeaba al templario conminándole a desperezarse.

-¡Vamos! Ya va a salir. Han enjaezado dos caballos y uno de sus sirvientes está esperándole... ¿Dónde tenéis vuestra montura?

Joel le hizo un gesto señalando el lugar donde había dejado a Topaz.

Las calles arrastraban ya un ruido creciente que se multiplicó unos instantes después, cuando empezaron a sonar al unísono numerosas campanas de iglesias y cenobios llamando a maitines. Pero el sol no había aparecido todavía en el horizonte y la oscuridad permitió que ambos hombres pudieran salir de entre los troncos sin que desde la casa se advirtiera su presencia.

-¿Cómo vas a ir tú? -le preguntó Joel, al observar que el fraile no tenía cabalgadura.

-No es probable que vaya muy lejos, así que podremos seguirle los dos en vuestro caballo...-Al ver que el templario dudaba, le sonrió, ofreciéndole su mano dijo:-yo me llamo Francis.

Desde lejos observaban los movimientos en la casa de piedra del encapuchado. Por fin salió un hombre joven que, con gesto altivo, se detuvo en la puerta observando los alrededores con atención; hizo una señal y salió de la casa otro caballero de mayor edad que vestía un jubón de raso azulado con bordados de color rojo y tachones de oro; le acompañaba un sirviente. A Joel le pareció familiar la figura del segundo hombre, pero no le pudo identificar por la lejanía.

El más joven, con gesto muy servicial, acercó el caballo del otro alejando al sirviente y con las manos hizo un escabel para ayudarle a montar. Cruzó el anciano las manos sobre el arzón, volvió su caballo para colocarse entre los otros dos y se pusieron en marcha siguiendo el camino de la costa. Sus caballos pasaron cerca del de Joel sin detenerse.

-Yo conozco a uno de esos hombres, -dijo el templario-. Me invitó a cenar en una taberna el día que llegamos a Burdeos. Se llama Wion

Viendo la cara de asombro del franciscano, se calló. Durante unos instantes saboreó su descubrimiento en silencio: *“¡Vaya! así que he convivido con ese canalla todos estos días sin reconocerlo. Bien, pues ahora es él quien desconoce que le hemos descubierto”*. Luego se volvió de nuevo hacia el fraile:

-¡Vamos, amigo! ¡Vayamos tras ellos!

Francis, el franciscano espiritual, le miró haciendo un gesto para recordarle que no contaba con cabalgadura. No había dormido en toda la noche, y la vigilia había ribeteado sus ojos con círculos oscuros; pero, con todo, su eterna sonrisa no había desaparecido.

-Topaz es un gran caballo y podrá con los dos. ¡Démonos prisa!

La puerta de la ciudad estaba abierta. Ante ella se hallaban esperando varias caravanas de mercaderes con sus carros repletos de mercancías. En su función de control y arancel, dos soldados trabajaban con parsimonia en la rutinaria tarea de interrogar y cobrar a los que entraban y salían.

Cuando Topaz se detuvo al final de la fila de los que deseaban abandonar Burdeos, Joel pudo ver a lo lejos al hombre que perseguían. Estaba ya a punto de pasar el despacho del guardia; por la cantidad de gente que había delante del templario y su acompañante, tardarían un buen rato en poder seguir tras de él.

El franciscano interpretó la situación del mismo modo. Le dijo con mirada pícaro:

-De algo ha de servir este hábito: venid tras de mí pero no digáis nada.

Francis desmontó, tomó el caballo de la brida, y, entre las protestas de los que estaban delante, se acercó al guardia de la puerta.

-Perdonad la urgencia que me obliga a no respetar el orden, pero ya veis la situación. Este hombre tiene el mal de los vómitos negros, que es muy contagioso. Vino ayer a vernos a nuestro convento para que le cuidáramos, y nuestro prior, muy sensatamente, decidió que uno de nosotros le acompañara lejos de la ciudad para darle los auxilios a que estamos obligados, pero sin poner en peligro a toda la comunidad.

Al oír aquellas palabras, los que estaban detrás retrocedieron espantados como alma que lleva el diablo, incluso a riesgo de perder su turno. Fue quizá en parte debido a aquella reacción de los ciudadanos, pero el temor al contagio prendió en los guardias, que decidieron no dudar de la veracidad de las palabras de un fraile franciscano.

-Id con Dios sin perder instante... ¡Vamos! ¡Vamos!... Vosotros, dejad pasar a estos hombres –dijo dirigiéndose a los que acababa de despachar, que con cierta parsimonia estaban devolviendo al carro el sobrante de algunas mercaderías que les habían hecho sacar de él para pagar el portazgo.

Cuando ya estuvieron en el camino, lejos de la ciudad, Francis musitó en voz baja:

-El Señor sabrá perdonar estos pecadillos veniales que en nada comprometen su mensaje.

No tardaron en ver pronto a lo lejos el polvo que levantaban las cabalgaduras del Hermano de la Quimera y sus acompañantes. Durante un buen trecho dejaron que los otros se alejaran para evitar llamar su atención; luego, cuando vieron que se acercaban al cerro que cierra el estuario del río, en un lugar donde se levantan algunas casas de pescadores y contrabandistas, apretaron de nuevo el paso temiendo perderlos.

Aquella zona era un lugar estratégico: estaba situada en una pequeña cala cerca de la desembocadura del río y a poca distancia de Burdeos. ¿Se podía pedir más? Los barcos llegaban por la noche, descargaban sus mercaderías y cargaban otras que seguramente tenían como destino un puerto similar. Ninguna mirada indiscreta y, sobre todo, ningún impuesto que pagar.

Allí, en lo alto del cerro que abrigaba el puerto natural, había tres caballos pastando.

-Están cerca...Los huelo.

-No hace falta para ello ser un sabueso, esos son sus caballos –corrigió a Joel, sonriendo con naturalidad, el franciscano.

En las rocas que formaban el puerto natural, tres hombres esperaban impacientes:

-Ya tenían que estar aquí –dijo Wion- aseguraron que llegarían antes de que el sol estuviera en su cenit.

Uno de los criados, que miró instintivamente al cielo, susurró al otro:

-El sol todavía no ha llegado a la cima, mira.

Un sonoro bofetón le golpeó el rostro, al tiempo que se oía la voz del amo:

-Si yo digo que ya ha llegado al cenit, es que ya ha llegado...¿estamos?

Como si el eco de sus palabras hubiera sido llevado por el viento, apareció en la bocana la proa de una galera. Los criados interpretaron el hecho, seguramente, como un acto de obediencia disciplinada hacia su amo.

Durante toda la tarde estuvo descargando cajas del navío un numeroso grupo de hombres fornidos. Las apilaban después, siempre bajo la mirada atenta de Wion, en una destartalada cabaña de madera que estaba unos pasos más allá, junto a unos abedules.

Del navío salieron diez soldados que habían venido como custodios de la carga. El que los mandaba se dirigió a Wion para entregarle unos documentos.

-Ved, señor, creo que todo está correcto. Ahí está todo lo que cargamos en El Havre. Nadie se ha acercado a esas cajas durante el trayecto, mi vida da fe de ello.

Sólo entonces asomó una ligera sonrisa en la cara de Wion. El Hermano de la Quimera se acercó al capitán del barco, que esperaba junto a la pasarela por donde habían descargado.

-¡Cruz de Hierro! Ahí está lo convenido....-le lanzó una bolsa bien repleta-. Cien florines de oro, podéis contarlos.

Tan rápido como había aparecido desapareció el barco tras de las rocas. En el lugar quedaron los soldados y los criados. Permanecían en silencio, atentos hacia cualquier indicación de su jefe, esperando sus órdenes. Pero Wion Carafa no decía nada: paseaba cabizbajo de un lado al otro del pequeño puerto, luego miró al cielo y emitió una especie de gruñido de desaprobación. El alférez que mandaba la tropa se dirigió hacia él:

-Mandaré que mis hombres hagan guardia mientras esperamos, sire.

Wion le hizo una seña de aceptación y se encerró en la cabaña donde estaban los bultos. Estuvo tanto tiempo en aquel lugar, que ya atardecía cuando salió de allí. Los criados y los soldados, faltos de instrucciones, habían optado por pasar el tiempo ocupándose en ganar un jornal con el juego de dados. Algunas riñas mostraban al terminar que la plata que habían ganado unos, obviamente, la habían perdido los otros, pero no de buena gana. El caso es que, a veces, los que perdían eran más fuertes o estaban mejor armados y ...

-¡Ya basta de juegos! –interrumpió Wion las discusiones-; antes de medianoche llegará un nuevo navío y entonces embarcaremos.

Unas malezas se movieron. El oído agudo de Wion lo percibió.

-Alguien está entre esas matas. Vamos ¿que esperáis? ¡buscadlo!. Si podéis, traerlo ante mí, pero si se resiste matadlo.

Él mismo se internó entre las retamas y brezos, después de asegurarse que cuatro soldados permanecían alrededor de la cabaña vigilando la mercancía.

-¡Con cuidado, señor!

Uno de los criados se acercó hacia él haciéndole señas de que había visto algo.

-¡Seguidme, señor!

Anduvieron un corto trecho entre aquellas matas de escoba, que cubrían completamente a un hombre y dificultaban el paso.

-¡Esperad aquí, señor! –dijo el criado antes de desaparecer tras la espesura.

Al cabo, volvió alarmado.

-Ese endemoniado ha dado un rodeo y ha vuelto por donde hemos venido, hacia el puerto.

La imprecación de Wion se oyó en toda la cala.

-¡Cruz de Hierro! ¡Atención los del puerto! ¡Esos malditos van hacia allá!

El criado le miró sorprendido porque hubiera supuesto que era más de un hombre el que había estado espiándolos, ya que él solamente había visto fugazmente a uno.

Cuando Wion llegó ante la cabaña, encontró a los cuatro guardianes degollados y la puerta abierta de par en par.

Esperó en el muelle a que regresaran los restantes soldados, pero se mantuvo a una prudente distancia de donde estaban los cadáveres. Cuando el alférez vio el estropicio que habían hecho con sus hombres, no esperó la orden, y entró en la caseta enfurecido con la espada en alto. En la cabaña se veían las cajas abiertas precipitadamente y su contenido desparramado por el suelo: cruces engarzadas con joyas se mezclaban con esclavinas y cadenas de gruesos eslabones de oro macizo. Por un momento el alférez contuvo su ira ante aquella visión, pero oyendo la carrera de los que venían tras de él, volvió a la tarea de buscar a los salteadores. Fue un trabajo vano, porque en aquel lugar ya no quedaba nadie, salvo los muertos. Quienquiera que fuera el que había revuelto todo aquello y degollado a sus hombres, había puesto tierra por medio de inmediato.

Un buen rato les llevó recoger todas las joyas y monedas desparramadas. Fue un trabajo que hicieron los dos criados de Wion Carafa, mientras los soldados les contemplaban, pensando, quizá, que una de aquellas monedas representaba más que el salario que ellos recibían en un año.

Wion comprendió que tenía que hacer algo si quería mantener la disciplina; de otro modo la codicia que adivinaba en los guardias podría plantearle tener que repartir todo aquello, para después hacer desaparecer a los incómodos testigos que eran él y sus criados.

-Este oro es del Rey, ...él nos envió para recogerlo, y, por mi alma juro, que, a donde él lo ha mandado, llegará.

Luego llamó aparte al alférez:

-Cuidad que vuestros hombres sientan el temor que el Rey merece. Los templarios se enfrenaron a él, y ahí tenéis el resultado: ellos están muertos, y su oro está ahora aquí, camino de París.

-Pero , ¿y los ladrones? ¿No vamos a buscarlos?

-No tenemos tiempo, ni podemos arriesgarnos a dividir nuestras fuerzas. Puede ser que sea eso lo que esperan. He revisado las cajas y apenas se han podido llevar unas decenas de monedas,...¡ah! De lo ocurrido nada a nadie. Podría ser que el Rey interpretara mal este robo y peligraran nuestros cuellos.

Poco después llegaba por el río, desde Burdeos, una enorme barcaza con más de una docena de soldados. En ella acondicionaron las cajas que contenían el fruto del expolio de todas las encomiendas del Temple del norte de Francia.

Los últimos rayos del sol penetraban por los ventanucos del almacén, ahora ya vacío, y arrojaba una estrecha franja brillante que iluminaba la calvicie del fraile.

-Se acabó la persecución,...ahora ya sabéis lo que venían a buscar.

-Que el diablo les confunda, ya que han pactado con él. Pero ese no es el tesoro del Temple; ahí no iban más que oro y joyas depositadas por nobles y reyes. Nosotros ya tenemos para ayudarnos en nuestra empresa,... ¡ah! tomad esto para vuestra Orden – Joel entregaba al franciscano una bolsa con parte de las monedas que habían cogido del almacén.

Francis le miró fijamente, rechazando lo que le daba con un gesto.

-Ahora mi Orden me necesita menos que vos. ¿Cuál es vuestro destino?

-Tengo que visitar a una anciana dama en Tours... –como viera que el franciscano esperaba alguna aclaración, continuó-. Se trata de la condesa Claudie de Tours; ella tiene algo que he prometido a unos amigos.

-Este hábito puede abrir algunas puertas, ya visteis como nos ayudó a la salida de Burdeos. Permitid que os acompañe, es una deuda que tengo por haber consentido que vuestros hermanos murieran en aquella emboscada.

-Si de veras deseáis ayudarme, hay algo que podríais hacer. Os dirigiréis a Limoges para buscar a un caballero llamado Paien; era un antiguo freire del Temple, amigo de mi padre; seguro que con la ayuda de vuestro hábito no os resultará difícil dar con él. Sólo tenéis que decirle lo que habéis visto hoy aquí y que yo seguiré tras de esa comitiva de ladrones.

-Pero...¿y después?

-El destino y el anciano Paien harán que nos encontremos de nuevo. Es muy probable que esa joyas salgan en pocos días de Burdeos camino de París, así que yo iré en pos de ellos como si fuera su sombra; a fin de cuentas llevamos el mismo camino porque habrán de pasar por Tours.

Compraron un jumento en una alquería, porque el franciscano consideraba más propia de su condición aquella cabalgadura. Luego se despidieron.

Cuando Joel volvía a entrar en Burdeos, al pasar junto al convento de San Miguel recordó por un momento a Marte, y deseó poder encontrarlo alguna vez a la distancia de una flecha de ballesta.

Casi una semana tuvo que esperar Joel cerca de las puertas de la ciudad hasta que al fin una sonrisa de satisfacción asomó en su cara: Por el camino de Poitiers salieron una docena de carros cubiertos con lonas y custodiados por dos batallones de lanceros. Detrás, también custodiada por cuatro soldados, iba una carroza con las armas de la flor de lis.

La caravana cabalgó sin descanso durante el primer día. Solamente pararon para dar de beber a los animales cuando la luna llena se ocultó tras unas nubes. Lo mismo ocurrió los días que siguieron.

Joel empezó a temer que, de seguir a aquel ritmo, no pudieran darle alcance Paien y los pocos freires que pudiera reunir.

-*“No acierto a comprender el porqué de estas prisas, amigo –se dirigía con un susurro a su caballo-. Siento tener que pedirte estos esfuerzos, pero ya ves que no nos queda otro remedio”*.

Topaz correspondió a la confidencia con un suave relincho, como si el noble animal entendiera que no era el momento de ser más expresivo.

La comitiva que comandaba Wion ya había pasado Poitiers y se acercaba a Tours, cuando Joel vio a lo lejos, tras de sí, una nube de polvo.

-*“Esos tienen que ser nuestros amigos”* –le dijo a Topaz, al tiempo que le daba un suave golpe en el cuello- *“: vayamos a darles la bienvenida”*.

Caballo y jinete se convirtieron de nuevo en un ser alado que apenas pisaba el suelo. Al poco, la luz anaranjada del sol del amanecer dibujó en la lejanía los cuadros blanquinegros del beausant²⁷.

Topaz se detuvo levantando una nube de polvo, mientras que los templarios hacían lo mismo. Paien había conseguido apenas reunir a media docena entre caballeros y sargentos. En la mayor parte de aquellos templarios se advertía el deterioro que la falta de actividad ocasiona en los músculos, pero no había desaparecido el ardor guerrero de sus semblantes.

El anciano Paien desmontó para abrazar a Joel.

-Están al otro lado de aquel bosque. Los podremos alcanzar antes de que lleguen a Tours –le dijo Joel después de saludarle- Pero hay dos batallones de lanceros y ocho soldados –comentó en voz baja, dubitativo, al ver la mermada tropa que acompañaba a su amigo. Después abrazó a Francis, que con paso más relajado llegaba en aquel momento a lomos de su jumento.

-La fuerza no está en el número ni en los músculos de los guerreros, sino en su fe. Recordad a los hashishims del viejo Abdalah²⁸.

Joel no quiso contradecir a su amigo, pero dudaba que tras las contrariedades y el deshonor que había acarreado el proceso contra su Orden, pudieran mantener aquel espíritu de fe que hicieran tan temibles en el pasado a los caballeros templarios. Fueron los reconocidos paladines del bando cristiano, tanto como lo habían sido los hashishims del Viejo de la Montaña en el del Islam.

La primera vez que Paien se encontró con el joven Joel fue en la Sierra de Francia; un lugar paradisíaco al sur de Salamanca. El muchacho vivía allí con su madre, Papáver, y acababa de derribar a un negrí con un certero flechazo sin dañarlo de gravedad; Paien se lo compró para regalárselo al rey de Hispania, Alfonso el Sabio.

Esperaron a que se hiciera la noche, confiando en que la proximidad de Tours hiciera descansar a la caravana de Wion Carafa, y así fue. Joel se acercó agazapado hasta un claro del bosque donde estaban acampados, y lo que vio no le tranquilizó, porque frente a él, los carros que llevaban el expolio del Temple se encontraban agrupados en el centro de un gran círculo rodeados por tres grupos de guardianes. Cada guardia se componía de dos hombres que bromeaban, para alejar el sueño, a la luz de unas fogaratas. No sospechaban que nadie estuviera al acecho, porque la maleza era alta y en algún momento Joel hizo más ruido del necesario al deslizarse entre los matojos; pero aquello no alteró en absoluto la apacibilidad de los vigilantes.

Por un momento se encontró ridículo en aquella posición de entre ojeador furtivo y salteador de caminos. ¿Merecería la pena todo aquello? Su vida en el Temple siempre había estado mancillada por su origen. Aunque nadie se lo reprochó nunca, Joel sabía que todos conocían que era hijo ilegítimo del comendador Hugo y de una cátera, por ello, su futuro no podía ir mucho más allá de su condición de sargento, probablemente nunca podría alcanzar la categoría de caballero en la Orden. No importaba que sus hechos de armas le hubieran distinguido en múltiples batallas, ni tampoco que su disciplina y celo se calificaran siempre como ejemplares: formaba parte de la penitencia que correspondía a su nacimiento. Era como si su pecado original precisara muchos bautismos para ser perdonado.

²⁷ Estandarte del Temple. Era una banderola cuadrada con dos cuadros blancos y dos negros alternados, como escaques del ajedrez.

²⁸ Se refiere a los seguidores de la secta del Viejo de la Montaña, que sembraron el terror años atrás por su deseo de morir por su líder. Se decía que lo hacían drogados bajo los efectos de la hierba del hachís, de ahí su nombre de *hashishims*. En ocasiones fueron aliados de los templarios en los enfrentamientos entre las dos grandes facciones del Islam, los sunníes y los sihíes.

Recordó su niñez en la Sierra de Francia persiguiendo halcones, ballesta en mano: *“la mente nos engaña –pensó-, porque siempre nos presenta los recuerdos agradables del pasado, que es lo único que almacena, mientras que no nos dice nada del futuro donde estará la verdadera gloria”*. Pero no pudo apartar de su pensamiento la añoranza de aquellos días felices junto a su madre Papáver y su tutor: el perfecto cátaro pater Oigly. *“Quizá mi definitivo bautismo esté cerca. Tendré que prepararme para él”* –murmuró.

-Tienen seis centinelas calentándose las manos al fuego –le dijo a Paien cuando regresó-; no sería difícil terminar con ellos si consiguiéramos atacarlos a la vez, pero es seguro que tendrán tiempo de dar la alarma.

-En cualquier caso serán seis menos, ¿no te parece? –contestó Paien.

Paien se erigió en comandante de la pequeña tropa para organizar el ataque. Todos, excepto el franciscano que permanecía alejado del grupo absorto en sus pensamientos, se reunieron para rezar las plegarias que habitualmente hacían antes de la batalla. En aquel momento empezó a caer un fuerte aguacero.

-El tiempo está con nosotros. Esta tormenta ocultará el ruido de nuestros movimientos –dijo el anciano templario.

Paien llevaba una camisa larga de lino que abombaba su cintura al oprimirla con un ceñidor de cuero muy ancho. Había elegido a Joel como acompañante, y le seguía entre la espesura.

-Si alguno de ellos da la voz de alarma hemos de aprovechar la confusión para huir. No quiero héroes sino guerreros que puedan combatir otra vez. ¿Lo entiendes hijo?

-Sí padre –dijo sonriente Joel volviéndose hacia el comandante-. Están allí –dijo señalando el claro en el que se veía a los soldados pugnando por encender de nuevo el fuego que había extinguido el chaparrón veraniego.

Armaron ambos sus ballestas y esperaron la señal. El canto de un búho imitado por uno de los templarios, sería la señal de disparar. Una flecha se hundió en la garganta de uno de los lanceros que no pudo pronunciar más que un ligero gemido, la otra se alojó en el centro de la frente del otro. Ambos hombres quedaron expectantes para ver lo que ocurría con los otros centinelas que estaban más alejados. Pasaron unos instantes y los otros no parecían darse cuenta de lo que había ocurrido a sus compañeros, pero la coordinación había fallado, porque nadie los atacó.

-¿Qué ocurre? ¿Por qué no atacan nuestros hermanos? –preguntó inquieto Joel.

-Ese es el motivo –dijo Paien señalando hacia un árbol donde un búho volvía a cantar- nos hemos adelantado.

Fue en aquel preciso momento cuando los otros centinelas se apercebieron de la muerte de sus compañeros y dieron voces atronadores de alarma. Rompían el silencio de la noche entre angustiados y aterrorizados por el miedo que tenían de seguir la misma suerte.

-¿Qué hacemos ahora, comandante?

-Dispara a todo lo que se mueva hasta que termines las flechas de tu aljaba. Tenemos que evitar que nuestros hermanos se vean cercados.

Estaban muy lejos de los otros guardias como para garantizar el éxito de los disparos, por eso Joel se adentró en la maleza para buscar una posición mejor. Desde allí hizo dos nuevas dianas entre los soldados que despertaban de su sueño. También Paien había alcanzado a otro de los vigías que corría hacia aquella zona tratando de ocultarse entre los árboles. Como una orquesta que hubiera sincronizado los instrumentos durante la melodía, empezaron a llover las flechas contra los soldados desde todos los lados creando una gran confusión. De entre el tumulto, los templarios reconocieron la voz de Wion que se oyó atronadora ordenando la retirada.

Le obedecieron con presteza: dejaron carros y bagajes huyendo entre la maleza como si el mismo diablo les persiguiera.

Païen sonreía satisfecho:

-Gracias, amigo –su voz se dirigía hacia el búho que había precipitado el ataque y, con ello, propiciado la victoria tota;, pero el animal, asustado por los gritos, había desaparecido.

Recogieron los caballos de los muertos y formando una reata los ataron al último carro; después, tomaron el camino hacia Poitiers adentrándose entre los árboles para no ser vistos. El plan de Païen consistía en recorrer todo el trayecto del que fueran capaces durante lo que restaba de noche, para acercar la caravana al litoral. Desde allí, fletarían un barco que les permitiera llevar el tesoro a Portugal, donde el rey Dionis, no sólo mantenía el apoyo a la Orden del Temple, sino que propiciaba su continuidad con un simple cambio de nombre²⁹.

-Esos hombres no van a dejarnos llevar todo esto sin más –dijo Joel-, seguramente ya estarán en Tours reclutando refuerzos para perseguirnos sin descanso en cuanto amanezca.

-Pero esperará que sigamos el curso del Loira para embarcar en Nantes y nosotros iremos hacia La Rochelle por el camino de Niort. Estos carros llamarían la atención todos juntos pero no lo hará si dividimos la caravana en tres partes –dijo Francis.

Païen meditó por un momento las palabras del franciscano, y reconoció que tenía razón:

-Son sensatas vuestras palabras –dijo-. Distribuiremos el tesoro en dos partes: los objetos de culto vendrán con nosotros a Portugal; el oro y las joyas, que deben servir para aliviar la vida de nuestros hermanos presos, irán a Limoges y a Carcasona.

Dividió el grupo según había dicho: puso al frente de los que iban hacia Limoges y Carcasona a dos caballeros que habían sido comendadores; ordenó que quitaran las lonas que cubrían las cajas y en su lugar colocaron haces de heno bajo los que ocultaron las armas que habían llevado durante la batalla.

El franciscano le pidió algo que a Païen le resultó sorprendente:

-Quisiera ver si dentro de esas cajas hay un manuscrito antiguo –dijo Francis, mirando con complicidad a Joel.

El comandante miró interrogante hacia Joel, que asintió con el gesto.

La búsqueda les entretuvo un tiempo que a Païen le parecía precioso, por eso no permitió que descargaran lo que contenían los bultos sino solamente que hicieran una revisión rápida. Pero fue lo suficiente como para constatar que allí no había ningún libro. *“El manuscrito de San Malaquías es demasiado importante como para estar al alcance de la rapiña del Rey”* –pensó Joel-, *“sin duda, Jacques de Molay tuvo tiempo de ponerlo a buen recaudo durante los años que estuvo preso”*.

Después, los templarios, vistieron ropas de campesino que llevaban preparadas para la huida y se separaron conforme habían convenido, aunque Joel y Francis acompañaron al grupo de La Rochelle durante un trecho; el tiempo que Joel precisó para explicar a Païen el motivo de la visita a su hermana, la condesa Claudie de Tours.

-Así que persigues el anillo del Maestre Guillermo de Beaujeu. ¡Beausant! – exclamó mesándose la barba- creo que Claudie te lo entregará a poco que vea en ti algo que le recuerde a tu padre... porque mi hermana siempre estuvo enamorada de él.

²⁹ Se denominaría Orden de los Caballeros de Cristo.

Joel creyó leer en la expresión de la mirada del viejo templario una mezcla de nostalgia y emoción recordando otros tiempos. Luego Paien se refirió de nuevo al anillo del Maestro.

-Hubo un tiempo en el que el mundo estuvo gobernado por ese trozo de bronce, pero no creo que sirva de mucho ahora –suspiró.

-Hay quien le da mucho valor –intervino Joel, refiriéndole brevemente lo ocurrido con la Hermandad de los Hijos de Salomón.

-Los cátaros y los judíos son unos idealistas, pero con ideales no se arman ejercitos ni se arrastran a las masas. Hoy hace falta dinero, los tiempos de los ideales murieron con la última cruzada en aquella terrible batalla de Acre.

Joel se detuvo, y le señaló al comendador del Temple los carros cargados de oro que custodiaban.

-¿Es que ahí no hay bastante?

-¡No! No hay bastante –Paien parecía repentinamente molesto- Esa Hermandad de los Hijos de Salomón no es un proyecto claro y ahora está, además, falto de liderazgo. No tendrían bastante ni con ese oro ni con diez veces esa cantidad. Ni tan siquiera sabrán en que dedo ponerse el anillo de la Quimera, porque Marte y los otros se los cortarán.

-¿Entonces? –Joel parecía realmente confundido sin saber muy bien que hacer.

-Ese anillo es un símbolo que llevó tu padre como Maestro de la Quimera y que él dejó después para mí, pero yo lo rechacé porque no creo en el futuro ni de esa Hermandad ni tampoco en la de los judíos y canteros. Nada queda ya en aquella del espíritu con que la creó nuestro maestro Tomás de Bèrard. Pero cumple tu promesa y entrégaselo a esos cátaros maçons³⁰: así que puedes decirle a mi hermana que yo autorizo a que te lo entregue. Enséñale este pliego; por él sabrá que has estado conmigo.

Joel leyó el escrito:

*Guarda y haz guardar los diez mandamientos de Dios
Arranca la avaricia de tu alma e instala en ella la tolerancia
Integra en tu proyecto al sabio y destierra al necio
Lucha contra la soberbia y el vicio, porque son la lepra del mundo
Reformaos en lo que vuestra mente observe nuevo y conveniente
Haz siempre que prevalezca el nombre de Dios.*

-Son las normas fundamentales de la Hermandad de la Quimera. Observarás algunas que te resulten familiares por ser similares a las nuestras. Bueno, Tomás de Bèrard creó esa Hermandad en Villasirga hace muchos años con la idea de perpetuar en ella el ideal del Temple, pero ...¡hum! –se mesó la corta barba- creo que no lo consiguió.

El castillo de Tours apareció a lo lejos, destacando incluso por encima de las torres de las iglesias. Estaba situado en lo alto de una colina que dominaba la ciudad, y sus murallas, construidas de piedras toscas y protegidas por grandes machones, estaban diseñadas para albergar a tropas más que para una corte condal. Sin duda, los condes habían querido construir una fortaleza militar más que un palacio señorial.

No tuvieron impedimento alguno para penetrar en la fortaleza cuando se identificaron como amigos de Paien. La figura de una mujer con la belleza fría y majestuosa de la vejez salió a recibirles desde la puerta de la torre del homenaje.

³⁰ Maçon es un término francés que significa: constructor, albañil.

-Bienvenido sea quienquiera que se refiera a mi hermano como amigo –les dijo tendiéndoles la mano.

Francis se adelantó a su compañero e inclinó levemente la rodilla para besar la mano de la dama. Joel le miraba, sorprendido de que un religioso renunciara al derecho a ser él quien recibiera el beso en su diestra, luego se acercó también imitando el gesto de su amigo. Después de besar la mano de la condesa, el templario la retuvo unos instantes entre la suya observando el anillo que lucía la dama: era un anillo de bronce bien labrado, tenía grabado el dibujo de la basílica de la Roca de Jerusalén, y, bajo esa efigie, una escuadra de ángulos, de la que colgaba una plomada, rodeaba un ojo vigilante.

La condesa retiró su mano con gesto de impaciencia, por lo que Joel se justificó:

-Disculpad Señora, ...pero ese anillo me recuerda a mi padre. Él lo llevó durante mucho tiempo.

La sorpresa asomó en los ojos de la condesa Claudie.

-¿Tú eres el hijo de Hugo?

Abrazó al joven sollozando; Joel la dejó hacer. Transcurrido unos instantes, el muchacho le refirió cómo habían conseguido recuperar las joyas del Temple en las cercanías de la ciudad con la ayuda de su hermano Païen.

-Así que ese loco de mi hermano todavía tiene energía en su brazo. No me sorprende que no se haya acercado hasta aquí, por lo que me contáis de las tropas que van en su busca; pero tampoco tendría mucha esperanza de verle aunque hubiera venido con otra comitiva. Se diría que tuviera miedo de volver por estas tierras que fueron y siguen siendo tuyas. Ya son años los que lleva sin aparecer por Tours; -luego, musitó pensativa-: quizá tema a los fantasmas de su niñez.

Pasaron a una pequeña estancia donde un criado trajo una jarra de vino y otra de aguamiel con tres copas de plata.

-En este tiempo son pocas las visitas que honran este castillo –suspiró la condesa-; todos saben que mi hermano profesaba en el Temple y temen que su visita provoque la ira del Rey. Esas murallas –señaló las torres barbacanas que se veían por una tronera- parecen ahora los muros de uno de vuestros conventos –miró con simpatía al franciscano que ya se había identificado como tal.

Los dos hombres apuraron el vino con avidez mientras relataban a la condesa Claudie algunas de las vicisitudes vividas en los últimos días.

A la llamada de Claudie apareció uno de los mayordomos, que los guió fuera de la sala a través de un corredor que conducía a un magnífico salón. Era una estancia rectangular, con paredes de piedra cubiertas por blasones y panoplias con armas; algunos cortinajes de terciopelo aportaban al recinto un tono algo acogedor. Joel se acercó a una enorme chimenea situada en una esquina, donde ardían grandes leños. Se puso de espaldas al fuego, y contempló la mesa preparada para la cena: la condesa había dispuesto sobre ella la cubertería que hubiera correspondido a un banquete de gala. Copas de cristal de murano y cubiertos de plata con mangos de marfil se situaban ordenadamente sobre un mantel blanco de seda.

Cuando los criados habían servido el primer plato, Francis bendijo la mesa con una sencilla oración. Los guisos de volátiles de caza cayeron en los estómagos de los dos hombres como pan en casa de pobre, mientras la condesa los contemplaba satisfecha:

-¡Traed más comida! –dijo la dama en un susurro apenas perceptible a uno de los criados que permanecía de pie tras de ella- ¿Sabe ese hombre quiénes han expoliado su cargamento?

Había hecho la pregunta al templario, pero fue Francis quien habló.

-Por el propio San Francisco juraría que lo sabe. Desconozco cómo, pero esa gente lo sabe todo de todos. Es como si tuvieran comunicación con los Santos Ángeles de la Guarda de todos nosotros..., y estos les informaran de nuestros hechos.

-Pero los ángeles no instruyen a los demonios, así que, si es como decís, debe de haber otra explicación menos celestial. Deberíamos ir allí abajo y ver qué han hecho esos hombres.

Después de hablar, Joel vació de nuevo su copa. Sintió que su cabeza le decía que debía ser la última si no quería entrar directamente en la casa de Baco, así que dio la vuelta a la copa ya vacía y la colocó así sobre la mesa.

Cuando pasó la hora sexta salió acompañado de Francis y de la condesa a pasear por la ciudad. Ella vestía unos sencillos ropajes para evitar ser reconocida y llamar la atención de la gente sobre sus amigos.

-Si han venido a buscar más soldados, por fuerza tienen que haber ido a la sala de guardia que está junto a la puerta de acceso a la ciudad –dijo Claudie-; dejemos aquí los caballos, conozco al dueño de este telar.

Las fiestas de San Juan estaban próximas a celebrarse y aumentaba el número de visitantes de los pueblos y villas próximos. Titiriteros, trovadores, mercaderes de cualquier cosa y pobres de oficio, pujaban por situarse en el mejor sitio cerca de la plaza o de la puerta de la iglesia de San Martín. Sus gritos y alborotos atronaban las calles, pero también daban vida a la ciudad sacándola de la monotonía diaria.

Un juglar reunía a su alrededor a un numeroso grupo de gente. La letra de su canción llamó la atención de Joel que pidió a sus amigos que se detuvieran:

*A París, Felipe IV
-le roy que Dieus guia-
Qu'aïssi com nais agua de fon
Nais d'el cavalaria;
Car dels peïors homes que son
Se defen et de tot el mon
Que templars ni clerguia
Ni las autras gens no-lh an fron
Mas als bons s'umillia
E-ls mal confon.*

(A París y a Felipe IV / -el rey al que Dios guía- / que al igual que mana agua de la fuente / de él nacen los caballeros / Pues de los peores hombres que hay / en todo el mundo se defiende / Ni templarios ni clerecía / ni otras gentes osan hacerle frente / Mas ante los buenos él se inclina / y a los malos confunde.)

Joel sintió la mano de Francis agarrando su brazo como la zarpa de un felino. El franciscano temía que la impetuosidad del templario le hicieran saltar sobre aquel hombre en defensa de sus hermanos. Para evitarlo, el terciario³¹ tiró de él con gran fuerza obligándole a salir fuera del grupo de gente. Mientras, los espectadores coreaban la canción entre risas y burlas.

-Habrà tiempo de preguntar a ese hombre de dónde ha sacado la letra de esa trova. Pero ahora no es prudente enfrentarse a él ante tanta gente; ya ves como reían sus gracias; el vulgo siempre está con quien le alimenta o le castiga. No tiene otro criterio para discernir más que la voz de los trovadores que les cuentan las hazañas a su

³¹ A los franciscanos que salían del convento pero conservaban sus votos, se les denominaba terciarios en referencia a la Orden tercera de San Francisco.

manera...-Francis sonrió apaciguador-...claro, que siempre es la manera de quien les paga.

Joel asintió con un gesto y miró a su amigo sorprendido de la fuerza con que había tirado de él.

Averiguaron poco después que Wion había salido con una numerosa tropa el día anterior en busca de los templarios.

-Quiera Dios que no les dé alcance –pidió Claudie.

A la hora de vísperas la ciudad iba recobrando la tranquilidad. Las calles estaban prácticamente vacías y las velas alumbraban tras unos trapos aceitados las ventanas de las casas. Un hombre avanzaba, con una vielle³² al hombro, calle abajo delante de los tres amigos.

-Ese es vuestro juglar –dijo Francis-, ahora puedes preguntarle lo que quieras.

En una calle más estrecha y oscura, donde se veían menos luces en las ventanas, Joel se adelantó hacia el músico y le empujó con fuerza contra la pared de una casa. El hombre, asustado por el asalto, le ofreció una bolsa con las monedas que había recogido en su actuación.

-No somos salteadores de arrabal, si es eso lo que temes –le tranquilizó el templario- pero lo que queremos puede costarte mucho más si no contestas a nuestras preguntas.

Hizo un gesto significativo pasando el dedo pulgar de un lado al otro de su cuello con un rápido movimiento.

-¿Por qué cantáis esa canción? ¿Quién ha inventado esa sarta de mentiras?

En aquel momento llegaban a su altura Francis y la condesa, con lo que la presencia de la anciana dama pareció tranquilizar al músico, que la miró suplicante. Claudie se limitó a mirarle severa.

-No sé a qué estás esperando para desollar a ese cerdo. Su piel es lo único que vale de lo que lleva encima; hará un buen odre de vino.

Las palabras de Francis parecieron acabar con la resistencia anímica del juglar, que optó por complacer las preguntas de su atacante, cuidando que sus respuestas no le enfurecieran más.

-Deduzco, señor, que sois templario, puesto que veo por vuestra vestimenta que no sois clérigo. Yo os pido que disculpéis mi canción, porque no era mi intención heriros, ni a vos ni a vuestros hermanos que en gloria estén.

Como viera por la expresión de Joel que no iba del todo desencaminado, continuó:

-Mis hermanos y yo vivimos este triste oficio de la Gaya Ciencia³³ yendo de un lado para otro con nuestra vielle a cuestas...

-Yo no llamaría triste a un oficio en el que todo son canciones y bromas –le interrumpió con severidad el franciscano.

-Tenéis razón señor, pero es alegre para el que lo escucha, aunque no siempre para quien lo interpreta.

Las palabras sensatas del músico tuvieron un efecto balsámico sobre Joel. Lo denotaron sus palabras:

-Si le interrumpimos nunca sabremos lo que nos tiene que decir –dijo animando al hombre a que continuara.

³² Instrumento musical de cuerda de sonido potente y lleno semejante al laúd.

³³ Denominación con que los trovadores definían su arte.

-Mis hermanos y yo interpretamos la Gaya Ciencia y, a veces, la creamos; pero es el Alto Consejo de la Gaya Ciencia el que autoriza y difunde las trovas. Esa, que tanto os ha molestado, es una canción muy vieja; más que todos nosotros juntos. En la realidad se refiere al Conde Raimond y no al Rey, pero alguien ha hecho esos cambios y nos ha ordenado que la cantemos por todo el país.

-¿Y quiénes componen ese Alto Consejo al que os referís? –inquirió Joel, ya más calmado.

-Pues yo no lo sé, porque nunca he estado en él, pero dicen algunos hermanos que hay allí gente muy principal.

Viendo que poco más podían sacar del pobre hombre, le dejaron marchar, pero no sin antes hacerle prometer que retiraría aquella trova de su repertorio.

-Puede que ahí esté la clave del modo en el que las noticias van de un lado a otro con tanta rapidez –dijo Francis señalando al hombre que se alejaba.

Al día siguiente salieron hacia Avignon con el anillo de bronce del Maestro de la Quimera que Claudie había regalado a Joel.

Capítulo VI . El Galeote

Atravesaban el valle del Loíra hacia Vierzon, cuando una tormenta les obligó a guarecerse bajo unas rocas. Una multitud de sapos estaban congregados junto a ellos haciendo difícil caminar sin pisarlos, pero los batracios no se inmutaban ni por la presencia de los dos hombres, ni por la de sus caballos, que aplastaron a algunos sin que los otros apenas se movieran.

Habían viajado día y medio sin apenas pronunciar palabra más que para solicitar un alto o para desearse las buenas noches cuando se sustituían en los turnos de imaginaria, y, sin embargo, el camino iba forjando en ellos una gran amistad.

-Debemos continuar valle arriba, habrá que subir estos montes y bajar al otro lado para evitar que una riada nos alcance en este desfiladero.

Joel asintió con la cabeza al sabio consejo del fraile, pero, en vez de ponerse en marcha como sugería su amigo, se tumbó contra una roca que formaba un alféizar natural cubriéndole del aguacero. Se sentía sorprendentemente fatigado, por lo que a los pocos instantes dormía profundamente.

Francis ató los caballos a unos matojos, y se dispuso a hacer una fogata antes que cayera la noche, convencido de que el templario no despertaría hasta pasado un buen rato.

Cuando volvía hacia donde se había quedado su amigo, oyó pasos desde detrás de unos brezos, se agazapó para ocultarse, y ése fue su último movimiento, porque una flecha de ballesta se clavó profundamente en su frente haciéndolo caer contra el suelo, justo al lado de donde dormía su compañero. Le dio tiempo a proferir un grito espasmódico que despertó a Joel.

-¿Qué pasa amigo?...

El templario vio al fraile agonizando y se levantó raudo buscando su espada, pero no pudo terminar la frase, porque un tremendo golpe en la cabeza le hizo perder el sentido.

-Éste ya está listo para un buen rato –era el trovador de Tours quien así se dirigía a uno de los tres compinches que le habían ayudado en el asalto.

-Aquí tengo yo un buen pescado –dijo otro de los salteadores abriendo su morral y sacando de él un barbo envuelto en unas hojas de higuera.

-Aparta eso; hiede como las tripas de Satanás.

-El franciscano no se quejará de este manjar porque ya le he cortado su lengua –rió el bardo enseñando en su mano el apéndice ensangrentado de Francis. Después introdujo el enorme pez en su boca y puso el cuerpo apoyado contra la roca junto al templario.

A Joel le despertó el restallar de un látigo y un cubo de agua fría que caía sobre su cuerpo.

-¡Vamos, ya basta de dormir! Hay que salir del puerto antes de que amanezca.

Joel miró a su alrededor y vio que se hallaba a bordo de un barco, atado a un banco de madera y con un remo que asomaba junto a él. Al otro lado del pasillo un hombre de fuerte musculatura y con el torso desnudo le observaba con curiosidad.

-¿Es la primera vez? -preguntó.

El templario sostuvo su mirada unos instantes, después cogió el remo y lo introdujo en el agua tirando con fuerza del barco al compás del tambor del Jefe de remeros. La galera empezó a moverse lentamente arrastrada por la energía de cuarenta brazos. El chapoteo de las palas golpeando el agua ahogaba cualquier otro ruido en aquella bodega, pero Joel elevó la voz para contestar al otro galeote:

-Sí, es la primera vez que gobierno un barco desde este lugar, y a fe que desconozco el motivo que me ha traído hasta aquí. ¿Dónde estamos?

El forzudo siguió su remar monótono sin que de momento pareciera aceptar la cordialidad que le mostraba su compañero, y sin mirarle, contestó:

-Estamos saliendo de Burdeos y tú llevas ahí atado todo un día. -luego miró a Joel y, con gesto de conmiseración, añadió- Le han encomendado al capataz que no te permita salir de la bancada hasta que estemos en alta mar. ¡Debes de ser un perro de buena cuenta!

Como viera que Joel no le decía quien era, siguió hablando tratando de ganar su confianza:

-A mí me llaman “*el manco*”, aunque sólo me faltan tres dedos -y le enseñó la mano derecha que agarraba el remo con el garfio que formaban sus dedos índice y pulgar.

Joel miró entonces su mano y vio que todavía lucía en su dedo anular el anillo de la Quimera. Al parecer, los que les habían asaltado habían despreciado aquella joya por no ser de un metal noble. Sus pensamientos trataron de recordar lo que había pasado y entre nubes creyó recordar el rostro del fraile risueño atravesado por un dardo; pero, aunque trató de pensar que no era más que un mal sueño, una vaga sensación le hizo temer lo peor para su amigo Francis. Sólo podía recordar que, por unos instantes, le pareció ver que el trovador de Tours y otros hombres les habían cogido por sorpresa, protegidos por el ruido de la tormenta. “Quizá, si a mí me vendieron como remero, a Francis le cupiera otro tanto, ¿quién sabe?”, pensó tratando de alejar los malos augurios.

Viendo *el manco* que su recién llegado compañero estaba absorto en sus recuerdos, optó por callarse.

El barco era del tipo de las galeras mediterráneas. Llevaba dos órdenes de remeros que manejaban cada uno un remo. Era de esos navíos de bajo bordo, que permiten situar a los galeotes cerca del agua evitando que los remos tengan una longitud excesiva. Su forma era alargada, dominando la eslora sobre la manga en una proporción aproximada de siete a uno. La proa terminaba en punta, con un enorme espolón que

estaba destinada a embestir a las embarcaciones enemigas; en su castillo se situaba el capitán, a quien Joel oyó llamar con un nombre extraño que le sonaba como Reis. Para ayudar a los remos, tenía una arboladura importante que la diferenciaba de los navíos de guerra; consistía en un palo mayor, situado en el centro y un trinquete en la proa. El palo mayor tenía una gavia para el vigía. Ambos llevaban largas vergas dispuestas diagonalmente. Se trataba, sin duda, de una hermosa galera de carga.

Atracaron en La Rochelle. Allí estuvieron esperando varios días, sin que les dejaran moverse de la bancada de remos. La tercera noche, Joel escuchó ruidos de carros en el puerto junto al navío. Por el ventanuco que daba entrada al madero, pudo observar cómo un hombre estaba junto a la galera ordenando la descarga de los bultos que aparecían bajo las lonas de los carromatos. Había al menos ocho o diez y, con inusitada rapidez, su carga aparecía depositada y ordenada en el muelle. Un criado con una antorcha se acercó al que dirigía la operación; la luz le iluminó unos instantes, lo bastante como para que Joel le reconociera. Era de nuevo aquel hombre que había perseguido hasta su casa en Burdeos y en el que reconoció a Wion Carafa, el minorita que le había invitado en la taberna.

-“Parece que ha recuperado su tesoro” –pensó entristecido Joel temiendo que al hacerlo hubiera dado muerte a Païen y a los otros freires.

Wion Carafa parecía satisfecho. Como si tuviera una gran experiencia en la operación, fue organizando a los mozos que conducían los carros para que cargaran los bultos y se introdujo tras de ellos en el barco. Luego se dirigió hacia la segunda bodega, donde el contraamaestre se había introducido para ordenar la estiba. Se movían con la intención de no producir ruido, pero era tan grande el tráfico, que uno tras otro fueron despertando a todos los remeros. El anciano Wion pasó junto a Joel sin dar muestra de reconocerlo. Iba seguido por sus criados, los mismos que le habían acompañado a la salida de Burdeos.

Cuando regresaron de la bodega, el minorita se acercó directamente hacia donde estaba Joel, luego se plantó desafiante delante de él, mirándolo con odio:

-Vamos a ver si este Hijo de Salomón tiene resuello –dijo solicitando un látigo al Jefe de remeros.

Entregó el azote al más fornido de los hombres que le acompañaban, ordenándole:

-Quiero oír sus gritos desde el muelle, cuando ya esté a una legua de aquí, y no pares hasta que se canse tu brazo o lo hayas convertido en un guiñapo.

No esperó a que el otro empezara su tarea, marchándose del barco entre los murmullos de desaprobación del resto de remeros. Los golpes abrían la piel del templario, pero no conseguían tan siquiera hacerle gemir. El sicario empezó a temer que él sería el próximo en recibir el castigo si su Jefe no quedaba satisfecho, así que se detuvo un momento y le dijo:

-Muchacho, te ruego que disimules algunos gritos. Te prometo que dejaré de golpearte en cuanto su carro se aleje.

Miró hacia el muelle; vio a Wion detenido frente al barco, esperando. Entonces, *el manco*, viendo que el templario mantenía su terca actitud, gritó con todas sus fuerzas clamando y pidiendo que terminara aquel suplicio, como si fuera la voz del castigado.

La artimaña dio resultado, porque Wion sonrió y puso en marcha su carro satisfecho de que se hubieran cumplido sus órdenes.

Después de que hubieran colocado todos los fardos, retiraron la tabla por la que habían entrado en la nave y devolvieron a tierra a todos los carreteros, pero Joel no vio

regresar a los otros criados de Wion Carafa, por lo que dedujo que se habían instalado ellos también en alguno de los compartimentos interiores de la galera.

-¡Abitar³⁴ el ancla! -ordenó el capitán Reis.

-¡Eh, ...los de fuera, soltar esas amarras, que nos vamos! -Joel no pudo ver a quien daba esta orden, pero reconoció la voz del siervo de Wion que le había azotado.

Cuando salieron a mar abierto, el sol asomó en el horizonte iluminando la popa. La nave se dirigía hacia el Oeste, siguiendo la costa; el mar estaba muy tranquilo, tanto, que la suave brisa no permitía extender las vergas. Durante toda la mañana, sólo la fuerza de los remeros pudo hacer avanzar a la galera, que parecía lastrada por el contenido de sus bodegas. Hasta bien avanzada la tarde no comenzó el viento a soplar con fuerza, y sólo entonces pudieron los forzados descansar y comer unos trozos de pescado hervido.

Pasaron cerca de otros navíos que iban en sentido contrario; no parecía que al capitán le preocuparan sus intenciones porque mantenía el rumbo casi a riesgo, a veces, de chocar con ellos, e incluso, en una ocasión, se acercaron a una pequeña nao para pedirles unas barricas de agua que cambiaron por pescado salado.

Cuando ya iban cinco días de navegación sin que se diera orden de acercarse a puerto, ni tan siquiera para recoger agua o víveres, la ración de pescado de los remeros se tuvo que ir haciendo más escasa, tanto, que entre la tripulación empezó a crecer el descontento:

-Como siga esto así no vamos a poder con los remos, -farfulló el tuerto mirando el menguado pozal que tenía delante- Si en el mar no se puede comer suficiente pescado, es que ya no existe compasión con el hambriento. Sólo tendrían que parar y tirar las redes; no creo que fuéramos a perder mucho tiempo hasta que esos peces cayeran en ellas -dijo mirando con envidia unos atunes que nadaban a flor de agua.

-No más del que perderemos si nuestros brazos quedan exhaustos -afirmó el templario, uniéndose a su queja.

No obstante la merma de las raciones, la travesía parecía transcurrir con total tranquilidad y, de hacer caso a las conversaciones del capataz con unos marineros, todo apuntaba a que llegarían a puerto en un día o dos.

Un puño de hierro se hundió en el hombro de Joel. Era uno de los marineros que le asía fuertemente, ordenándole levantarse. Joel recogió el remo y le siguió cuando el otro le hubo liberado de sus cadenas. Entró tras él en el camarote del capitán Reis.

-Muy bien muchacho, como me han hablado de tu testarudez y no dispongo de mucho tiempo, te ruego que seas franco y rápido en tus respuestas. ¿Por qué te han enviado aquí y de qué conoces tú al conde Wion?

Joel le miró fijamente y apartando ligeramente al marinero que le había acompañado se dirigió hacia donde estaba el capitán. Permaneció unos instantes frente a él frotándose sus doloridas muñecas, ante la amenazadora mirada del marinero, que se había situado a su espalda, y finalmente, con voz suave pero firme, dijo:

-Soy Joel Rivière, un sargento del Temple -la cara del capitán permaneció inalterable ante una confesión tan inusual en aquellos tiempos. Ante ello, el templario continuó algo confundido su explicación:

-Desconocía que ese tal Wion fuera un conde, como decís. El único contacto que tuve con él fue cuando me invitó a beber una jarra de vino aguado en una taberna de Burdeos.

-¿Piensas que soy un imbécil? Primero te invita y ahora te manda azotar. ¿Quién creería eso?

³⁴ Abitar: es atar el ancla a un palo que se llama vita para que no se suelte.

El marinero, que estaba detrás de Joel vigilando sus movimientos, eructó, y el olor de los gases de su estomago invadió el camarote. El capitán volvió la cara hacia él enviándole una mirada de reproche, mientras sus gordezuelos dedos golpeaban la mesa frente a la que estaba sentado, en espera de una respuesta más convincente.

-Señor, yo viajaba en compañía de un fraile hacia Avignon, cuando alguien nos asaltó. No recuerdo más que el grito de alerta de mi amigo cuando yo dormía, seguido por un golpe en la cabeza que me dejó sin conocimiento hasta que aparecí en esta galera. Ved vos mismo el chichón.

-Lo que me gustaría saber es por qué el conde te ha perdonado la vida. Quizá fuera porque espera que la pierdas de todos modos atado a esta nave. Hum,...ya veremos si esa era la razón, cuando lleguemos al puerto.

-¡Llévao! –ordenó- Puede que alguien valore la vida de este hombre más de lo que parece. Mientras tanto, espero que él no nos de motivo para que se pierda ese valor –murmuró para sí.

Cuando le devolvieron de nuevo al banco de remos, Joel se preguntaba, sin tener respuesta, cómo daba tanta importancia el capitán a lo que hubiera sucedido o pudiera sucederle a uno de sus remeros.

Aquella tarde, una espesa niebla fue invadiendo poco a poco toda la galera, de forma que Joel apenas podía ver las espaldas de los remeros que estaban dos bancos más adelante. De vez en cuando, la voz del vigía rompía el denso silencio para alertar sobre luces de farolas de otros barcos que pasaban al lado, pero ni esos acontecimientos motivaban que nadie osara proferir ruido alguno.

Empezó a hacer frío, por lo que el capitán mandó que encendieran algunos braseros de carbón. Entre la bruma, Joel oyó la voz de unos de los criados de Wion dirigiéndose al capitán:

-¿Cuándo llegaremos a puerto?

-No lo sé, pero esta niebla nos va a retrasar algunas jornadas, y demos gracias si no nos hace perder el rumbo. Es tan espesa que se diría que estamos en el centro de una olla hirviendo.

Al ruido de un cuerpo al chocar con el agua, siguió la voz desgarradora del último hombre que había hablado.

-¡Auxilio! ¡Favor!.....

-Detened los remos –se oyó la voz del capitán- alguien ha caído al mar.

La orden llegaba demasiado tarde, porque la inercia del barco le impulsó todavía hacia delante un buen trecho, mientras la voz del que había caído se oía cada vez más lejos.

-Me parece que ese no te volverá a azotar –comentó con sorna “el manco”, acercando su boca a la oreja de Joel.

-No hay que ser un experto marinero para saber que cuando hay niebla es peligroso pasear por cubierta. Parece que ese hombre tenía demasiada prisa por llegar a puerto.

-Tanta que a lo mejor alguno se decidió a empujarle para que llegara antes –rió de nuevo *el manco* su propia gracia contestando a Joel.

Durante toda la noche apenas quisieron avanzar para evitar acercarse demasiado a la orilla y chocar contra los arrecifes, pero, con el amanecer, la niebla desapareció con la misma rapidez con la que había llegado. Fue un oasis en medio del desierto, porque, cuando menos parecía que pudiera ocurrir, el cielo comenzó a cubrirse de nubarrones negros, y el viento a soplar con la fuerza de un huracán.

El capitán Reis estaba de pie junto al trinquete y, con voz alterada y nerviosa, daba órdenes a la tripulación.

-¡Recoged esas vergas antes de que el viento las rompa! ¡llega una tempestad! Apenas hubo pronunciado aquella orden, una ola lo arrastró por toda la cubierta haciendo golpear su cabeza contra la base del palo trinquete. Quedó medio muerto, con el cráneo abierto en medio de un gran charco de sangre, ante la mirada estupefacta de sus hombres. Dos marineros se acercaron y, sujetando su cabeza para evitar que los sesos se desparramaran, lo llevaron hasta su camarote donde se quedaron mirándolo sin saber muy bien qué hacer por él.

La tempestad ya estaba allí y las olas levantaban la galera moviéndola de un lado a otro como si fuera una cáscara de nuez. El desconcierto empezó a cundir entre los marineros, y fue total cuando un ruido atronador que venía de la bodega, reveló que se había soltado una parte de la carga. El contraestre, viendo que todos permanecían alelados, bajó allí con rapidez para conocer la situación. Cuando abrió la puerta pudo observar indignado que la estiba no se había hecho debidamente: un golpe de mar había roto las amarras de unas cajas, y varios bultos se deslizaban de un lado al otro golpeando contra la parte interior del casco.

-¡Bajad a la bodega, malditos! ¿Quién demonios ha dejado esos bultos sin atar? ¡Mataré al responsable con mis propias manos! -Subió gritando como un poseso para hacerse oír entre el rugido del mar. Los marineros, pese a los gritos, parecieron agradecer que alguien tomara el mando y bajaron presurosos a la bodega, al tiempo que de allí salía el otro criado de Wion.

-Harán falta por lo menos ocho hombres para atar esos fardos, -dijo, y se dirigió al que marcaba el ritmo de los remeros-. Sería conveniente que algunos de estos hombres ayudaran a fijar la carga. Soltad a cuatro y que los demás continúen remando.

-Si se abre una brecha de agua en la segunda bodega nos iremos a pique en menos que se reza un credo, -le decía Joel a "el manco".

El contraestre escuchó sus palabras y se dirigió interesado hacia él.

-¡Eh, tú! templario... ¿es que entiendes algo de barcos?

-Más que muchos de los que están en esta nave. Esa bodega está por debajo de la línea de flotación, y esos golpes acabarán por soltar toda la carga, entonces vendrá una ola y nos llevará hacia el fondo del mar.

-¡Soltadle! Ordenó el contraestre al jefe de los remeros. Veamos si es verdad que sabe de lo que habla.

Cuando Joel bajó hasta donde estaba la carga, observó que lo que producía el ruido era un enorme bulto de más de dos brazas, que se deslizaba sin control de babor a estribor a cada movimiento de la nave. También se habían soltado otros dos más pequeños, pero aquellos no suponían ningún riesgo grave.

Ordenó que cogieran unas tablas y situó a dos hombres por cada lado del fardo:

-Clavad esas tablas al suelo -dijo a los que estaban a babor-. En cuanto el bulto se detenga al chocar contra ellas, asegurad vosotros esas del otro lado. Mientras tanto, los demás tenemos que atarlo a esa viga -y señaló hacia un enorme tronco que atravesaba la bodega siguiendo la manga.

La operación resultó un éxito casi inmediato, a pesar de que el bulto tenía un peso muy elevado.

-¡Qué demonios hay aquí dentro! -protestó uno de los marineros que habían culminado la maniobra.

Ya iba a abrir la tela que cubría el bulto, cuando el criado del minorita Wion se lanzó hacia él y le golpeó el brazo con una estaca.

-¡Dejad eso como está! Poco os importa su contenido, porque no es vuestro.

Al rato, cuando amainó la tormenta, la tripulación aprovechó para terminar de asegurar con cuerdas el resto de los bultos, bajo la atenta mirada del criado de Wion Carafa, quien les hizo salir de allí en cuanto hubieron terminado.

Después, el contraмаestre se dirigió al Jefe de remeros.

-Haz venir a ese hombre al camarote del capitán.

El contraмаestre estaba junto a una sencilla litera donde yacía todavía inconsciente el capitán. A su lado, una de las linternas de aceite emitía un chisporroteo incómodo en el silencio de la cámara. Al ver la terrible herida, mal cubierta por unas improvisadas vendas, Joel comprendió el motivo por el que habían recurrido a sus servicios.

El contraмаestre le miraba con la expresión del que ha visto llegar el límite de su competencia, y lo reconoce:

-Nos has hecho un gran servicio muchacho, pero como ves ese problema es uno de los pocos que nos esperan hasta llegar a puerto.

Como si el mar quisiera corroborar aquellas palabras, dio un fuerte movimiento a la nave, que a poco le da la vuelta. El contraмаestre se tumbó sobre el capitán para evitar que saliera disparado contra las paredes.

-Deduzco de cómo te has desenvuelto en la bodega, que no te resulta extraño el arte de navegar. ¿Es así?

-Así es -contestó el templario-, conozco el manejo del astrolabio plano y también del esférico y del cuadrante, y puedo determinar la latitud por la altura del Sol sobre el horizonte. Pero hace ya mucho tiempo que no he practicado estas artes. Las aprendí en mis viajes con las galeras del Temple por el Mediterráneo y del Libro de Saber de Astronomía del rey Sabio de Hispania.

Joel observó que el contraмаestre le miraba con indisimulada simpatía.

-Así que eres uno de esos templarios que han podido escapar de la cólera del Rey, ... ¡Hum!...bueno..., eso no hace ahora al caso. Lo que importa es que sabes navegar y nadie más está aquí en condiciones de hacerlo -miró significativamente hacia el capitán- Debo confesar que no es ese mi caso. Yo debo el cargo de contraмаestre a mi habilidad para manejar a la tripulación, pero nada sé de esos instrumentos y aún diría que confundí las estrellas porque todas me parecen iguales.

El Jefe de remeros debía de conocer de antemano aquella circunstancia, porque miraba fijamente a Joel sin inmutarse. El contraмаestre se volvió hacia Joel con el ceño fruncido, molesto porque el templario no parecía entenderle, y aclaró:

-¡Voto a Bríos!...¡por todos los diablos del infierno! -exclamó vivamente alterado-, Necesitamos que nos ayudes a llegar a puerto, y... a cambio...-rebuscó por un instante una salida que fuera lo suficientemente convincente-... a cambio...quedarás libre,... dejarás de ser galeote -terminó aclarando.

Joel asintió confundido. No tenía muy claro quien estaba al mando de aquella nave, ahora que el capitán parecía haber tomado otro rumbo hacia el más allá, pero entendió rápidamente que, al menos desde el punto de vista del contraмаestre, la situación era desesperada. Levantó sus manos enseñando sus cadenas al Jefe de remeros y éste, tras cruzar una rápida mirada con el contraмаestre, le soltó.

Apareció en la popa acompañado por los dos hombres. Al verle sin cadenas, con el contraмаestre y el Jefe de remeros atentos a sus instrucciones, los marineros y el resto de los galeotes dedujeron que algo notable había ocurrido. Los que antes le mandaban, estaban ahora pendientes de las órdenes del templario.

Al observar aquella sorprendente situación, *el manco* gritó desde su bancada:

-¿Quién manda ahora aquí? Si eres tú, amigo, acuérdate de los que remábamos a tu lado -preguntó, con voz alta e insolente.

-Poco nos importa a nosotros eso -contestó el que estaba a los remos tras él-, los que mandan se olvidan pronto de los que tenemos que remar. Será como los demás, un hurón que huele nuestros sobacos para ver si estamos ya maduros para sus dientes.

Joel escuchó estas palabras con una sonrisa en sus labios. Luego cogió el astrolabio y, después de hacer unas mediciones, preguntó al contraamaestre:

-¿Hacia dónde nos dirigimos?

Uno de los dos criados de Wion se acercó hacia el grupo al escuchar la pregunta, y se adelantó a responder:

-Vamos a un puerto del norte de Hispania que está en la Astúrica. Está aquí, -dijo señalando un lugar en un pequeño mapa que extrajo de entre sus ropas- quizá la conozcáis, se llama Gigia. Ya tendríamos que estar allí.

El templario asintió mirándole desconfiado:

-Si no cambia el viento, estaremos allí en una semana.

Dio unas instrucciones al timonel; luego se dirigió resuelto hacia los otros marineros.

-¡Largad la verga del mayor! -dijo mientras, con rapidez, él mismo trepaba por la verga del trinquete, y largaba los tomadores que sujetaban la vela.

Los marineros le vieron hacer satisfechos y fueron a ayudarle para amurar y entablar con fuerza la vela.

Había poco viento y, con todo el aparejo desplegado, la galera abatió hacia estribor hasta que de nuevo se podía ver la costa. Sólo con la caída de la tarde arreció la brisa y los remeros pudieron descansar. La nave se deslizaba con rapidez por la superficie del mar Cántabro, dejando tras de sí una estela paralela a la costa. Por encima de ellos algunas gaviotas les observaban confiadas, daban vueltas en busca de los restos de comida que suelen acompañar el paso de los barcos; definitivamente, el peligro parecía haber pasado. Nadie echaba ya de menos al desdichado capitán, que seguía debatiéndose entre la vida y la muerte.

Durante los días siguientes los vientos fueron favorables y, por fin, en el plazo que había marcado el templario, pudieron contemplar a lo lejos el verdor del monte de Santa Catalina que cierra por el este el puerto astur de Gigia.

El contraamaestre salió del barco acompañado por dos marineros que llevaban en unas parihuelas al capitán.

-No sé si van en busca de un médico o de un enterrador, porque ese barco ya ha hecho agua -dijo el más gordo de los criados de Wion a su compañero, con socarronería.

-No te rías del pobre capitán. Era muy amigo de nuestro amo y no creo que a él le gustara oír esas risas a su costa.

-Amigo o no, una buena bolsa le dejó en las alforjas antes de marcharse, así que esas amistades más parecen intereses....Y ya que lo dices ¿no debiera estar él aquí esperándonos?

-¿Quién sabe?.. a lo mejor nos está oyendo -contestó serio el que parecía más responsable.

El otro temió que fuera como decía su compañero y miró asustado a todos lados. Cuando se convenció de la broma, a poco lo tira de cabeza al agua.

Las pequeñas barcas de los pescadores se movían alrededor de la galera ofreciendo por señas su mercancía, pero los marineros se limitaban a mirarlos burlándose de ellos, y sólo después de mucho porfiar accedían a darles algunas monedas de cobre por su carga. Así estuvieron un buen rato sin que nadie más se moviera del barco salvo para buscar pan y agua.

Pasó la hora nona sin que hubiera regresado el contraamaestre y sin que nadie se acercara a la nave. Unos soldados a las órdenes de la aduana hacían guardia junto a la pasarela y un trovador empezó a cantar junto a una taberna.

Sus trovas no sonaban muy populares a los oídos de Joel: hablaban de una dama que rechazaba a su amante porque no era limpio y de una rosa roja que enredaba en sus espinas los dedos del que la quiso cortar.

-Realmente nunca termina bien la canción de un juglar. ¿De dónde sacarán estas historias? –se preguntó Joel, escuchándolo desde la cubierta.

El templario había pensado regresar con el barco a Burdeos. Luego se dirigiría a Avignon para entregar el anillo de la Quimera a los cátaros y ver a su querida Mahonia. Pero, cuando supo por la conversación de los criados que esperaban a Wion Carafa, cambió de parecer.

Los dos hombres seguían allí, cerca de él ignorándole, como si todavía fuera uno más de aquellos galeotes que se pudrirían con el barco, si antes no le acompañaban al fondo del mar embestidos por la quilla de una nao más potente. El más grueso insinuó al otro, que parecía llevar el mando, que podían buscar mejor a su amo desde el puerto.

-De paso visitaremos a una de aquellas odaliscas –señaló hacia unas prostitutas que se exhibían insinuantes a la puerta de una taberna.

-El señor conde nos desollaría vivos si abandonamos la galera antes que él llegue –le reprochó el otro.

-Pero él dijo que estaría aquí cuando llegáramos –protestó el gordo-; puede que haya tenido algún contratiempo y tarde semanas en llegar. ¡No esperarás que nos quedemos aquí como monjes de clausura, desperdiciando a esas beldades en cueros vivos!

Las mujeres no estaban desnudas como decía el criado de Wion, pero se cubrían con unas sedas tan vaporosas, que poco importaba lo que llevaran encima cuando se podía ver tan claramente lo que había debajo.

El criado-jefe dudaba por un momento ante las palabras del otro. Finalmente pensó que realmente poco podía ocuparles una expansión con aquellas damas frente a la semana de retraso de la travesía y, después de entrar en la bodega donde estaba la carga para comprobar que todo seguía en orden, salió con cierto sigilo de la nave seguido de su compañero.

Cuando entraron en la taberna, el trovador repetía una cantinela que había reunido a su alrededor un buen número de curiosos:

Construyó un templo grandioso,
Antes que naciera Dios.
Basa de pilares puso
Apoyada en corazón.
Los bautizó con su nombre,
Gloria al cielo, canto al sol.
¡Aleluya!, ¡aleluya!... aleluya Salomón.

....

Uno de los que escuchaban no tenía el mismo aire que los demás; por su porte se diría que era un caballero distinguido. Superaría ampliamente los sesenta y, sin embargo, parecía más fuerte que cualquiera de los jóvenes que se apelotonaban a su lado. Si alguien le hubiera observado detenidamente habría apreciado en él un escaso interés por la canción y otro muy elevado por la galera que estaba enfrente, hacia donde se desviaban sus ojos cuando la ocasión le permitía hacerlo sin parecer indiscreto.

Transcurrido un tiempo prudencial, Joel salió tras los dos criados. La taberna le parecía un buen lugar para esperar acontecimientos y allí entró al ver que ambos habían subido a los aposentos de placer con las ramerías.

-¿Habrá una jarra de vino para un templario sediento? –oyó la pregunta, mientras una mano fuerte se apoyaba en su hombro.

Al volverse reconoció de inmediato en quien le sujetaba al viejo senescal del Temple:

-¡Sire! –exclamó con voz contenida-, lo que menos esperaba era encontraros aquí.

Païen³⁵ le sonreía, empujándole lejos de la taberna hacia una zona donde se agrupaban en animada tertulia un grupo de pescadores ociosos.

-Yo tampoco esperaba encontrarte aquí a ti. Te suponía disfrutando de las campiñas de Tours acompañando a mi hermana.

Joel le relató las circunstancias por las que había sido encadenado como un galeote.

-Nuestra guerra continúa hermano. No terminó con la caída de San Juan de Acre, ni tampoco en la hoguera del Sena con nuestro Maestre inmolado. Alguien está ocupándose de que el nombre del Temple desaparezca para siempre, y a fe de sincero que te tengo que confesar que ni sé quien dirige esa maniobra, ni tampoco el motivo que persigue –el rostro de Païen se había tornado serio y apesadumbrado.

-Es posible que cuando se conozca una cosa se sepa también la otra –dijo Joel-. ¿Pudisteis salvar los carros con el tesoro? –le preguntó.

Païen le señaló la galera:

-Ahí está lo que conseguimos recuperar y otro cargamento más importante que debieron descubrir después. Las tropas del conde nos alcanzaron; mataron a tres de los nuestros y los demás escapamos gracias a que ordené quemar los carros. Sabía que Wion Carafa se interesaría más por salvar el oro que por perseguirnos a nosotros.

-Pero, ¿por qué embarcó el tesoro y él permaneció en Francia? –dijo Joel.

-Eso todavía no lo sé, pero espero que alguien de este muelle nos lo indique. Escucha las canciones de ese trovador, no me suena mucho esa letra y todos estos músicos viven demasiado bien para estar todo el día cantando y pidiendo limosnas.

Joel estuvo un buen rato escuchando las canciones del juglar sin que aquellos relatos le dieran ninguna pista, salvo la referencia a Salomón que le hizo temer la presencia de la Hermandad también en aquellas tierras. Desesperado ya iba a volver hacia donde estaba su amigo, cuando se le ocurrió recurrir a aislar la primera letra de cada verso como había hecho con el mensaje del Papa; entonces, la clave secreta de la canción tomó sentido: “Cabalga hacia San Salvador” decían las iniciales. Satisfecho con su descubrimiento se dirigió hacia donde estaba Païen que vigilaba atentamente la nave desde la entrada del muelle.

-Cabalga hacia San Salvador. ¿Es eso lo que dice el trovador?...¡hum! –murmuró pensativo Païen-...muy bien, pues le haremos caso.

-Pero a quién se dirige esa trova, Sire.

-Es probable que él no lo sepa; se limita a cantar lo que le mandan. Y no me preguntes, querido hermano, quién es el que se lo manda, porque si lo supiera sería el Rey del Mundo.

-Los Hijos de Salomón -murmuró Joel-. Estoy seguro de que son ellos.

³⁵ Païen de Tours: Hijo primogénito del conde de Tours y gran amigo de Hugo Rivière -padre de Joel- fue senescal de los últimos Maestres del Temple y, como tal, Jefe supremo de la Orden tras la muerte de Jacques de Molay (ver el libro “La Camisa de lágrimas del Temple”, del mismo autor).

Los templarios vieron pasar al contraamaestre y a los marineros que habían llevado el cuerpo del capitán para que fuera atendido. Su gesto triste y cariacontecido revelaba, bien a las claras, que no habían tenido éxito en su empeño. Cuando pasaban junto a la taberna, a cuya puerta estaba el trovador, oyeron la voz de los criados de Wion que los llamaban invitándolos a acompañarlos. Un buen rato después apareció por el final del muelle una caravana de carros escoltada por un escuadrón de soldados. El grupo llamaba poderosamente la atención por su número y marcialidad.

Joel observó que el trovador, a quien no quitaba ya ojo, empezó otra trova que decía:

Para gloria del buen Dios
Aprended que ser dichosos
Tiene su base en la fe.
Recordad sólo lo hermoso,
Y labrad en el querer
Amores con el esposo,
Rosas del amanecer.
Cesar muere idus de marzo
Arde el templo en San José.

-“Patriarca”, Sire –le susurró al oído a su amigo- ése que viene es sin duda el Patriarca.

Cuando Paien asentía con la cabeza indicándole que él también había comprendido el mensaje, Joel reconoció en el caballero que iba al frente del destacamento al conde Wion Carafa. Los dos templarios se alejaron del lugar para evitar ser reconocidos por el que llegaba, aunque Joel hubiera deseado poder observar la cara del conde cuando viera que él ya no estaba atado a los remos de la galera.

Los criados del conde salieron a su encuentro en cuanto le reconocieron. Por los gestos se adivinaba que el disgusto de Wion al escuchar su relato iba en aumento. Cuando ya estaban al costado de la galera, el criado más grueso se acercó imprudentemente para sujetar las bridas del caballo de su amo; en mala hora se le ocurrió, porque el conde dio escape a su furia empuñando su espada con una agilidad pasmosa, cercenando de un tajo los apéndices del infeliz. Fue todo tan rápido, que el criado todavía permanecía de pie mirando a su amo con sumisión perruna, cuando un segundo espadazo del conde le abrió en dos la cabeza en una estocada que se hubiera podido considerar compasiva si no la delatará la ira irrefrenable de su cara.

-Recoged esos despojos, y arrojadlos al mar. También los peces tienen derecho a comer, aunque sea carne de perro –se dirigió el conde a dos soldados de los que le acompañaban, mientras el otro criado se había postrado de rodillas ante su caballo implorando clemencia.

-Ordena que empiecen a descargar los bultos, y reza por que no falte nada –le dijo obligándole a ladearse para no ser atropellado por su caballo.

-¡Patriarca! –exclamó a lo lejos Paien despectivamente.

Capítulo VII . El Patriarca de San Salvador de Oviedo

El criado, todavía temblando por lo que le había ocurrido a su compañero, se dirigió hacia los carreteros tratando de modular una voz imperativa:

-¡Eh vosotros, los carreteros, seguidme dentro de la galera para desembarcar la carga!

Los hombres no le hicieron repetir la orden. Disciplinadamente, siguieron al criado hasta la sentina por donde se accedía a las bodegas. Ocho de ellos y algunos remeros fueron necesarios para arrastrar fuera de la nave el enorme bulto que había estado a punto de provocar el naufragio. Cuando lo situaron sobre el carro del que tiraba el buey más fuerte, uno de los carreteros, que tenía acento francés de la región de Cahors, se quedó para fijar bien el fardo acompañado por el remero manco, y permanecieron allí mientras los demás se alejaban para buscar el resto de la carga. Todavía estaba el cahorsino haciendo los últimos atados cuando volvieron los demás con nuevos bultos.

Antes de que sonaran las campanadas de vísperas, ya habían completado la carga e iniciaban la marcha hacia la ciudad de Oviedo, por el camino de la Plata.

El obispo de Oviedo era un religioso franciscano, ferviente seguidor de la doctrina de San Francisco, querido, valorado y reverenciado por todos sus feligreses. Desde que hubiera conocido la muerte del Papa Clemente V, se había manifestado valedor de la candidatura del cardenal Nicolás de Santo Eusebio, y no sólo se limitaba a anunciar públicamente este apoyo, sino que aprovechaba cualquier ocasión para hacer proselitismo del cardenal entre los restantes obispos de Hispania. En esta ocasión, tenía frente a él, en una dependencia de la iglesia de San Salvador, al mismísimo cardenal Nicolás, que había llegado, según decía, para ganar el jubileo.

-Poco tiempo podré gozar de estas ásperas montañas asturianas. Las nuevas sesiones del cónclave empezarán con la próxima luna nueva y yo... -hizo un alto, como significando las posibilidades que tenía de ser elegido nuevo Papa- debo estar allí.

-En esta tierra de Asturias las gentes son buenas, pero dicharacheras y poco dadas al negocio de la fe. No quieren saber de las polémicas que se debaten sobre la pobreza de Cristo, aunque su propia pobreza les incita a volverse de ese lado. Nos, sin embargo, ya sabéis que luchamos con cuerpo y alma por esa opinión, así que disponed en lo que podamos ayudaros.

El cardenal de Santo Eusebio escuchaba complacido las palabras del prelado de Oviedo, asintiendo con la cabeza en señal de que conocía de antemano su postura sobre aquel conflicto.

-Esta Iglesia es destino obligado para todos los peregrinos que van o regresan de Santiago de Compostela.

El obispo le interrumpió con el dicho popular de los peregrinos:

-“Quien va a Santiago y no a San Salvador, visita al criado y deja al Señor”, ¿no es así?

-Así es, en efecto, y podremos hacer de ese dicho una parte necesaria para el Jubileo del peregrino. Oviedo tomará tanta importancia o más de la que ahora tiene Santiago de Compostela; no hará falta mucho para ello. El nuevo Papa daría ejemplo haciendo él mismo el camino poco después de ser nombrado; yo os lo prometo si en mi concurriera esa gracia. Pero ahora esta iglesia es destino de un gran pecador que busca en el jubileo el perdón de Dios; el perdón para los graves pecados que ha cometido y que ha de cometer, pues su terco carácter le impide obrar de otra manera.

-Muchos llegan aquí con ese deseo, y a todos les concede el Señor su gracia.

El cardenal frunció el ceño indicándole al obispo que le molestaba que le interrumpieran.

-Vos sabréis pronto de quien se trata, porque pedirá que seáis vos personalmente quien le escuche en confesión.

-¿Por qué estáis tan seguro de eso?

El cardenal manifiestamente molesto por la nueva interrupción elevó significativamente la voz:

-Si me dejáis que termine de hablar sin interrumpirme, os lo explicaré. Se trata de un hombre de carácter terco, pero sin embargo es obediente y fiel como los hashishims del Viejo de la Montaña, que se dejaban matar por su Señor. Al igual que aquellos fanáticos musulmanes, él haría cualquier cosa que se le encomendara, es un iluminado y viene para mataros. Cuando estéis confesándolo sacará un puñal de entre sus ropas y os degollará.

El obispo palideció bruscamente.

-¿Y qué debo hacer? -preguntó con voz trémula.

-Cumplir con vuestro ministerio y absolverle.

La cara del obispo era una mezcla de sorpresa y consternación ante lo que estaba oyendo.

-La vida es un regalo, pero a veces la muerte también lo es, sobre todo para un viejo como yo que ya ve poco y pudiera ser que se equivocara de senda en el final del Camino. Pero si he de morir, al menos decidme el motivo –comentó con voz baja y resignada.

-Hasta ahora vuestra vista no os ha hecho equivocaros –el cardenal quería dejar clara cualquier duda que le surgiera al obispo sobre el apoyo a su prelatura- Y yo no he dicho que tengáis que morir, solamente tenéis que absolverle.

-Pero antes os he entendido que ese hombre me iba a degollar.

-Eso intentará hacer inicialmente, pero al ver que le perdonáis con vuestra bendición, cesará en ese empeño.

No pareció muy tranquilo el obispo con las aclaraciones, pero como viera que el cardenal de Santo Eusebio se levantaba con intención de marcharse, prefirió callar en espera de que, durante el almuerzo al que le había invitado, Nicolás terminara de explicarle aquel misterio.

Una nota llegó al palacio arzobispal poco antes de que sonaran las campanadas del angelus, cuando la mesa ya estaba preparada para recibir al cardenal. El obispo desdobló el pliego con notable interés. El cardenal se disculpaba por no poder asistir a la colación, debido a que había recibido un mensaje en el que se le requería para que volviera rápidamente a Avignon.

-Esperaremos a ese hombre –se dijo resignado- y que sea lo que Dios quiera.

Las galeas tiradas por bueyes se movían con dificultad entre los prados encenagados que rodean al río Nora, en los alrededores de Oviedo. En una zona menos pantanosa se veían los restos de un puente de madera destrozado por la corriente. Wion ordenó a uno de los soldados que se adelantara para buscar un vado por donde se pudiera atravesar el cauce.

Al cabo de un buen rato regresó el adelantado con la noticia de que el río presentaba más dificultades cauce arriba que las del cenagal donde se habían detenido los carros:

-Hay un barrancal que se hace más empinado aguas arriba y no he visto el menor atisbo de un puente, Señor –musitó con miedo temiendo la cólera del conde.

Wion Carafa le miró con desprecio y volvió su caballo hacia uno de sus criados en quien había delegado su confianza:

-Mandad construir unas almadías en las que quepan los carros. Ataremos unas cuerdas entre ambas orillas y los caballos pueden tensar otra que arrastre la balsa hasta el otro lado. La corriente no es muy fuerte y con la ayuda de Dios podremos pasar.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del criado al oír a su amo referirse a Dios de aquella manera tras de haber decapitado sin piedad a su compañero pocas horas antes. “Si Dios presta hoy su ayuda a mi amo, sin duda mi camarada debía de ser un demonio”.

Algo debió de imaginar el conde sobre los pensamientos de su criado, ya que le interpeló de nuevo diciendo:

-No siempre quien castiga con la muerte debe temer por ello la cólera del Señor. A veces es el propio Dios quien mueve el brazo de la justicia y no vacila en castigar incluso a los que parecen sus ministros en la Tierra –sonrió para sus adentros pensando en lo que tenía encomendado hacer en Oviedo; luego, viendo que el criado le miraba como un pasmarote, le gruñó con voz airada-. Ya está bien de cháchara, haz ahora que se cumplan mis órdenes.

Caía la tarde mientras los soldados terminaban de atar los troncos de las hayas para preparar unas balsas que aguantaran el peso de los carros. La brisa húmeda del río se fue tornando primero en un orvallo de gotas finas y más tarde en una lluvia pertinaz que amenazaba con ampliar el cauce del río hasta donde estaba la caravana.

Ya habían pasado los bueyes y siete de los vehículos sin ningún contratiempo cuando la corriente aumentó de pronto su fuerza con la escorrentía recogida en su cabecera. El último carro custodiado por dos soldados estaba a punto de iniciar la travesía; el ruido del agua apenas permitía oír a los que estaban en la otra orilla.

-¡Vamos, qué esperáis! –gritó desde el otro lado el criado de Wion Carafa- hay que pasar antes de que la crecida aumente más.

Con gesto de temor largaron los hombres la cuerda para que tiraran los bueyes de la almadía mientras ellos asían fuertemente las maromas que atravesaban el cauce. El ímpetu de la corriente iba desviando ligeramente los troncos a medida que la improvisada balsa abandonaba la orilla; se veía claramente que no iba a resistir el empuje del agua en el centro del río.

-¡Tenemos que volver! –gritó uno de los soldados viendo que iban a zozobrar- ¡Haced retroceder a los bueyes!

La maniobra de cambiar la yunta de bueyes hacia la parte de la cuerda que tirara en sentido contrario duró tan sólo unos instantes, pero fue lo suficiente para que la balsa se dejara arrastrar hacia el centro del cauce sin control, y volcar allí arrojando al agua el carro con todo su contenido.

Los juramentos del conde se elevaron por encima del ruido ensordecedor del agua y alcanzaron a todos los parientes de los dos soldados, que se habían podido salvar asiéndose fuertemente a las maromas y deslizándose por ellas hasta el otro lado.

-¿Dónde habéis dejado mi carro, malditos seáis? ... ¡Id a buscarlo!

Los dos hombres chorreando agua y agotados por la lucha por salvarse se miraron confusos y asustados sin saber qué hacer.

-¿Es que no habéis oído mis órdenes? Os digo que vayáis en busca de esa galea y de lo que llevaba encima.

La corriente había arrastrado el vehículo aguas abajo. No se veía ya ni rastro de él; por eso, la duda inicial se transformó en pánico al comprender que lo que les pedía el

conde es que se lanzaran al agua para morir sin remedio ahogados entre los remolinos, si no les rompía el cráneo antes una de las rocas que asomaban sus bordes afilados entre la espuma.

Como ninguno de los aludidos parecía dispuesto a morir de aquella horrible manera, Wion se dirigió a su criado de órdenes y le hizo una seña ostensible.

Cinco de los soldados y el remero manco, que parecía estar pendiente del menor deseo del conde para complacerlo, llevaron a empujones a los dos hombres hasta una zona más elevada y sin más preámbulos los arrojaron a la corriente.

-No hay excusas para quien no cumple. Sigamos adelante.

Un silencio aterrador siguió a las palabras de Wion Carafa que sólo se rompió por el chirrido de las ruedas de los carros que se ponían en marcha, mientras el ruido del río quedaba atrás y la lluvia parecía ceder ante la noche.

Paien y Joel habían seguido a la caravana desde lejos para no ser vistos, pero pudieron contemplar la complicada operación del paso del río. Tumbados entre unos montones de heno recién cortado que había en la otra orilla, siguieron, momento a momento, la maniobra en la que el carro era arrastrado por la corriente.

Cuando vieron la caída al torrente de los dos infortunados soldados del conde, Joel se levantó con intención de ayudarlos.

-Espera un poco a que se alejen –le susurró Paien, sujetándole por el hombro.

Joel asintió con desgana temiendo perder un tiempo precioso, pero se contuvo. Aunque estaban un tramo río abajo tras de un recodo, un movimiento precipitado en su busca los habría delatado. Instantes después, cuando la partida del conde se alejó de la orilla, se dirigieron ambos hacia donde habían caído. Enseguida vieron que uno de ellos yacía sobre las rocas que sobresalían del cauce, ensangrentado y con la cabeza bajo el agua, por lo que desistieron de poder ayudarle. La cabeza del otro asomó de pronto entre la espuma, y vieron que el hombre se debatía para acercarse hacia donde estaban braceando con desesperación.

El comendador del Temple se despojó rápidamente de su capa, agarró un extremo de su cinturón de cuero y entregando el otro a Joel se metió en el agua en busca de aquel hombre.

La rápida maniobra dio resultado, y pronto tuvieron al infeliz tendido sobre unos helechos, dando gracias de haber encontrado quien se apiadara de su infortunio.

Por él supieron que el Conde había dispuesto que acamparan aquella noche en Oviedo, ya que deseaba visitar al día siguiente la Cámara Santa donde se guarda el Santo Sudario.

Dejaron marchar al soldado por el camino de Gigia, no sin antes hacerle prometer que no delataría su presencia si encontraba algún destacamento de soldados.

-Temo que un nuevo período de sombras se cierna sobre nuestra Iglesia. Vos sabéis, querido hermano, que la pobreza de nuestro Señor Jesucristo no tiene un reflejo en nuestra vida de pastores de su grey. No es herejía afirmar que Cristo y los apóstoles nada poseyeron en común, pues así lo declaran los textos evangélicos y lo confirma la autoridad de los santos; pero, en Avignon, ahora la pugna está entre estas opiniones que suscribe el cardenal de Santo Eusebio y las contrarias, que predica el cardenal Duèse.

Pues bien, he de deciros que tengo en mi poder un escrito en el que se prueba que el cardenal Duèse no puede ser Papa y ...

Un ruido de pasos claveteados interrumpió de pronto la conversación que mantenía el obispo de Oviedo con uno de sus coadjutores. El obispo se volvió, y encontró frente a él el rostro de un hombre armado de pies a cabeza que le sonreía con extraño gesto.

-¿Sois vos, su ilustrísima el señor obispo de Oviedo?

-¿Quién lo busca? -le preguntó el ayudante, interponiéndose entre el guerrero y el mitrado.

El conde Wion Carafa, pues de él se trataba, apartó de un manotazo al clérigo y, sin perder la sonrisa, tomó al obispo del brazo y se alejó lentamente con él, paseando por el claustro de la Catedral.

-Traigo un importante mensaje para vos desde Avignon, Ilustrísima -le dijo con voz susurrante, como si ya se estuviera confesando.

El obispo había decidido aceptar lo que ocurriera como un servicio más de su ministerio, así que asintió levemente con la cabeza invitando al otro a continuar.

-¡Cruz de Hierro! Se dice que vuestra Ilustrísima está sumamente interesado en que sea ese franciscano de Santo Eusebio quien suceda al fallecido Papa, ¡que Dios guarde a su lado!

No había una expresión definida en la cara del obispo, lo que pareció defraudar al conde, que se situó frente a él dispuesto a obtener una respuesta antes de dejarle continuar. Una leve inclinación de cabeza fue la respuesta paciente del prelado.

-Bien, entonces ya sabemos todos donde estamos, pues el mensaje que traigo es el de daros una carreta de oro para apoyar vuestra causa... -la perplejidad apareció esta vez en la cara sorprendida del patriarca de Oviedo, y ello provocó una amplia sonrisa de satisfacción en Wion Carafa-...claro que...-alargó la frase intencionadamente-...claro que también tengo órdenes de daros cinco carretas más si cambiáis de opinión y apoyáis sin reservas al cardenal Duèse.

Poco a poco el rostro del obispo fue volviendo a su gesto habitual, y aun se diría que esbozó una ligera sonrisa que en nada satisfizo al conde.

El coadjutor se había acercado hacia los dos hombres sin disimulo, pendiente en todo momento de tratar de proteger a su superior. Wion Carafa le dejó acercarse esta vez, y cuando iba a pasar junto a él para situarse al lado del obispo, le agarró fuertemente por detrás inmovilizándolo con uno de sus brazos, mientras que en el otro esgrimía un afilado puñal que colocó junto a su cuello.

-No suelo bromear ni con el oro ni con la religión -dijo el conde.

Wion Carafa hizo un rápido gesto con su mano y la sangre brotó de la garganta del coadjutor salpicando la capa del obispo, que vio horrorizado cómo su ayudante se desplomaba frente a él.

El remero manco apareció de pronto con cuatro soldados por la puerta del claustro.

Se inclinó con una burlona reverencia ante el obispo, miró de reojo el cadáver de su coadjutor y luego susurró algo al oído del Conde.

-Me dicen que vuestra guardia está encerrada en las catacumbas, así que tendremos tiempo para que me oigáis en confesión.

Al oír aquellas palabras el obispo recordó lo que le había anticipado el cardenal de Santo Eusebio, y, aunque le asaltó la duda sobre la forma en que el aspirante a nuevo Papa hubiera podido llegar a conocer aquella circunstancia, decidió obrar como ya había convenido con él.

-Estoy dispuesto para oíros en confesión, sahumar vuestra alma y administraros la penitencia si estáis realmente arrepentido de vuestras faltas –cuando decía con serenidad estas palabras miró compasivo a su ayudante- Os rogaría que ya que habéis dispuesto de su vida lo hagáis ahora dignamente con su cuerpo –dijo señalando al difunto.

Una risita malévola asomó entre los labios del manco.

-Si volveis a reiros de un hombre al que yo haya matado, vos le seguiréis, ¡maldito!

La fría mirada de Wion hizo retroceder espantado al manco, que no dudó por un momento en que cumpliría sus palabras, y temió que lo hiciera de inmediato.

-Vayamos entonces a la iglesia –señaló el obispo el camino con un gesto, adelantándose él mismo sin mirar si el Conde le seguía.

-También debiérais sahumar el cuerpo de estos con incienso, como hacen en Compostela. Acabarán matándome con el insoportable olor que despiden –dijo mirando hacia el manco, que, aunque le oyó, no volvió la cabeza mientras desaparecía por el corredor.

El recinto de la catedral estaba escasamente iluminado, con la puerta principal cerrada y unos hachones encendidos en el altar principal. El eco de las pisadas de los dos hombres resonaron en el silencio sagrado hasta que el obispo se detuvo para entrar en un confesionario construido con finas maderas y tallado por la mano de un ebanista de los que se recrean en el trabajo bien hecho.

Wion Carafa se arrodilló frente a la arpillera, hizo una rápida santiguada y empezó a hablar:

-Padre, sé que soy un ser infame que me dejo arrastrar por los instintos más primarios del hombre. Sé también que estos instintos me han llevado a pecar contra el mandamiento que ordena no matar, pero lo he hecho siempre porque quiero cumplir los restantes mandamientos –calló un momento esperando la respuesta del confesor.

-Entiendo muy bien lo que dices –le susurró el obispo- continúa.

El Conde carraspeó con nerviosismo, un tanto sorprendido porque el prelado le hubiera comprendido tan fácilmente, luego continuó con su reflexión:

-¡Ama a Dios sobre todas las cosas...! Ese es el principal mandamiento, ¿no es verdad? Pues cuando Dios puede tener como máximo representante suyo en la Tierra a alguien que puede terminar con una obra de trece siglos, es necesario evitarlo aunque para ello haya que derramar sangre y producir dolor. ¿No lo cree así, padre?

Esta vez su tono reclamaba del confesor algo más que una afirmación o una invitación a continuar su perorata.

El obispo se alisó el cabello cano y golpeó nervioso con los dedos la madera del confesionario. Sus muchos años de apostolado le había servido para conocer a todo tipo de gente, pero no acertaba a encuadrar al Conde en ninguno de los que había tratado con anterioridad. Sin embargo, comprendió que se encontraba ante un iluminado semejante a aquellos ismaelitas que seguían a ciegas las órdenes de su jefe, porque creían que así alcanzarían antes el Paraíso. “El Paraíso puede esperar...” pensó en alta voz dispuesto a luchar por el alma de aquel extraño personaje que llegaba a su vida cuando creía a punto de terminar su ministerio.

-¿Qué decís? –inquirió confuso Wion Carafa.

-Son meditaciones mías, hermano. Creo que he comprendido lo que me queréis decir. Estáis hablándome de una causa de doble efecto: Vos veis un efecto bueno y otro malo y entendéis que el bueno es infinitamente más importante que el otro, obrando así en consecuencia. Bueno, eso es pura filosofía que la naturaleza suele siempre aplicar, de otro modo un león nunca comería un cordero, y se moriría de hambre. Lo único que se

me ocurre al respecto, es que mientras el león sabe que si no come al cordero morirá, vos no podéis saber, con la misma seguridad, que un cardenal ofenderá a Dios y el otro le adorará. Y no lo podéis saber por dos importantes razones....-observó el obispo que el pecador estaba realmente interesado en su explicación, y se recreó en ello callando por unos instantes, lo que provocó un movimiento de impaciencia en el Conde.

-Continuad..., os lo ruego –dijo.

-Nadie dice nunca lo que piensa realmente, entre otros motivos más banales, porque muchas veces ni siquiera él mismo lo sabe. Se puede opinar de una cosa en un sentido cuando se está en una posición, y comprender lo equivocado que se estaba justo cuando aquella cambia. Esto es algo muy normal: dudo que vuestros súbditos juzguen justos algunos de vuestros actos, cuando es probable que ellos obraran de forma semejante si estuvieran en vuestra posición. ¿No creéis?

-Sin duda –afirmó con voz agria y convencida Wion Carafa.

-Ya comprenderéis entonces que es algo banal y sin sentido juzgar que un hombre va a servir mejor que otro para un ministerio, por mucho que creamos conocerlos a ambos.

-Puede que tengáis razón,...bien, y entonces ¿cuál es el segundo motivo al que habéis aludido?

-Dios mismo nos ha dado la libertad de elegir y de obrar, pero Dios sabe muy bien cómo somos y lo que haremos. Así que, difícilmente puede ningún hombre, por muy alto que esté en la Tierra, osar ni siquiera manchar su zapatilla...Nadie puede terminar con trece siglos de la obra de Dios, y, desde luego, no lo podrá hacer el cardenal Duèse, aunque llegara a ser Papa.

El Conde profirió un gruñido de desaprobación, luego golpeó con el puño de nácar de su daga fuertemente la madera, y se levantó de su genuflexión como un rayo.

El obispo salió del confesionario cerrando la puerta tras de sí. Al volverse se encontró junto a Wion Carafa, que volvía a tener un gesto amenazador.

-Creo que he terminado mi confesión, y por lo que observo no me vais a absolver. Tengo que cumplir de nuevo con eso que habéis llamado el efecto malo, pero antes desearía conocer qué es lo que tenéis contra el cardenal Duèse.

El obispo le invitó a acompañarle con un gesto hacia la Cámara Santa de la Catedral donde se conserva el Santo Sudario. De entre sus ropas sacó una pequeña llave con la que abrió un arca de plata y pedrería que estaba bajo una piedra del suelo, extrajo un pergamino con los sellos de lacre rotos y se lo entregó al Conde.

Con él en la mano, Wion Carafa se acercó hacia un hachón que colgaba de la pared y desplegó el documento. Los sellos de lacre rotos llevaban impresa la flor de Lys de la corona real francesa. Era una piel de carnero, toscamente aparejada, y escrita en lengua castellana de arriba abajo, de ella pendían seis sellos, cada cual de su cordón, y cada sello tenía firmado el nombre de quien era.

Leyó con avidez: En él se citaba cómo por mandato del Papa Clemente V había hecho el cardenal Duèse pesquisas por toda Hispania sobre la vida y costumbres de los templarios, y testificaban los allí sellados que no hallaron contra ellos cosa que se les pudiese acusar en juicio, sino por el contrario, que eran objeto de loable ejemplo, ya que así lo daban por jurado y firmado ante su eminencia, de sus nombres en Salamanca en las casas del Obispo de Viseo, titular de uno de los sellos, y otro del Custodio de la casa de San Francisco de la misma Ciudad. El sexto sello correspondía al cardenal Duèse.

-¿Qué quiere decir esto?

-El cardenal Duèse ha tenido ese documento bajo su custodia hasta que alguien se lo robó, pero esa prueba nunca se presentó en el juicio contra esos desdichados templarios.

-¿Qué interés podría tener para hacer semejante cosa? –le interrogó el Conde.

-No lo sé, pero podéis observar que el documento tiene el lacre del Rey de Francia; es posible que esa sea la causa. Al Rey no le interesaba que este documento viera la luz, y seguramente solicitó ese favor al cardenal.

Wion Carafa estaba realmente confundido.

-¡Cruz de Hierro!. Debéis pensar que soy un estúpido –dijo gritando una maldición-; conozco la visita que habéis tenido estos días. Esto es una burda maquinación que no engañaría ni a un niño. Ya basta de confesiones y confesores.

La daga sarracena apareció de nuevo en su mano. El obispo se puso de rodillas ofreciéndole su cuello con docilidad.

-Yo os perdono y espero que Dios lo haga también. Estad tranquilo, *de sutore osseo o piscator minorita*, será un Papa más, no importa que esos lemas correspondan al cardenal Nicolás de Santo Eusebio o a Jacques Duèse.

La impresionante puerta de entrada de la catedral que estaba reforzada con herrajes se entreabrió con un chirrido delator de sus goznes; por ella entraron dos hombres que se detuvieron un instante en el alféizar.

Cuando los ojos de los recién llegados se acostumbraron a la tenue luz de la tarde que entraba por las vidrieras, vieron que el obispo se estaba poniendo de rodillas ante el conde Wion Carafa que empuñaba una daga sarracena curva en su mano derecha.

-¿Conde, es que lo vais a desollar? ¿acaso creéis que es un cordero? –Païen pronunció aquellas palabras con desprecio.

-¿Es así como combaten los caballeros en vuestra tierra?

La inesperada aparición de los dos hombres sorprendió al Conde, que, de pronto, se sintió entre avergonzado y confuso por lo que iba a hacer. Envainó su daga, para acto seguido empuñar su espada de doble filo con ambas manos.

-Nadie puede hablarle así al conde Carafa y vivir para contarlo. Salid de este templo y dejemos que mi espada conteste vuestra osadía.

Iba tan excitado que tropezó con uno de los bancos de madera que servían para la oración de los fieles; entonces, Joel aprovechó el incidente para lanzarse sobre él, y, antes de que pudiera incorporarse, le propinó un soberbio golpe con el puño de su espada en la cabeza, dejándole inconsciente.

-¿Dónde estarán los soldados de este mal nacido?

Païen se acercó para asegurarse que el conde no les molestaría durante un buen rato, y contestó al joven templario encogiéndose de hombros.

El obispo se adelantó hacia donde estaban los dos templarios. Al pasar junto al conde le miró y sus ojos arrugados se iluminaron mientras le bendecía:

-Ya os dije que Dios sabe muy bien lo que somos y lo que haremos, por eso a veces no nos permite hacerlo.

El conde yacía inconsciente confirmando las palabras del prelado.

Con la ayuda de los dos templarios, el obispo puso en libertad a su tropa sin más dificultades que las de enseñar a los guardianes el anillo del conde que Joel había extraído del dedo índice del caído con aquel fin. Después reunieron a los hombres de Wion Carafa en el patio del claustro, que estaba anejo a la basílica y a la Cámara Santa.

Sin duda la presencia del obispo actuó de apaciguador entre la tropa de mercenarios que el conde había traído desde Francia, porque su figura irradiaba

majestad, aparte que ninguno de ellos estaba dispuesto a jugarse la vida por el que había sido su jefe, ahora que parecía haberse esfumado.

-El conde os agradece vuestro trabajo y nos ha dado instrucciones para que recibáis el doble de lo que se había convenido. Mi compañero se ocupará de ello, porque el Señor Carafa se ha sentido indispuesto y no podrá despediros.

Las palabras de Paien en presencia del obispo no resultaron tan convincentes como la promesa de doblar la paga que se derivaba de ellas, así que, salvo algunos murmullos de extrañeza, nadie pareció discutir una recompensa tan generosa. El obispo había proveído al templario de dos grandes bolsas con maravedíes de oro y otras seis con grandes onzas de plata, que Joel fue repartiendo conforme pasaban uno tras otro los soldados. Cuando terminó aquella tarea, en el patio quedaban solamente el criado del conde y los galeotes que habían liberado para que les ayudaran.

-Veremos qué tenemos para vosotros –dijo Joel, satisfecho de la forma en que se habían librado de tener que enfrentar una lucha de resultado incierto.

-La tarea para la que se os liberó aún no ha terminado, así que podéis optar por seguir con ella a nuestro lado o regresar a la galera. Es muy posible que todavía esté anclada en el puerto de Gigia esperando órdenes.

El galeote manco se adelantó de entre los demás para acercarse a su antiguo compañero de bancada.

-Está claro que la jefatura se te ha subido a la cabeza, pero, quién mejor que el que ha estado remando para saber lo que quieren los demás que lo hicieron a su lado. Yo estoy contigo.

Aquello bastó para convencer a los demás remeros. Luego se dirigió a los carreteros francos, que habían permanecido algo alejados, prometiéndoles el doble del jornal que tuvieran convenido. “El oro alegra los corazones”, pensó Joel viendo la rapidez con que el semblante de aquellos hombres expresó su satisfacción. Luego llamó a Paien para comunicarle la positiva disposición de aquellos hombres. El viejo comendador del Temple les mandó que permanecieran aquella noche vigilando los carros. Obedientemente se marcharon todos hacia la explanada, donde se habían situado los soldados del obispo haciendo también aquella función.

-¿Qué vais a hacer con este hombre? –preguntó Paien al obispo-. Merecería ser decapitado sin juicio alguno, en la misma forma que él solía.

-Él y su criado estarán a buen recaudo en nuestras mazmorras hasta que aparezca la fumata blanca en las chimeneas de San Pedro. No quisiera que un juicio diera pábulo a la intriga que parece esconderse tras la misión de este esbirro.

Los dos templarios aceptaron a regañadientes la decisión del obispo. Fueron sus huéspedes durante dos días.

Paien interrogó a Joel sobre el abanderado de los remeros, aquel manco que se había adelantado para ofrecerse a ayudarlos en cuanto se lo propusieron.

-Ese hombre es muy fuerte y no nos vendrá mal su ayuda para proteger el cargamento, si, como imagino, habremos de atravesar zonas donde los bandidos serán abundantes. No llevamos un escuadrón templario, y además no tenemos armas.

-El obispo se ha ofrecido a cedernos a cuatro de sus soldados durante unos días, pero visto lo fácilmente que las tropas del conde cautivaron a su guardia, no creo que fuera oportuno debilitarla aún más. El conde es un simple sicario enviado por alguien más poderoso; quienquiera que sea la cabeza que ordena todo esto, no tardará en conocer lo que ha ocurrido –Paien calló unos instantes meditando-. Pero hay algo en ese manco que me preocupa, y no sabría decir bien por qué.

En aquel momento sonaban las completas. El obispo hablaba con los dos templarios, contando con todo lujo de detalles los avatares de su encuentro con Wion Carafa. Estaban en una sala situada en lo más alto de la gran torre románica que protegía el templo; desde sus estrechas ventanas se podía contemplar casi toda la ciudad. Joel se acercó a la que estaba orientada hacia el camino del norte, mientras el obispo y Paien continuaban su debate sobre la compleja elección que estaba teniendo lugar en Avignon.

-Esa elección es el final de un proceso que se inició hace al menos siete años, cuando se ordenó el arresto de vuestros freires del Temple –el obispo hablaba con la misma voz modulada y suave con la que había tratado la confesión del Conde- Ha sido todo ello un complot bien preparado y magníficamente resuelto...al menos hasta ahora. Es la eterna lucha por el poder sobre los demás hombres lo que ha desencadenado todo. El caso es que quienes la inician para conseguirlo, terminan siendo devorados por el monstruo que crean..., siempre es así, ...al menos mientras esta vida continúe siendo temporal, –sonrió para sí.

El comendador del Temple asintió a su vez, produciéndose entre los dos ancianos una corriente de simpatía que fluía a través de la sabiduría que el tiempo había ido arando en las arrugas de sus ojos.

Al amanecer del día de la partida, la bruma cubría los alrededores de la ciudad de Oviedo. Los dos templarios se habían despedido del obispo deseándole suerte y agradeciendo su hospitalidad, pero rechazando su oferta de que algunos de sus soldados les acompañaran a su destino. Joel murmuró una excusa poco creíble sobre la confianza que les inspiraban su mesnada de galeotes, y el obispo la aceptó sin más. Cuando llegaron a la explanada donde estaban los carros, despacharon a los soldados del obispo que habían hecho la guardia y reunieron a sus hombres.

-Nuestra misión no nos llevará muchas jornadas, pero encierra algún peligro ya que habremos de atravesar zonas en las que abundan los ladrones y maleantes, pero seréis recompensados generosamente si llegamos a buen fin. Cada uno de vosotros recibirá una paga de dos monedas de plata por cada día, y, cuando lleguemos a nuestro destino, se os entregará además dos maravedíes de oro. ¿Tenéis armas? –preguntó Joel observando que la mayoría de ellos apenas portaban un cuchillo atravesado en sus cinturones, pequeños pero afilados artilugios de degüello que le mostraron contestando a su pregunta; pero otros eran tan sólo de los que se emplean para cortar la carne.

El manco señaló hacia una de las carretas.

–Creo que allí hay suficientes para todos –dijo.

Paien miró hacia donde le señalaba, preguntándose una vez más sobre la fidelidad que podría esperar de aquel hombre que tan pronto había aceptado cambiar de jefe, y que parecía saberlo todo.

Se acercaron a la galea; el manco se encaramó en ella apartando unas telas que dejaron al descubierto numerosos pertrechos guerreros, revolvió entre los bultos, y dijo:

-Ahí hay cuatro espadas, una ballesta y varias lanzas. Se podría armar a un pequeño ejército para que ninguna partida se atreva a importunarnos.

Paien ordenó que bajara las lanzas y las espadas. Las repartieron entre los remeros, y dejaron una lanza a mano de cada carretero.

-Puedes usarla también como aguijada -le dijo el manco al carretero cahorsino al darle una de las lanzas-; de otro modo es posible que no sepas que hacer con ella –rió burlón.

Cuando hubieron terminado de armar a todo el grupo, regresó Paien con el manco sin separarse de él, como lo había hecho antes con el Conde, convirtiéndose, sin que nadie se lo pidiera, en su nuevo mayordomo castrense.

Ya iban a salir, cuando, al pasar junto a la carreta que transportaba el bulto grande, Joel observó que la arpillera que cubría el objeto estaba parcialmente rasgada; no tuvo duda de que el carretero cahorsino, que era el que con la aguijada tiraba del buey, ya sabía lo que estaba transportando.

Tras de varias jornadas de penosa y lenta marcha por el camino de la Plata llegaron a las cercanías de Salamanca en un lugar conocido como la Calzada de Valdunciel. El manco parecía agradecido a sus nuevos jefes y había colaborado bien; de él había sido también la idea de cubrir los carros con heno para evitar la tentación que pudiera despertar una mercancía valiosa.

Paien descabalgó e indicó a Joel que se acercara a su lado, mientras la última galea se alejaba dejando tras ella una nube de polvo.

-Aquí debemos prescindir de los carreteros y de los galeotes. Ninguno de estos hombres puede conocer hacia donde llevamos el cargamento -le dijo a Joel.

Acostumbrado a obedecer sin preguntar, Joel asintió; entonces el senescal terminó su comentario.

-Algunos de los caballeros de nuestras encomiendas de Ponferrada permanecen todavía en estas tierras, y otros quedan en Portugal protegidos por el rey Dionis. Se reunirán en Salamanca, muy cerca de aquí, dispuestos para ayudar a cualquiera de sus hermanos que lo precise. Ellos nos acompañarán hasta que llegemos a la Sierra de Francia, porque allí es a donde vamos. Tú conocerás mejor que yo aquellos parajes, ¿no es así?

Joel sonrió recordando la belleza de aquella sierra que le había visto nacer, luego comentó pensativo.

-Encontraremos en esas tierras muy buenos amigos.

-No lo he dudado nunca, por eso vamos allí -afirmó enigmático el viejo templario.

La Sierra de Francia recibía ese nombre porque albergaba a muchos de los cátaros huidos del Languedoc años atrás. Tras la caída de Montsegur -último reducto cátaro en el sur de Francia- los inquisidores católicos perseguió a sangre y fuego a los seguidores de la herejía, que seguía las creencias del persa Maní. Entonces, el pater Oigly, uno de los llamados Perfectos, que equivaldría en la religión cátara a un obispo católico, organizó el éxodo hacia aquellas tierras de muchos de sus partidarios. Iban con la misión de distribuir en lugares santos, y proteger después, a una serie de imágenes de Virgenes negras en las que confiaban para mantener su credo.

Sin decir una palabra más, el senescal del Temple montó de nuevo en su caballo y lo condujo hacia el frente de la caravana, ordenando a los carreteros que se detuvieran junto a un encinar.

-Vamos a pasar aquí la noche, porque los bueyes necesitan descanso y el tiempo amenaza tormenta -dijo, dirigiéndose al carretero de Cahors, que era el que tenía mayor ascendiente sobre los demás.

Más tarde, Paien ordenó al manco que se adelantara hasta la ciudad de Salamanca.

-Busca al párroco de la Iglesia de San Cristóbal. Él ha sido capellán del Temple y sabe como reunir a un grupo de caballeros que esperan para ayudarnos.

Le dio un anillo que guardaba entre sus ropas con el fin de que le sirviera de identificativo con aquel clérigo. Un extraño brillo apareció en los ojos del que fuera galeote; fue sólo un instante, pero hubiera bastado para hacer desconfiar a Paien si lo hubiera apreciado; después, el hombre asintió complacido, y obedeció sin rechistar.

-Va tan feliz que parece que estuviera deseando que se le ordenara algo para poder demostrarnos su agradecimiento -comentó Joel, viendo alejarse al manco.

Paien descabalgó y se sentó bajo una encina dispuesto a descansar en espera del regreso del galeote.

-No sé -murmuró inquieto-, hay algo extraño en ese hombre que no sabría explicar..., no entiendo su repentina servidumbre. ¿Te parece normal ese comportamiento?

-A veces me sorprende mi propio comportamiento, así que difícilmente podría juzgar el de los demás. Ese hombre ha sufrido un duro castigo, de pronto se ha visto liberado de él y aceptado por nosotros; es como un perro agradecido. Esa puede ser una explicación suficiente. Al menos yo lo veo así -reflexionó Joel en voz alta.

Paien le escuchaba en silencio mientras iba amontonando pequeñas ramas en un círculo que había rodeado con piedras. La noche castellana de la meseta es fría hasta en pleno verano y el calor de una buena fogata calienta el cuerpo y protege de las alimañas. Cuando hubo terminado, se sentó al lado del joven Joel.

-Querido hermano, el comportamiento del hombre siempre obedece a unas reglas muy simples que tienen relación directa con la valoración de nuestro paso por el mundo. Ese galeote ha sufrido una penosa experiencia que le ha humillado, convirtiéndole en un objeto más de aquella galera que os trajo desde Burdeos, pero ahora se vuelve a sentir hombre porque nosotros le tenemos en cuenta. Seguramente cayó en desgracia cuando le cogieron robando o cometiendo cualquier otro crimen. Pero piensa en lo que pudiera haber sido de él si el oro que intentara robar fuera mucho y nadie le hubiera descubierto.

Joel asintió con la cabeza diciendo:

-Estaría rodeado de lujo y respetado por todos como un honrado burgués. ¿No es así?

-Así es. Cuando la vida nos favorece, nuestra alma se desconcierta y pierde el sentido de la medida, porque los otros hombres nos sobrevaloran. Tanto, que incluso entonces podría llegar a prescindir de Dios o incluso a sentirse como un dios. Por eso a veces los hombres sólo buscamos el respeto de los demás a través del camino fácil de acumular riquezas y honores. Nuestro querido Maestro lo entendió así, y por eso permitió que nuestra Orden fuera aniquilada con oprobio por aquel infame Rey. Sólo un necio puede sentirse feliz porque los demás le adulen y adoren. Pero desgraciadamente, desde aquel día en que Eva comió la manzana del Paraíso, luego se la ofreció a Adán y éste aceptó el fruto para conseguir ser como Dios, los hombres somos cada día más necios.

Joel asintió recordando lo que había leído sobre los emperadores romanos y los faraones del viejo Egipto.

-Dioses de barro. Eso es lo que somos cuando conseguimos que admiren y envidien nuestras riquezas: ¡dioses de barro!

Paien movió la cabeza lentamente, mientras sus ojos seguían el movimiento de los carros que ya estaban situándose junto a ellos.

-Sin embargo esos falsos dioses vuelven al barro cuando las cosas van mal a su alma, y entonces se dejan decaer. Son suaves cuando la piedad asoma a sus ojos y terribles si llega el momento de la ira. Ese galeote amigo tuyo no es un perro fiel como

te imaginas, su alma ha asomado por sus ojos un sólo instante, y no es un alma sencilla, así que cuídate mejor de él y no pongas tu mano en su boca porque podría morderte.

Se hizo de noche y el manco no regresaba.

-Algo puede haberle ocurrido –sugirió, preocupado, Joel dirigiéndose a Paien.

-Pudiera ser -asintió el viejo templario-, pero será mejor que estemos alerta durante esta noche.

El riesgo de tormenta había desaparecido. Parecía que iba a ser una noche tranquila y sorprendentemente cálida. Apenas se movía el aire y las encinas extendían sus ramas protectoras sobre el pequeño grupo de hombres que se agrupaban a su alrededor. Los dos templarios se habían alejado un poco. Estaban recostados contra uno de los carros, observando el camino por el que había marchado el manco aquella tarde.

-Pienso que alguno de estos hombres puede haber descubierto el contenido de la carga que transportamos. Uno de ellos se esmeró demasiado en fijar el fardo más grande, y observé después que la arpillera que lo cubre estaba algo rasgada, -comentó Joel.

El senescal se levantó con una agilidad impropia de su edad.

-¡Ahora me lo dices!... ¿No sería ese manco?

-No..., fue ese carretero cahorsino -y señaló al que estaba tumbado junto a otros dos en medio del vivaque.

-¿Le has visto hablar con el manco durante estos días? -la voz de Paien sonaba inquieta.

Joel pareció reaccionar.

-¡Sí!...¡Es verdad! Ayer, el manco estuvo un buen rato en la carreta del de Cahors. Puede que finalmente estés en lo cierto -dijo dirigiéndose rápidamente hacia el lugar donde los carreteros dormían. Le llamó la atención que lo hicieran de forma insólita: envueltos en sus mantas completamente hasta cubrirse la cabeza, a pesar de la agradable temperatura de aquella noche.

El templario levantó las mantas con su espada descubriendo con asombro que, bajo aquellos cobertores, no había más que troncos y arbustos bien disimulados. Miró en derredor comprobando que tampoco estaban los galeotes que solían pasar la noche algo alejados de los otros.

-¡Se han ido todos! -gritó alarmado.

-Todos no, ¡mira! -el senescal señalaba hacia dos de los bultos que se movieron alertados por el grito de Joel. Uno de ellos era el carretero de Cahors.

Convencidos de que se estaba preparando un asalto a la caravana, Paien entregó una pica a cada uno de los carreteros indicándoles que deberían estar en vela por lo que pudiera pasar.

-La desaparición del resto de estos hombres y el retraso de ese galeote pudiera tener causa común, y ... no buena.

Ordenó a Joel que recorriera la amplia zona del encinar para luego subir a la colina desde la que podría vigilar todo el contorno; pero, ni desde allí, se advertía rastro alguno de los desaparecidos. Cuando terminó la inspección, regresó fatigado al lugar en que estaban los carros.

La noche seguía cálida y la luna iluminaba todo con una luz plateada que no propiciaba un ataque traidor, así que Paien ordenó a Joel que hiciera la guardia mientras los demás dormían y él hacía lo propio debajo de una de las carretas. Cuando el joven templario le despertó ya estaba amaneciendo.

-Voy a subir de nuevo hasta la colina. Ahora está de guardia el de Cahors, así que no le pierdas ojo.

No tuvo tiempo Joel de subir a su caballo porque una nube de polvo en el camino indicaba que un nutrido grupo de gente se acercaba. Cuatro caballos con sus jinetes luciendo brillantes armaduras, con las lanzas de guerra apuntando al cielo, iban delante de un grupo de peones que portaban también picas, aunque estos últimos no llevaban armaduras sino simples escudos de madera y cuero. Uno de ellos llevaba un arco preparado ya para disparar.

-El del arco es tu amigo el galeote. Espero que su invalidez le impida hacer buena puntería.

Como si el otro le hubiera escuchado, una flecha silbó sobre las cabezas de los dos hombres y se fue a clavar en el tronco de una encina.

-No parece que tampoco esos caballeros sean los que esperábamos, -dijo Joel en tono de disculpa.

-¡Que Dios nos ayude! -dijo el senescal a su amigo señalando los carros-hemos de luchar por nosotros y por la memoria del Temple, que ahora está bajo nuestra protección.

Païen no estaba muy convencido de la fidelidad que les podían prestar los dos carreteros que permanecían a su lado, pero entregó a cada uno una espada. Luego subió a su caballo convencido de que sin lanza de combate ni armadura poco podrían hacer ellos dos contra los cuatro caballeros que llegaban a galope lanza en ristre.

Joel hizo caracolear su caballo llevándolo a la zona del encinar.

-¡Beausant, amigo! Vamos a luchar como en los viejos tiempos. Pongamos los caballos en línea tras de esos árboles, allí sus lanzas serán inútiles. Por demás, los dos infantes quedarán a cubierto de la galopada.

No erró Joel en sus cálculos, porque, al verles entrar entre las encinas, los jinetes les siguieron abriéndose en círculo para rodearlos.

Mientras se acercaban, Joel cogió la ballesta que colgaba del arzón de su caballo, con exasperante parsimonia la armó, puso sobre ella un dardo que eligió cuidadosamente, levantó el arma sólo un instante y apuntó a uno de los caballeros.

-Es inútil -dijo a su lado Païen observando su maniobra- no podrás atravesar esas armaduras.

La flecha silbó bajo las ramas de los árboles para después clavarse con increíble precisión, por entre las rendijas de la celada del caballero, en su ojo derecho, haciéndolo reventar contra los huesos posteriores de la cabeza. El cuerpo, frenado en seco por tan terrible golpe, cayó del caballo golpeando las piedras con un sonido metálico.

La acción sirvió para que los otros jinetes se detuvieran un instante, indecisos y temerosos de la habilidad manifiesta del ballestero.

-¡Dios me valga si he visto un disparo semejante desde que tu padre manejaba ese arma! -comentó animoso el viejo templario.

No había tiempo para armar de nuevo la ballesta, porque ya las lanzas de los caballeros rompían el aire junto a los dos templarios. En el último momento, Païen picó espuelas haciendo una seña a su compañero, que esperaba atento la orden, y su caballo trazó un ángulo recto con la dirección del jinete que venía de frente, de manera que interpuso una segunda encina delante del lancero. Allí detuvo en seco su caballo, blandió su pesada espada esperando a que pasara el otro para golpear después con el filo del arma la parte posterior del casco de su enemigo. El caballero soltó la lanza aturdido por el golpazo, pero se mantuvo sobre el caballo y durante unos instantes pareció que iba a poder recuperar el control. Para su infortunio, una rama apareció en su camino golpeándole la cabeza, completando la tarea que había empezado Joel.

El movimiento de los caballos levantó en pocos instantes una tremenda polvareda que impedía ver el resto de la batalla. Joel agradeció en aquel momento la falta de la pesada armadura que le habría impedido maniobrar con tanta rapidez.

Vio que Paien había derribado también a otro de los caballeros, y escuchó, satisfecho, el ruido de unos cascos que se alejaban, sin duda los del jinete que quedaba, que huía acobardado de la refriega como alma que lleva el diablo, dejando tras de sí a sus compañeros malheridos y a los infantes sin protección.

Los dos templarios volvieron después sus caballos hacia donde estaban los carros a los que en aquel momento llegaban los infantes. Uno de los que habían permanecido al lado de los templarios yacía en el suelo inmóvil y el de Cahors estaba sobre una de las galeas, que tenía ya el buey uncido, preparado para moverlo. Desde el pescante hacía señas a los que llegaban para que hicieran lo mismo con los demás.

Apenas tuvieron tiempo para colocar a los bueyes las colleras para salir tras del de Cahors, pero fue una tarea inútil, porque Joel y Paien, sin gran esfuerzo, batieron a los sorprendidos ladrones. No esperaban ver aparecer a los templarios, sino a sus cabezas en la punta de las lanzas de los caballeros que les habían acompañado con la promesa de un buen botín.

Iba a lanzar el de Cahors su pica contra Paien, que estaba de espaldas atacando a dos de los infantes que habían saltado de los carros, cuando una flecha se clavó en su cuello. Joel volvió a cargar la ballesta; esta vez, uno de los que estaban frente al senescal cayó atravesado por la saeta.

Luego, Joel cargó con su espada contra los otros en una acción poco prudente; porque, aunque sólo quedaban ya los infantes de las picas después de que el otro arquero fuera el primero en caer, se trataba de enfrentarse a cuatro hombres, y el templario no tenía otra protección que su camisa.

Una de las lanzas rasgó la tela y abrió un surco en la carne por el que rápidamente brotó un chorro de sangre. Otro consiguió alcanzar con su lanza el vientre del caballo que se levantó encabritado y a poco derriba al jinete. Era una herida profunda, tanto que la lanza quedó incrustada en la carne del animal, dejando al manco - pues de éste se trataba - parcialmente desarmado. Viendo lo que se le venía encima sacó el galeote un pequeño puñal de su cintura, pero no llegó a lanzar el arma como era su intención, porque la espada de Joel segó su brazo con un tajo limpio; el caballo hizo el resto del trabajo golpeando con saña la cabeza del galeote bajo sus cascos.

Instantes más tarde, los últimos infantes, ya menos beligerantes, huían aterrorizados, después de que otro de sus compañeros hubiera caído atravesado por la espada de Paien.

-¡Déjalos! -oyó Joel la voz del senescal-: ya han tenido bastante. No creo que lo vuelvan a intentar.

El lugar se veía desolado por la sombra de la muerte, con los cuerpos de los atacantes inertes y rotos en las extrañas posiciones en que habían despedido sus almas. El viejo templario fue arrastrando los cadáveres hasta situarlos junto a los carros. Cuando depositó el cuerpo del manco observó que aún se movía; el galeote abrió los ojos y le miró con gesto de dolor.

-Hay mucho oro en esas carretas, ¿verdad?

-Lo que hay ahí vale mucho más que el oro -le contestó el senescal.

El manco, después de oír esas palabras, cerró los ojos con una enigmática sonrisa que se heló definitivamente en su rostro.

-¿Cuánto falta para llegar a la Sierra de Francia? -preguntó Paien a Joel.

El joven templario miró los ocho carros y luego se volvió hacia su compañero, sorprendido.

-No podremos llevar nosotros solos los ocho carros, deberíamos acercarnos hasta la ciudad para ver si todavía podemos encontrar a esos hermanos que decís, y pedirles ayuda.

-Tienes razón, pero vamos a colocar a esos muertos sobre la paja y alejarnos de aquí. Quién sabe si hay alguien más que espera el resultado de la acción de estos maleantes. Llevaremos nosotros los carros en dos grupos de cuatro atados unos detrás de otros hasta rodear Salamanca, después tú volverás a la ciudad para tratar de encontrar a nuestros freires. Busca la Iglesia de San Cristobal, y pregunta por este hombre –dijo, entregándole un pequeño cartel doblado.

Capítulo VIII . La cristiandad sin Papa

Mahonia acompañó al mensajero hasta el palacio de Avignon. La ciudad aparecía de luto por la muerte de Clemente V. Ni siquiera los rapazuelos se atrevían a gritar, sorprendidos como estaban de la actitud doliente de los adultos. Las campanas de las iglesias tocaban sin cesar los lentos y espaciados tañidos que anuncian la muerte, sin respetar el descanso nocturno entre las completas y las maitines.

-El cardenal Duèse ha convocado un cónclave y es seguro que ya están aquí los cardenales de toda la cristiandad. Se dice que ahora quien manda en Avignon es él, así que espero que no tengamos problemas para entregarle el mensaje.

El hombre que la acompañaba asintió sin pronunciar palabra. Había llegado ya entrada la noche anterior, cuando Lucas Craien, Sebastien y su hija se disponían a comer. Lucas le había ofrecido que compartiera su marmita y una jarra de vino caliente, pero el mensajero no aceptó más que un lecho para descansar y unas brazadas de heno para su caballo. Su comportamiento era tan poco de fiar, que, de no ser porque el pliego que portaba llevaba el sello del judío, Lucas habría puesto en duda su identidad; además, se había identificado con el saludo habitual de los Hijos de Salomón de años atrás y no el que el Maestre Zag impusiera en las últimas tenidas.

-Mi padre deseará conocer algunas nuevas de nuestro hermano Goth y de quien le acompañaba, un hombre llamado Joel: ¿qué podéis decirnos de ellos? –le preguntó Mahonia mientras caminaban atravesando el mercado de Avignon.

El hombre hizo un gesto de contrariedad señalando hacia los guardias Papales que patrullaban en los alrededores.

La patrulla venía directamente hacia ellos, pero Mahonia no se perturbó y siguió su camino por entre los estantes de frutas y verduras hasta encontrarse frente a los soldados. Su compañero se había quedado algo rezagado entre la multitud, simulando estar interesado en las mercancías que ofrecían con voz cantarina los comerciantes.

-¿Por dónde debemos pasar para ver al cardenal? -preguntó la cátera a uno de los soldados.

El hombre, un tanto sorprendido, miró a sus compañeros con socarronería y dijo:

-Mirad, vosotros que sabéis bien el camino podéis acompañar a esta mujer para que no se pierda.

Mahonia miró despectivamente al soldado, e hizo señas al mensajero para que la siguiera. Cuando habían rebasado la patrulla, se volvió hacia aquel soldado diciéndole:

-Ese camino sólo lo recorro con mi esposo. No necesito que nadie me ayude.

Los restantes soldados contestaron con risotadas la salida de la cátera. Mientras, Mahonia y el mensajero se acercaban a los que hacían guardia a la entrada del palacio del Papa.

-¿Qué es lo que queréis? -le preguntó un lancero.

-Tenemos algo para su eminencia -se apresuró a decir Mahonia.

-Aquí hay más cardenales que monedas has visto tú en tu vida. -rió, socarrón, el soldado.

Mahonia apretó sus puños y le dio la espalda; por un momento pensó que su carácter le iba a jugar una mala pasada. Fue el mensajero quien replicó:

-Buscamos al cardenal Duèse. Su eminencia nos está esperando.

Aquellas palabras fueron la llave que les franqueó el camino. El guardián llamó a un criado que les condujo a una habitación cuadrada coronada por una bóveda. Los frescos de la cúpula representaban la segunda venida de Cristo sobre nubes y rodeado de santos, un viejo motivo ante el que se sentiría feliz cualquier minorita. Mahonia se acercó hacia un lugar de la pared que estaba recubierto de tapices de seda representando una batalla; imaginó que sería la de Jericó, porque identificó al héroe judío soplando en su trompeta, mientras al fondo se veían derruidas las murallas de la ciudad. La muchacha se sentía orgullosa y feliz de su conocimiento de la Biblia desde que su padre le había dicho, muchos años atrás, que quien desconociera el libro Santo no podría vivir la eternidad, porque se perdería en ella. Iba a interrogar al mensajero sobre el cuadro, cuando se abrieron las puertas y entró el cardenal acompañado por su arcediano³⁶.

El rostro de Jacques Duèse no estaba de luto. Con notoria simpatía, después de que ambos se inclinaron para besar su anillo, los bendijo invitándolos a sentarse. Casi de inmediato, preguntó:

-Me han dicho que traíais algo para mí, ¿de qué se trata?

Mahonia iba a contestar, pero el mensajero se adelantó hacia donde se había sentado el cardenal y, de rodillas ante él, susurró algo en voz baja, de forma que sólo le pudieran oír el prelado y su arcediano, porque Mahonia estaba más alejada. La muchacha escuchó los cuchicheos en silencio; luego, notoriamente molesta, se levantó de su asiento haciendo ademán de dirigirse hacia la puerta. Cuando ya iba a salir, el cardenal la detuvo:

-¡Esperad, os lo ruego! No quisiera parecer grosero, pero este hombre tenía que hacerme una confesión; supongo que vos conocéis que ese acto es personal y secreto. Ahora podremos hablar con tranquilidad.

-Eminencia, tenemos que entregaros un pergamino lacrado que este mensajero os trae desde Burdeos. No queremos importaros más.

-Nunca es inoportuno recibir a buenos cristianos. Gracias por vuestro oficio, que Dios os bendiga. -E hizo el gesto de bendición, mientras se levantaba para marcharse.

Una vez que salieron del palacio, el misterioso mensajero se adelantó unos pasos para hablar con un belitre que pedía limosna, luego se perdió entre el garbullo de mozos y gentes del mercado. Una aglomeración poco habitual aumentada por los viajeros que acampaban en las afueras esperando la fumata blanca del nombramiento de un nuevo Papa. Mahonia no lo volvió a ver.

Uno de los días siguientes, el gascón Goth se presentó en la casa del cantero Lucas Craien; le acompañaba un hombre de cierta edad. Ambos hubieran podido pasar

³⁶ El Arcediano es la categoría eclesial que sigue a la del Obispo.

por campesinos, de no haber sido por la espada que pendía de su cadera y las gruesas botas con espuela que calzaba Goth. El jubón del otro hombre era muy largo, estaba sucio de barro y tenía desgastados los bordes; llevaba las mangas arremangadas por encima de los codos. Cuando Mahonia reconoció al gascón, su corazón se aceleró repentinamente.

-¿Dónde está Joel? -le preguntó.

Goth dejó pasar a su acompañante y avanzó tras él hasta una chimenea donde había unas banquetas. Se sentó el de más edad y, con el tono de quien está habituado a mandar y a ser obedecido, dijo:

-¿Dónde está el amo de la casa, muchacha?. Dile que el cardenal Nicolás de Santo Eusebio desea hablarle.

A Mahonia le costó reconocer bajo aquellas rústicas ropas al prelado que competía para ser nombrado Papa, pero no dudó por un momento de que se trataba del cardenal.

-Mi padre y el maestro Lucas vendrán pronto. Los sábados van a la taberna después del trabajo, pero suelen regresar antes de la anochecida.

La presencia del cardenal hizo que la muchacha retuviera sus ansias por conocer lo que le había ocurrido a su amigo Joel; tampoco el Gascón parecía tener ninguna intención de hablar, al menos hasta que hubieran llegado los dos hombres a los que esperaban. Se dirigió entonces Mahonia hasta una alacena donde había una jarra con algo de vino y se la acercó a los dos hombres.

-Es muy amable de su parte -dijo el cardenal, rechazando la jarra-, pero yo preferiría una copa de agua.

Goth se abalanzó hacia la jarra de vino al ver que la muchacha hacía además de llevársela para buscar el agua.

Cuando la cátera regresaba con un pequeño cántaro bajo el brazo se oyó el ruido de la puerta en la planta baja que indicaba la llegada de nuevos visitantes: eran Lucas Craien y Sebastien. Ambos hombres abrazaron al gascón y se acercaron para saludar al cardenal, que seguía sentado mirando a los recién llegados.

Sebastien se burlaba de la iglesia católica porque decía que sus dogmas rayaban el ridículo, pero tanto o más que eso, eran la ostentación, la pompa, la arrogancia y la soberbia del clero lo que le indignaba profundamente. Por eso, cuando vio al cardenal vestido como un humilde campesino, no tuvo por menos que mirarle con cierta simpatía.

-Si nuestros antepasados hubieran escuchado a vuestros fraticelos, seguramente no habría habido esa indigna cruzada, porque son más las cosas que nos unen que las que nos separan de vosotros -dijo, arrodillándose para besar el anillo de Nicolás.

El cardenal le dejó hacer, pero no le bendijo como solía hacer con los cristianos que se arrodillaban ante él. Le invitó a que tomara asiento a su lado y lo mismo hizo dirigiéndose al constructor Lucas Craien.

-Me han informado de que tu hija acompañó hace días a un mensajero para ver al cardenal Duèse. ¿Es cierto?

-Sí, lo es, pero nosotros no tomamos esas decisiones -dijo Lucas adelantándose en la palabra a su amigo.

-Es posible que no conozcáis todavía algo que os interesará sobremanera -dijo Nicolás con voz pausada, y le hizo una seña a Goth para que hablara.

El gascón después de contar la aventura del frustrado intento para matar al Papa, puso tintes trágicos para referir la terrible muerte del judío Zag y los otros miembros de los Hijos de Salomón en el convento de San Miguel. Mientras hablaba, la cátera reflejaba en su rostro la inquietud.

-Me preguntábais por ese Joel que a punto estuvo de causar mi ruina y la vuestra -dijo mirando a Mahonia-; pues bien, poco sé de él desde que nos separamos, pero os puedo asegurar que su cuerpo no estaba entre los muertos por aquel nuevo maestro de la Quimera a quien llaman Marte.

La muchacha suspiró aliviada, pero no quiso interrumpir la conversación del gascón, que continuó diciendo:

-Algo así presumía yo que iba a ocurrir, porque uno puede parecer de pocas luces, y podría ser cierto, pero también lo es que suplo esa ausencia con buen oído, y, a veces, uno permanece atento mientras los demás creen que como, bebo o rebuzno.

El pequeño Goth hablaba y hablaba, encantado de que todos estuvieran pendientes de sus palabras. Les contó que averiguó lo que les iba a ocurrir a los Hijos de Salomón en el convento de San Miguel cuando escuchó la conversación de aquel Wion Carafa con sus compañeros de mesa en la taberna, y no quiso advertir a Joel porque vio después al muchacho hablar con el grupo de minoritas, y temió que estuviera compinchado con ellos.

El cardenal de Santo Eusebio, a quien ya había referido toda la historia antes de llegar a la casa de Lucas, le interrumpió con un gesto imperativo, viendo que alargaba innecesariamente su relato.

-Nos encontramos con que vuestra Hermandad está prácticamente eliminada por un hombre del que sólo conocemos su apodo, y yo os confirmo ahora que, en la visita que hicisteis al cardenal Duèse -miró con gesto de reproche a Mahonia-, le llevábais la credencial y el mandato para que los cardenales vinculados a la Quimera le dieran su apoyo en la elección del nuevo Papa.

Mahonia le miraba entre avergonzada e incrédula.

-¿Quién es ese Marte? -preguntó al gascón, convencida de que el hombrecito tenía que saber algo más de lo que había contado.

Goth levantó los brazos rechazando la pregunta, pero Mahonia no se dejó interrumpir:

-No lo sé, pero, aunque lo supiera, no podría decirlo sin que peligrara gravemente mi vida. Antes de que ocurriera aquella tragedia hablé con el judío Zag y deduje que él sabía quien era su enemigo, pero ni su astucia le pudo librar de la muerte, porque hay muchos oídos escuchando para la Quimera, y alguno vestía el hábito de San Francisco en aquel convento.

-Cualquiera puede vestir el hábito de un fraile pobre, pero no por ello maculará a una Orden que trata de limpiar algunos vicios de la Iglesia -le interrumpió el cardenal.

El pequeño gascón le miró, asintiendo, avergonzado por su desliz, pero Mahonia insistió.

-¿Quieres decir que temes que te hayan seguido hasta aquí? -preguntó la cátara.

-¿Por qué no?

A las palabras del gascón le siguió un prolongado silencio que nadie parecía decidido a cortar; todos sentían ahora que sus vidas estaban envueltas en el torbellino de intrigas que acompañarían a la elección del próximo Papa.

-Sólo Dios conoce lo que acontecerá mañana -las palabras del cardenal sonaron graves, pero rotundas.

-Hay algo que no conocéis -intervino Lucas-: a los Hijos de Salomón no los puede destruir un hombre, aunque se encarne en él el mismo planeta de la guerra. Habíamos decidido unirnos a la Quimera, porque la unión hace la fuerza, y veíamos en ellos la otra columna que formaría con la nuestra el pórtico de una catedral para la humanidad; una hermosa catedral que se construiría aquí en Avignon para recibir a los hombres de bien de todo el orbe. Pero somos constructores, y por ello tenemos brazos,

pedras y tiempo para hacerla nosotros solos, como ya estamos construyendo otras muchas aquí, en Hispania, en Portugal y en otros lugares de Europa.

A pesar de aquellas animosas palabras, a Nicolás de Santo Eusebio le pareció que sus aliados no tenían la fuerza que él iba a necesitar. Se levantó para marcharse, y, como el gascón hiciera intención de acompañarlo, le dijo:

-No es bueno que tentemos a la suerte; alguien podría reconocerme y preguntarse qué es lo que hago junto a vos. Esperad un rato después de que yo me haya marchado y salid después.

Todos los reunidos besaron el anillo del prelado arrodillándose, y cuando el cardenal se marchó, Mahonia se encaró de nuevo con Goth alejándolo de donde estaban Sebastien y Lucas.

-A mi no me puedes engañar, tienes que decirme quien es ese Marte.

El gascón la miró, satisfecho de que la muchacha precisara de su ayuda, y se sentó en un arcón dispuesto a alargar cuanto pudiera aquel momento. Se recreó en contemplar el esbelto cuerpo que tenía frente a sí, y cuando observó en ella un gesto de impaciencia que iba a romper su ensimismamiento, dijo:

-Ya he dicho cuanto sé a ese respecto, pero, si lo que os interesa es la suerte de ese templario, os puedo decir que ahora debe de estar remando atado a una galera de por vida. No merece la pena que confiéis en volver a verle nunca más, porque morirá sin remedio ahogado por una tempestad o muerto por los piratas. No sé si es mejor ese destino o haber muerto con los otros a manos de Marte.

Como el gascón dijera esas palabras con voz elevada, Sebastien y Lucas se acercaron hacia él interesados. El viejo armero de Tours reflejaba en su rostro el dolor que aquella noticia le producía, y dijo:

-Si de alguna manera se puede liberar a ese muchacho de su prisión, yo tomaré mi ballesta e iré a luchar para conseguirlo.

Las canas y la boca desdentada de Sebastien quitaban valor a su valiente afirmación, porque difícilmente se podría temer a un viejo león al que ya le faltan los colmillos.

Mahonia sollozaba en silencio.

-No se puede romper el mundo con un palo, porque, aunque nuestros músculos fueran de hierro, el palo se rompería antes. Ese muchacho sabe cuidarse él solo, y ahora nosotros tenemos que terminar lo que él empezó -Lucas distaba ahora de ser aquel albañil despreocupado que compitiera con Joel; se diría, por sus palabras y actitud, que trataba de asumir un liderazgo vacante.

Cuando Goth se marchó, Lucas susurró a los otros:

-A partir de ahora ese hombre no debe saber nada más sobre los Hijos de Salomón; no confío en él.

* * *

Jacques Duèse había estado visitando a los cardenales que aparecían en el documento traído por el mensajero de la Quimera, y, tras la lectura del pliego, hasta los que anteriormente veían al prelado con reticencia le mostraron su apoyo con sorprendente unanimidad. No tuvo que explicar ni prometer nada; uno de los hispanos, que había sido de los más renuentes a su persona, inclinaba la cabeza ante él como si ya hubiera sido ungido como nuevo pontífice. Pero Jacques no las tenía todas consigo, algo debió observar en los prelados que no habían manifestado una opción clara todavía, que le hizo ser cauto y no aceptar un comportamiento de sus incondicionales hacia él que hiciera presumir que se sentía ya como nuevo titular de la silla de San Pedro.

Y sus sospechas se confirmaron en la siguiente votación. El cónclave estaba reunido con la sala capitular al completo. Un cardenal veneciano, que le había rendido pleitesía, hablaba de las circunstancias que aconsejaban el nombramiento de Jacques Duèse:

-El cardenal Duèse tiene la simpatía y el aprecio del pueblo llano, pero también domina el cuatrivium; es tan docto como cauto, tan severo como conciliador. Difícilmente encontraríamos alguien más capacitado para cuidar el rebaño cristiano. Nosotros, que estos meses atrás desconocíamos estos atributos, hemos reflexionado en silencio, y comprendemos que él debe ser el depositario de nuestro voto.

Duèse escuchó el panegírico con la cabeza inclinada y el gesto serio. A aquél siguieron otros muchos que le eran favorables, pero, como temía, algunos cardenales que anteriormente se mostraban a favor del que obtuviera la mayoría, se expresaban ahora a favor de Nicolás de Santo Eusebio, por lo que de nuevo las posturas estaban equilibradas. Tan sólo quedaron sin definirse dos prelados ingleses y los seis romanos que seguían el dictado de los hermanos Colonna. Como consecuencia de ello, la sesión terminó con la salida del humo negro por la chimenea de la sala del cónclave.

Al salir de la reunión, Jacques vio cómo uno de los hermanos Colonna se alejaba, caminando lentamente por un corredor del palacio junto a Nicolás. Cuando el obispo de Pamiers se acercó haciéndole gestos con la cabeza y señalando hacia el lugar por el que iba su oponente, hubo de recurrir a todo su aplomo para fingir que aquello le resultaba indiferente:

-Parece que la situación se torna más complicada que antes. Si los romanos apoyan a Nicolás, también lo harán los ingleses y eso decidirá la votación a favor de los fraticcelos. Tenemos que estar dispuestos a sufrir, porque el cambio que experimentará la Iglesia será tan grande como no se ha conocido desde que nuestro Señor la instituyó -dijo el obispo Jacques Fournier.

-No quiero provocar un cisma -dijo con gesto grave el cardenal Duèse-: si los romanos apoyan a Nicolás, yo también lo haré. Esta elección ya se retrasa demasiado; alguien tiene que tomar pronto el timón de la nave, porque, si no, podría encallar en los arrecifes de alguna herejía. No han desaparecido del todo los que siguen el credo cátaro; esa u otras falsas creencias pueden estar agazapadas esperando el momento propicio para volver a envenenar el orbe.

Fournier se detuvo, y, mirándole fijamente a los ojos, pareció haber encontrado una propuesta válida:

-¿Tenéis valor, amigo mío? ¿Sabéis sufrir en silencio? Pero no el valor de los que precisan multitudes que lo admiren, sino el de los que sufren en soledad, cuando el único espectador es Dios -el obispo Fournier se expresó con tal halo de misterio, que impresionó a Duèse.

Quien escuchara aquellas palabras sin haberlos visto, habría pensado que era el cardenal el que se dirigía al obispo, y no al revés, como había ocurrido.

-No dudéis que daría mi vida por nuestra Iglesia. No temo el sufrimiento físico, pero no seré capaz de soportar ver nuestra obra desmoronarse por estos hermanos iluminados que no razonan -contestó un tanto sorprendido el cardenal Duèse.

-Pues sufrid la soledad de la esperanza, en la confianza de que Dios decidirá lo que es bueno. Olvidaos ahora de los Colonna, de los ingleses y de los hispanos; sacrificad vuestros sentidos esculpiendo a un hombre que sea capaz de demostrar a los demás que Dios puede utilizar su boca para decir al mundo lo que es bueno o lo que es malo; lo que le agrada o lo que le ofende. Entonces esa elección recaerá en vos, pero no porque os vayan a votar unos u otros, sino porque os votará el Señor y todos seguiremos su voto, ya que estamos aquí para servirle. No importa que sea mañana o el mes que

viene; mientras tanto, Él mantendrá el timón de la nave con mano firme para que no encalle en ningún arrecife. Mandaré un mensajero a París, y el propio rey Felipe vendrá para apoyar vuestro nombramiento.

-¿Será entonces el Señor del Cielo o el de la Tierra quien me apoye?

-El Señor del Cielo es quien decide quien será el de la Tierra, pero debéis estar tranquilo, porque os apoyarán los dos. Confiad en mí.

-Se diría, amigo mío, que es una grave irreverencia lo que decís, porque se puede entender que creéis tener la misma comunicación directa con Dios que tenía Moisés.

-No hay ninguna irreverencia en mis palabras. ¡La tengo! -le susurró al oído el obispo cisterciense.

Cuando daban la vuelta a la esquina del corredor, se toparon de frente con Nicolás de Santo Eusebio y Pedro Colonna, que parecían mantener una animada conversación. Los preladados se saludaron cortésmente sin detener ninguno su camino, aunque Jacques Duèse observó un gesto en el saludo de Colonna que le pareció amistoso.

Tal y como había predicho el obispo cisterciense de Pamiers, a los pocos días se produjo una visita inesperada a Avignon del rey Felipe IV. Con un escaso séquito se dirigió al palacio Papal, y solicitó una recepción privada con el cardenal Duèse. Todo el mundo interpretó el gesto como un claro apoyo a la candidatura del de Cahors. Terminada la entrevista, regresó hacia París sin ni tan siquiera hacer noche en la ciudad.

Se diría que no eran tan osadas las palabras del obispo Jacques Fournier.

A pesar de ello, en la ciudad del Ródano, pasaban las semanas y el humo negro seguía saliendo de las chimeneas de la sala del cónclave. Las gentes empezaban a impacientarse, y los rumores de todo orden circulaban en unas tabernas atiborradas de viajeros, que llegaban de todas partes interesados en conocer pronto el nombramiento del nuevo pontífice.

Ya habían pasado dos meses desde la muerte de Clemente V. El cardenal Duèse oficiaba habitualmente la misa de “angelus” de los domingos. Aquel día, el prelado sorprendió a sus feligreses con un sermón inesperado. Dedicó poco tiempo a comentar el evangelio de la fecha, que se refería al milagro de las Bodas de Caná, luego varió de tema, hablando del retraso en la elección del nuevo sucesor de San Pedro:

Desde el púlpito, el cardenal recurrió a sus mejores dotes de orador para transmitir a sus feligreses los motivos por los que los cardenales no se ponían de acuerdo en el nombramiento de un nuevo Papa.

-No se trata de que nadie sea merecedor de esa distinción. -dijo-, sino que ocurre justo todo lo contrario: son dos los nombres que se están considerando. Claro que yo no os los puedo revelar, porque esas deliberaciones son secretas; pero cuando llevamos las palabras clavadas por obediencia en nuestras entrañas y los ejemplos del Señor nos invitan a hablar, por fuerza hemos de utilizar, como Él hizo, las parábolas. Así que escuchadme. Parecería jactancia no aguardar al tiempo de la vendimia para decir que nuestro vino es el mejor, retirando los demás anticipadamente del banquete. Y es que algunas gargantas reseca sólo desean el agua, porque dicen que ese líquido es suficiente para calmar su sed, pero en tiempos del Señor había buena y abundante agua; sin embargo, Él consagró su cáliz con vino. Esa es ahora la discusión, si debemos continuar con el vino o bien nuestra humildad nos obligará a renunciar a él, sustituyéndolo por el agua. Es una discusión que engloba todo el fondo de nuestros debates; si los hombres que tenemos que decidir no conseguimos ponernos de acuerdo, es posible que debamos hacer a vosotros más adelante esta pregunta.

Las cabezas miraban atónitas a su cardenal predilecto, sin entender muy bien el significado de sus palabras. Cuando su casulla se ocultaba en las escaleras que conducían de nuevo al suelo de la iglesia, alguien gritó:

-¡Sin duda el vino es mejor que el agua, porque la tiene en abundancia!

El cardenal apareció al pie del púlpito; su cara se iluminó al oír aquellas palabras, como si en ellas estuviera el argumento que necesitaba.

-Este será el nuevo Papa, -susurró Sebastien al oído de Mahonia, con gesto preocupado.

Al finalizar la misa, el arcediano del cardenal Duèse comunicó que el duelo por el Papa tendría fin el día siguiente, y hubiera o no sido elegido un nuevo Papa, el cardenal ordenaba que se celebrara un convite al que invitaba a todos los cristianos de Avignon; todos, excepto los excomulgados.

La expectación era grande. Enterados de la noticia, muchos de los vecinos de la comarca se desplazaban a pié, o en mulos, burros y otras clases de caballerías, hacia la ciudad Papal, para disfrutar de la fiesta.

Se organizaron dos grandes zonas en los jardines del palacio, del que ya habían desaparecido los restos del incendio provocado meses atrás por Goth. En una de ellas se situaron los convidados más ilustres, y en la otra, los restantes; y tanto era el jolgorio y la alegría contenida por el prolongado luto, que apenas se podían oír las voces de los sirvientes que anunciaban las viandas.

Sólo se consiguió algo de silencio cuando dos trovadores de la Provenza entonaron sus canciones poéticas. Cantaron un serventesio, consagrado al elogio de Clemente V y del cardenal Duèse, mientras los invitados les acompañaban repitiendo el estribillo:

*Clemente V prend son vol,
Au château d'Amour s'en va,
Trouvâ la porte fermée,
Par la fenêtre il entrâ,
Le cardenal donne l'idée
Le nouveau pape deviendrâ...*

En un lugar apartado se instalaron diversos fuegos, donde se doraban decenas de lechoncillos y algunas liebres, y en otros de mayor tamaño, varias reses que no tendrían más de dos años. Del palacio salían unos sirvientes con platos llenos de volátiles, adornadas como para un rey, y otros, trayendo enormes barricas de vino que instalaban en unos andamios, de forma que cualquiera pudiera abrir las espitas y llenar sus copas. A los postres: frutas, pasteles, quesos variados y leche cuajada. Se podría decir que estuvo presente toda la variedad de platos de la región. Pocas fueron las sobras para los mendigos, porque muchos guardaron patos y liebres enteros entre sus ropas. Empezó el convite pasado el angelus, no había terminado todavía, cuando sonaban las vísperas en la torre de la catedral.

La gente salía del lugar satisfecha, sin pensar que todavía no tenían Papa. La estrategia del cardenal había servido para calmar los ánimos, al menos durante una buena temporada, y al tiempo, a él le permitía ganar la simpatía de los lugareños, que, tras el convite, se preguntaban el porqué de tantas dudas para elegir un nuevo Pontífice, si tenían un cardenal tan generoso y bueno.

No habían terminado todavía los humores del convite, cuando, al atardecer, en una iglesia cercana al palacio, iban entrando por la puerta de la sacristía y con gran

disimulo, uno tras otro, hasta catorce embozados. Cuando hubo entrado el último, Nicolás de Santo Eusebio se acercó a la puerta y colocó por dentro un pesado tranco; luego encendió unas velas y pidió a los reunidos que se sentaran.

-Hermanos, tenemos malas noticias: la Hermandad de la Quimera ya no nos apoya; han traicionado a nuestros amigos los Hijos de Salomón en una vil emboscada en la que han muerto el maestro Zag y otros cofrades. Tened por seguro que Jacques Duèse ya conoce estos hechos, porque su comportamiento no puede responder más que a saberse apoyado por ellos. Ya habéis visto de lo que es capaz; ese cahorsino obra ya como si fuera el nuevo Papa. No tengo duda alguna de que llegará hasta donde haga falta para sentarse en la silla de San Pedro, y entonces nadie podrá detener su ambición.

Los dos Arnaldos, que estaban entre los reunidos, asintieron pesarosos a dúo.

-Ha dado un golpe de efecto con su sermón.

Santa Sabina añadió, visiblemente molesto porque su compañero hubiera hecho coro a sus palabras:

-Más que el sermón, lo que le ha hecho ganar apoyo ha sido ese convite a costa de las arcas de la Cámara Apostólica. Dispone de esos fondos como si fueran suyos; eso le proporciona una gran ventaja.

Un rumor de reprobación se extendió entre los reunidos. Nicolás pidió calma:

-¿Vamos!, eso no tiene importancia, tendremos la oportunidad de devolverle el golpe. Nosotros dispondremos de recursos para dar de comer a toda Francia. -Como viera que sus palabras habían despertado el interés general, sonrió para sus adentros y continuó en tono enigmático-: San Francisco nos ha entregado su limosnario.

Todos esperaban una aclaración a aquellas palabras, pero Nicolás cambió de tema.

-Lo importante ahora es ganar el apoyo de los romanos, y si para eso tengo que devolver la Sede Papal a Roma, no dudaré en prometérselo. Jacques Duèse no podrá hacer lo mismo porque él se debe a la hermandad de la Quimera y ellos no se lo permitirían. Vos, Santa Prisca, haréis saber esto al cardenal Colonna y estaréis muy atento a su reacción hasta en el más mínimo detalle.

-Todavía nos queda otra baza importante -era un hombre risueño y de baja estatura el que hablaba-, la hermandad de los Hijos de Salomón está herida, pero no ha muerto; todavía somos muchos los hermanos constructores que portamos la herencia de Hiram³⁷. Contamos con el apoyo del rey Dionis de Portugal y también con la simpatía de los reyes de Castilla y Aragón. El apoyo de la Quimera a Duèse será suficiente para que ellos nos apoyen a nosotros; esto equilibrará de nuevo las fuerzas.

-Tenéis razón, Víctor, vos partiréis de inmediato hacia Portugal para llevar una carta mía al Rey. Además, de camino, tendréis que cumplir otra misión de suma importancia.

El pequeño Víctor Sort se sintió feliz por aquel mandato. Algunos de los congregados le miraron con envidia mal disimulada por el trato preferente que le dispensaba el cardenal. "Me permitirá conocer al rey Dionis... y cerca del Rey siempre se está bien, además aquí ya se están afilando las navajas y nunca se sabe para quien...". Sin duda Víctor era un Hijo de Salomón afortunado.

Lucas Craien le dio unos golpecitos en la espalda felicitándole. Lucas no tenía muy claro cuál debía ser su papel en las reuniones, pero estaba encantado en manifestar de alguna forma su función, porque, desde que el judío Zag muriera, él había sido el elegido para dirigir las reuniones de la Hermandad en Avignon, y no parecía que el peso de aquella responsabilidad le perturbara mucho.

³⁷ Se refiere a Hiram, el rey de Tiro a quien Salomón recurrió para que le ayudara a construir su templo.

Fueron saliendo los congregados de uno en uno, con el mismo disimulo con que habían entrado; finalmente sólo quedaban en la iglesia el cardenal de Santo Eusebio y el pequeño Víctor, que se mantuvo en silencio viendo orar al prelado. Aún pasó un buen rato desde que el último hubiera salido, antes que el cardenal abandonara su posición orante y se volviera hacia el “Hijo de Salomón”:

-Víctor, necesito que hagáis un largo viaje: iréis a Portugal y nos traeréis todo el oro que podáis transportar. Llevaréis mi mensaje al rey Dionis que ha prometido volcar todos los bienes de su reino en nuestra causa. Él os proporcionará soldados de escolta y la ayuda necesaria. Después tendréis que hacer alto en estos lugares: –dijo, sacando de entre sus hábitos un escrito en donde había señalados con tinta roja diversos centros franciscanos.

-Enseñad al prior mi sello y este salvoconducto. Esto os abrirá las puertas de sus conventos.

-¿Abrirán también las cajas de hierro donde se guardan las ofrendas? –le preguntó con ingenuidad Víctor Sort.

El cardenal Nicolás afirmó con la cabeza.

-Ninguno de estos destinatarios os negará nada, porque conocen la importancia de nuestra petición.

El hombrecillo miraba al cardenal con gesto contrariado. Estaba claro que aquella parte de la misión no era de su agrado; parecía que así lo iba a expresar a su interlocutor, cuando el cardenal se adelantó, diciéndole:

-Tenemos poco tiempo para hacer y ninguno para discutir, así que poneos en marcha cuanto antes; –luego, le susurró al oído con tono de complicidad-: ni siquiera los que os entreguen el dinero deben saber cuál es su destino; será un secreto entre nosotros.

Como el cardenal le empujara hacia la puerta invitándole a marchar, Víctor optó por no responder, pero después, mientras caminaba entre la niebla, junto a la orilla del río, pensó: *“un secreto deja de serlo cuando lo conoce más de uno, y éste puede costarme la cabeza”*.

* * *

La tarde siguiente unos pescadores encontraron entre unos juncos el cuerpo sin vida de un hombre: se había enredado entre las mallas de la red y aparecía envuelto entre un montón de peces. Impresionados por el hallazgo, arrastraron el cadáver hasta la dársena sin atreverse a mirarlo. Cuando lo subieron a tierra firme separándolo de la pesca, vieron que estaba mutilado por numerosas mordeduras de peces, que habían arrancado sus dos mamilas, aunque su muerte parecía reciente, porque no hedía demasiado.

Como siempre que ocurre algo diferente de lo normal, las gentes se acercaban curiosas, pero luego miraban los restos con cierta indiferencia, una vez que no reconocían en el muerto a algún pariente o amigo. Realmente, aquel suceso no era muy sorprendente, porque era corriente que las habituales pendencias de los días de mercado terminaran con el cuerpo de alguno de los contendientes arrojado al Ródano; pero aquella vez había un detalle que lo hacía diferente: el muerto estaba completamente desnudo y tenía un gran pez atrancado dentro de su boca. Un pez de tal tamaño, que era imposible que cupiera en ella. Un marinero extrajo el enorme barbo, miró a sus compañeros señalando la boca del muerto que se había quedado abierta por el *rigor mortis*, y murmuró, entre sorprendido y asustado:

-No tiene lengua; ese pez se la ha comido.

Aquello si era noticia, y el comentario corrió de boca en boca por toda la ciudad. Uno de los curiosos se retiró rápidamente; sudoroso corrió por las calles húmedas atropellando a algunos viandantes. De vez en cuando miraba hacia atrás, como temiendo que alguien le persiguiera; cuando estuvo seguro de que nadie se fijaba en él más de lo debido, se dirigió resuelto hacia una calleja que terminaba junto a unos huertos en el barrio judío. Golpeó la puerta con tal fuerza, que el eco le asustó; de nuevo miró a su alrededor sin que la soledad del lugar pareciera tranquilizarle. Finalmente, Lucas Craien apareció en la puerta poniéndose una camisola:

-¡Que demonios pasa!... ¡A qué vienen esas prisas! -dijo con tono desabrido, reconociendo al hombre.

-Ha aparecido un muerto en el muelle. Creo que deberíais verlo -la respiración jadeante del hombre hizo comprender a Lucas el esfuerzo que había hecho para venir a avisarle, por ello le miró agradecido entrando de nuevo en la casa.

Salió acompañado de Sebastien y Mahonia y se dirigieron apresuradamente hacia el puerto. Ya estaban llegando al final de una callejuela que desembocaba en la dársena, cuando la muchacha apoyó el brazo en el hombro del mensajero, que era uno de los miembros de la Hermandad de los Hijos de Salomón; el hombre detuvo el paso cuando la muchacha le preguntó al oído:

-¿Le habéis reconocido?

-Eh, supongo que... quiero decir que... bueno, sí -susurró en voz baja-, creo que le he reconocido.

Mahonia contuvo su curiosidad mientras se acercaban al nutrido grupo de curiosos que rodeaban al muerto. Lucas se adelantó a los demás, apartó a algunos curiosos con firmeza para observar el cadáver y luego, con el rostro serio, se volvió hacia sus amigos, y pidió a la muchacha que no se acercara:

-Espera aquí; creo que se trata de Goth.

El anciano Sebastien impresionado ante el cadáver del gascón, se apoyó en el hombro de su amigo. Lucas sentía sobre sí la responsabilidad de aquel suceso y por primera vez lamentó la responsabilidad que había asumido. Consideró que debía preguntar a los pescadores las circunstancias del hallazgo; cuando se las relataron, cogió del brazo al anciano Sebastien y volvieron hacia donde se había quedado la cátera.

-¡Vámonos!

- Lo han matado -comentó lacónico Lucas cuando llegaron junto a Mahonia.

-Seguramente le siguieron el otro día cuando estuvo en nuestra casa, así que puede que quien lo hiciera nos esté ahora acechando.

-Lo matan y le colocan ese maldito pez en la boca después de comerse su lengua. ¿Qué querrán decirnos con ese rito demoníaco? -preguntó la cátera cuando volvían.

-Tratan de asustarnos. Como aquellos hashishims del Oriente que buscaban el poder que siempre queda tras el terror de un crimen. Pero esto es obra de cristianos, por eso han dejado el pez en la boca de Goth... -dijo Lucas.

-¿Por qué crees que le han cortado la lengua? -le interrumpió Sebastien.

Lucas Craien le miró, preocupado; luego volvió su cabeza para ver si les seguía alguien, pero la calleja por la que iban estaba vacía.

-Probablemente indicando que recibía ese castigo porque presumían que había hablado más de lo que debiera -le dijo en voz baja a su amigo.

Llegados a un punto alejado del puerto, se dispersaron para advertir al resto de la Hermandad. Lucas encargó a Mahonia que le llevara la noticia al cardenal Nicolás de Santo Eusebio.

La muchacha compró un pesado fardo de legumbres con el que se presentó ante el palacio del Papa.

-Traigo esto para la despensa -le dijo al alabardero que hacía guardia.

El cardenal se encontró con la cátera junto a la chimenea donde colgaba un enorme caldero que despedía olor a acelgas. En aquel momento no había allí ninguna de las muchachas que se encargaban de la cocina.

-Es algo muy grave lo que me contáis, muchacha. Os agradezco que hayáis venido tan presto a informarme.

Salió apresuradamente, desapareció por un corredor, y vino poco después con un pliego, que le entregó.

-Dadle esto a vuestro amigo Lucas y decidle estas palabras “*El cuarto planeta es rojo como la sangre*”, ¿lo recordaréis?

Mahonia asintió con la cabeza.

A la mañana siguiente, tres caballos partían de madrugada hacia Fontainebleau seguidos por una mula cargada con dos pesados fardos. Un anciano iba delante; tras de él, una mujer joven, montada en un caballo alazán, conversaba con su compañero, un hombre muy fornido. Eran los últimos Hijos de Salomón, que huían precipitadamente de Avignon.

Cuando el sol se ocultaba, se detuvieron en una alquería que estaba situada junto al camino. Mientras Lucas se ocupaba en dejar los caballos en una corraliza, junto a otras dos cabalgaduras bien enjaezadas, Sebastien fue a buscar unas jarras de cerveza y se sentó junto a Mahonia frente al fuego; los tres bebieron en silencio contemplando las llamas.

Una tenue sonrisa iluminó de pronto los labios de Lucas; parecía que por fin había encontrado un motivo de satisfacción. Miró a sus compañeros levantando su jarra:

-Brindemos por la profecía del Gran Maestro del Temple, porque creo que su alma podrá descansar pronto en paz, cuando se cumpla su maldición.

Los dos hombres que estaban sentados en una mesa junto a ellos se miraron al oír aquellas palabras.

El caballo del pequeño Víctor galopaba hasta la extenuación. Sus ijares estaban cubiertos por espuma y de ambos costados brotaba la sangre que las espuelas del Hijo de Salomón le producían.

Entre las risas y bromas de una taberna, había escuchado la conversación de unos comerciantes de telas que comentaban horrorizados la noticia de la extraña muerte de Goth, algo le hizo presentir que él también podía ser un objetivo del asesino. La importancia de la misión que el cardenal de Santo Eusebio le había encomendado, le obligaba a velar por su vida aún más de lo que lo haría en condiciones normales.

Se detuvo en un bosquecillo junto a una fuente. No había pegado ojo en toda la noche. Cualquier ruido resonaba en la oscuridad como el fragor de hombres de armas que vinieran a matarle. En realidad, tampoco durante el día había viajado muy tranquilo, porque en aquella zona la niebla lo envolvía todo impidiendo ver poco más allá de veinte pasos.

En los días siguientes pasó auténtico miedo por las cosas más nimias: un urogallo que levantaba el vuelo en el camino cuando pasaba cerca de San Juan de la Peña, ya en Hispania; un corzo que corría asustado por algo o alguien, a quien Víctor no podía ver, cuando cabalgaba a la vista de Burgos, el caso es que Víctor empezó a

sospechar seriamente que su camino estaba siendo vigilado por los ojos de alguien que, al menos de momento, no parecía interesado en asaltarle. Habían tenido muchas oportunidades para hacerlo, y nada había ocurrido, así es que probablemente no era esa su intención.

Varias veces intentó la estratagema de dejar avanzar su caballo quedándose él detrás para ver si podía descubrir así a los que le seguían, pero fue inútil. Si alguien venía realmente siguiéndole, y ya a la altura de Tordesillas empezaba a dudarlo, debía de ser un experto en esas lides, porque Víctor no consiguió ni siquiera adivinar donde se ocultaba.

La Torre del Gallo de la catedral de Salamanca se elevaba a lo lejos, hermosa y a la vez sencilla. Su contemplación le hizo olvidar sus temores.

Atravesó el Tormes por el puente romano; buscó una posada donde pasar la noche; después, se adentró entre el bullicio del mercado de los toreses deseoso de un baño de multitudes que despejara la soledad de tantos días de cabalgada. Un grupo de estudiantes de la universidad, algunos de los cuales iban completamente ebrios, se cruzaron con él.

-Mirad. Ya tenemos un extranjero con la bolsa llena que nos va a invitar a una ronda –el que hablaba cogió por el hombro a Víctor arrastrándole tras el grupo, y el patiocorto se dejó llevar.

El Hijo de Salomón sonrió, complacido por la facilidad con que había encontrado diversión en aquellos jóvenes de sangre impetuosa. Recorrieron juntos multitud de tabernas bebiendo y cantando, contagiado del humor desbordante de la ciudad más joven, espiritual y hermosa de Europa.

Ya anocheecía cuando, al doblar una calleja empinada, se volvió al notar sobre él la sensación de los ojos escrutadores que había padecido desde su salida de Avignon. Hizo señas a uno de los estudiantes para que no aflojaran ni el paso ni las risas, mientras que él y dos de los del grupo se apostaban en el alfeizar de una puerta a la espera de los que le seguían. La espera se demoró apenas el tiempo de rezar un pater noster, cuando las voces de los del grupo se perdían a lo lejos. Unas pisadas aceleradas traía el que se aproximaba, probablemente temiendo perder el control de su presa.

-A qué tanta prisa –preguntó el pequeño Víctor, plantándose delante del embozado, mientras sus amigos le rodeaban evitando que pudiera escapar por donde había venido.

La sorpresa dejó paralizado al astuto perseguidor, pero sólo por un instante, porque de inmediato retiró la parte de la capa que cubría parcialmente su rostro y sacó de debajo de ella una vielle muy usada. Las risas de los estudiantes aplacaron la tensión.

-Es un juglar. Ya tenemos al músico para el resto de la noche –rió, divertido, uno de ellos dándole un capón- En pago al susto que nos has dado, cantarás para nosotros de balde.

Como sus palabras no admitían duda, el juglar asintió entre asustado y agradecido de que la cosa no hubiera terminado peor. Ya también más tranquilo, el patiocorto Víctor le dijo mientras seguían al grupo:

-Éste es el final de tu camino, amigo. Puedes seguir por donde quieras ese campar de golondros al que estáis tan acostumbrados los de tu oficio, pero si vuelvo a sentir tu aliento en mi cogote, ese será el último que exhales. Te lo aseguro.

El músico asintió. No había caso en jugarse la vida por ver cual era el destino final de aquel insignificante pero agresivo hombrecillo. Su venganza fue observar que el Hijo de Salomón no comprendía el trobar clus, cuando cantaba a dúo con uno de los mozos el estribillo de la canción-mensaje del juglar:

*Desde Salamanca canto
Igual entre los iguales,
Oculto entre los zagales
Nadie descubre mi manto.
Inteligentes muchachos
Sabén más que los gabachos.
Nunca el que no tiene gasta,
Olvida deudas, y basta.*

A la mañana siguiente, después de asegurarse que el músico perseguidor permanecía encerrado en uno de los cuartos de la posada, se puso de nuevo en marcha por la vereda que sube hacia Tejares, camino de Ciudad Rodrigo, para seguir por allí hacia Lisboa.

Víctor Sort estaba contento. Apenas tres semanas después, la misión que le había encomendado el cardenal Nicolás llegaba a buen fin: el rey Dionis recibió la petición del cardenal con tal entusiasmo, que parecía que la hubiera estado esperando con ansiedad. Hizo que pesaran cuatro libras de monedas de oro, y se las entregó personalmente; después mandó llamar a dos de los caballeros templarios de su reino, en quienes tenía mayor confianza.

Juan Lorenzo Monsaraz y el caballero Gil Martínez acudieron de inmediato a la llamada del Rey. Agradecían con su fidelidad la forma en que el monarca les había protegido tras los hechos acaecidos a la Orden en Francia. El Rey Dionis amaba tanto a la Orden del Temple, -se decía incluso que él mismo había decidido profesar en secreto en ella-, que estaba en la intención de que el nuevo Papa admitiera la creación de una nueva Orden Militar que se llamaría Orden de Cristo. Ésta conservaría todas las propiedades del Temple en Portugal., y en ella se integrarían, no sólo los templarios portugueses, sino los de Castilla y de otros lugares que llegaban allí en busca de protección.

Tras una breve explicación del Rey y el ruego de que protegieran el viaje de Víctor hasta Avignon, los dos caballeros aceptaron de inmediato.

-Iremos nosotros dos solamente, porque no es prudente formar una escolta mayor, que despertaría sospechas.

Salieron de Lisboa hacia Coimbra, a cuya encomienda pertenecían los dos caballeros, y allí se les unió el canónigo Pedro Pérez, que se dirigía también hacia Avignon para hablar con el cardenal Duèse.

El motivo del viaje de este último no lo conoció Víctor hasta que ya estaban en camino de regreso, muy cerca de Salamanca, y, cuando lo supo, la confusión se apoderó de su corto cerebro: *“viajando con un visitante del cardenal Duèse no podré aparecer por los conventos franciscanos. El secreto de mi viaje dejaría de serlo, aunque pudiera llenar algo más las alforjas. Además, poco podrían darme esos fraticellos, cuando apenas tienen ellos mismos qué comer”*

Con estas reflexiones puso fin a la parte del viaje que menos le gustaba, con el convencimiento de que el cardenal Nicolás aplaudiría su acierto.

Joel detuvo su caballo junto a la iglesia de San Cristóbal que estaba en una pequeña colina en el barrio de los toreses de Salamanca, apenas una legua después de

atravesar el río Tormes por el puente de piedra. Ató el caballo a unos arbustos, y se acercó a la iglesia.

Hacía ya tiempo que los símbolos templarios habían ido desapareciendo de los lugares de culto para no desairar la bula del Papa; pero Joel observó que, en la de San Cristóbal, todavía se podían ver las cruces de la Orden y en las esquinas de los aleros la representación de las tres caras del Baphomet³⁸. Sonrió pensando en las ridículas acusaciones que se habían basado en aquella figura.

Empezaron a sonar todas las campanas de Salamanca. En la plaza de San Cristóbal los mercaderes estaban recogiendo sus mercancías y cerrando sus tenderetes. Joel oyó una voz que gritaba su nombre, volvió la cabeza y su mirada recorrió la plaza sin encontrar al que le llamaba. De entre la multitud salió una cara que le era conocida, venía directamente a su encuentro con el rostro sonriente y sin dejar de gritar su nombre, era el paticorto Víctor Sort, el miembro de los Hijos de Salomón que le interpelara en la reunión de Avignon.

-Muy lejos estáis de Avignon. ¿Estudiáis en la gran universidad? -le preguntó Víctor acercándose hacia donde estaba. Cuando llegó junto a él, en voz baja, le susurró junto a la oreja-: ya sé que cumplisteis el compromiso, y... dentro del plazo. Estarán contentos nuestros hermanos y...-iba a referirse a Mahonia, pero se interrumpió dándose cuenta de que podría tener que dar muchas explicaciones si demostraba que conocía la muerte de Zag, así que optó por no mentar al judío-...nuestro Maestre.

Joel recordaba con simpatía a aquel hombre, pero no tenía mucho tiempo para explicaciones, ya que Païen le esperaba con los carros en las afueras de Salamanca, y debía encontrar pronto a los caballeros templarios que necesitaban como escolta.

-Deduzco por vuestras palabras que desconocéis el triste final de nuestro venerable Maestre. -Víctor asintió y el templario le contó, sin entrar en muchos detalles, lo ocurrido en Burdeos.

El paticorto imitó una especie de sollozo que engañó a Joel.

-Él estará ahora viéndonos desde el cielo judío del otro mundo, así que no viene al caso llorar por él. Lo que nos queda es luchar por el mundo más justo que pretendía. Siento que no podamos estar más tiempo juntos, pero debo encontrar cuanto antes a unos caballeros -le dijo, poniendo su mano en el hombro del paticorto a guisa de despedida.

-Yo también estoy de paso, pero, si os puedo ayudar..., no dudéis en avisarme.

Víctor hablaba con la misma simplonería que exasperara al judío Zag, como si le faltaran las palabras. Se quedó, cavilante, pensando en que debía añadir algo más, y finalmente pareció encontrarlo:

-En el mesón del Quinto Pino, que está junto a la iglesia de San Martín... ,sirvo al caballero Gil Martínez...., que, una vez, también perteneció a vuestra Orden.

Le pareció que no le quedaba nada más que añadir, y respiró, aliviado.

-Muy bien, muy bien, Víctor. Si dispongo de tiempo, os avisaré.

Víctor Sort le dijo adiós con la mano mientras se alejaba.

Cuando el paticorto hubo desaparecido entre la gente de la plaza, Joel llamó a la puerta de la Iglesia.

Le abrió un monje rubicundo y fuerte.

-¡La iglesia ya está cerrada! -dijo con gesto airado.

³⁸Durante el proceso contra la Orden del Temple una de las acusaciones más graves fue la de que los templarios adoraban a una especie de ídolo de tres cabezas que llevaban colgando de sus ropas, aparecía en sus monumentos y presidía algunas de sus ceremonias. Lo llamaban el Baphomet, y realmente representaba los tres estados del alma: la alegría, la serenidad y la pena. En el exterior de la Iglesia de San Cristóbal se observan todavía hoy perfectamente estas representaciones, como también la cruz patée de la Orden.

Intentó volver de nuevo a cerrar la puerta, pero el pie del templario se lo impidió.

-No he venido hasta aquí desde Avignon para que me impidáis pasar a una iglesia sin dejarme hablar.

El religioso pareció sorprendido por la determinación de su visitante, y le franqueó el paso.

-Estaba preparándome la cena, y ya es la tercera vez que me interrumpen - comentó refunfuñando.

Joel le entregó el pliego que le había dado Paien y una pequeña moneda de plata con la efigie de los dos caballeros sobre un único corcel, que había sido uno de los lemas del Temple desde su fundación. El monje dejó de lado el documento, tomó la moneda en sus manos y leyó la leyenda que tenía escrita: “*Sigillum Militum Xpisti*” y le invitó a pasar. Anduvieron hasta un pequeño cuarto donde había una chimenea encendida. En el hogar había una marmita que despedía un delicioso aroma, y junto a ella había una escudilla de madera. Entonces, el religioso sacó otra y la colocó junto a la suya diciendo:

-Son hermanas, así que me complacería que me acompañaras, freire -dijo devolviéndole la suya.

-Llámame Joel -le pidió, y, después de hablar largo rato sobre los últimos acontecimientos, el monje se identificó como Rodrigo Yáñez, que había sido hasta tres años antes capellán y después Maestro de la Orden del Temple en Castilla.

-Maestre Rodrigo, tenemos una valiosa carga sin protección cerca de aquí. Necesitaríamos un escuadrón de caballeros que nos escoltaran hasta la Sierra de Francia. Esperábamos encontrar a un grupo de freires lusitanos para esa tarea. ¿Sabéis vos donde podría encontrarlos?

El clérigo le observó pensativo un buen rato, sin que su cara reflejara sus cavilaciones, luego, se levantó para atizar el fuego de la chimenea, y mientras lo hacía, dijo:

-Tendréis vuestro escuadrón, aunque tenga que dejar yo mi ministerio en esta iglesia. Ha tiempo que pasamos de noble a caballero y de rico a pobre para servir a Dios en nuestra Orden, ahora el Señor parece pedirnos un recorrido inverso, así es que le complaceremos de nuevo. -como observó que Joel parecía no entenderle, prosiguió:- No voy a apropiarme de esas riquezas, si es lo que teméis -rió divertido por la confusión de Joel.

Estuvieron largo rato bebiendo y platicando como dos viejos camaradas añorantes de las glorias pasadas, y el vino, que vertían con generosidad en una copa de las llamadas de Hércules³⁹, acabó embotando sus sentidos cuando ya habían tocado las completas en la vecina iglesia de Sancti Spiritus.

-Hoy hemos bebido más que Alejandro⁴⁰ en Babilonia -dijo Rodrigo- hora es ya de descansar.

Joel se desvistió en silencio. Colgó su manto cuidadosamente y se acostó en el jergón, conservando la camisa, los calzones, las calzas y un cinturón estrecho alrededor de la cintura. En el jergón del otro extremo, Rodrigo rezó en voz alta un *pater noster* y Joel le acompañó en la oración. Después, el viejo Maestro empezó a roncar. Joel tardó en conciliar el sueño contemplando inquieto las sombras provocadas por la antorcha que iluminaba con una luz tenue la alcoba.

³⁹ Copa de Hércules: se pensaba que el héroe era un gran bebedor y así a las copas beocias de plata se las dio su nombre.

⁴⁰ Alejandro murió en Babilonia el 323 a. de. c. después de una borrachera inenarrable; según cuenta Plutarco la gran copa beocia del héroe griego no apareció.

A Joel le despertó el toque de maitines que sonaba en el campanario de la Iglesia. Se vistió rápidamente y se dirigió a hacer las oraciones. Buscó en vano al maestre Rodrigo, que no apareció hasta la hora prima, y lo hizo acompañado de diez caballeros. Al verlo aparecer en la puerta, el Maestre se los presentó:

-Ya tenéis vuestro escuadrón. Nuestros hermanos lusitanos que nos acompañan son: Juan Lorenzo Monsaraz, Pedro Pérez, que es canónigo de Coimbra, y el caballero Gil Martínez. Además, estos otros son nuestros hermanos de Salamanca: Gutierre de Monroy, Diego de Anaya, Juan Rodríguez, Martín de Castro y los hermanos Luis y Pedro Ovalle. Tendremos también la ayuda de un hermano sanjuanista: el caballero zamorano Hernán Rubio. Ni un ejército podría con nosotros.

Joel sonrió feliz pensando en que realmente tenía a su lado una tropa magnífica que causaría temor en cualquiera de los nobles de los alrededores. Contando a Paien y a él, serían un total de trece caballeros y el pequeño Víctor Sort, que estaba algo alejado de la puerta de la Iglesia con los caballos de los congregados.

Víctor había aceptado la propuesta del anciano maestre Rodrigo. Le obligaba a desviar su ruta por unas jornadas, pero ya había dejado sus alforjas a buen recaudo del prior franciscano del convento de San Marcos. Comprendió que la solicitud de otros freires sería empresa preferente para los caballeros que le acompañaban, que la de hacer de escolta para un desconocido francés. Además, la simpatía que sentía por el joven Joel desde que le conociera en Avignon, le había hecho más fácil decidirse a acompañarlo.

Al igual que en las partidas templarias, las armas, jaeces y arreos de aquellos caballeros no tenían adornos ni escudos: parecían sólidos, aunque sin ningún ornamento. Pero en lugar de la cruz pattée del Temple, lucían un círculo en el que se veían una escuadra y una plomada que la atravesaba de arriba abajo. Un emblema que parecía copiado del anillo de cobre que todavía llevaba Joel en su diestra.

La comitiva se detuvo en la Iglesia de San Martín para celebrar una misa oficiada por el canónigo de Coimbra. En aquel lugar estaba la sede de la Hijos de Salomón a la que pertenecían todos los congregados. Al terminar la celebración, situaron los caballos en dos filas bajo el gran arco apuntado en que estaba la hornacina con la imagen de San Martín. El Maestre Rodrigo se colocó en cabeza de la hilera que estaba más próxima a la iglesia, levantó su cuerpo de la silla del caballo, para aparecer más a la vista de todos los caballeros, y dijo:

-¡El Temple ha muerto, pero Cristo vive y nuestra Hermandad vivirá para Él!

-¡Así sea! -contestaron todos al unísono.

El ruido de los cascos de los caballos pisando el macadán sonaba acompasado, como si ya los jinetes desfilaran en triunfo ante los espíritus vociferantes y eufóricos de los freires muertos.

Capítulo IX . El tesoro de los Templarios

Cuando llegaron donde estaba Paien, el senescal estaba preocupado porque los cuerpos de los muertos, que ya llevaban sobre los carros más de un día, empezaban a oler. Los caballeros recién llegados no comprendían que no les hubiesen dado cristiana sepultura.

-Tratamos de hacer creer que han muerto de peste y que nuestra misión es la de evitar que el mal se contagie, enterrándolos en una profunda mina que hay en la Sierra de Francia. De este modo evitamos que nadie vaya después a ver que es lo que depositamos allí.

La idea, que le pareció excelente al maestre Rodrigo, no fue del agrado de algunos caballeros, sobre todo del sanjuanista, quien consideró que se estaba excediendo la potestad de traficar con algo sagrado como son los restos de unos hombres, por muy criminales que hubieran sido. A punto estuvo este asunto de crear la primera disensión entre los reunidos, pero los oficios del canónigo Pedro Pérez dieron fruto, porque realizó un pequeño oficio de difuntos y mandó después que embutieran los cadáveres envueltos con algo de tierra en unos sacos a guisa de sudarios.

-Considerad que es como si ya estuvieran enterrados, puesto que tierra llevan dentro de esos fardales –dijo, mientras bendecía los cuerpos.

Se adelantaron Joel y Víctor para hacer correr entre las gentes de los pueblos de Aldeanueva, Cereceda y el Cabaco la noticia de que un cargamento con cadáveres de apestados iba a atravesar aquellas tierras. El efecto fue el esperado: puertas y ventanas se cerraban dispuestas a evitar el más mínimo contacto con la caravana mortuoria, de tal modo, que, salvo un cabrero despistado que conducía su rebaño desde la Peña del Gato al Codorro, no encontraron a nadie más en todo el trayecto. Tampoco el de las cabras esperó a que el perro reuniera a todo el rebaño para tomar la vereda que acompaña al agua de Fuente Grande hasta la Piñuela, corriendo como alma que lleva el diablo para entrar en Cereceda gritando la noticia.

Víctor y Joel detuvieron sus caballos en lo alto del pico Cervero para contemplar desde allí el espléndido paisaje que la serranía ofrecía a sus ojos. Se diría que el mismo Dios acabara de crear aquellas cumbres agrestes y hermosas para recreo de una nueva humanidad que no había tomado todavía posesión de ella. Los pequeños poblados quedaban ocultos a los ojos del observador por la elevada floresta que cubría aquellos valles de todos los colores del Arco Iris.

Pero, de entre todo aquel esplendor, los ojos del pequeño Víctor habían seleccionado una parte muy concreta, y la escudriñaba con el detalle de quien presume que de aquel examen podía depender el éxito de la misión. Miraba hacia el pico del Halcón, un lugar en cuya cima se observaban montones de piedras.

-¿Qué es aquello? –le preguntó a Joel.

-Antaño hubo allí una mina de la que sacaban hierro. Ese será un buen lugar para enterrar lo que llevamos –afirmó, sorprendido de que el patricorto hubiera escudriñado la Sierra con tanta eficacia.

Allí estuvieron un buen rato, tumbados junto a unas matas de tomillos y carquesas sin poder apartar la vista de aquel monte, mientras el sol llegaba a su cenit.

Finalmente, se levantaron, y descendieron de nuevo en busca de los que conducían los carros, que ya estaban llegando a Tamames.

Alcanzaron la ladera norte del Pico de la Mina⁴¹, en la Sierra de Francia, al día siguiente de madrugada. A pesar de estar envueltos en los sacos, los cadáveres ya olían demasiado, así que no demoraron la subida hasta lo alto del monte. Las pendientes empinadas de algunas rampas obligaban a ayudar a los bueyes con las cabalgaduras, y aún así, hubieron los templarios de echar pie a tierra y empujar con fuerza en los tramos más difíciles.

⁴¹ También llamado del Halcón por ser muy abundantes antaño estas aves en sus alrededores.

La bocamina estaba justo en la cima del monte, medio escondida detrás de un montón de escombros formado por piedras metálicas que se habían sacado del corazón de la montaña. Allí detuvieron los carros.

-¡Este sería un buen emplazamiento para vuestro castillo! -se dirigió con una carcajada Pedro Ovalle a Gutierre de Monroy.

Monroy no le contestó. Desde el inicio de la marcha se había manifestado una cierta tirantez entre los hermanos Ovalle y este caballero.

-No hay fuentes por estos lugares; habría que bajar a buscar agua casi hasta aquel arroyo, que parece muerto -intervino mediador Diego de Anaya.

-El arroyomuerto, ¡ja, ja!. Vaya un nombre para ese lugar -rió Pedro Ovalle.

-Bueno, vamos a enterrar a esos muertos o acabaremos de verdad cogiendo todos nosotros la peste -interrumpió el portugués Gil Martínez.

La entrada estaba medio derruida y cubierta de matojos, pero no tuvieron muchos problemas para despejarla. Apañaron unas antorchas y los dos hermanos Ovalle entraron para inspeccionar junto con Gutierre de Monroy y Diego de Anaya.

Desde la entrada, la luz del sol permitía observar que el entibado se conservaba muy bien y la techumbre se veía sólida. De la galería principal partían otras tres a poco más de veinte pasos de la entrada, todas ellas con una clara pendiente descendente. Para ganar tiempo se separaron, y cada uno fue por una de ellas para poder revisarlas todas.

No quisieron esperar los demás, y entraron tras de ellos al cabo de un buen rato sin que los primeros hubieran dado noticia alguna. Tan sólo quedaron fuera el canónigo, Joel, Païen y el anciano maestre Rodrigo.

Fueron los caballeros portugueses los primeros que aparecieron pasado un buen rato para contar que habían descendido por la galería que seguía al frente.

-Adentrándose unos cincuenta pasos, el corredor hace un codo y retrocede, pero siempre se dirige hacia abajo, como si quisiera llegar pronto al infierno -rió Monsaraz-; luego cambia de nuevo de sentido al cabo de una distancia semejante y así cuatro o cinco veces más, yendo y viniendo,... siempre yendo y viniendo; como si no tuvieran muy claro los que lo hicieron qué partido tomar. Al fin hay una gran explanada donde se ven trabajos de pico en las paredes y grandes hoyos en el suelo. Un lugar excelente para enterrar a estos infelices -dijo, tapándose la nariz como si de repente le hubiera llegado el tufo de los cadáveres- y cualquier otro objeto por grande que sea.

-Muy bien, ese puede ser un buen sitio -dijo Païen- pero ¿adónde han ido los demás que no terminan de salir?

Todavía pasó un buen rato hasta que aparecieron todos, excepto Luis Ovalle. Su hermano Pedro estaba nervioso por la tardanza.

-No lo comprendo. Ha bajado conmigo por la galería de la izquierda y cuando llegamos a una zona en que el entibado estaba algo deteriorado, me pidió que me volviera para avisaros. Tiene que haberle pasado algo porque...-de repente se dio cuenta de que todos le escuchaban preocupados y reaccionó- ¡vayamos a buscarlo!

Entraron tras Pedro Ovalle, que tomó la antorcha del de Anaya el sanjuanista, Païen, Joel y Monsaraz. Aquella parte de la galería estaba algo más deteriorada por la humedad, ya que casi desde el principio, un pequeño arroyuelo se deslizaba por las piedras haciendo peligroso el descenso, por lo que todos pensaron que el caballero pudiera yacer herido al resbalar en aquellas piedras húmedas.

-¡Luis, ...Luis! -gritaba Pedro, esperando alguna referencia de la situación de su hermano, pero el eco de sus palabras y el ruido apresurado de los pasos de los caballeros eran la única respuesta.

Llegaron hasta un lugar en que la galería se hacía tan estrecha, que resultaba imposible continuar a pie firme, y del caballero salmantino no había rastro alguno.

-Por aquí no está; tenemos que volver. Puede ser que haya ido por otra galería -dijo Paien.

En realidad, la posibilidad existía, porque en determinados lugares el túnel se abría a unas catas de la roca. Aunque más parecía aquello el centro de explotación de un filón que una rama nueva del túnel. No tardaron mucho en comprobar que, efectivamente, aquellos tramos eran ciegos y en su corto recorrido no había rastro de que hubiera pasado alguien por allí recientemente

-Parece cosa de brujas -dijo el sanjuanista Hernán Rubio-; yo propongo que entonemos una oración todos juntos.

Un murmullo de desaprobación, que sonó como un exabrupto, salió de la boca de Pedro Ovalle que no se detuvo a discutir aquella propuesta.

Con gran desasosiego, salieron todos a la superficie, donde todavía estaban el canónigo y el viejo maestro, ya que los demás habían decidido hacer una indagación por su cuenta. El canónigo le dirigió unas palabras de consuelo a Ovalle:

-Hijo mío, lo que Dios no quiere no puede ocurrir. Mantén la fe y espera con paciencia.

Cuando salieron los demás, les acompañaba el mismo aire de fracaso y misterio. El templario salmantino no aparecía por ninguna parte y, nunca mejor dicho, se podría colegir que se lo había tragado la tierra de aquella enigmática montaña.

Por la posición del sol dedujeron que ya habría pasado la hora tercia y estaría muy próxima la del “angelus” así que el canónigo propuso celebrar una misa en la que rogarían por el desaparecido.

Como el angelus era una de las horas dedicadas a Nuestra Señora⁴² celebraron la liturgia de pie. Sorprendentemente el canónigo inició, al finalizar los oficios, el rezo de los cien pater noster que son obligados cuando fallece un hermano del Temple. Los nervios de Pedro Ovalle estallaron cuando se apercebó de aquel hecho.

-¡Que yo sepa no hay ningún difunto aquí, salvo esos hombres! -dijo señalando a los muertos que estaban centonados en la bocamina- ¡basta de oficios!, mi hermano puede necesitar nuestra ayuda, y ese lugar no es tan grande como para que no le podamos encontrar.

Esta vez el templario salmantino se despojó de su armadura para poder pasar por los lugares más angostos, y tomando una antorcha entró en la excavación. Dos hombres fueron tras él, mientras los demás cogieron los cuerpos de los muertos y penetraron por la galería central para enterrarlos conforme habían previsto.

Algunos de los cuerpos hedían tanto, que era un verdadero suplicio cargar con aquella peste a dos manos, puesto que aquella tarea les impedía taparse las narices.

-Vamos, vamos, peor están ellos que nosotros. ¡Maldita sea, cuanto antes terminemos antes se acabará este suplicio! -decía Diego metiéndole prisa a su compañero que intentaba aguantar la respiración sin éxito.

Cuando se libraron de la tétrica carga, en el lugar donde el pasadizo desembocaba en la amplia sala que habían elegido como camposanto, Joel y el sanjuanista saltaron al hoyo provistos de unas palas.

-No veo que sea necesario cavar más ahí, la fosa es ya muy profunda -comentó Diego de Anaya-, es un trabajo estúpido.

En efecto, el agujero era ya muy grande y en él habrían cabido perfectamente los cuerpos de todos los muertos, pero Paien había decidido que en lo más profundo irían los bultos que transportaban, y eso les obligaba a ahondar algo más la excavación.

⁴² La Virgen era la estrella, guía y patrona del Temple, y a ella le manifestaban la ternura que cualquier hombre necesita expresar en su vida.

Iba Joel a meter la pala en una zona donde parecía el terreno más blando, cuando el apero tocó con algo metálico llamando la atención de los dos hombres y del lusitano Monsaraz, que estaba viéndolos desde arriba.

No tardaron en descubrir que se trataba del cuerpo del desdichado Luis Ovalle, que estaba cubierto completamente de tierra en una esquina de la zanja. Cuando lo terminaron de desenterrar, vieron con horror que tenía un profundo corte en el cuello que era lo que le había producido la muerte. No había duda de que el templario había sido degollado y, después, enterrado en aquella galería. Probablemente el asesino pretendía que con el entierro de los bultos y los otros cuerpos, su crimen quedara definitivamente convertido en un misterio sin resolver.

Llevaron el cadáver fuera y rápidamente buscaron a su hermano para llevarle la triste noticia. Pedro Ovalle se quedó perplejo, como si su alma se hubiera escapado también del cuerpo en busca de la de su hermano. Los demás le observaron en silencio, que solamente se rompió cuando el canónigo inició una oración, y todos, salvo Pedro, le acompañaron.

Mientras oraban y en silencio se preguntaban qué habría podido ocurrir, Paien había preparado unas tablas grandes, caídas del entibado, y depositó sobre ellas, con ayuda del maestro Rodrigo, el cuerpo del templario. Buscaron después su espada y la situaron sobre el cuerpo del difunto con las manos apretadas sobre el pomo. Clavaron sus ropas a las tablas, y esperaron en silencio a que terminaran las oraciones para llevar de nuevo el cuerpo de Luis Ovalle al interior de la mina.

-Colocaremos primero los bultos en el hoyo, y sobre ellos reposará nuestro hermano -mientras esto decía, el maestro Rodrigo miraba hacia Pedro para atender cualquier indicación suya en contra de aquel plan, pero el templario salmantino seguía ausente de allí, y no hizo ninguna observación.

El viejo maestro Rodrigo los había mandado reunir en la explanada próxima a los carros.

-A veces parece que el tiempo se encoge y se estira y no es siempre igual; así el día de hoy me está resultando tan largo que ya no consigo recordar cuándo fue ayer. Hermanos, el placer nos hace desear la eternidad, pero el dolor nos sitúa en lo efímero del tiempo, porque nosotros deseamos que pase rápido, aunque sea a costa de terminar con nuestro ser. Hoy hemos vivido dos momentos de dolor, uno ya la conocemos: es la muerte de nuestro hermano Luis; el otro, todavía dura, y es mucho más grave, porque todo hace suponer que ha sido muerto por uno de los que estamos aquí, y es necesario, por la Hermandad y por nosotros mismos, que descubramos al asesino y el motivo por el que lo ha matado.

Mientras cantaban un *responsorium*, la mayoría se miraba con curiosidad y desconfianza.

Tuvieron el resto del día para los trabajos de colocar los bultos sobre maderos y después arrastrarlos mina abajo con ayuda de un buey, pero finalmente estaban todos colocados en el hueco, salvo el más grande que dejaron para el final.

-Necesitaremos la ayuda de todos para bajar ese objeto; fueron necesarios ocho hombres para colocarlo ahí -dijo Joel jadeante reclamando la presencia de los demás.

-Lo abriremos y transportaremos todas las piezas por separado -propuso Hernán Rubio, el sanjuanista zamorano.

Sin que nadie le contradijera, y dado que Paien todavía estaba en el interior de la mina, subió al carro, sacó su cuchillo y fue rasgando la arpillera, dejando al descubierto tres cajas de madera. Con ayuda del de Anaya y el de Monroy bajaron al suelo la primera caja, que era la más pequeña y, mientras los otros subían de nuevo al

vehículo para bajar las que quedaban, el sanjuanista fue retirando con cuidado las tablas de la que ya estaba en el suelo.

Los tres lusitanos le observaban curiosos y, viendo su maniobra, se había acercado también el paticorto Víctor Sort, que subió al carro con presteza para ayudar a los salmantinos.

Al retirar el sanjuanista las últimas tablas y unas telas que cubrían el primer objeto, apareció ante ellos un gran candelabro de oro puro, con un fino trabajo labrado a martillo: tenía seis brazos que salían de sus costados, tres brazos de un lado y otros tantos del otro. En cada uno de los brazos había tres cálices en forma almendrada, con corola y flor. Tenía siete lámparas con sus despabiladeras y sus cazoletas también de oro puro que reflejaban, hiriendo los ojos con su brillo, los últimos rayos del sol.

Víctor Sort recordó entonces la misión que le había encomendado el cardenal de Santo Eusebio, y pensó en lo contento que estaría si le llevaba una pequeña parte de tan espléndido tesoro. Pero, avergonzado y temeroso, enseguida trató de alejar aquel pensamiento de su cabeza.

La caja más grande contenía una mesa cuadrada de bronce de más de cinco codos de lado, y otra más pequeña: ésta era también de oro puro, como el candelabro; su longitud era de dos codos, por uno de ancho y uno y medio de alto; tenía cuatro anillos en las cuatro esquinas, situados sobre un listel de un palmo que rodeaba toda la superficie.

Estaban contemplando extasiados aquellos objetos, cuya visión había sacado de su ensimismamiento al propio Pedro Ovalle, cuando salió Paien de la mina y arremetió enfurecido contra la indiscreción de sus compañeros.

-¡La curiosidad mató a la mujer de Lot! ¿acaso queréis vosotros también perecer como aquella mujer?... ¿De quién ha sido la idea de abrir esas cajas?

Por un momento pareció que nadie iba a acusar al sanjuanista, que permanecía callado, pero los templarios sabían que la denuncia no sólo era una práctica aceptable entre ellos, sino recomendable, ya que reflejaba el deseo de salvar a su hermano, y Joel le señaló.

-No ha sido por curiosidad por lo que la hemos abierto -se incluyó él también en el pecado-, sino porque su tamaño dificultaba bajar esos bultos de la galea.

-Si eso es lo que creo -terció conciliador el lusitano Gil Martínez-, podremos celebrar aquí un sacrificio expiatorio en honor de nuestro hermano muerto.

-No sé lo que pensáis Señor, pero esos objetos se van a volver a cubrir de inmediato y se situarán donde tenemos convenido. Exijo un juramento expreso de que ninguno de vosotros se referirá jamás a lo que ha visto -dijo Paien, ya más calmado.

Uno tras otro fueron pronunciando el compromiso que Paien había pedido y finalmente situaron las tres cajas en el fondo del foso donde estaban las otras.

Hubieron de ayudarse para transportar los bultos de los maneadores de sus cabalgaduras, que sirvieron de tirantes hasta la embocadura de la mina; luego, dentro ya de las galerías, la ligera pendiente favorable facilitó el resto del trabajo.

Echaron tierra hasta que tapó por completo las cajas, y después colocaron el cadáver de Luis Ovalle, haciéndole una hornacina con piedras de hierro que también cubrieron con tierra, salvo en la parte superior, que quedó cubierta con otras piedras más grandes. En una de las que le cubrían escribió su epitafio Gil Martínez: "*Aquí yace un caballero de la Orden del Templo de Salomón, que dedicó su vida a defender la gloria del nombre de Dios*"; y debajo escribió la fecha: "*20 de junio de 1314*". Después, enterraron, al lado y a sus pies, los cuerpos de los bandidos.

Los últimos rayos de la tarde calentaban los tomillos y carquesas de la cima del monte, que despedían el día dejando escapar su aroma, como si se tratara de un enorme

incensario natural: “*el gran botafumeiro de la Sierra de Francia*”. Era su tributo en honor de la más grande Orden Militar de Occidente, cuyos tesoros guardaba ahora el corazón de aquella montaña. Desde el horizonte, la cumbre pelada de la Peña parecía protegerlos con su manto paternal.

-Sólo cuando los hombres estén preparados para descubrir la Gran Verdad, podrán entrar en posesión de esos objetos -Païen se había situado sobre la roca más alta; con su espada en la mano, sujeta por la hoja, elevaba la cruz de la empuñadura hacia el Sol, que se ocultaba tras la Peña de Francia. Los rayos del ocaso, o quizás la imaginación de sus compañeros, ornaron la espada del templario que se volvió ante ellos de color rojo púrpura.

Cuando el astro rey se ocultó del todo, hicieron unas fogatas y prepararon unos camastros de hierbas y helechos a su alrededor. Eran doce hombres, doce hermanos como los apóstoles, pero la Hermandad que formaban cuando llegaron se había roto, al menos mientras el asesino no fuera descubierto.

Víctor Sort había preparado un puchero con un guiso de carne que olía bien, pero nadie parecía tener apetito; finalmente él mismo se acercó a la olla, se limpió las manos en sus sucios calzones y cogió un trozo de carne.

-Está muy buena -dijo a los que estaban más cerca- ¿No queréis probarla?

Joel le sonrió agradecido, y tomó otro trozo; después se acercaron casi todos los demás. Aquello sirvió para romper en parte la tensión, pero el sanjuanista empezó a recordar en voz alta lo que había ocurrido. De sus palabras se deducía que quienes habían entrado con Luis Ovalle la primera vez eran los únicos que podían haber causado su muerte, y eran: su hermano Pedro, Gutierre de Monroy y Diego de Anaya. El de Anaya interrumpió su reflexión con aire disgustado:

-Poco después entraron también los demás, ¿no es así?. Cualquiera lo pudo hacer.

-El canónigo Pedro Pérez, Joel, Païen y yo, no entramos en la mina -matizó el maestro Rodrigo.

-Bueno, en realidad cuando Païen y yo entramos, todavía no había aparecido el cadáver -meditó Joel-; cualquiera pudo hacerlo. Creo que no resolveremos este misterio mientras no conozcamos los motivos del crimen, así que es mejor que recemos el *pater noster* y descansemos hasta el amanecer.

Pero, antes de que amaneciera, cuando en la lejanía sonaban las campanas de maitines del convento de Gracia, ya estaban todos en pie, y, antes de la prima, las galeas vacías empujaban a los bueyes descendiendo por la ladera del Pico de la Mina, hacia el poblado de pastores que llamaban Arroyomuerto.

Pequeños huertos, casas aisladas rodeadas de un pequeño cercado donde se apretujaban las ovejas, y, a lo lejos, el campanario de una iglesia que emergía como un naufrago entre la arboleda. El pueblo en su conjunto era un lugar idílico cercado por altos robles que llegaban hasta las tapias de las casas.

Desde una corraliza, todavía algo alejada del pueblo, salió un pastor acompañado por dos fieros mastines, que empezaron a ladrar al ver a los recién llegados.

-A la paz de Dios -dijo el hombre descubriendo su cabeza de un gorro de paja.

El canónigo correspondió a su saludo con una inclinación de cabeza; el pastor se puso de nuevo el sombrero, mandando callar a los perros. No había llegado el grupo de caballeros todavía al pueblo, cuando ya el rebaño se perdía de vista monte arriba. Poco rato después ya no se oían las esquilas de los animales ni los ladridos de los perros.

Nadie más parecía haberse despertado todavía en la aldea, pero, al rechinar de las ruedas de madera de las galeas, algunas ventanucas de las casas de piedra y adobe se entreabrían, dejando adivinar los ojos curiosos de sus moradores, que miraban con detenimiento e interés a los forasteros. Los caballeros descendieron de las carretas y se reunieron bajo el porche de una pequeña ermita junto al camino de Salamanca.

-Aquí termina nuestra empresa –dijo, suspirando y apesadumbrado, el maestre Rodrigo Yáñez.

-Me ha recordado los viejos tiempos en que nuestros “beausants” portaban la gloria del nombre de Dios por todo el mundo –contestó Paien.

Una extraña sensación de tristeza siguió a las palabras del anciano senescal. Los caballeros se sentían hermanados por la protección que habían dado al legado de la Orden del Temple, pero sabían que entre ellos había un traidor, y ese convencimiento rompía el vínculo que les había unido.

-Alguien tiene todavía que pagar una deuda –musitó con gesto amenazador Pedro Ovalle-; esto no puede ser el final. Mi padre revolverá cielos y tierras hasta descubrir quién mató a mi hermano.

-Y nosotros le ayudaremos –replicó compasivo Rodrigo Yáñez-; las manzanas podridas deben ser retiradas antes de que pudran al resto. Pero nuestra misión ya ha terminado.

-Mi misión no ha terminado todavía, freire –intervino Joel-; alguien espera que yo vuelva para entregarle este anillo,... alguien espera también que nuestros hermanos sean vengados –buscó con la mirada la complicidad de Pedro Ovalle.

Les explicó brevemente los acontecimientos acaecidos tras la muerte en la hoguera del Gran Maestre, y cómo él se había comprometido con la Hermandad de los Hijos de Salomón, que comandaba el difunto judío Zag, a hacer que el juramento de Jacques de Molay se cumpliera.

-Yo estuve presente –murmuró con timidez el paticorto Víctor Sort-. Os aseguro que parte del compromiso ya se ha cumplido –aseveró con aire más firme.

-¿Mataste tú al Papa? –preguntó el canónigo Pedro Pérez escandalizado.

Joel negó firmemente con la cabeza, al tiempo que le explicaba cómo fracasó su intento, mientras el paticorto Sort le escuchaba cerca de él con mirada escéptica, como si no estuviera dispuesto a dejar que su amigo renunciara a ser protagonista de lo que él consideraba una gran hazaña.

-¿De manera que se murió él sólo? ¿eh? –murmuró mirando hacia los demás.

-A mi entender alguien en la sombra intenta aparentar que somos los templarios los que lo hicimos, pero yo os aseguro que, cuando me acerqué a él y contemplé su bondad, no fui capaz de tocar ni un solo hilo de su túnica. Más os diría: desde ese momento me habría dejado matar por defenderlo.

Un murmullo de desaprobación generalizado siguió a sus palabras.

-En pocos meses todo ha cambiado. Hay un poder nuevo que intenta emerger de nuestras cenizas y quiere apoderarse de la Hermandad de la Quimera, esa que fuera creada para perpetuar el ideal de nuestra Orden -Joel relató cómo el llamado Marte había preparado la traición en la que murieron Zag y los principales cofrades de la Hermandad de los Hijos de Salomón-; pero creo tener una idea del rostro hermoso que se oculta tras de la máscara de su nuevo Maestre. Es un hombre poderoso, así que necesitaré vuestra ayuda para darle su merecido.

Un corto silencio siguió a sus palabras, porque, uno tras otro, los reunidos sacaron sus espadas y las inclinaron ante el joven templario.

-¡Ya tenéis de nuevo a la Hermandad de los Hijos de Salomón resucitada y dispuesta a desenmascarar a ese Marte! –exclamó, satisfecho, el viejo maestre Rodrigo.

El canónigo de Coimbra se acercó también al grupo, después, puso su mano izquierda sobre los aceros para bendecir a los reunidos con la derecha, diciendo:

-Yo no tengo otra arma que mis manos y mi palabra, pero contad con ellas y con mi bendición.

Una mujer vestida con unas sayas negras y cubierta con un velo del mismo color se acercó hacia donde estaba el grupo.

-Veo que llevan aquí un buen rato. ¿Quieren ustedes entrar en la ermita?

Se identificó el canónigo como tal y la mujer sacó de su faltriquera una gran llave de hierro con la que abrió la puerta. En aquel acogedor reducto celebraron una misa en memoria del templario asesinado y de los demás freires que habían muerto. Luego, todos recibieron la comunión de manos del de Coimbra.

-Alguien ha cometido un sacrilegio –murmuró Joel a Paien cuando salían del templo.

Todos, salvo los tres lusitanos y Víctor Sort, acordaron reunirse para acompañar a Joel, pasadas cuatro semanas, en aquel mismo lugar. Los caballeros lusitanos disculparon su ausencia, arguyendo el mandato que tenían del rey Dionis de acompañar a Víctor Sort, que debía partir de inmediato para Avignon, y, junto con el canónigo, se fueron los primeros tomando la ruta de Ciudad Rodrigo.

Poco después, Gutierre de Monroy, Diego de Anaya, Juan Rodríguez, Martín de Castro, Pedro Ovalle y el maestro Rodrigo lo hacían por el camino que atraviesa las Quilamas hacia Salamanca. El sanjuanista optó por quedarse con Paien y Joel, que iban a permanecer en el poblado cántaro de Cargamancos un tiempo, para comprobar que nadie recelaba sobre lo que habían enterrado en el Pico de la Mina.

Cargamancos estaba a menos de dos leguas de Arroyomuerto. El poblado, situado al pie de la ladera del Pico de los Frailes, era la puerta por la que salía el sol cada día para ir a ocultarse en la noche tras el Roble Gordo que enseña las lomas de la Somailla. El lugar era el cruce del camino que iba desde Ciudad Rodrigo a Béjar con el que partía para Salamanca atravesando las Quilamas. Un sitio estratégico rodeado de pradejones que arrancaban desde una cerca, donde se protegían no más de veinte o treinta casas construidas de piedra y barro.

El conjunto formaba un cuadrado que dejaba en medio una plaza presidida por un templo de planta octogonal. Se trataba de una bonita ermita de piedra de cantería, circundada por un pórtico con columnas labradas que la rodeaba completamente. En una de las fachadas se veían archivoltas decoradas con grumos, lóbulos y cuadrifolios, obra sin duda de un buen maestro cantero.

El poblado estaba rodeado por una cerca, a manera de pequeña muralla, formada por grandes y pequeñas piedras superpuestas, colocadas en seco, sin cal ni argamasa. En una parte donde se abría un enorme portón de castaño, las piedras donde se sujetaba estaban hincadas a conciencia en el suelo para dar mayor consistencia a la pared de la defensa.

Joel se adelantó, dejando a Paien y al sanjuanista con las galeas. La puerta estaba cerrada, y nadie pareció contestar a los fuertes golpes del pomo de su espada.

-¡Ah del lugar! Soy Joel, el hijo de Papáver. ¡Abridme!

Se oyó entonces el chirriar de la puerta de una casa y poco después se abrió el gran portón. Un hombre de tez oscura y avanzada edad, vestido con hábito negro con un capuchón a guisa de jubón, le miraba con sonrisa amable. Era el pater Oigly, el *perfecto* cántaro que había conducido a sus hermanos de religión desde el Languedoc hasta

aquellas tierras, huyendo de la cruzada albigense desatada por el Papa contra ellos años atrás, y con la misión de salvar el tesoro cátaros: unas imágenes de Vírgenes negras que debían esconder por toda la cristiandad.

-Hemos estado viendo esos carros en lo alto del monte. Nos ha sorprendido a todos la tardanza en enterrar a esos muertos de peste que dicen que habéis traído. Pero lo que importa ahora es que estés de nuevo con nosotros.... ¿Quiénes son tus amigos?

Mientras Joel se los presentaba fueron apareciendo poco a poco otros aldeanos que recordaban al joven.

Antes de que terminara la tarde, llegaron los pastores con los rebaños de cabras y ovejas. Los animales reclamaban a sus dueños con incesantes balidos, entremezclándose con ellos en una algarabía de locos. Entre aquella confusión, Joel reconoció la voz de un joven que se movía con mayor autoridad. Tendría su misma edad, era de complexión fuerte y aspecto jovial. Cuando el muchacho le vio, corrió de inmediato a abrazarle.

-Vaya Joel, me sorprende que todavía te acuerdes de nosotros.

Se trataba de Roger D'Albi, compañero de juegos en su infancia e hijo del que había sido su preceptor y maestro en el manejo de la espada y la ballesta.

-Tenía que volver para demostrarle a algún bravucón que alguien puede ser más certero que él – le dijo Joel, tomando una flecha del goldre que colgaba de la espalda del pastor.

-En la próxima cacería, esta flecha llegará antes que las otras –dijo el templario quedándose con la saeta.

-¡Ya veremos si el jabalí se está quieto esperando que la claves en su ojo! –rio el joven pastor alejándose tras las ovejas.

Los cátaros se desvivieron por atender a los dos templarios y, aunque miraban con cierto recelo al sanjuanista, también a él le trataban con amabilidad. Era una hospitalidad tan obsesiva, que, quien no conociera el carácter de aquel pueblo, pudiera haberla considerado más propia de serviles valvasores o de siervos de la gleba, que de hombres libres propietarios de sus tierras. A Joel le abochornaba ver a su amigo Roger ofrecerles las mejores viandas en la mesa y el mejor lugar de la casa para alojarse como habitación.

Los cátaros de la Sierra de Francia se gobernaban como una comunidad familiar, compartiendo responsablemente sus bienes y viviendo con la sencillez que predicaban los beguinos y espirituales seguidores de San Francisco. Después del enfrentamiento con el conde de Miranda, años atrás, que terminó con la destrucción de su anterior asentamiento en el castro de las Quilamas, los supervivientes se dispersaron entre los pueblos vecinos. Pero la atracción de su credo volvió a agruparlos en aquellos terrenos de Cargamancos, cuando les fueron donados por los templarios de la bailía del convento de Gracia. Aparte de las del señorío de San Martín, eran las únicas tierras de la Sierra que no pertenecían al conde de Miranda; por eso, el monte en que se asentaban era llamado de los Frailes, en referencia a los monjes templarios.

Durante los días siguientes, Joel, Paien y Hernán Rubio, pudieron comprobar satisfechos que el temor a la peste alejaba a los pastores del Pico de la Mina, a pesar de que en la ladera norte de aquella montaña había profusión de jaras floridas que hubieran sido un buen pasto para el ganado. Según decía el joven Roger: *“Cuando las cabras comen flores de jara y de brezo dan una leche gorda como si fuera manteca”*. Pero tampoco el cátaros llevaba por allí sus rebaños.

-Hasta que la lluvia lo lave, ése es un monte maldito; pero dentro de unos meses, cuando empiece el frío, recogeremos la cosecha –decía a los otros pastores cátaros Roger d'Albi, mirando con envidia el tapiz de flores blancas que lo cubrían.

Païen decidió que, cuando hubiera transcurrido el mes que habían fijado para reunirse con los otros caballeros, podrían partir sin cuidado. Así que regalaron los ocho carros con sus bueyes al padre Oigly como agradecimiento por su hospitalidad.

-Nos marcharemos después de San Juan –le indicó, y el cátar negro movió la cabeza asintiendo.

-Nos complace que celebréis con nosotros esa fiesta.

Para preparar la celebración del solsticio de verano, se organizó una partida de caza que debía proporcionar la carne que comerían en el festín. Salieron varios grupos con ánimo competitivo para ver quien traía la mejor pieza; los tres visitantes se unieron al que formaba Roger D´Albi con otros dos jóvenes cátaros.

-Es tiempo de veda –comentó el sanjuanista, convencido de que los cátaros ya lo sabían.

-Sólo es veda para quien necesita la caza para comer, porque ningún noble respeta esa norma –murmuró, renegando, Roger.

El Rey había establecido un tiempo de veda para toda clase de caza, desde la Pascua de Resurrección hasta la fiesta de San Miguel en septiembre, pero no había monteros suficientes para hacer cumplir aquella norma en una zona tan montañosa y hostil como Sierra de Francia, donde abundaba el jabalí, la cabra montesa, perdices, codornices, urogallos y faisanes. Así que cada cual cumplía la disposición real en función de sus necesidades.

-No olvides esa flecha que ha de matar un jabalí –le recordó Roger a Joel

Los dos muchachos rieron.

En el corral donde albergaban los caballos había una gran tenada repleta de heno recogido para el invierno. Allí subió uno de los jóvenes para recoger las armas que estaban ocultas entre la paja.

Païen se extrañó.

-¿Para qué hace falta todo ese arsenal? –le preguntó, mientras ponía los arreos de su caballo.

-En estas tierras, al que no se defiende lo comen los lobos. Pero después de que hayan pasado los que sólo tienen dos patas.

Un ladrido amenazador surgió del fondo de la cuadra cuando Joel abrió una angarilla que separaba aquella zona.

-Ésa es la otra arma para los otros lobos. ¡Keops, cállate! Son amigos –ordenó Roger a un gran perro que estaba atado a la pared.

Cuando lo soltó, saltó sobre la hierba seca plantándose ante los tres desconocidos con ladridos amenazadores. El animal tenía la cabeza grande, la nariz prominente con buenos artejos, los ojos levantados; era de un negro resplandeciente, y tenía el pecho ancho y musculoso. Su cola era larga, derecha y muy dura; de un color tostado, como el resto de su pelambre. Levantaba más de una vara.

Roger lo volvió a llamar con voz fuerte, calmándolo.

Durante toda la mañana no consiguieron encontrar más que algunas perdices y tres o cuatro conejos.

-Poca cosa para tanta gente –comentó Joel; harían falta al menos dos jabalíes.

Era un día sofocante; el suelo caldeado se agrietaba y contraía, produciendo un ruido que sólo podían escuchar las plantas sedientas. El perro estaba rendido, sofocado y jadeante, con una cara de angustia que parecía que fuera a reventar allí mismo; el animal sólo buscaba un arroyo o una sombra donde por un momento pudiera guarecerse de los inclementes rayos del sol.

De pronto, de entre unos matorrales lejanos salió un enorme cerdo salvaje, que produjo la excitación del grupo.

-Es el patriarca de los jabalíes -gritó Roger, entusiasmado, mientras disparaba su ballesta.

El perro salió tras del animal cuando ya la flecha del cáтары se había clavado en su lomo, cerca de las patas delanteras. El jabalí herido miró hacia el grupo, como si intentara valorar las fuerzas contra las que se enfrentaba, y les enseñó su grupa internándose entre la espesura de los brezos donde sólo el perro podía seguirle. A lo lejos vieron que salía de allí y se metía en el robledal, mientras que el perro aparecía por donde había entrado volviendo junto al grupo de hombres.

La pieza estaba poco herida, y su rastro era inseguro, vacilante e interrumpido por los muchos claros del bosque.

Keops pareció resucitar aplicando su olfato con la necesaria constancia para buscar al jabalí. Sus movimientos de cabeza oliendo el aire mientras utilizaba su instinto para analizar cualquier ruido, le permitieron mantener aquella bella lucha por la supervivencia. Anduvieron un buen rato hasta que delante de la partida estaba el barranco por donde corría el arroyo muerto. Había que buscar un sitio para pasar, porque el brezal impedía seguir el camino del jabalí. Con tan sólo la mirada del cáтары como instrucción, el perro se recogió dócilmente detrás de Roger.

-Ya sabemos donde está, amigo. Ahora vamos a buscarlo -dijo en voz baja, como si el animal le comprendiera.

Cuando pasaron aquel quebrado el perro señaló un camino entre los robles por donde le siguieron los tres monjes que iban a caballo, mientras los cáтары se quedaban atrás.

-Es posible que finalmente mi amigo acierte en el ojo de ese jabalí antes que yo -suspiró sonriendo d'Albi-, pero deberá darle las gracias a su caballo antes que a su puntería.

El perro subía la ladera este del Pico de la Mina; los tres hombres se miraron dudando si convenía abandonar la partida para no perturbar el sueño de los muertos, pero observaron que los cáтары habían desaparecido de su vista, y decidieron continuar.

Ya estaban casi en la cima cuando el jabalí se movió entre unos brezos; el can arrancó de inmediato sin darle lugar a esconderse de nuevo ni a huir. Se echó sobre él a costa de recibir una dentellada terrible que le desplazó hasta donde estaban los templarios y el sanjuanista, pero ya entonces Joel había preparado la ballesta y una nueva flecha se clavó en el animal junto a su ojo derecho frenando en seco su acometida.

-¡Buen disparo! -le alabó Hernán Rubio.

Fue entonces cuando les sorprendió el relincho de un caballo junto a la bocamina. El animal estaba atado junto a otro de su misma especie y los caballeros observaron con estupor que se trataba de dos corceles de los que les habían acompañado desde Salamanca, porque la gualdrapa de los animales llevaba dibujado el círculo de la Hijos de Salomón con la escuadra y la plomada en su interior. Sin duda, los dos jinetes estaban en el interior de la mina.

-Reconozco ese caballo -dijo el sanjuanista Hernán Rubio-, es el de vuestro freire salmantino Juan Rodríguez.

Las palabras del sanjuanista encerraban una velada crítica a lo que ya se adivinaba como traición de aquellos caballeros.

Descabalgaron y, con las espadas en la mano, penetraron en la mina dispuestos a castigar aquella deslealtad.

-Quitaos las espuelas -susurró Paien- su ruido nos delataría.

Descalzaron los hombres sus botas, que cubrían hasta media pierna, y avanzaron por las galerías detrás del senescal del Temple hasta llegar a la cavidad

donde habían enterrado los bultos. Allí estaban dos de los templarios salmantinos, Juan Rodríguez y Martín de Castro, provistos de unas palas y cavando la tumba de Luis Ovalle, bajo la que estaba enterrado el tesoro. Enfrascados en la cava, no advirtieron la llegada de los otros hasta que estuvieron tras ellos, pero al verlos reaccionaron con rapidez empuñando sus espadas.

-No habéis respetado durante mucho tiempo vuestra promesa, -dijo Paien-; ¡mal podría seguir el Temple con caballeros como vosotros! –exclamó, arremetiendo impulsivo con su espada contra Martín de Castro.

El templario esperaba el ataque, por lo que paró la estocada con facilidad; luego, antes de que el senescal pudiera reaccionar, le golpeó con una daga en el cuello. Joel estaba enfrentándose al otro freire que había tardado más en reaccionar y consiguió derribarlo al primer golpe; después Martín de Castro fue contra él viendo que el sanjuanista parecía dubitativo observando la lucha fratricida sin saber muy bien qué hacer.

Cruzaron varias veces sus espadas con igual ímpetu; Martín de Castro se alejó unos pasos tratando de parar la lucha.

-No comprendéis que nuestra Orden ya no existe. Ese oro puede servir para atender a muchos de nuestros hermanos que padecen la miseria y la cárcel. No lo buscábamos para nuestro provecho.

-Por ese oro matasteis también a Luis Ovalle, ¿verdad? –dijo Joel levantando, enfurecido, su espada.

-Luis espío nuestra conversación, tratamos de convencerlo de que se uniera a nosotros, pero él insistió en que tenía que denunciar nuestro propósito. Ahora yo también os ofrezco el mismo trato: bajemos las espadas; creo que debemos dar utilidad a este oro.

Había inclinado la espada conciliador, pero Joel miró a su amigo muerto y enfurecido se lanzó contra él atravesándolo de un espadazo.

El sanjuanista seguía expectante, y en cierto modo atemorizado por los acontecimientos. Joel lo miró y, con lágrimas en los ojos, le pidió:

-Tenemos que enterrar a mis hermanos antes de que lleguen los cátaros. Nadie debe saber lo que ha pasado hoy aquí.

La tierra estaba todavía removida. No les costó mucho trabajo preparar unas nuevas tumbas junto a la de Luis Ovalle. Cuando terminaron, Joel se quedó cabizbajo a la puerta de la mina. Al rato pareció tomar una decisión y retiró los arreos de los caballos de los templarios muertos dejándoles solamente las riendas.

-Coged estos caballos y alejaos cuanto podáis de este lugar, luego soltadlos en diferentes lugares para que sigan su instinto -le pidió al sanjuanista Hernán Rubio.

Cuando el caballero ya no se veía cogió una cuerda y la ató a las maderas que formaban el entibo de la galería, luego ató la soga al arzón de su caballo, e hizo que el animal tirara de ella hasta que consiguió que el techo del túnel se viniera abajo cerrando completamente la entrada de la mina.

Cargó después el cuerpo del jabalí y regresó al poblado sin toparse en el camino con Roger y los otros cátaros. Cuando llegó a Cargamancos ya estaba allí el sanjuanista. Los otros cátaros llegaron después con otro jabalí y más de dos docenas de conejos. Finalmente la partida podía considerarse un éxito.

Explicó Joel la ausencia de Paien indicando que el senescal había decidido adelantar su marcha y, aunque sorprendidos por lo repentino del hecho, los pensamientos de las gentes estaban centrados en la próxima fiesta, por lo que nadie pareció dar más importancia a aquel asunto.

El día de San Juan asomaba el disco solar por entre las peñas del Pico de los Frailes, cuando ya las hogueras de la noche anterior se habían extinguido. Era la fiesta de la gran celebración cátara.

El pater Oigly rodeado por dos ancianos del pueblo iba delante de una procesión llevando un gran pendón con una cruz blanca dentro de un círculo; tras él, Roger y otros tres jóvenes cargaban unas andas de madera sobre las que habían situado la imagen de la Virgen negra del pueblo. Una larga fila de gente, en la que no faltaban niños ni ancianos, los seguía entonando canciones de albanza a la madre celestial. Cerraba la comitiva un hombre cojo, que se apoyaba con dificultad en unas muletas. Joel y el sanjuanista caminaban a su lado.

Era un recorrido muy largo que se acompañaba de cantos occitanos, de la música de la flauta y del tambor que hacían sonar dos tamborileros, uno junto al pendón que abría la marcha, el otro al final, junto al cojo y a los dos caballeros.

Subieron la cumbre del Pico de los Frailes serpenteando por el camino que la rodea hacia el oriente, y volvieron por la otra ladera hasta llegar a la depresión que presenta la montaña en la zona de las Quilamas. Desde allí marcharon finalmente por la empinada cuesta que hay hasta el turuñuelo del Pico de Valero.

Atravesó la comitiva los restos de la muralla, que antaño protegiera su poblado, por la llamada puerta del sol, en un momento en que el astro rey brillaba radiante asomando entre la bruma de la mañana su hermosa esfera rojiza.

Bandas nutridas de palomas y perdices se levantaban al paso y los milanos atisbaban en lo alto buscando una presa fácil. Volaban contra el aire, inmóviles, haciendo ejercicios de acrobacia y observando la curiosa comitiva. Un pesado urogallo salió ruidoso de entre unas zarzas, elevándose torpemente para caer presa de las garras de un negrí. Roger y Joel cruzaron una significativa mirada de lamento ante la imposibilidad de competir por semejante pieza.

El pater Oigly se detuvo ante el *turuñuelo*; a su alrededor lo hicieron todos los demás formando un semicírculo. Lo que los cátaros llamaban *turuñuelo* era una alineación de piedras clavadas en el suelo de este a oeste, en la dirección que el sol traza en el cielo. Joel ya lo conocía, pero, a pesar de eso, aquellas grandes piedras siempre le producían un efecto de serenidad e inconscientemente rezó por su amigo Paien, el viejo senescal que reposaba ya en paz disfrutando de las glorias que siguen a la muerte. El turuñuelo iluminado por el sol del amanecer parecía un conjunto de piedras mágicas.

La ceremonia cátara fue muy sencilla. El pater Oigly se situó entre los dólmenes del turuñuelo e indicó a los que portaban las andas que se acercaran a donde él estaba. Allí dejaron la imagen de la Virgen, justo en el centro de la alineación. En aquel momento se hizo un largo silencio y las moscas que los habían acompañado desde Cargamancos desaparecieron sin una explicación fácil. Pequeño misterio, en un mundo lleno de misterios. Realizó el pater una corta oración a San Juan y después depositó ante la imagen la ofrenda de una piedra de pizarra con unas inscripciones extrañas, que ninguno de los presentes, salvo él, podrían comprender.

Uno tras otro, todos los que estaban en la colina se iban acercando por turno ante la virgen dejando a sus pies sus ofrendas, que consistían en objetos de madera muy bien trabajados, diversas monedas de plata y cobre, un cuerno de caza y algunos arreos. Cuando le llegó el turno a Joel, sacó de entre sus ropas un trozo de tela con cuadrados negros y blancos que una vez había sido el beausant del Temple y cubrió con la tela los pies de la Virgen.

Terminó la ofrenda con el sol ya en su cenit. Entonces, todos entonaron cánticos de gloria, mientras las campanas de la iglesia de la Bastida⁴³ tocaban el angelus.

Ya iba a regresar la comitiva, también en procesión, hacia Cargamancos, cuando un hombre apareció a lo lejos. Venía desde el oriente de la montaña, una zona por la que resulta muy difícil el acceso a la cima, dada la elevada pendiente que asciende casi en vertical desde el río Quilama. El personaje, sin embargo, no parecía que llegara muy fatigado por la dificultad del ascenso. El pater Oigly se acercó hacia él mientras el resto de los reunidos le observaban.

-¿Quién sois? -preguntó el cátar negro cuando estaba junto a él.

Era de mediana estatura, con una larga barba que se unía sin solución de continuidad con el cabello; vestía una túnica de lino blanco ceñido por una gran banda que colgaba junto a su brazo derecho.

-Podría llamarme Juan como vosotros, pero... poco importa mi nombre. He caminado durante semanas por estas montañas buscando este turuñuelo y temiendo no poder llegar a él antes de que el sol lo iluminara durante este día. ¿Éstas son las Quilamas...verdad?

El pater Oigly asintió en silencio. En un momento el recién llegado le había suplantado en la atención de su pueblo y hasta se diría que le miraban con más simpatía.

A Joel también le fascinó el aspecto del recién llegado; tenía una peculiar mirada amable; su figura despedía una energía tan positiva que nada malo se podía temer de él.

Acompañó el final de la ceremonia como uno más, y a invitación del pater Oigly fue recibido como un nuevo huésped en el poblado.

-Nadie que llegue el día de San Juan a nuestra tierra puede carecer de algo de lo que nosotros dispongamos -le dijo cuando llegaban a Cargamancos.

-He oído hablar de vosotros y de vuestra proverbial hospitalidad. Es un fiel reflejo de vuestras ideas que no puedo sino respetar. Aceptaré estar con vosotros hasta el amanecer porque debo regresar y mi camino es largo.

Observó Joel que los vestidos del caminante, aunque cubiertos de polvo, no presentaban los jirones que suelen producirse cuando se camina largos tramos entre jaras y brezos.

Cuando se acercaba la noche, de nuevo como el día anterior, una gran hoguera estaba ya encendida en el centro de la plaza, frente a la iglesia. Poco a poco se fueron consumiendo los troncos de roble formando un gran montón de brasas humeantes. Los adultos y ancianos reían y bromeaban alrededor de la lumbre, mientras unos cuantos jóvenes se habían alejado hasta un pajar, fuera del recinto que formaban las casas, para beber de un gran odre de vino. El pater Oigly fue advertido de ello por unos muchachuelos envidiosos del desprecio que les hacían los de mayor edad, y se acercó enfurecido hacia donde estaban los bebedores.

Al verle llegar, los jóvenes cerraron de inmediato el odre y se retiraron hacia la oscuridad, secándose la boca con el dorso de sus manos, porque el cátar negro infundía entre los suyos un temor y respeto general. Aquella reacción pareció calmar la ira del pater que se limitó a reprenderles con mirada seria:

-El alcohol os ayudará a cantar, reflexionar y quizás también a rezar, pero vuestro cuerpo va quedando preso en él lentamente; después estará también presa vuestra alma y ya no habrá solución.

⁴³ Cilleros de La Bastida es un pequeño pueblo de pastores que está próximo a las Quilamas.

La gente que se había acercado al lugar se calló, escuchando las palabras del revestido. El cáтары negro, en su calidad de pastor espiritual, no probaba el vino ni la cerveza, porque así lo estipulaba la religión de los puros, pero, conociendo el daño que aquellos brebajes producían a la larga en la gente, perseguía con saña a cualquiera de los suyos que consumiera en público bebidas espirituosas.

El recién llegado le miraba desde lejos asintiendo con la cabeza, mientras Joel y el sanjuanista no parecían muy convencidos.

-¿Qué dices tú templario? ¿Crees también que el vino es malo? -le preguntó el caminante.

-Nuestra norma no lo prohíbe, quizá porque nos ayuda a aplacar los grandes y calurosos días de cabalgada -dijo Joel.

-No veo qué puede haber de malo en un licor con el que nuestro Señor Jesús instituyó el principal sacramento de nuestra Iglesia -añadió el sanjuanista.

-“Quien coma mi carne y beba mi sangre, vivirá eternamente...” -eso fue lo que dijo Jesús, pero no se refería al vino, sino que hizo de él un símbolo. Nada que perturbe la mente es bueno, porque sería perturbar el alma y ya hay muchas cosas en el mundo que la perturban cuando las puede observar con claridad; imaginad si las tuviera que ver a través de los humores del alcohol- el caminante hablaba mirando al suelo, dibujando en la tierra signos con un palo.

-No hay nada malo en tomar una pequeña copa. Eso no enturbia la mente.

Joel sentía la necesidad de defender su hábito por la bebida ante aquel hombre, como si le debiera una explicación.

-“Quia vinum facit stultus sapiens”⁴⁴: son palabras del rey Salomón, a quien tanto admiráis, -dijo el sanjuanista mediando en la conversación.

-Pareces uno de esos tucioristas que siempre se inclinan por la opción moral más segura. En la vida, no siempre lo que es malo o bueno para uno tiene que serlo igualmente para los demás. ¡No lo olvides, amigo! -Joel se había disgustado por la referencia al rey Salomón y a su Orden.

-Observad a aquellos jóvenes -dijo el visitante-, ellos saben que hacen mal porque se ocultan para beber y probablemente lo hagan sin darse cuenta, pero su alma lo sabe y les está tratando de dar ese mensaje de aviso. Cuando un hombre trata de ocultar un comportamiento que pudiera parecer normal a quienes le observan, es una señal de que lo que hace está mal, al menos para su alma. Recordad que Adán y Eva conocieron el mal cuando de pronto se sintieron desnudos y trataron de ocultar sus vergüenzas.

Lo que ocurrió a continuación fue, sin esperarlo, una confirmación de las palabras del caminante, porque las gentes comenzaron a arrojar sus ropas a las brasas quedándose completamente desnudas, sin que aquello les pareciera nada anormal.

Joel, el caminante y el caballero Hernán Rubio se alejaron unos pasos, mientras duraba la danza que todo el pueblo ejecutó en cueros vivos al calor de las brasas de la hoguera. El humo y el olor de las ropas viejas al quemarse, completaron la escena que parecía destinada a unos espectadores que no se veían allí.

Cuando las canciones y la música de las trovas se iba apagando, las muchachas cáтары se dirigían hacia los mozos jóvenes, que formaban un grupo cerca de las brasas, contoneándose con gracia juvenil. Cada una elegía a aquel a quien quería atraer, se acercaban al doncel y le sonreía con pícaro desenfado. Algunas incluso les provocaban cogiendo su mano y llevándola a sus partes pubescentes; así lo hacían, orgullosas de su sexo, en presencia de todo el pueblo, como si el rito fuera también símbolo de la igualdad suprema del varón y de la hembra. Resultaba, no obstante, que eran los

⁴⁴ “Por que el vino hace necios a los sabios”.

muchachos quienes estaban más turbados por la ocasión. Luego, si el proyecto de pareja tenía éxito, se alejaban hombre y mujer hacia la espesura en busca de la recompensa suprema.

Joel sonrió al ver a su amigo Roger caminar cogido de la mano por una hermosa muchacha de rizos rubios que le recordaba a Mahonia. Los siguió con la vista hasta que la negrura del bosque les ocultó; una sana envidia le hizo suspirar recordando a la cántara rubia:

-Realmente la mujer es la verdadera reina de la creación.

-Es probable que el Señor corrigiera en ella las imperfecciones que observó en el hombre, puesto que la hizo después- bromeó el caminante, ante la mirada reprobadora del sanjuanista Hernán Rubio.

Sacaron después las gentes otras vestiduras recién tejidas y elaboradas con la lana más fina, y se vistieron, dando por terminada la fiesta.

El pater Oigly se dirigió hacia sus huéspedes.

-Cada año renovamos nuestra vida y hacemos votos por ser mejores. Quemamos el mal que el mundo ha ido dejando en nosotros y nos preparamos para nacer de nuevo a la inocencia. No hay nada extraño ni de brujería en esto.

Joel asintió con la cabeza.

-Así lo hemos entendido -dijo.

Cuando se quedaron los dos caballeros con el caminante, el sanjuanista dijo:

-No entiendo que vuestra tolerancia haya aceptado esta religión. Cosas como éstas son las que han causado el fin del Temple.

Joel movió la cabeza negando. La conversación derivó rápidamente a la muerte del Papa y la maldición que Jacques de Molay hiciera desde la hoguera. El sanjuanista defendía la obligación del Papa Clemente V de cumplir su ministerio y, dentro de él, la de reprimir todo signo de herejía, más todavía, si ésta se amparaba en una Orden religiosa. La conversación se iba acalorando con el evidente desagrado del caminante que no era sino espectador silencioso de los dos caballeros.

-Pero el corazón del Temple siempre ha sido noble con el Papa y con el Rey - se lamentó Joel.

Le estaba sucediendo algo extraño. Sentía pena por la muerte de Clemente V; sin embargo, no lograba evitar situarle al lado del Rey, en lo más alto de la responsabilidad de la muerte de su padre.

En este momento el caminante se dirigió hacia la casa donde le habían preparado el lecho. Antes de entrar llamó a Joel y acercándose, le susurró al oído:

-Sólo hay perdón cuando se logra olvidar de forma generosa y consciente una ofensa. Ésta es la única nobleza de corazón por la que merece la pena combatir.

Y entró en la casa, dejando al templario confundido.

Joel y Hernán Rubio dieron un paseo por los alrededores antes de acostarse. Ya de vuelta, se desnudaron para bañarse en las frías aguas de una poza de riego que recogía las aguas de la montaña. En el fondo, también ellos querían limpiar sus cuerpos para recibir al solsticio de verano.

Capítulo X . La muerte de un rey hermoso

Todos los templarios habían coincidido junto a la pequeña iglesia del arroyomuerto con escasa diferencia de tiempo. El maestre Rodrigo llegó el último y,

cuando lo hizo, desde lo alto de su corcel apreció la falta de Paien y de dos de los freires salmantinos.

-¿Se quedó con vosotros el senescal? –preguntó, dirigiéndose a Joel y al sanjuanista.

Joel le invitó a bajar de su caballo acercándose a él por si precisaba su ayuda, después, se reunieron todos en el estrecho porche de piedra de la ermita. El joven templario les relató brevemente la muerte del anciano senescal y de los dos freires que habían regresado para apoderarse del tesoro.

-Querían el oro y ahora yacen para siempre rodeados de él. ¡Que ironía! –el anciano maestre se calló después de balbucear con tristeza aquellas palabras.

-Unos hermanos que matan a otro para robar no merecen sepultura junto a él – el arrogante Pedro Ovalle se levantó y cogió las riendas de su caballo con la intención de ir hacia el pico de la Mina para cumplir su amenaza.

-Necesitarías un batallón cavando a tu lado durante un mes para levantar su cadáver de donde lo enterramos –dijo Paien, sujetando las bridas del caballo del freire-; me ocupé personalmente de que nadie más tuviera la tentación de entrar en aquella mina con tanta facilidad como lo hicieron nuestros hermanos. Até mi caballo a los pilares e hice derrumbar la bocamina. Para entrar allí, haría falta un trabajo tan largo y pesado, que alertaría a las gentes de los alrededores, y el ladrón se descubriría.

Gutierre de Monroy se levantó también, fue hacia donde estaba Pedro Ovalle, se quitó el guantelete y le ofreció su mano amistosamente:

-Conviene olvidar lo pasado ahora que ya no tenemos sangre que nos separe. Lamento sinceramente la muerte de tu hermano y nuestro freire Luis, pero ya está vengado.

Luis Ovalle aceptó la mano de Gutierre sin bajarse de la silla del caballo.

-Poco importa que quienes lo mataron estén también a su lado –continuó el de Monroy- los vikingos ponían a los perros a los pies de los cadáveres de sus amos. Vedlo así.

Estas últimas palabras parecieron sacar de su ensimismamiento a Pedro Ovalle, que asintió con la cabeza; luego, descabalgó.

El maestre Rodrigo seguía sentado junto a la ermita pensativo, todos se fueron acomodando finalmente a su alrededor, como solían hacer en las reuniones de los capítulos.

-Yo traía una buena noticia para vosotros, pero ésta que nos habéis dado lo enturbia todo –los miró con tristeza- Hemos tenido noticias de Inglaterra; allí, como aquí en los reinos de Hispania, nada se justificó contra nuestra Orden, y aunque a nuestros hermanos se les imputó una penitencia, no fue porque se encontraran pruebas contra ellos, sino porque las confesiones de otros de nuestros freires y sobre todo de los comendadores de Francia, produjo dudas que así lo aconsejaron a los inquisidores. Pero ahora no las tenemos y queremos profanar las tumbas de nuestros propios hermanos, tan sólo porque se equivocaron.

-No se equivoca quien mata a traición a otro hermano –dijo indignado Pedro Ovalle.

-Deja hablar al Maestre –le interrumpió Diego de Anaya.

-¿Quién dice que lo sea? Que yo sepa nadie le ha elegido como tal, ni nosotros formamos ya parte de la Orden, porque el Temple ha sido disuelto.

-Tan sólo el Señor puede disolver nuestra Orden. Lo que se ha hecho es cambiar su nombre...como ya se hizo antes⁴⁵. -era el maestre Rodrigo quien hablaba-

⁴⁵ La primera denominación de la Orden del Temple fue la de "pobres conmlitones de JesuCristo".

Además tiene razón nuestro hermano Pedro, yo no soy,...-miró a Pedro Ovalle con gesto amistoso- ni quiero ser vuestro maestro. He recibido las órdenes para poder administrar los sacramentos, por eso creo que es mejor que sea vuestro capellán.

-Pero faltando el comendador alguien debe tomar el mando –dijo Joel.

-Es vuestra misión a la que nos dirigimos, así que yo propongo que seáis vos el que lo toméis –el sanjuanista Hernán Rubio se adelantó en su propuesta, temiendo que cualquier otra le hiciera tener que obedecer a uno de aquellos tercios salmantinos.

Nadie hubiera pensado en Joel dado que se trataba del más joven de la partida, además, que ni tan siquiera había sido nombrado caballero, pero un largo silencio indicaba que la confusión inicial se estaba meditando. Finalmente, tomó la palabra Diego de Anaya:

-Yo no tengo inconveniente siempre que primero sea nombrado caballero – aquel comentario encerraba una trampa, puesto que todos sabían que el nombramiento de un caballero exigía un largo proceso, con duras pruebas que el neófito debía superar antes de recibir aquella distinción.

-Si sólo es eso –se adelantó el maestro Rodrigo sacando su espada- yo lo puedo resolver en unos instantes. Poneos de rodillas, sargento –le pidió a Joel.

-¿Va a nombrarle caballero aquí? –murmuró incrédulo Gutierre de Monroy.

-Tenéis razón, ¿por qué aquí afuera teniendo la iglesia tan cerca? –se dirigió Joel hacia la casa de donde había salido la anciana vestida con las sayas negras, que había abierto la puerta de la ermita para ellos semanas antes, y volvió al poco con la llave. Después entraron todos en la ermita y Joel se arrodilló delante de la imagen de la Virgen que presidía el lugar.

-El Maestro Rodrigo ha sido el último maestro del Temple en Castilla. Eso le da el poder de investir a un caballero templario –Hernán Rubio hablaba eufórico- Claro que, eso, siempre que considere que en él se reúnen los méritos que justifiquen ese título.

-Este es el caso –dijo con voz fuerte el anciano maestro- Muchacho vas a necesitar dos padrinos.

Miró hacia los otros caballeros. De inmediato Hernán Rubio se situó al lado derecho de Joel, que ya estaba postrado como le había pedido el anciano maestro. Ninguno de los otros caballeros parecía decidirse.

-Muy bien yo seré también vuestro padrino –dijo finalmente el anciano maestro, cansado de esperar.

Levantó su espada situándola en ambos hombros del neófito y, con un breve trámite en el que le exigió las promesas de la defensa del nombre de Dios, de los débiles y de las damas; el cumplimiento de los votos de la Orden en tanto estuviera viviendo en comunidad; la oración y la misa diaria aunque no lo estuviera, le preguntó:

-¿Qué aducís para ser nombrado caballero templario?

-Deseo seguir el camino del Señor guiado por la Orden de los caballeros del...- iba a decir del Templo de Salomón como era preceptivo, cuando recordó las anteriores palabras del maestro Rodrigo- de los Hijos de Salomón y de la Santa Quimera.

El anciano maestro sonrió aceptando el nombre que el joven estaba dando a los que serían los descendientes del Temple.

-¿Alguno de vosotros, caballeros, tiene que objetar algo sobre lo que este joven pretende?

Pedro Ovalle iba a decir algo pero Diego de Anaya, que estaba a su lado, le asió por el brazo, obligándole a callar.

Tomó el capellán los óleos y el agua que estaban sobre el altar en unos recipientes de barro, luego, derramó ambos sobre la cabeza de Joel.

-Este agua lava vuestros pecados pasados y el aceite os unge como nuevo caballero. Conservad vuestra alma limpia como hoy os la deja este agua y vuestro cuerpo ágil y fuerte para servir a Dios y que Él os guarde ca-ba-lle-ro.

No celebraron los de Salamanca en demasía el nombramiento, quizá porque entendían que la precipitación y la facilidad con la que Joel había obtenido el título, restaba mérito al suyo propio. Pero, una vez de acuerdo en que el nuevo caballero comandaría la partida, se ofició una misa de acción de gracias cantando al final la canción *Salve Regina*, pidiendo la protección de la Virgen.

Algunos lugareños se habían reunido junto a la ermita; miraban con curiosidad al grupo de caballeros sin atreverse a acercarse demasiado a ellos. Sin embargo las mujeres, que vestían en su mayoría sayas y blusas negras cubriendo sus cabellos también con velos del mismo color, acompañaron en las últimas estrofas de la antifona del Puy⁴⁶ a los caballeros, que sonrieron aceptando de buen grado aquel improvisado coro femenino.

Antes de partir decidieron que al menos uno de ellos debería permanecer en aquellas tierras para vigilar el tesoro. Joel tomó a su cargo la responsabilidad de señalar al elegido para hacer de custodio del legado templario, y decidió que fuera el único caballero que no pertenecía al Temple. Hernán Rubio aceptó, un tanto sorprendido por la responsabilidad que colocaban en él, pero no mostró malestar por no poder acompañar a su amigo. Cuando los caballeros templarios se alejaban, él volvió grupas hacia Cargamancos.

En Avignon, la tensión se había extendido ya a todos los niveles de la curia; hasta los clérigos de la birreta negra⁴⁷ centraban la mayor parte de sus conversaciones en discutir las bondades y defectos que observaban en los dos cardenales entre los que se sabía ya que estaría el nuevo Papa.

El cardenal Duèse miraba al obispo Fournier con gesto duro y frío:

-Algún día tendremos que poner un final a esto. Nuestra querida Iglesia no puede soportar estas intrigas palaciegas; si no conseguís que los episcopales⁴⁸ cambien su voto a nuestro favor, tendréis que pensar en proponer otro candidato que ellos acepten.

Jacques Fournier, el obispo de Pamiers, había nacido en Sardum, en la región de Foix. Correspondiendo a la fama de tranquilos y pacientes que tenían sus paisanos, respiró hondo, enarcó levemente las cejas y sonrió al cardenal con ánimo tranquilizador.

-El tiempo no importa mucho cuando al final están las dos coronas de la tiara que gobierna nuestra Iglesia. Además, los episcopales no tienen ningún candidato, porque saben que, ni a Pedro, ni a Jaime Colonna, les quieren más allá de las veinte leguas del entorno de Roma, y los otros espirituales son todos parientes suyos, que no arrastran otro mérito que ése.

Siguieron caminando un buen rato, mientras el obispo observaba complacido la reflexión que sus palabras provocaban en el cardenal Duèse.

⁴⁶ Bernardo de Claraval entendió perfectamente la fuerza de los trovadores que predicaban el amor y la belleza de la mujer; por ello fue más lejos que ellos y colocó el amor en el centro de la teología mística y lo sublimó en la devoción a la Virgen. La entonación del *Salve Regina* (la antifona de Puy) pasó a ser el rito final de la jornada en todas las comunidades de cistercienses y templarios.

⁴⁷ La birreta es un bonete cuadrangular que usan los clérigos. Suele tener una borla del mismo color que la tela; es roja para los cardenales, morada para los obispos y negra para los demás.

⁴⁸ El Sacro Colegio cardenalicio tenía tres órdenes: el episcopal, que constaba de los cardenales, que son obispos de las ciudades vecinas de Roma; el presbiterial y el diaconal. Aunque el Sacro Colegio no funcionó como tal hasta su institución por Sixto V en 1580, los cardenales romanos ya formaban el grupo episcopal, distinguido de los demás.

-Anteayer me encontré con el cardenal de Santa Prisca –dijo Duèse.

-¿Arnaldo? –le interrumpió el obispo.

-Sí, Arnaldo de Santa Prisca, ese espiritual que siempre acompaña a Nicolás. Pues bien, me sorprendió porque me pidió que le escuchara en confesión.

-¿Si? –el obispo de Pamiers dio un respingo- Y...¿qué ocurrió?...

Los finos labios del cardenal Duèse se abrieron para dejar salir una carcajada al ver el gesto de sorpresa de su amigo.

-No esperarás que traicione yo un secreto de confesión, ¿verdad? Lo cierto es que después de escucharle quiso acompañarme hasta mis aposentos. Yo acepté, porque quería oír una vez más los motivos que le llevan a apoyar esas teorías de los fraticellos espirituales.

-Es lo de siempre: esa doctrina que habla de la absoluta pobreza de Cristo y de los Apóstoles.

-Así es, pero esta vez quería saber si yo estaba dispuesto a admitirla, aunque no la profesara. Eso sería suficiente para que Nicolás de Santo Eusebio se retirara; así es seguro que los gascones⁴⁹, que quieren un Papa francés y aborrecen a los Colonna, y todos los espirituales me apoyarían en la elección.

-¿Qué le contestaste?

Las pobladas cejas del cardenal se enarcaron de nuevo con un gesto duro. Duèse miró con frialdad a su amigo.

-Yo no vendo mis ideas, obispo. Recordadlo ya para siempre.

El cardenal sacó un pañuelo de seda y lo deslizó suavemente sobre su cabeza. Era un gesto instintivo con el que eliminaba las diminutas gotas de sudor que afloraban en su despoblada cabeza cuando se enfurecía. Iba a volverse con desagrado, dando a entender que no deseaba continuar la conversación, pero el obispo le cogió por el brazo disculpándose.

-Perdonad mi torpeza –la situación recomendó al inteligente obispo no apear el tratamiento a su superior en aquel momento- .Sabéis que yo pienso como,...como tú.

Jacques Duèse aceptó las disculpas de su amigo. Sabía que el obispo de Pamiers era uno de los más influyentes entre los cardenales franceses, que formaban un grupo importante, porque Clemente V había dado el capelo rojo a varios de sus paisanos gascones por voluntad propia, y a otros de diversos lugares de Francia por recomendación del rey Felipe IV, a quien debía su propio nombramiento. Jacques Fournier cambió rápidamente el tema de la conversación, sabedor de que era el único modo de hacer olvidar a Duèse su absoluta obsesión en contra de las teorías de los espirituales.

-Me han anunciado la llegada de Roberto de Anjou. Viene desde Nápoles para apoyar tu candidatura.

-¿Y el emperador Luis de Baviera? ¿Habéis hablado ya con su senescal?

-He enviado emisarios de toda confianza, pero...-el obispo se detuvo, porque temía que otra indiscreción provocara de nuevo la furia del cardenal, porque el emperador le solicitaba, para apoyar a Jacques Duèse, que le mantuviera la potestad que se había arrogado de poder nombrar él a los vicarios en el reino de Italia. Sabía que Jacques Duèse no aceptaría aquello, así que prefirió tomar el partido que le garantizara su simpatía- no hay nada que hacer, el emperador insiste en ser él quien nombre a los vicarios. Eso es algo que nunca se debería dejar hacer a un laico, ¿no te parece?

⁴⁹ El papa Clemente V, natural de Villandrant en Gascuña, había nombrado cardenales a varios obispos gascones y de otras partes de Francia, por vinculación familiar y a petición del rey Felipe IV, para fortalecer su influencia dentro de la Iglesia.

Jacques Duèse comprendió de inmediato el inteligente planteamiento que le hacía el obispo, y asintió, sonriéndole satisfecho.

Caminaron hasta los jardines en silencio. Cuando ya estaban alejados del palacio, Jacques Fournier se acercó al cardenal, y le susurró con voz queda:

-Se va a cumplir la profecía de muerte.

-¿El Rey?

-Sí.

Los ojos fríos e inteligentes de Duèse se cerraron unos instantes, pensativos. Después se arrodilló en la tierra, e invitó a su acompañante a hacer lo mismo.

-Oremos por su alma –dijo uniendo las manos y mirando al cielo.

Cuando volvían al palacio, el cardenal se acarició su afilada barbilla; al rato, murmuró:

-Habrá que hablar con su hermano Carlos⁵⁰.

En Fontainebleau se preparaba una notable partida de caza. Con ese motivo se había reunido allí lo más granado de la nobleza de Francia.

Días antes llegaban al palacio del Rey un grupo de cinco monteros solicitando ser admitidos para ayudar en las tareas de limpiar las caballerizas y cuidar de los perros. No era dable encontrar cerca de la Corte a hombres duchos en el arte de cuidar a los perros de caza, y que además supieran tratar a los valiosos caballos alazanes, acostumbrados a recibir el pienso diario bien mezclado con alfalfa o heno y a unas cepilladas expertas que dejaran sus crines relucientes.

El montero mayor del Rey observó a los gañanes: ni el gesto, ni la apariencia de aquellos, le resultaban al hombre los más adecuados para el trabajo que pretendían, pero en los últimos días había tenido que volcarse para atender mucha tarea, con escasos medios, y no estaba dispuesto a poner muchas trabas a quienes le venían como caídos del cielo para resolver sus problemas.

-Así que queréis trabajar aquí. Bueno, pero antes tendréis que demostrar que podéis manejar a los perros sin que les sirváis de alimento.

Uno de ellos se encogió de hombros, al replicar:

-Dudo que tengan tanta hambre como yo, así que será mejor que no intenten morderme, no fueran ellos los que terminaran llenando mi barriga.

Rió el montero mayor la gracia del joven, que no era sino Joel, y les acompañó a los establos.

Pedro Ovalle, Diego de Anaya, Gutierre de Monroy, el capellán Rodrigo y Joel siguieron al hombre hasta las corralizas. El gesto de Pedro Ovalle no era precisamente de satisfacción ante la tarea que les esperaba. Había aceptado a regañadientes vestir una indumentaria que olía a estiércol y que tenía más jirones que la del más ruin de sus escuderos, pero no estaba dispuesto a apalearse estiércol como un villano.

Cuando estuvieron solos, Joel trató de apaciguarlo.

-Caballero –le dijo con énfasis, tratando de recordarle que, a pesar de aquellos vestidos, él seguía considerándolo como tal-, ninguna tarea es indigna si se realiza con dignidad. Sólo aquél que necesita vestir de oropel para que los demás lo admiren, debe temer su presencia desnudo, porque perdería con sus ropajes la dignidad. Pero éste no es vuestro caso, ¿verdad?

⁵⁰ Se refiere a Carlos de Valois, hermano de Felipe IV "El Hermoso", rey de Francia.

Un poco alejado, pero no lo suficiente como para no poder escuchar aquellas palabras, el anciano maestro Rodrigo sonrió en silencio, y musitó para sus adentros: “*lástima que nuestra Orden no tuviera al frente una mente tan despierta*”. Después, dando ejemplo, se puso a apalearse estiercol, y lo hizo con tanta energía, que pronto aquella parte de la cuadra quedó despejada.

En otro lugar de Fontainebleau, la cántara Mahonia, su padre Sebastien y Lucas Craien, trataban con el mesonero de “*le Coin de le Sapin*” el albergue de aquella noche.

-La muchacha tendrá que dormir con las sirvientas y vosotros dos en el pajar. Es todo lo que tengo.

Lucas sacó de una bolsa de cuero que llevaba atada a su cintura una pieza de plata y se la dio.

-Ahí está también incluida la cena, ¿no?

El mesonero asintió mientras se alejaba mordiendo desconfiado la pieza.

Mientras calmaban el hambre con un grasiento guiso de conejo con verduras y una gran jarra de vino que olía a vinagre, escucharon la canción de un juglar que se había sentado en la mesa contigua a la suya:

*Le chevalier viens d'outremer,
Encore travaille son bataille.
Fiere et malicieuse vais tomber
Oublié de l'Ordre et de la canaille.
Un cheval royal galope,
Envers son groupe va la France,
Tiens la front sanglant et torpe,
Loin de justice et bon chance.
Environ le visage est d'un mort,
Beaux, blonde, grand et fort.
Entreprise de conquerir le monde,
Avant de tenir l'aume ronde.
Une fleure jaune et un miracle.*

Une fleure jaune et un miracle...

(El caballero viene de ultramar/ Todavía trabaja su batalla/ Fiero y malicioso va a caer/ Olvidado de la Orden y de la canalla/ Un caballo real galopa/ Hacia su grupa va Francia/ Tiene la frente sangrante y torpe/ Lejos de la justicia y la buena suerte/ Su cara parece la de un muerto/ Bello, rubio, grande y fuerte/ Empeñado en conquistar el mundo/ Antes de tener su alma preparada/ Una flor amarilla y un milagro.

Repetía machaconamente el último verso. Mahonia le miró, observando que el juglar tenía también sus ojos puestos en ella, de tal modo, que llegó a pensar que la estaba introduciendo en su canción, puesto que ella tenía el nombre de una flor, la mahonia, y su pelo era de aquel color amarillo rubio al que se refería el bardo.

-Está cantando para el loco y el bello. El *trobar clus*⁵¹ que utilizan estos trovadores andantes es un lenguaje extraño cantado sólo para los iniciados, o quién sabe para quienes –dijo Sebastien– Yo diría que al referirse al caballero que vino de Outremer identifica al Gran Maestro del Temple, Jacques de Molay.

⁵¹ Trobar clus es un término de lengua d'oc propio del Languedoc francés, con la que habitualmente se expresaban los trovadores, y significa algo así como “encontrar lo oculto”. De alguna, forma los trovadores medievales eran el equivalente más similar a los medios de comunicación actuales.

-¿Y cuál es esa batalla en la que todavía trabaja un muerto? –dijo Lucas.

-Podría ser la maldición que pronunció antes de morir. En realidad sólo se ha cumplido una parte.

Mahonia asentía a las palabras de su padre intrigada con aquel asunto.

-“Olvidado de la Orden y de la canalla”. Eso no se corresponde, pues el Maestre se mantuvo siempre dentro de la Orden.

-Se mantuvo dentro de la Orden del Temple, pero renunció a dirigir y a pertenecer a la Hermandad de la Quimera. Esa será sin duda la Orden a la que se refiere el juglar.

Sebastien tenía razón, dado que desde la muerte del Gran Maestre Guillermo de Beaujeu, acaecida durante la caída de San Juan de Acre, los maestros que le sucedieron renunciaron a pertenecer a la Hermandad que fundara su antecesor Tomás de Bèrard.

-Ése pudo ser también uno de los motivos que precipitaron su final...-sentenció Mahonia.

-El caballo real hacia cuya grupa cabalga Francia, se refiere sin duda al rey Felipe que tiene a todo el país tras de sus caprichosos deseos. Pocos tendrán su frente tan llena de sangre y torpeza, puesto que aunque sus manos no matan directamente, su cabeza ordena las muertes.

Sebastien cogió la jarra de vino después de aquella reflexión. Tras brindar por el juglar, la levantó con ambas manos, sosteniéndola sobre su cabeza hasta apurar por completo el contenido del recipiente.

Lucas esperó pacientemente a que terminara para inquirir de nuevo a su amigo sobre la enigmática canción.

-¿Por qué está lejos de la justicia y de la buena suerte?

-La justicia que él administra está lejos de serlo, pero de momento no está lejos de la buena suerte. Eso es cierto,... al menos hasta ahora.

-Esa descripción que le hace ver bello, rubio, grande y fuerte es tan clara, que no se entiende que, tan cerca de la corte, arriesgue ese juglar su cabeza entonando esa canción –dijo Mahonia, mirando ahora con simpatía al trovador.

-Hija, es posible que él sepa muy bien lo que hace y por qué lo hace. Ese ejercito que forman todos los trovadores no tiene lanzas, pero su voz hace mucho más daño, porque llega a todas partes, y suena mucho más fuerte que la de los heraldos reales.

Lucas esta vez no hizo sino reafirmar las palabras de su amigo, como si en aquel asunto ya se hubieran puesto de acuerdo con anterioridad.

-La voz de los trovadores puede decir mentiras que parezcan verdades o verdades que no lo sean tal como se interpretan, o que tengan causas que no se citan en la canción, porque no interesa que se sepan. Es tal su fuerza, que es posible que el futuro esté supeditado a ellos.

-Sí..., es posible –murmuró Sebastien, pensativo.

-La causa de conquistar el mundo sin tener antes el alma preparada, es sin duda la causa final de su muerte. ¿Verdad? -Lucas trataba de inferir finalmente que él también era capaz de interpretar el trobar clus- pero, ¿quién es el verdugo?

La muchacha sonrió, tomó el extremo de su pelo, que colgaba suelto casi hasta su cintura, y se lo enseñó.

-Yo..., yo soy la flor rubia que haré eso. Claro que hará falta un milagro –terminó, pensativa.

El bardo miró de nuevo a Mahonia, le lanzó una sonrisa de complicidad y malicia, como si comprendiera la conversación que la cántara había mantenido con

sus vecinos de mesa, luego cogió su vielle para desaparecer por la puerta del mesón como por ensalmo.

Instantes después sonaban las campanadas de completas en una iglesia próxima, mientras los soldados del Rey que hacían la ronda, entraban en aquel lugar en inspección de rutina.

-Un milagro ha librado a ese hombre de la cárcel –dijo Lucas con un suspiro de alivio.

-Sin duda..., pero posiblemente él sabía que se iba a producir –dijo sonriente todavía Mahonia.

-La Nux Vómica vuelve loco al caballo en cuanto los sudores de la galopada empapan su piel.

-¿Así lo harás? –le preguntó a Joel el anciano Rodrigo.

-Un árabe muy versado en alquimia, que fue maestro del rey Jaime durante el tiempo en que yo estuve bajo su tutela, me tuvo en especial aprecio enseñándome algunas de sus pócimas. Ésta es una de ellas, y muy eficaz, porque el animal no experimenta cambio alguno hasta que el esfuerzo del galope produce la exudación de líquidos en sus ijares.

-Pero el caballo del Rey está continuamente custodiado por el montero real. Ya has visto que incluso duerme junto a él. No será fácil administrarle esa nuez.

-Ya he visto desde lejos el pesebre de ese animal. Es muy amplio. Tan sólo hay que acertar para que la nuez caiga entre el grano que le sirven. Es tan fácil como esto.

Joel tomó una piedra del suelo del tamaño aproximado a la pequeña nuez que había enseñado a sus compañeros y la arrojó a un pozal que distaba más de veinte pasos de él. La piedra hizo un “cloc” certero en medio del pilón.

-El pulso sirve tanto para acertar con una flecha como con una piedra –rió Joel.

La ocasión se presentó propicia. Fue en un momento en que el montero real estaba azotando a un tonto con una prominente joroba, que babeaba entre los perros, enseñándoles osadamente un mendrugo de pan. El tonto había conseguido alborotar a los hambrientos animales, y el montero quiso poner él mismo un rápido remedio a la situación, espantándole de aquel lugar a latigazos.

Mientras el montero entregaba al pobre hombre a los sirvientes, que llegaban atraídos por el alboroto, para que terminaran la tarea que él había iniciado, Joel se acercó a la puerta de la cuadra donde estaba el alazán del Rey. Observó por un momento la nobleza en el gesto del animal, que volvió la cabeza hacia él, mirándolo fijamente; “*no va contigo amigo*”, le dijo susurrando. Luego lanzó la nuez venenosa, que cayó entre el grano del pesebre. El caballo sacudió ligeramente la cabeza a ambos lados cuando el objeto cayó en su comedero, pero siguió con la pación.

Mientras Pedro Ovalle vaciaba agua con una herrada en el pilón de los caballos, Joel y Diego de Anaya entretenían el tiempo mirando a unos sirvientes que jugaban a las tabas con huesos de cordero. Las tabas era uno de los pocos juegos que habían estado tolerados en la Orden, junto con la rayuela y el forbot,

mientras que los de apuestas como el tric-trac, que era un juego de dados sobre un tablero cuadriculado, y también el ajedrez, estaban prohibidos.

-¡Eh!, vosotros dos –era el montero mayor quien se dirigía a Joel y a Diego de Anaya-, id con aquel sirviente.

Entraron en el palacio por los accesos de la servidumbre. Recorrieron multitud de pasillos y estancias, hasta que el lacayo les hizo detener en un salón oscuro desde el que se oían voces y risas. Un embriagador perfume de rosas llegaba a su nariz. Poco a poco, los ojos de los templarios empezaron a acostumbrarse a la oscuridad. Miraron a su alrededor. Estaban en una habitación circular coronada por una bóveda. Las paredes estaban recubiertas de tapices de seda con bordados de motivos guerreros; en el suelo, una gran alfombra de finísima y larga lana embutía sus pies hasta ocultarlos, y, encima de ésta, cuatro sillas labradas tapizadas con piel de cabrito se disponían junto a la pared invitando al visitante a esperar. Joel colocó una en el centro y se sentó, mientras su compañero miraba en derredor. Colgando del techo, en el centro, había dos lámparas de velas de oro o “quizá tan sólo de metal dorado” -pensó Joel. Había un derroche de lujo manifiestamente preparado para impresionar a los embajadores extranjeros.

El sirviente se presentó de nuevo pasados unos instantes y les indicó que le siguieran hasta la sala situada unos pasos más adelante. En ella estaba el rey Felipe al que estaban vistiendo con el traje de caza: llevaba puesta una camisa de seda azul y, sobre ella, unos calzones de terciopelo recamados con bordados de oro. Uno de los lacayos le estaba ayudando a ponerse unas altas botas de montar de cuero. El Rey escuchaba complacido los comentarios del grupo de nobles que estaban observándole.

El sirviente, Joel y Diego de Anaya se quedaron parados a una prudente distancia donde Felipe IV les podía observar. De repente, sonó una voz metálica que Joel creyó identificar, sin recordar muy bien con quien.

-¿Vienen esos monteros o tenemos que enviar a los guardias para que los traigan?

Diego de Anaya dio un respingo e, instintivamente, se llevó la mano al costado donde debía estar su espada. Maldijo por lo bajo a Joel por aquel ridículo disfraz de labriego que le obligaba a ir desarmado, pero se contuvo al ver la tranquilidad con la que su freire se mantenía. El criado se adelantó temiendo que la cólera del monarca se cebara en él:

-Majestad, están aquí –señaló con el dedo a los dos templarios, mientras el grupo de nobles hacía hueco para que el Rey pudiera verlos mejor.

Felipe el Hermoso apenas reparó en los dos hombres; se limitó a hacer un gesto displicente con la mano para que se acercaran hacia donde él estaba. Los templarios avanzaron entre el grupo de hombres; al llegar junto al Rey inclinaron la cabeza, mientras se arrodillaban en silencio.

Dio el monarca unas palmadas y aparecieron unos criados con una gran caja de madera que tenía unos orificios del tamaño de un maravedí. Dentro, un perro empezó a ladrar enfurecido.

-Ese animal es mi perro favorito. Hoy quiero llevarlo en la jauría, pero está alocao desde anoche. Ocupaos de él.

Joel se acercó hacia la caja y miró al interior por los orificios. Unas fauces jadeantes y espumosas le salpicaron la mano. Diego de Anaya se acercó hasta él y le ayudó a cargarlo.

Cuando iban a salir de la estancia, se oyó de nuevo la voz metálica del Rey:

-¡Eh!, tú, muchacho ¿cómo te llamas?

Joel volvió lentamente la cara sin dejar de sujetar la caja, luego, le respondió con sarcasmo:

-Aldebarán, majestad... Me llamo igual que una estrella que brilla en el cielo de Burdeos.

La cara de estupor del Rey se tornó en ira, mientras Joel le decía a su compañero:

-Amigo, tendremos que correr si queremos salvar la vida. Nos han descubierto; pero yo he descubierto al asesino del Maestre Zag. Lancemos con fuerza la caja para que tengan algo con que entretenerse.

Al sujetar con fuerza la caja para lanzarla, Diego introdujo los dedos por uno de los orificios y sintió en ellos la dentellada del mastín que a poco le corta hasta los huesos. La caja cayó con estrépito, rompiéndose y dejando salir al enfurecido animal que, aunque algo aturdido por el golpe, se enfrentó amenazador al grupo de nobles. Esto dio ocasión a los dos templarios para desaparecer entre los corredores del palacio, mientras los criados acudían en tropel para atender al Rey.

Cuando llegaron hasta donde estaban los otros freires, Diego se ató como pudo la herida con un trozo de camisa para detener la abundante hemorragia, mientras Joel organizaba la huida.

-Anda presto, montero: el perro favorito del Rey se ha escapado en Palacio y, o yo no entiendo de ésto, o ese animal está rabioso. Nos han mandado a buscar a un físico que vive al final del pueblo, para que le administre algún remedio.

Antes de que el hombre pudiera reaccionar, ya estaban todos a caballo galopando hacia Fontainebleau, para perderse entre los matorrales del bosque, cuando ya los árboles cubrían la vista del Palacio.

-¿Han hecho preso a ese maldito templario? –El Rey se dirigía, visiblemente nervioso, a su secretario particular-. Debéis convocar de inmediato a capítulo general a la Hermandad de la Quimera. Tenemos que informar que ese hombre nos ha descubierto.

Maillard, que no era sino aquel Orión que siempre acompañaba a Marte en las reuniones de la Quimera, asintió con gesto de preocupación. El Rey, que gobernaba Francia con mano firme y segura, no estaba en la misma situación en el maestrazgo de la Hermandad, dado que a muchos de sus miembros les había trastornado la vil traición con la que se había hecho con el poder. El secretario del Rey temía, con razón, que la existencia de un incómodo testigo de aquellos hechos, vinculado a la poderosa hermandad de los Hijos de Salomón, terminara con dar al traste con la escasa credibilidad que mantenía a su jefe al frente de la Quimera. Así lo demostraba el hecho de que algunos de sus más ilustres miembros, como eran los reyes de Inglaterra y Portugal, hubieran pasado a la situación que se denominaba de “hermanos durmientes”, por la que, aunque seguían siendo miembros, abandonaban, mientras durara aquella situación, toda actividad en pro de la Hermandad.

-Lo peor es que ese hombre conoce vuestra identidad –murmuró, exponiendo en voz alta sus temores-; pero no creo que sea el mejor momento para hacer eso. Primero hemos de terminar la limpieza de sangre que iniciamos en Burdeos; luego reuniremos a todos, y los díscolos comprenderán que lo que habéis hecho era necesario. Eso será después de que el pueblo haya escuchado, hasta la saciedad, las trovas que los juglares del Languedoc están cantando ya por todo el orbe cristiano.

El Rey aceptó la sugerencia de su secretario: la voz de Maillard sonaba más fuerte cuando se trataban entre ambos asuntos de la Quimera; porque, en ella, la sangre del secretario era más azul que la del propio rey Felipe IV. Rara era la ocasión en que Marte no escuchara y asintiera a los consejos de Orión, como hizo la noche de los cuchillos largos para acabar con Zag y sus Hijos de Salomón en Burdeos.

-Pero mis confidentes dicen que ahora esas trovas cantan mi muerte. ¿Las habéis oído?

El secretario negó enfatizando:

-No puede ser. Fui yo quien señaló lo que se tiene que decir en esas canciones a nuestro hermano de la Quimera “*El Gran Juglar*”, y a fe que no hay un solo trovador en el Languedoc que ose contradecir esas órdenes. Sin duda se trata de un error –dijo, ya más calmado.

-Escuchad una trova que se va a cantar durante estas navidades:

*Un rey hermoso vive en nuestra tierra,
Nadie supera su fuerza ni su brío.
Inclemente condena al felón y al impío,
Dando pan al hambriento y al traidor dando guerra.
Ay de aquél que no entienda los mensajes de un dios,
Desde hoy más le vale salir de Francia en pos.*

-Es un canto a vuestra Majestad y una amenaza para vuestros enemigos, pero además lleva un mensaje que sabrán entender todos los juglares: “*la unidad de todos a vuestro lado y a favor de la Quimera*”. Los últimos versos son lo suficientemente expresivos, ¿no creéis?

Felipe IV no le contestó. Se acercó a un bargueño de fina madera oriental que estaba decorado con incrustaciones de oro y marfil. Abrió la persianilla de madera con una llavecita de oro pendiente de una cadena que colgaba de su cuello, y torció la cabeza para decirle a su secretario que se volviera de espaldas. Después, pulsó una pieza de madera y se abrió un cajoncito cuya existencia nadie habría imaginado, por lo bien disimulado que estaba.

-Ya puedes volverte –le dijo-. Entonces, ¿qué quiere decir esto? –le enseñó un pergamino en el que estaban escritos los versos del poema que se refería al loco y al bello.

Maillard leyó estupefacto el pliego. Se sentía humillado porque alguien hubiera suplantado su poder ante los juglares, *la comunicación hacia el pueblo*, el poder de convicción que, sabiamente manejado por él, había conseguido romper con la credibilidad ganada durante cerca de doscientos años de gloria, por la más poderosa Orden Militar de Occidente. Además, el Rey estaba a punto de perder la fe inquebrantable que le tenía, precisamente por lo bien que había sabido utilizar en su provecho aquella influencia en el pasado.

-Majestad, os aseguro que si algún juglar ha entonado esta trova, es un intruso que no vivirá más de un mes. Mis espías vigilan para que, se le quiebre la voz a cualquier trovador que no se haga miembro de nuestra Hermandad, porque una afilada hoja secciona su garganta y un enorme pez se traga su lengua.

-A veces el miedo provoca rebeliones y rechazos, porque el hombre recuerda que lo es y se solivianta, aunque peligre su vida. Eso puede haber roto el control que crees tener sobre esos bardos.

-Lo sé, por eso no hay hambre entre los juglares: en todas las villas encuentran un techo y un plato caliente. Además de un buen puñado de monedas – contestó Maillard.

El Rey movió la cabeza dubitativamente. Estaba ya completamente vestido para la cacería; afuera se escuchaban los ladridos de la jauría, lo que le recordó que sus invitados esperaban pacientes; por eso se encaminó con paso cansino hacia el patio, seguido a prudente distancia por su secretario.

Era un día plomizo de noviembre. Un viento helado se había levantado desde los bosques de Pont Saint Maxence, donde iba a tener lugar la montería. El horizonte estaba lóbrego y oscuro; las copas de las hayas estaban cubiertas por la escarcha matinal y colgaban formando un manto blanquecino, perdiéndose, medio ocultas, entre jirones de densa niebla.

La partida de caza había congregado a gran parte de la corte de Fontainebleau. Caballeros y amazonas lucían vestidos apropiados para la ocasión y estaban armados con arcos, ballestas y jabalinas. Tras de ellos se situaban unos monteros improvisados, seleccionados precipitadamente entre algunos criados y, junto a ellos, los halconeros reales que elevaban orgullosos, sujetos a sus muñecas, los neblís cubiertos con capirotos de piel.

Ladraban los perros impacientes presintiendo la proximidad de la partida; el Rey los miró, y lamentó que no estuviera entre ellos su favorito, que había tenido que ser sacrificado instantes antes con hartos dolores de su amo.

Cuando Felipe IV se aseguró que todo estaba en orden, subió a su caballo, llamó a su lado a Maillard y, recordando su reciente conversación, le susurró al oído:

-Las voluntades que se compran con dinero sólo son fieles mientras otro no les enseñe una bolsa que pese más.

El cuerno, que advirtió del inicio de la cacería, fue seguido de un sinfín de atabales, bocinas y trompetas.

Uno de los improvisados monteros farfulló al que estaba a su lado:

-El cielo tiene el color de panza de burra. Dentro de poco nevará.

Cuando el último batidor entró en la espesura, unos ojos escrutadores les observaban desde una colina. Los templarios habían decidido comprobar personalmente el resultado que producían los frutos de la *nux vómica* en el caballo real; además, estaban preparados para otra acción más contundente y arriesgada, si fuera necesario

-Nos dividiremos en dos grupos. Yo iré con Pedro Ovalle; Gutierre de Monroy acompañará a Diego de Anaya y al maestro Rodrigo. Nosotros nos dirigiremos hacia el regato que hay bajo aquellas lomas –dijo Joel señalando el lugar con su espada-. En esa zona se detendrán la mayor parte de esos intrépidos jinetes –sonrió, mordaz-; es posible que el Rey lo atraviese, pero, si lo hace, como espero, serán pocos quienes le acompañen.

Observó que Diego de Anaya no estaba pendiente de sus palabras.

-¿Ocurre algo, Pedro?

El templario salmantino tenía el rostro desencajado.

-No he bebido agua desde que salimos del palacio. Me angustia la sed, pero no soy capaz de probar ni un solo sorbo. Además el brillo que el sol refleja en tu espada me produce una extraña sensación de malestar. Creo que el perro que me mordió me ha transmitido ese mal que hace rabiar.

Rodrigo se acercó hacia él, y levantó la improvisada venda que cubría la mano herida del templario. Los dos dedos en que se habían fijado los colmillos del animal tenían un feo aspecto.

-Pudiera ocurrir como dices –le dijo bendiciéndolo-; yo no entiendo de esto, pero, o mucho me equivoco o esa herida ya debería estar más seca.

-Si no te encuentras bien, puedes volver a Fontainebleau y esperarnos en la posada. Vosotros dos rodearéis el bosque por aquellas choperas, por si fuera ese el camino de la partida. Ocurra lo que ocurra, todos nos encontraremos en la posada al anochecer.

Joel y Pedro Ovalle siguieron a los batidores a una distancia desde la que podían oír el ruido de las trompetas sin que se apercibieran de su presencia. A gritos, con piedras y palos, los monteros iban levantando las piezas que trataban de huir de unos árboles a otros, pero como no cesaban las pedradas ni el voceo de los guardas y los jinetes, las perdices y los faisanes no tenían tiempo de descansar. Entonces el neblí hendía el aire para atrapar entre sus garras a las aves de vuelo más pesado. No pocas, eran atrapadas también con la mano por los halconeros.

La partida fue separándose a medida que unos y otros perseguían las piezas que iban quedando más a su alcance.

Joel y Pedro Ovalle seguían a la partida que acompañaba al Rey, un grupo de elegidos y familiares, que, parodiando su protección, buscaban aprovechar la ocasión para pedirle algún favor. Felipe IV lo sabía, y no encontraba la ocasión de separarse de ellos, hasta que Maillard le apercibió de la presencia, en un alejado cerro, del que su secretario calificó como “el abuelo del bosque”.

-Majestad, tendrá al menos doce cuernas. Es un ciervo enorme; sin duda es digno de un rey.

Tentado por el objetivo y un poco ahíto de los que le rodeaban, Felipe IV se lanzó alocado tras del hermoso rumiante. Corrió, y corrió, sin que le importaran las ramas que el impetuoso galopar iba rompiendo con su cuerpo.

-El Rey se va a matar –dijo una de las primas que más le habían importunado con su conversación a los restantes jinetes y amazonas que le veían alejarse sin conseguir seguir su ritmo.

-La caza es un ejercicio conveniente para nuestro Soberano –le contestó Maillard reteniendo su montura junto al arroyo que había señalado Joel, mientras hacía señas a los demás para que le imitaran.

Miró con aire de resignación cómo desaparecía el caballo del Rey en la espesura que había al otro lado, y, con cierta parsimonia, puso a andar a su caballo, buscando, arroyo abajo, un vado por el que pudieran atravesar las damas.

-Los trabajos de la regencia exigen un elevado esfuerzo de la mente; este ejercicio restablece el equilibrio que necesita nuestro soberano. Además, mengua la saña y da buen temple a su espíritu –terminó su perorata, y vio, complacido que todos le habían obedecido y esperaban atentos sus instrucciones.

-Aminorará sus pesares, que son muchos y muy fuertes desde que hiciera matar a aquel Maestre del Temple –comentó jadeante otra de las damas.

Pronto tuvo el Rey a la vista a su presa. Se trataba en efecto de un animal enorme, y muy osado, porque, cuando vio de cerca a su perseguidor, se paró de repente observándole llegar desde su atalaya en lo alto de una colina, orgulloso y desafiante. El Rey cogió con fuerza su pica, dispuesto a enfrentar su presa, pero en el momento en que ya estaba a su altura, su caballo levantó sus manos como si quisiera realizar un salto imposible hacia el mismísimo cielo, lanzando al jinete hacia atrás y yendo a caer después sobre él, ante el asombro del ciervo que asistía impávido a tan extraño espectáculo. El animal se volvió después lentamente y se perdió entre los arbustos, mientras el Rey permanecía atrapado bajo el peso de mil libras de carne de caballo.

Joel, que lo había seguido durante toda la cabalgada, llegó junto a él dispuesto a rematarlo con un estaca de madera que cogió del suelo. El Rey le tendió una mano suplicante; el templario se quedó mirándolo, indeciso. Comprendió que aquel hombre tenía ya sus horas contadas, así que se limitó a mirarlo con la lástima que produce un moribundo; luego, intentó en vano levantar el caballo, mientras oyó a su espalda la voz de Pedro Ovalle que le urgía a retirarse:

-¡Tenemos que irnos de aquí! ¿Sabes cómo salir?

-Sí, pero antes tengo que asegurarme de una cosa –le contestó Joel acercándose de nuevo al moribundo.

-No podemos hacer nada por vos. ¿Estáis listo para comparecer ante Dios?

Felipe IV le miró con gesto dolorido y señaló hacia el animal que le aplastaba. Su caballo movía desesperado la cabeza y las patas tratando de incorporarse, mientras un río de espuma salía de su boca. A cada movimiento suyo correspondía el Rey con un gemido lastimero.

-Retirad a este animal por caridad.

-¿La misma que vos tuvisteis con los templarios y con el Maestre Zag, por ventura? ¿O acaso habláis de otra caridad, señor Marte?

El rey comprendió que estaba perdido; entonces buscó su trompa de caza y con gran dificultad la llevó a sus labios. Pedro Ovalle cogió la trompa con fuerza, arrebatándosela antes de que pudiera llamar con ella a los monteros.

-¡No, majestad! ¡No! Contestad la pregunta de mi amigo y yo mismo tocaré vuestra trompa para que vengan a ayudaros.

-Matadme ya si ésta es vuestra intención.

-Decidme tan sólo si, como creo, erais vos aquel arrogante Marte a quien conocí en un convento de Burdeos.

-Ni aunque me estuviérais desollando vivo contestaría yo a un indigno templario excomulgado como vos.

-¿Quién os ha dicho que lo fuera?

El Rey comprendió que su ira le había traicionado.

-De poco os valdrá esta información porque alguien por encima de mí se ocupará de vengarme.

Por toda respuesta, Joel tomó al caballo por las riendas y tiró de ellas hasta que las manos del animal pudieron apoyarse en el suelo; entonces se levantó, pero con tan mala fortuna, que sus cascos traseros golpearon con fuerza la cabeza del Rey.

-Mira este caballo –dijo Joel- ese no es el que el montero mayor cuidaba en el establo. Este es otro animal, pero también ha sido envenenado; está agonizante.

El caballo tenía los ojos inyectados en sangre y la mirada perdida. Movía la cabeza con fuerza a un lado y otro, como queriendo espantar sus males, mientras sus patas se volvían a entrelazar en un paso de danza imposible, que lo llevó de nuevo al suelo. Pedro se acercó a él.

-Este animal ha muerto y su jinete está a punto de seguirle. ¡Vámonos ya! Oigo voces a lo lejos. Presiento que pronto estará aquí toda la partida.

-Alguien tuvo la misma idea que nosotros y, por lo que se ve, la desarrolló mejor –dijo Joel subiendo a su caballo-. Pero, ¿quién?

-Los poderosos siempre tienen muchos enemigos. Vete a saber tú cual de ellos ha sido –dijo Pedro, mientras se alejaba de aquel lugar.

Cuando llegaron a la villa, nadie tenía noticia todavía de lo sucedido. Sus compañeros les esperaban sentados en una mesa de la taberna que ocupaba la planta baja del mesón. Una gran jarra de barro, prácticamente vacía, señalaba que llevaban allí ya bastante tiempo.

-Freires, se cumplió la profecía –dijo Joel a guisa de saludo.

Después les contó lo ocurrido.

-Traiga otra jarra mesonero, nuestros amigos vienen de lejos y merecen un agasajo –ordenó Rodrigo tomando de la manga al hombre que pasaba en aquel momento junto a él.

-Aquel extraño jorobado que apareció por las caballerizas,... se fingió loco, pero estaba muy cuerdo... él fue quien lo hizo –dijo de pronto Diego de Anaya, saliendo del ensimismamiento en que estaba sumido desde que el perro le mordiera.

Gutierre de Monroy asintió con la cabeza.

-Si él lo hizo ahora estará alejándose de aquí como alma que lleva el diablo, y, nosotros debíamos hacer lo mismo. Pluguiera la suerte que nos lo encontráramos en el camino para averiguar quien le mandó que lo hiciera –dijo Joel.

En cuanto se conociera la noticia del accidente del Rey, probablemente se ordenarían cerrar las puertas de las ciudades y villas para evitar asaltos y conjuras, y la eficaz policía se encargaría de averiguar la vida y milagros de los extranjeros que estuvieran dentro. Por ello, los templarios abandonaban Fontainebleau poco después.

No habían recorrido todavía dos leguas, cuando vieron acercarse a tres jinetes que llegaban a la ciudad. Joel reconoció de inmediato a la cátera que iba al frente.

-¡Mahonia! –gritó, sin poder controlar su alegría.

La muchacha corrió a su encuentro y ambos se abrazaron ante el asombro del grupo de templarios.

-Creo que esperabas esto –dijo Joel entregándole el anillo del maestro de la Quimera que había recibido de la condesa Claudie-. Yo ya he cumplido mi compromiso.

-Supongo que, después de lo ocurrido en Burdeos, de poco sirve –dijo la cátera con mirada triste enseñándole la sortija a su padre.

-Puede que algún día ...-murmuró Sebastien mientras guardaba la joya.

No dieron tiempo a los recién llegados para que dejaran descansar sus monturas, porque Joel les contó brevemente lo ocurrido al Rey, aquello les convenció del riesgo que suponía permanecer en Fontainebleau.

-Vamos hacia Avignon –dijo-, no sería malo que cabalgáramos juntos. Estos bosques están infectados de bandidos y ladrones que compiten en crueldad.

Lucas susurró unas palabras a la oreja de Sebastien y el cáteraro asintió.

-Vuestro amigo necesita con urgencia una cura –dijo poniendo su caballo a la altura del anciano Rodrigo-; sé de un lugar en Valence, antes de llegar a Avignon, donde uno de nuestros hermanos podrá atenderle.

Asintió el templario y se pusieron en marcha siguiendo la orilla derecha del Ródano. Después, Lucas gritó en voz alta:

-Así que hay alguien más listo que todos nosotros ¿eh? Bueno, pues ¿sabéis que os digo? Que no me importa un pimiento. Tres hurras por él.

Sólo Sebastien acompañó los gritos de su amigo Lucas, los restantes estaban algo más alejados y fingieron no oírle.

-Ni el mayor canalla merece que se brinde por su muerte –murmuró despectivo Gutierre de Monroy a Pedro Ovalle.

-No estoy de acuerdo contigo, freire. Algunos canallas merecen que se brinde por su muerte y por que estén en el infierno –le contestó el otro, recordando la muerte de su hermano.

Al llegar a Valence, Diego de Anaya estaba tiritando por la elevada fiebre. La herida de los dedos presentaba mejor aspecto, pero el templario había estado todo el viaje en un estado entre depresivo y melancólico. En las noches se levantaba a veces con extrañas alucinaciones en las que creía verse crucificado junto al Señor, y cuando se despertaba, lo hacía irritado contra todos sus compañeros, como si le molestara que hubieran interrumpido su sueño.

El cátrato al que habían acudido en auxilio de su compañero, era otro de los que llaman en esa religión los *perfectos revestidos*, algo así como sería un obispo para los católicos. Solía acontecer que estos hombres no sólo curaran el alma, sino que también tuvieran algunos conocimientos de medicina y herboristería con los que trataban las afecciones del cuerpo de sus paisanos.

-Este hombre tiene *la rabia* –dijo en cuanto lo vio-; la enfermedad está ya en un estado muy avanzado. Nada puedo hacer por él, salvo rezar por su alma.

Diego le miró irritado por el pesimista diagnóstico que le hacían.

-Córteme los dedos, la mano o el brazo, si es necesario. Pero quítame este mal que me ahoga –decía esto con la boca completamente abierta para dejar fluir la saliva y no tener que tragarla, porque los espasmos de la garganta se lo impedían.

-Hermano, si hiciera eso morirías manco, pero morirías igualmente. No debes temer a la muerte, porque ella es sólo una circunstancia. Es más, es la puerta a una nueva vida, mejor y más perfecta que ésta, porque en ella tu alma ya habrá recorrido una parte más del valle de lágrimas por el que debemos pasar todos.

El anciano Rodrigo asentía a las palabras del *perfecto*, y añadió:

-Cuando se comprenden esas palabras se empieza a ser feliz. Lástima que a veces deban pasar muchos años para ello.

Por un momento pareció que Diego de Anaya comprendía y aceptaba melancólico su destino, pero un repentino sudor le invadió, y como si las alucinaciones de la muerte se presentaran ante él, dijo:

-Explicad vuestras palabras a estos malditos monstruos que me persiguen. Ved cómo se ríen de ellas –señaló con los ojos perdidos a unos seres invisibles que le estuvieran cercando.

El improvisado médico tuvo lástima del enfermo y le aplicó una bizma de aguardiente y mirra en la mano, que le calmó momentáneamente.

Cuando se marchaban, el *perfecto* entregó unas hierbas maceradas a Rodrigo, después bendijo a los tres cátratos, mientras los templarios les observaban reverentes.

-Buen camino, hermanos. Dadle ese emplasto al enfermo cuando tenga mucha fiebre; al menos, eso lo calmará.

Una semana estuvo Felipe IV agonizante, sin recuperar la conciencia, en su palacio de París. La noticia de su muerte se extendió en pocos días de casa en casa, de ciudad en ciudad. Los que habían sido sus súbditos hacían corrillos animados en los que comentaban: “*Un gran ciervo le corneó...*” decían unos, otros hablaban de un veneno que le hubieran administrado con la comida. Pero la que caló más entre las gentes fue la de que “*dos templarios le habían acechado mientras cazaba, para, en un momento en*

que se encontraba solo, abalanzarse sobre él golpeándolo con saña, mientras le recordaban al Gran Maestre Jacques de Molay”. Murió el 24 de noviembre de 1314 a los 45 años de edad y veintiocho de reinado, cuando todavía no se habían cumplido nueve meses desde la muerte del Gran Maestre del Temple. El niño que se engendrara en París, cerca de aquel Palacio, el día 18 de marzo de aquel año, seguiría todavía en el vientre de su madre, porque no habían aún nueve meses.

Maillard sudaba copiosamente, aunque el clima exterior era gélido. Estaba en la antesala de uno de los palacios de París, donde se había convocado un capítulo extraordinario de la Hermandad de la Quimera, cuando acababan de llegar dos de los miembros de la Hermandad y el “Guardián del Templo”, como llamaban al hermano encapuchado que estaba a cargo de la puerta del salón principal. Le preguntó:

-Todavía no podéis pasar vos. ¿Quiénes son los recién llegados?

-Son hermanos de Avignon -respondió lacónicamente, sabiendo que los recibirían antes que a él-. Id a anunciar su llegada.

-*¿Quid faciebat Deus, antequam faceret caelum et terram?* -le iba preguntando el Guardián a cada uno de los que llegaban.

-*Antequam faceret Deus caelum et terram, non faciebat aliquid. Ante caelum et terram nullum erat tempus, non enim erat tunc ubi erat tempus* - le contestaban.

-Desde la última reunión no se ha cambiado esa clave -murmuró Maillard desde su sillón, para que el Guardián le oyera. Pero el hombre se limitó a encogerse de hombros.

Un buen rato después, se abrió la puerta y alguien desde dentro susurró algo al oído del Guardián.

-Ya podéis pasar -le dijo-, pero vestíos antes; -le hizo pasar a un pequeño cuarto donde había túnicas blancas y capirotos del mismo color que tenían unos orificios por donde se podía ver.

Maillard se alegró de poder cubrir su rostro sudoroso. Estaba preocupado porque tenía que explicar que alguien había presenciado el accidente del Rey, y había estado junto a él. Y lo peor era que temía que hubiera sido aquel templario que osadamente se había atrevido a entrar en el mismísimo palacio de Fontainebleau.

Cuando entró en la estancia, ésta estaba casi a oscuras. Apenas unos hachones cubiertos por telas negras dejaban pasar unos rayos, que permitían adivinar dónde estaban sentados los Hermanos. Uno de ellos le indicó una silla en medio del círculo que formaban los congregados.

-Hermano Orión, tenéis algo que decir, supongo.

Era una voz metálica, desconocida para Maillard; aquello le sorprendió, porque esperaba que hubiera sido el Maestre quien se dirigiera a él. Maillard confiaba en el Hermano Oso, como llamaban al nuevo Maestre en las reuniones.

-Hermanos, poco puedo deciros salvo que yo estuve al lado de nuestro Maestre Marte como se me ordenó. No se puede prever un accidente tan estúpido - sintió de inmediato que se había equivocado al utilizar aquella calificación, pero no tuvo tiempo de corregirla.

-Sólo un inepto calificaría lo ocurrido como un accidente y sólo un mentecato lo describiría así -salid de inmediato de este lugar y no volváis nunca más.

Maillard sintió que se le helaban las carnes, la salida de la Hermandad sólo tenía un destino, y él lo sabía: la muerte.

-¡Perdonadme, Señor! os lo imploro. Haced de mí el más humilde de los hermanos, relegadme a las tareas de más oprobio, pero no me expulséis...

El Maestre consultó en voz baja a los que estaban a su lado; después, como aquellos asintieran, le hizo un gesto condescendiente a Maillard para que se sentara en una silla junto a los demás.

-No toleraremos errores como éste. Los Hijos de Salomón han dejado su huella en este magnicidio y tras ellos están esos templarios renegados que se les han unido. Nuestra Hermandad precisa más que nunca la unión y la fuerza para corregir viejos yerros, porque el difunto maestre Marte se equivocó al despreciar a esos *maçons*, que, a la postre, han demostrado ser más fuertes que él. Por eso, yo propongo que tratemos de unir de nuevo a ambas Hermandades. Al menos hasta que encontremos ese libro con las profecías de San Malaquías –una sonrisa maliciosa se detectó en el tono de su voz.

Un rumor de desconfianza se extendió entre los reunidos, pero nadie se atrevió a tomar la palabra. Temían un nuevo arrebatado de ira por parte del Maestre como le había ocurrido durante la intervención de Maillard.

-¿Qué dices tú, Hermano Júpiter?

Era a uno de los que estaban sentados a su lado al que se dirigía.

-Creo que..., como casi siempre, Señor, tenéis razón.

Se hizo un silencio que el Oso rompió con una carcajada, a la que se fueron uniendo todos los demás reunidos.

-Muy bien, muy bien...-dijo todavía riendo el Oso-. Tú, hermano Orión, te ocuparás de que los juglares, a quienes tanto presumes controlar, escriban poemas, trovas, cuentos y leyendas divulgando las virtudes del Rey y dejando claro que fue un accidente lo que terminó con su vida. Ningún trovador debe cambiar esa visión de lo que ha pasado sin que sufra una calamidad de inmediato. También deberán hablar del cardenal Duèse y alabar sus virtudes, éste es un tema importante que todavía no hemos resuelto, hermano Júpiter. Vos deberéis ocuparos de él sin pausa, hasta que se resuelva adecuadamente.

Los aludidos asintieron y, después de los ritos finales, abandonaron el palacio en pequeños grupos.

El jorobado miró hacia atrás, vio dónde estaban los que le perseguían y sus manos apretaron con fuerza las riendas. Tenía miedo, pero ya no podía retroceder. Pensó en el obispo otra vez, espoleó su caballo, que cruzó a galope corto toda la explanada que se extendía entre el claro de árboles, y se metió entre una maraña de enebros, que azotaron sus piernas como látigos.

Cerca ya de Avignon, coincidió en una posada con los templarios, a quienes reconoció de inmediato, pero, por suerte para él, antes de que ninguno de ellos se percatara de su presencia. Ya iba a conseguir salir de allí sin que le vieran, cuando la fortuna le abandonó, porque Diego de Anaya, cuyo estado empeoraba de día en día, le había reconocido desde un rincón de la cuadra, donde, oculto entre el heno, hacía sus necesidades.

El tiempo que tardó el freire en reponer su vestimenta dignamente para correr a alertar a sus amigos, fue el margen con el que pudo contar el jorobado, escaso, pero suficiente sin embargo, para permitirle llegar frente al largo puente que atraviesa el Ródano y da acceso a la ciudad papal, aunque ya con sus perseguidores a la vista.

Capítulo XI . Marte, el planeta Rojo

El jorobado enseñó un documento al sargento de la guardia que protegía la entrada y éste le abrió paso de inmediato. Cuando los templarios consiguieron pasar aquella traba, le vieron a lo lejos, apenas terminaba de cruzar el puente y se perdía de vista entre las callejuelas de la ciudad.

El falso tonto había tenido también expedita la entrada a la puerta principal de la muralla, que estaba al otro lado del pontón, y sabía que allí sus perseguidores deberían entretener cierto tiempo. Satisfecho de haber dado de lado a Joel y los suyos, penetró en un lujoso palacete que estaba cerca del castillo del Papa.

-Busco a su ilustrísima –dijo al criado que salió a recibirle.

El hombre le miró de arriba abajo, poco convencido de que el obispo quisiera cuentas con tamaño personaje, pero le preguntó con amabilidad.

-¿A quién debo anunciar?

-Decidle tan sólo que quiere verle el juglar que rompió su vielle. Él me recordará.

Algo confuso el criado por aquella extraña explicación, invitó al recién llegado a que se sentara en una estancia lujosamente decorada, cuyas paredes estaban completamente revestidas de enormes espejos cóncavos. La imagen que despedían hacían casi imperceptible la deformidad en la espalda del visitante, al alargar su figura, y el jorobado se recreó en su contemplación.

En esa tarea estaba, cuando apareció un clérigo que vestía una elegante sotana de seda roja.

-Así es que se os rompió la vielle –saludó el clérigo, sin acercarse, al jorobado.

-Con ella ya no se volverá a tocar, ilustrísima, podéis estar seguro.

El clérigo sacó de entre sus ropas una bolsa de cuero, que se veía bien repleta, y se la entregó.

-Creo que con esto tendréis para compraros una nueva. Y ahora id presto a por ella, un juglar debería estar cantando a estas horas las noticias que la gente espera conocer ¿no creéis? –le dijo abriendo una puerta disimulada entre los espejos- vuestro corcel estará bien cuidado en nuestras caballerizas, hasta que deseéis salir de la ciudad.

El jorobado dudó por un instante si le convenía advertir al obispo de que había sido seguido por el grupo de templarios, pero pensó que aquel suceso empañaría su trabajo, y prefirió obviarlo. Se limitó a asentir con un movimiento de cabeza; miró una vez más su imagen estilizada por la concavidad de los espejos, y se retiró por el corredor que le señalaba el obispo. Aquel pasaje le condujo hacia una de las puertas traseras del palacio, que desembocaban en una calle muy estrecha, próxima a la plaza del mercado.

Anduvo errando por las calles, temiendo encontrarse de nuevo con los templarios. Cuando estuvo alejado del palacio, en una zona solitaria y al abrigo de miradas indiscretas, sacó la bolsa de cuero y comprobó, codicioso, su contenido: Era un buen puñado de pesantes de oro. Calculó que habría cerca de cien.

-Podré comprar muchas vielles con esto –rió satisfecho.

Joel y sus amigos se dirigieron en primer lugar a la casa de Lucas, donde se quedó aquél con Sebastien y Mahonia al cuidado de Diego de Anaya, cuyo estado había empeorado ostensiblemente: la fiebre y los temblores que sacudían su cuerpo habían ido

en aumento y nada parecía poder aliviar la terrible sed que sufría el templario salmantino.

Joel salió acompañado de los demás en busca del jorobado. Anduvieron largo rato por las calles y tabernas de la ciudad sin que nadie diera señas de su existencia.

-Parece que se lo hubiera tragado el Ródano –dijo Gutierre de Monroy, cansado de la inútil caminata-, creo que merecemos un buen trago para pasar el polvo del camino.

Se dirigió hacia una taberna de la que salían olores fétidos. Los otros le siguieron. No habían sonado todavía las campanas que indicaban la hora sexta; el lugar estaba casi vacío, tan sólo había un marinero que dormitaba con la cabeza apoyada sobre la mesa y dos comerciantes que cuchicheaban sus negocios con voz queda.

El tabernero se acercó sonriente frotándose las manos con el delantal:

-Buena parroquia es siempre bienvenida –dijo-. ¿Desean sus señorías probar un borgoña que haría feliz a Noé?

Pedro Ovalle asintió: al templario le gustaba el buen vino y presumía de ser un buen entendido en caldos, no sólo los del Duero, que en su opinión eran los mejores, sino también los del valle del Ródano y del Rin, tan alabados estos últimos por los caballeros teutónicos.

Un rato después, Joel le dio un codazo a Gutierre de Monroy, que estaba sentado a su lado, haciéndole un gesto con la mirada.

-No mires ahora hacia la puerta, amigo, pero creo que la suerte nos viene a visitar.

Estaban en un extremo de taberna escasamente iluminado. El lugar se había ido llenando de gente, a medida que los tejedores, tapiceros y canteros de los barrios más próximos daban término a la jornada de trabajo, buscando un lugar de encuentro y regocijo.

-Parece que nuestro amigo es un juglar. Sólo me falta que además desafine cantando una de esas jerigonzas con mensajes que nadie entiende.

-Gutierre, esas jerigonzas como dices, están muy bien estudiadas y quien tiene que entenderlas las comprende perfectamente. Pero veamos que es lo que nos cuenta éste –le contestó Joel mirando de reojo al jorobado.

Algunos de los parroquianos acercaron sus tajos formando un círculo alrededor del jorobado. El hombre les sonreía, complacido de la atención que había despertado sin tan siquiera haber rasgado una sola cuerda de su vielle. Se había sentado el juglar de espaldas a la mesa de los templarios, bastante separado de éstos, por lo que los caballeros no tuvieron que esforzarse mucho para pasar inadvertidos.

*Un Rey montaba a caballo,
Nunca nadie le alcanzó.
Iba oculto bajo un palio
Detrás del blanco pastor.
Adivina caballero: quién será el rey venidero,
Dónde está la vanidad, y dónde guardó el dinero*

-Ahí tienes el mensaje: “unidad”. No es la primera canción que envía ese enigma. Se diría que estos cantores de gestas están llamando a diversos grupos a unirse –dijo Rodrigo.

-Pudiera ser... –Joel recordó de pronto el proyecto del judío Zag para unir a las hermandades de la Quimera y de los Hijos de Salomón-, pudiera ser –repitió.

Al cabo de un buen rato, cuando ya el mesonero había llenado cuatro veces la gran jarra de barro de un buen vino borgoñón, los templarios se levantaron para seguir al jorobado, que había salido unos instantes antes con la bolsa bien repleta de las monedas de plata recibidas de los entusiastas espectadores.

-¡Pero mirad quien está aquí! –dijo riendo Gutierre de Monroy, plantándose frente al jorobado.

Se había adelantado por una de las callejas y apareció frente a él al doblar una esquina.

El juglar, sorprendido y aterrado, iba a dar media vuelta dispuesto a salir corriendo, pero comprendió la imposibilidad de aquel camino cuando vio acercarse por él a Joel y a los otros dos templarios.

-Nos vas a acompañar, amigo. Por las buenas o por las malas: tú eliges –le dijo Joel, enseñándole una afilada daga que empuñaba en su mano derecha, medio oculta entre su capa.

-¿Qué me vais a hacer? ¿Qué queréis? –contestó el hombrecillo mirando desesperado hacia el fondo de la calle, confiando en que aparecieran los soldados del Papa que hacían la ronda.

Gutierre le empujó para que se diera prisa, temiendo también que pudieran llegar los soldados. Pero el trayecto hasta la casa de Lucas era corto y por aquella zona era raro ver a las rondas.

-Bueno, ahora tienes dos opciones: contestas a nuestras preguntas o te bañas – le interpelló Joel cuando ya estaban en la casa.

Como quiera que el jorobado hizo un gesto de extrañeza, el templario aclaró sus palabras.

-Te bañas en el Ródano dentro de un saco lleno de piedras. Eso es lo que quería decir.

Gutierre de Monroy intervino:

-Vamos, Joel, que el muchacho está limpio. No debe hacer más de un mes que se ha bañado. ¿O me equivoco, quizá?

Rió sus propias palabras, haciendo con sus dedos una pinza en su nariz con gesto expresivo.

-Ves, mi amigo parece que insiste en lo del baño, pero yo estoy dispuesto a que conserves tus inmundicias si respondes rápido y claro a mis preguntas. ¿Estamos?

La cara aterrorizada del jorobado fue la expresiva respuesta.

-¿Quién te envió para que envenenaras el caballo del Rey?

O no esperaba aquella pregunta o le sorprendió que Joel conociera aquel extremo. El caso es que les explicó que un clérigo a quien no conocía de antes, le había ofrecido unos cuantos pesantes de plata –mintió temiendo que le exigieran también aquello-, para que echara en el pesebre del caballo del Rey una pócima que el de la sotana le entregó.

-¿Cómo pudisteis entrar en el palacio? –preguntó Pedro Ovalle.

-Yo había estado allí a menudo para entretener a los visitantes con mi música.

Iba a decir algo Gutierre sobre la calidad de su música, pero se contuvo para no retrasar la confesión del juglar.

-Sabía que el Rey tenía dos caballos favoritos, así que eché la mitad de la pócima en cada uno de ellos.

-Así que acertaste –murmuró Joel volviéndose expresivo hacia el maestro Rodrigo-. ¿Dónde podremos encontrar a ese clérigo?

El jorobado bajó la cabeza dubitativo y no dijo nada. Pareció haber recordado de repente el riesgo que estaba corriendo al hacer aquella confesión.

-Muy bien, mañana nos acompañarás allí. Después te dejaremos libre –no estaba muy convencido Joel de que lo fuera a hacer de buen grado, pero consideró prudente dejar que la noche le hiciera meditar sobre el riesgo que correría en otro caso.

Aquella noche, tres encapuchados llamaron a la puerta de la casa de Lucas Craien. Una voz dentro de la casa preguntó quien era:

-*Quadusque ad sanguinis effusionem.*

-*En defensa de la fe y de Jesucristo* –contestó el de dentro franqueando la puerta.

La Hermandad de los Hijos de Salomón utilizaba el dicho latino que justificaba la vestimenta roja de los cardenales: “hasta el derramamiento de tu sangre”, eran las palabras con las que recibían los nuevos príncipes de la Iglesia la birreta y el capelo cardenalicio. Y nunca mejor aplicada la contraseña que en aquel momento en que eran tres los cardenales que la pronunciaban: Nicolás de Santo Eusebio, Arnaldo de Santa Sabina y Arnaldo de Santa Prisca.

Lucas, que era quien les había abierto la puerta, les acompañó hasta la sala donde estaban los demás.

Los templarios, al reconocer a los cardenales que habían hecho el último interrogatorio del Gran Maestre, prorrumpieron en imprecaciones sin destino:

-¡Malos lobados...! –dijo Diego de Anaya que estaba tumbado en un escaño de nogal y tenía una voz y un aspecto desolador.

-¡Que el diablo se lleve mi alma si permanezco en esta casa un instante más...! dijo el anciano maestre Rodrigo.

Lucas levantó la voz para acallar a sus amigos.

-Hermanos: no juzguéis y no seréis juzgados, dijo el Señor. Lo que pasó, pasó, y ya hoy no tiene remedio, pero os aseguro que tampoco lo hubiera tenido el día de San José, si los interrogadores hubieran sido otros cardenales o el mismo Papa Clemente V. El Rey ya había decidido terminar el episodio que iniciara siete años antes, cuando mandó detener a todos vuestros freires de Francia.

Rodrigo le interrumpió.

-Jacques de Molay no quería salvarse él, pero al menos esperaba que el Papa le dejara morir dentro de la Iglesia. Una Iglesia por la que el Temple ha luchado durante doscientos años.

-Nadie discute eso ahora, hermano –dijo de nuevo Lucas-, pero hay una nueva meta en nuestras vidas que continuará la leyenda y luchará por los objetivos del Temple: nuestra Hermandad de los Hijos de Salomón, y a través de ella la hermandad de todo el mundo, sea cual sea el color de su piel, de su religión o de su dinero –remarcó la última palabra- .Eso es por lo que habéis luchado y por lo que nuestros hermanos cardenales luchan también.

Rodrigo frunció el ceño con desconfianza, pero se calló. Diego de Anaya seguía jurando y blasfemando en voz baja desde el escaño, pero los demás parecían hacerle caso omiso.

-Nosotros...-se excusó dubitativo el cardenal Nicolás, que no parecía esperar aquel recibimiento-, nosotros no podíamos hacer nada desde el momento en que el Señor de Molay se volvió atrás de su confesión anterior. La relapsia siempre se condena con la hoguera. Nosotros..., no podíamos hacer ya nada –terminó con voz más firme.

-Bien, hermanos, olvidemos eso. Ya han pagado bien caro los culpables. Ahora tenemos que evitar que las riendas de la Iglesia vayan a manos de otro Papa que pueda recaer en esos terribles errores –era Joel quien tomó la palabra, a sabiendas de que,

siendo él directamente afectado por la muerte de su padre en la hoguera junto al Gran Maestro, los otros se calmarían.

Nicolás se dirigió a Lucas:

-Nos has mandado llamar porque tenéis preso al asesino del Rey, ¿verdad?

El cátaro asintió, y le relató el interrogatorio al que habían sometido al jorobado.

-Si está aquí, querría ser yo quien le interrogue también –dijo el cardenal Nicolás.

Trajeron al jorobado ante los tres cardenales, con las manos atadas con fuertes cuerdas. Al ver sus sotanas rojas, su cara se encendió en una sonrisa de satisfacción, pensando quizá que vendrían a pagar su rescate. Fue un gesto efímero, justo hasta que el cardenal de Santo Eusebio se dirigió a él con voz firme y acusadora:

-Los asesinos no sonríen –dijo-, pero vuestra alma se aliviará si nos indicáis quien es ese clérigo que os encargó tal felonía.

El juglar le miró confundido, después se limitó a encogerse de hombros, como si poco le importara lo que pudieran hacer con él.

Gutierre se levantó de su asiento y se plantó frente al juglar con la espada en la mano:

-Seguro que yo te puedo hacer recordar –puso su espada en el cuello del jorobado-. Empieza por donde lo dejaste antes, y mira que tengo el brazo deseando desentumecerse.

Al jorobado parecía que le hubieran cortado la lengua de pronto o que la presencia de los tres clérigos le hubiera devuelto el coraje. Tal era su actitud decidida a morir sin pronunciar palabra, que Gutierre retiró su espada sorprendido del repentino valor de aquel hombre.

-¿Nos vas a acompañar mañana a ver a ese clérigo? –intervino Joel con tono conciliador.

El hombrecillo sonrió satisfecho por saberse respetado, y negó con la cabeza.

Le llevaron de nuevo al cuarto de la bodega, donde le volvieron a encerrar después de soltarle las manos.

-Seguramente ha mentido –dijo Lucas-. Si no ¿a qué viene esa cerrazón que ahora exhibe? No parece ni un héroe, ni un mártir, más se diría que es uno de esos bandidos que se creen generales porque han vencido a un caballero en una emboscada.

-Puede ser, pero, sin duda, el haber logrado con astucia matar al Rey de Francia sin que nadie le acuse públicamente de ello, es una gran victoria –dijo Mahonia desde una esquina- y ahora la está saboreando.

Las cábalas y disquisiciones sobre lo que procedía hacer para averiguar quién había armado la mano del juglar duraron varias horas, sin que a ninguno se le ocurriera una propuesta convincente. Después, el cardenal Nicolás se sinceró sobre sus dudas respecto al resultado de los interminables cónclaves, que no concluían nunca con la esperada fumata blanca.

-Creo que hoy tenemos más apoyos que el cardenal Duèse, pero no son opiniones firmes. Nunca lo son cuando se trata de asuntos de tanta importancia –dijo-; pero observo que de un día a otro quien hoy me apoya a mí y ayer lo hacía por el cahorsino, vuelve a tornar a él.

-Mañana pueden volver a apoyaros a vos –musitó Arnaldo de Santa Sabina-, pero como el voto es secreto, nunca sabremos si en la votación lo hicieron a favor de uno o del otro.

-Se pueden contar los votos. Si falta alguno sabremos quién ...-no pudo terminar su razonamiento el cardenal de Santa Prisca, porque el otro Arnaldo le interrumpió con gesto severo.

-Hay algo que puede decidir a los que dudan –dijo-. Sabemos que hay una profecía, de la que se habla a hurtadillas, que relaciona los futuros Papas con unos lemas. Ese “senescal” de Duèse, me refiero al obispo Fournier, afirma que el próximo Papa será hijo de un zapatero, eso es lo que se profetizó para él. Si lo pueden probar, ganarán la votación, porque ya ha dado a conocer a los que lo ignoraban, que Jacques Duèse es hijo de un zapatero de Cahors.

Los templarios le escuchaban con interés, incluso Diego de Anaya había callado su perorata para escuchar con atención las palabras del cardenal.

Lucas se dirigió a Joel:

-Hermano, debes decirnos lo que sabes sobre ese asunto. Tú estuviste en el capítulo de Burdeos y es bien seguro que la muerte de nuestros hermanos tuvo causa en conocer algún secreto que no debía trascender, como el que ahora nos ocupa.

-Así es –dijo el joven templario-. Parece que nuestra Orden ha sido custodia durante doscientos años de un manuscrito de San Malaquías que contiene esas profecías. En este tiempo se ha venido cumpliendo que todos los Papas que ha habido correspondían a las predicciones del Santo. Pero ahora ese manuscrito ha desaparecido y la Hermandad de la Quimera lo busca para apoyar la prelatura de Jacques Duèse. Al menos eso es lo que quería Marte, su último maestro.

-Y cuál es la predicción para el sucesor de Clemente V –preguntó con vivo interés el cardenal de Santo Eusebio.

-*De suttore osseo*. Al menos eso dijeron en Burdeos, porque yo no he leído el libro. Ni siquiera sabía de su existencia hasta aquella maldita encerrona.

-O sea que ese lema pudiera ser una invención interesada de los que apoyan al cardenal Duèse.

-Muy bien pudiera serlo –dijo Joel con convicción.

-Nosotros tenemos que encontrar ese libro antes de que alguien pudiera manipularlo –dijo Arnaldo de Santa Sabina.

-¿No lo escribieron hace ya mucho tiempo? No se pueden cambiar los Papas que ya fueron elegidos –murmuró interrogante el cardenal de Santa Prisca.

Las campanadas tocando a completas que sonaban en aquel momento en los campanarios de iglesias y monasterios, hicieron que el cardenal de Santa Sabina decidiera dar por no oídas las palabras de su compañero. En su lugar se dirigió al cardenal Nicolás:

-Creo que no es prudente que caminemos por las calles a estas horas. La ronda podría detenernos y sería muy embarazoso tener que explicar nuestro paseo nocturno. ¿No creéis?

El cardenal asintió. Lucas dispuso, pues, que les alojaran en su propio dormitorio y en el contiguo, que estaba destinado para el cátaro Sebastien.

Cuando a la mañana siguiente se despertaron, dos gargantas ya no respiraban.

Tumbado en el escaño del salón, de donde apenas se había movido desde que llegaron, Diego de Anaya aparecía inerte, consumido finalmente por aquella terrible enfermedad.

En el improvisado calabozo del desván, el jorobado aparecía tumbado en el suelo en una extraña posición: estaba boca arriba con los ojos abiertos mirando al techo. Cuando Joel le golpeó levemente para que reaccionara, comprendió que ya no lo haría nunca más. Su rostro no reflejaba dolor, sino que parecía haber quedado tallado para siempre exhibiendo una amplia sonrisa de triunfo.

-Parece que lo hubiera deseado –dijo Joel a Mahonia, que miraba horrorizada el cadáver.

Los clérigos se despertaron por el revuelo que había producido la noticia, y abandonaron el lugar precipitadamente. En parte lo hacían para no tener que justificar una más larga ausencia; pero también, porque querían evitar verse inmersos en la eventual investigación por la muerte del juglar, si es que alguno de los presentes se decidía a denunciarla, lo cual era más que dudoso.

Poco después de que los cardenales salieran de la casa, un carro cargado con sacos de harina, entre los que iba el cadáver del jorobado, subía el camino del Durance desde cerca de su desembocadura en el Ródano hasta casi cuatro leguas arriba. Allí, en un blanquizal de greda que cubría otras capas de arena blanda y profunda, excavaron una tumba, en la que depositaron el cadáver del hombre envuelto en unas sábanas, que hicieron de improvisada mortaja.

-Dudo que nadie le vaya a echar de menos –dijo Joel, santiguándose después de cubrir el hueco con tierra.

Cuando volvieron a Avignon negociaron una tumba cavada en el atrio de la Iglesia de San Juan con los frailes carmelitas, que eran los custodios del lugar, y en ella enterraron al templario según la costumbre: vestido con la blanca clámide de la desaparecida Orden, con su espada sobre el pecho, sujeta con ambas manos por la hoja para convertir el arma en cruz, y cubierto con sus mejores vestidos, que clavetearon en la tabla sobre la que se depositó el cadáver.

De regreso a la casa de Lucas, nadie parecía atreverse a romper el tenso silencio. Fue finalmente Joel quien lo hizo:

-Si alguno de vosotros cometió ese crimen, debe confesarlo ahora. Yo estoy dispuesto a perdonarlo.

-Parece que tú te excluyes de inicio. ¿Tienes alguna bula que te exima de ser también un sospechoso? –Pedro Ovalle parecía volcar en su freire el dolor por la muerte de su amigo Diego.

Joel no contestó, alejándose del hogar donde se habían sentado todos, excepto Mahonia, que estaba al otro extremo de la sala. La muchacha rodeó su cintura con sus brazos, apoyando su cabeza en el pecho del joven, luego abrió su puño y le enseñó una pequeña semilla pulposa.

-Es un fruto del tejo –le susurró a la oreja, mordeándole cariñosa-, esto es lo que ha producido la muerte de ese infeliz.

-¿Cómo lo sabes? –le preguntó el templario cogiendo el pequeño fruto entre sus dedos, mientras los demás hablaban ajenos a ellos.

-Encontré esta semilla en el suelo a la puerta del cuarto donde estaba encerrado. Alguien debió macerar unas cuantas para servirselas con su comida anoche.

-Entonces, quien le llevó la comida, ése fue, ¿no es así?

-Pero es que fui yo quien le sirvió la cena después de que se negara a contestar vuestras preguntas. Alguien tuvo que volver después para envenenarlo. Salvo que la echaran en la comida que yo le serví...-se quedó pensativa, tratando de recordar, para luego decir de pronto:- bien, creo que es mejor dejar de lado este asunto antes que sospechar de nuestros hermanos.

-Sé quien puede decirnos algo sobre ese manuscrito –dijo elevando la voz el maestro Rodrigo-. No deberíamos perder ni una jornada más si es tan importante para la elección del nuevo Papa. Uno de nuestros hermanos, Sesentaydós le llamamos, fue uno de los últimos en visitar al Gran Maestre en la cárcel de París. Contaba con la confianza del Señor de Molay, así es que, si alguien puede saber algo de ese libro, es él. Tuve

noticias de que estaba en nuestras tierras de Salamanca, muy próximo a Portugal, viviendo solitario como un anacoreta.

Todos estuvieron de acuerdo en la propuesta, dado que ya no había posibilidad de avanzar en las pesquisas para averiguar quien había sido la cabeza directora del regicidio.

Mahonia les acompañó. Había decidido no separarse más de Joel. El joven caballero se sentía feliz por tenerla de nuevo a su lado. En las largas marchas que hubieron de hacer hasta Salamanca, fueron muchos los momentos en que juntos se alejaban de los demás para demostrarse aquel afecto que ambos sentían y que deseaban comunicarse en cuanto tenían ocasión.

Ninguno de los freires, ni siquiera el anciano Rodrigo, parecía mostrar repulsa hacia una relación que entendían lógica, y entonces justificada, cuando con la disolución de la Orden por el Papa se podía entender incluida la dispensa de los votos que habían prometido los templarios al ingresar en ella. Aquella inesperada libertad era una sensación aceptada por todos, salvo por Pedro Ovalle, que era el único que se veía huérfano con la nueva situación, y estaba deseoso de poder encontrar una nueva grey donde volcar su vocación de monje guerrero. Gutierre de Monroy sabía que estaba condenado a rehacer su vida ya como seglar, aunque gustara de unir sus fuerzas para apoyar las causas que fueran objetivos del Temple.

Una noche, cerca ya de Salamanca, cuando los últimos rayos del atardecer encendían los líquenes de las copas desnudas de los robles, la muchacha se acercó a Joel, que volvía con una brazada de leña y helechos secos para la lumbre. Cogió ella también unas ramas y le acompañó

-Quiero hablar contigo.

Dejaron la broza junto al fuego y se alejaron por el mismo camino hasta unos canchales a la vera de un arroyo.

-¿Qué vamos a hacer? –le preguntó, mirándolo interrogante, con sus ojos almendrados fijos en los del joven.

Siempre se turbaba Joel cuando ella le miraba de aquel modo, por eso torció la vista para observar el agua del arroyo, que corría libre y cristalina.

Su corazón le decía que debía correr un velo negro hacia el pasado y vivir junto a aquella mujer. Tendría que luchar duramente para poder alimentarla a ella y luego también a sus hijos, si los tenían; pero eso no le preocupaba: él era un gran cazador y cualquier noble le contrataría como montero para vigilar sus cotos. Sin embargo miró a lo lejos donde estaba el vivaque junto al que se calentaban los otros templarios, y el pasado se convirtió en presente: ahora él era el comendador de aquel grupo, había aceptado el nombramiento y sabía que nada harían los otros si él abandonaba; además, Paien le había dejado como custodio del tesoro y ese cargo le debería mantener comprometido hasta la muerte.

-No sé qué hacer, Mahonia. Sólo puedo decirte que te quiero como nunca he querido a nadie. Te necesito y me siento feliz junto a tí, pero creo que debo hacer algo que me impide contestarte ahora como tú mereces.

Ella le miró fijamente y sonrió con comprensión y dulzura.

-¿Sabes, querido? No soy el demonio que venga a tentarte para que traiciones a los tuyos. Sólo soy una mujer enamorada de un hombre. Sólo eso, recuérdalo, porque a veces creo que complicas lo que es tan sencillo y natural.

Joel se sintió aliviado, la estrechó con sus poderosos brazos y la besó con pasión. Después tomó su mano con fuerza:

-Te prometo que te haré feliz. Es todo cuanto puedo decir hoy.

-Eso es lo único que quería oír. Además, creo que siempre cumples tus promesas. –le dijo la cátara, rodeándolo con sus brazos de nuevo.

Permanecieron abrazados en silencio.

-Después de lo que ocurrió en Burdeos, mi padre y Lucas ya no quieren la unión de las dos Hermandades –dijo la muchacha, enseñándole el anillo de la Quimera que Joel había recuperado para su padre-. Me lo devolvió mi padre para que fuera nuestra alianza.

Joel retiró el anillo del dedo de Mahonia y lo paseó por sus manos.

-Algún día lo pondré de nuevo en tu dedo ante un altar para desposarte – afirmó, guardándolo.

Cuando llegaron a Salamanca, Gutierre de Monroy y Pedro Ovalle fueron encomendados por Joel para transmitir la noticia del óbito de Diego de Anaya a su familia. Por la tarde, al regresar, traían una noticia alarmante:

-Una partida muy numerosa de soldados ha pasado por aquí hará menos de una semana. Venían del norte y se dirigieron hacia el camino de Peña de Francia –dijo Gutierre al maestro Rodrigo.

Gutierre de Monroy y Pedro Ovalle siempre trataban de evitar el reconocimiento de facto de Joel como su superior, utilizando para ello como interlocutor la figura del anciano Maestro.

La descripción del hombre que iba al mando de las tropas se correspondía con la del conde Wion Carafa. Así se lo hizo saber Joel a sus freires:

-¡Espero que no le haya causado daño al buen obispo de Oviedo! –exclamó.

Capítulo XII . La llamada del Templo

La presencia de los cuatro templarios en Cargamancos llamó pronto la atención de unos chiquillos que jugaban a *la calva* con unos marros de piedra que parecían más grandes que sus cabezas; pese a ello, los rapazuelos los manejaban con extraña facilidad. Callaron sus gritos al verlos y muchos de ellos se acercaron rodeándolos curiosos, mientras otros corrían hacia sus casas. Joel le dijo a uno de los rapazuelos:

-Avisa al *hombre perfecto* que han venido los caballeros de Dios. ¿Sabes donde está el hombre que viste como nosotros?

-¿Uno que tiene un manto negro con una cruz blanca? –dijo otro muchacho algo mayor, adelantándose hacia Joel.

-Sí, eso es. ¿Dónde podemos encontrarlo?

Otro muchacho levantó su brazo señalando hacia una casa cerca de la iglesia. Joel agradeció con el gesto la indicación y se dirigió hacia allí. Cuando llegaba al lugar, salía de la casa Hernán Rubio acompañado por el joven Roger, que se adelantó para abrazar a su amigo. El sanjuanista se detuvo en el alfeizar de la puerta mientras los dos jóvenes se saludaban afectuosamente.

Hemos vuelto en busca de uno de nuestros hermanos que está por estas tierras, y no hemos podido evitar que los caballos nos trajeran para beber un buen vino con vosotros.

Se oyó la voz del cátaro negro:

-Sed bienvenidos de nuevo a Cargamancos. Aquí tendréis casa y comida y buen agua de las montañas para beber.

Gutierre de Monroy rió abiertamente.

-Mis amigos se podría ahogar en esa agua. No saben nadar.

El gesto inamistoso que tornó al rostro del pater Oigly fue tan expresivo, que el templario se sintió obligado a corregir su comentario jocoso.

-Dicen en mi tierra que una herrada no es caldera. Siento haberos ofendido.

Aunque el cátar negro pareció aceptar sus disculpas, se alejó del grupo sin más.

Roger intervino, conciliador.

-Puede que nuestro vino no sea tan bueno como el de otros lugares, pero está elaborado con la sabiduría de Noé y con unas uvas criadas en cepas del Languedoc, así que puede servir para calmar la sed de unos viajeros que siempre son bienvenidos a este lugar. Yo os lo ofrezco, hermanos, puesto que sois amigos de mis amigos –dijo, dirigiendo sus últimas palabras a Mahonia, al anciano Rodrigo, a Pedro Ovalle y a Gutierre de Monroy. Pero nuestro pater Oigly no quiere ni oír hablar de ese mosto. Si por él fuera, ya habría roto la cuba que rellenamos todos los años tras la vendimia.

-Os lo agradecemos, joven, y a fe que daremos buen uso de él, puesto que nuestras gargantas están sedientas.

La voz del anciano maestro sonaba un tanto quebrada, y mientras pronunciaba estas palabras los demás descabalgaban para saludar al sanjuanista.

El pueblo cátar de Cargamancos no disponía de un mesón ni de una hospedería donde pudieran alojarse. La única casa que podía permitirse acoger a un visitante era la del Pater Oigly, donde estaban como huéspedes el sanjuanista y el extranjero que llegara la víspera de San Juan; así que, Joel, a sugerencia de sus freires y acompañado de ellos, de Mahonia y de Hernán Rubio, decidió continuar el corto trecho que hay entre Cargamancos y el pueblo de pastores del Arroyomuerto. Allí pronto consiguieron que un cabrero permitiera dormir en el henil de su cuadra a los caballeros, y que una buena mujer aceptara acoger a Mahonia en el cuarto que había ocupado su hija antes de casarse.

Ni en el camino de ida ni en el de regreso, cruzaron los hombres palabra sobre el tesoro del pico de la Mina. Se limitaron a hablar de las novedades que los templarios traían de Avignon sobre la elección del Papa y la necesidad de encontrar el manuscrito de San Malaquías para ayudar al candidato de los espirituales. También le contaron al sanjuanista la noticia de la muerte del Rey de Francia en aquel accidente provocado.

Ya de regreso en Cargamancos, subieron a la casa del pater Oigly. La estancia principal estaba en la primera planta a la que se accedía por una rústica escalera de madera de castaño que conducía a un rellano iluminado por un candil. Arriba les esperaba el cátar negro, quien, corriendo una cortina les invitó a pasar a una gran cocina iluminada por una llameante chimenea.

Colgado de grandes llares hervía un puchero que haría más de doce raciones. En el techo se veían trozos de carne y tocino ahumados que pendían de unas vigas claveteadas, y por las paredes estaban distribuidos diversos candiles de hierro que en aquel momento estaban apagados. Había dos mujeres sentadas en un escaño de nogal: una anciana que vestía unas sayas de colores oscuros y se cubría la cabeza con un velo negro, y la otra, más joven, con una falda de colores muy vivos y un mandil, tenía facciones agradables. Volvió la cabeza para saludarles con una ligera sonrisa e invitó a Mahonia a que se sentara a su lado; luego se volvió para seguir vigilando la cocción. Gutierre le devolvió la sonrisa y la observó con detenimiento mientras revolvía el puchero con una larga cuchara de madera, para probar el estado del guiso.

-A este potaje le falta ya muy poco, así que cuando quieran pueden sentarse a la mesa –ofreció, dirigiéndose hacia el pater.

-¡Siéntense ahí! -dijo el pater Oigly a Rodrigo señalando unos tajos que estaban alrededor de la mesa. Luego se sentó él mismo junto al anciano Maestre e indicó a los otros monjes guerreros que hicieran lo propio– .Vosotras sentaos también aquí, y tú, muchacha, ya sé que profesas nuestra religión, así es que siéntete como de casa.

El hombre de las ánimas pasaba por la puerta con su repetida cantinela, anunciando el fin de la jornada a voz en grito, acompañándose para ello del sonar de un cencerro:

-¡Ánimas benditas!...¡Ánimas benditas!

Mientras se alejaba el grito que recordaba a las almas que ya no estaban unidas al cuerpo mortal, el pater Oigly se levantó e inició una oración entre el silencio de los congregados, que también se levantaron de sus asientos.

-Por los que nos acompañaron un día en la tierra repartiendo amor, justicia y perdón. ¡Que sus almas encuentren un lugar junto a Dios!

-¡Amén! -contestaron los demás al unísono.

-Por los que nos acompañaron un día en la tierra ignorantes del amor, egoístas de poder y bienes, rencorosos y vengativos. ¡Que sus almas se reencarnen pronto en un nuevo ser que las perfeccione!

-¡Amén!, -contestaron las tres mujeres, mientras Hernán Rubio y los templarios permanecían en silencio.

El cátaro negro miró a los monjes guerreros. Iba a dirigirse a ellos cuando se abrió la puerta de la calle y se oyeron unos pasos rápidos subiendo por la escalera. Las cortinas del descansillo se abrieron apartadas por un gesto violento del joven Roger D´Albi que llegaba sin aliento:

-¡Vienen caballeros por el camino de Garcibuey!

-¿Cuántos son? –preguntó el pater Oigly.

-Veinte, o quizá treinta, pero les acompañan soldados de a pie y sirvientes. En total serán más de una centena.

Joel se levantó y le preguntó a su amigo Roger:

-¿Hay alguna disputa que pueda justificar un ataque de alguien?

Fue el pater Oigly quien le contestó.

-Puede que el conde de Miranda se haya cansado de esperar los diezmos del castañar de este año; la sequía y el granizo se llevaron más de la mitad de la cosecha. Tampoco le hemos dado todavía los veinte lechones por la misma razón.

-Ese maldito conde nos considera sus valvasores. Ni un celemín le daría yo -añadió el joven cátaro.

-Se sabe apoyado por el Rey, y eso le da fuerza para exigir el tributo. Sin duda ha olvidado lo que ocurrió en aquella batalla en que murió tu madre –añadió el joven dirigiéndose a Joel⁵².

-Debemos hacer algo, porque su marcha es rápida y estarán aquí en poco rato - Roger se dirigía de nuevo al anciano cátaro negro. En su voz se notaba que estaba deseando que se le ordenara atacar a los invasores.

-Sí, desde luego que hemos de hacer algo. Sin duda han pensado que durante la noche les sería más fácil sorprendernos. Hay que reunir a los hombres en la plaza, y que

⁵² Se refiere a la batalla del turuñuelo en la que murió la heroína cátera Papaver, la madre de Joel. Los cáteros, con ayuda de los templarios, derrotaron a las tropas del Conde de Miranda comandadas por su amigo el Conde de Rengo – Ver la novela Jhakin&Bôaz.

todos traigan sus armas -contestó el pater a Roger. Luego se dirigió a la mujer de mayor edad.

-Ocúpate de esconder la imagen de la Virgen en donde tú sabes. ¡Corre, y si alguien trata de detenerte, dile que he sido yo quien te lo he ordenado!

Joel miró a sus freires y a Hernán Rubio que seguía sentado frente a la mesa de castaño donde ya había situado la mujer joven la olla con el guiso de la cena. Se diría que el sanjuanista estaba más interesado en calmar su hambre que en ocuparse de los problemas del poblado y de sus moradores.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó Joel.

-Comamos mientras lo discutimos -sugirió el sanjuanista sirviéndose unos cazos del pote en un plato de barro- .Por lo que dice ese muchacho, hay tiempo para comer si no nos entretenemos mucho hablando.

Joel no se atrevió a contradecirle temiendo que una discusión entre ambos alterara más el ánimo de sus anfitriones, así que hizo una seña a Gutierre de Monroy, porque Pedro y Rodrigo ya habían salido a la calle.

-Cuida de estas mujeres mientras vemos quien viene a dejarnos sin cenar -le dijo a Mahonia dándole un beso en la frente.

Siguió a Gutierre hasta la puerta tras los dos cátaros.

-Hemos venido a tiempo para divertirnos, amigo -bromeó, empujándole suavemente.

Cuando salieron a la calle, ya venían de todos lados hombres y jóvenes armados con lanzas, espadas y arcos. Se detenían después en la plaza y, mientras esperaban impacientes que alguien les indicara lo que debían hacer, se divertían ridiculizando a los de Miranda en un afán por equilibrar con las palabras lo que eran claras desventajas en el campo militar.

De una calleja salió el extranjero que había llegado el día de San Juan. Parecía buscar a alguien entre las gentes que se amontonaban en la plaza. Joel le vio acercarse lentamente hacia donde ellos estaban, vestido con la misma e impecable túnica de lino blanco con la que había aparecido el primer día junto al turruñuelo del Castillo.

Hizo el extranjero un ademán para saludarlos, pero pronto su mirada se tornó hacia una anciana vestida de negro que salía de la iglesia cargando con dificultad un bulto envuelto en unas arpilleras.

-¿Adónde vas con eso mujer? -le dijo el extranjero colocándose frente a ella para cerrarle el paso.

-Tengo que llevarme esto de aquí. Lo ha mandado el pater Oigly.

-Deja esa imagen donde estaba que no corre peligro. Yo te lo aseguro.

La mujer miró con gesto de duda y desconfianza al extranjero. Vio que no llevaba arma alguna y por un momento pareció querer obviar su mandato. El extranjero comprendió que no iba a obedecerle y dijo de nuevo con voz firme.

-Mujer te he dicho que no debes mover esa imagen de donde estaba. Vuelve sobre tus pasos y colócala de nuevo en su altar.

Pareció la anciana buscar ayuda con la mirada en Joel y los otros templarios que estaban silenciosos presenciando la escena como simples espectadores. Tardó un instante en comprender que los monjes guerreros habían decidido que aquella cuestión no era de su incumbencia, y, finalmente, volvió a entrar en el templo llevando el pesado bulto rodeado con sus brazos.

Se habían reunido en la plaza al menos cuarenta hombres. Una tropa que podría haber sido suficiente para hacer frente a los que llegaban si hubieran tenido tiempo para organizar una defensa, pero la cerca, parte de madera y parte de piedra, que rodeaba Cargamancos no era ningún obstáculo serio para un envite guerrero. Un

contingente de defensores tan mal armados, era a todas luces insuficiente ante una tropa disciplinada y aguerrida como la que componía las mesnadas del conde de Miranda.

La luna llena asomó de pronto por entre las nubes: parecía un enorme queso plateado iluminando la noche. Su luz se reflejó en las caras de los hombres que estaban en la plaza y les hizo sentirse más fuertes.

El pater Oigly apareció de pronto rodeado de un grupo de jóvenes que le iban abriendo paso hasta la plaza. La anciana corrió con dificultad hacia él y cuchicheó algo a sus oídos señalando al extranjero. El pater miró al hombre del vestido de lino blanco y con un gesto pareció tranquilizar a la mujer, sin que en su mirada se advirtiera el disgusto porque alguien hubiera sido tan osado, pero se dirigió hacia él.

-¿Por qué has ido contra mis órdenes?

El extranjero miraba hacia el suelo, y permaneció en silencio.

-Nuestra hospitalidad nos obliga a respetaros, pero no debéis poner obstáculos a nuestro trabajo o nos veremos obligados a echaros de aquí esta misma noche.

El extranjero volvió la cara lentamente hacia el cátaros negro, le miró con benevolencia y, sonriendo, dijo:

-Pensé que sería un error alejar a la mejor defensora del poblado cuando más vais a necesitarla. Sólo por eso le dije que no se la llevara.

La sencillez y el tono con el que habló aquel hombre hicieron que el cátaros negro enmudeciera. Se volvió el pater hacia sus hombres, que se habían acercado curiosos al grupo donde estaba su jefe formando un círculo en derredor.

-Bueno, ¿qué miráis? Vamos a preparar la defensa, porque con palabras no se detienen las flechas de los de Miranda.

Dividió al grupo en dos partidas, una comandada por el joven Roger, que se ocuparía de proteger la ladera del Pico de los Frailes, aguas arriba del camino de Garcibuey, y la otra, donde permanecían los mejores arqueros, que se situó sobre los tejados de las casas más altas, bajo su mando directo. El resto de los hombres se adelantó hasta la cerca, en la entrada del camino de Miranda. Finalmente el cátaros negro se volvió hacia el grupo de Joel, al que se había incorporado Hernán Rubio, y evitando la mirada del extranjero, se dirigió al templario:

-¿Puedo contar con vuestra ayuda?

Joel contestó ofendido, levantando su arma al cielo:

-Esta espada perteneció a mi madre y con ella defendió a vuestro pueblo hasta morir. ¿Creéis que tenéis derecho a preguntarme eso?

El pater Oigly asintió con la cabeza sonriendo satisfecho.

-No, no tengo derecho, y os pido perdón por ello.

Luego les ordenó que apoyaran la defensa de los que estaban en la cerca.

Las antorchas de las tropas del conde serpenteaban a lo lejos; desde el fondo del campo llegaba, confundido y mezclado con los ruidos de la noche, el rumor de la partida invasora. Todavía estaba lejos, más de dos veces la distancia que recorre una flecha de ballesta, pero el nerviosismo de la espera exasperaba a los cátaros. Joel ordenó a los dos ballesteros que había llevado a aquella parte que avanzaran un trecho hasta situarse sobre unas rocas en un recodo del camino.

-Desde allí veréis pasar la tropa y nos indicaréis cuando estén del otro lado del monte. Luego, permaneceréis ocultos mientras ellos se dirigen hacia aquí. Cuando yo ordene disparar a nuestros arqueros, vosotros haréis lo propio desde su retaguardia. Eso les hará creer que los hemos rodeado con más hombres.

Los cátaros asintieron y se dirigieron hacia donde les había indicado el templario. Allí los dos se agacharon poniéndose al acecho, y, con la ballesta armada, aguardaron.

Abajo, en la torrentera, el agua reflejaba la luz de la luna, permitiendo ver mejor gran parte del camino, cuando las nubes no ocultaban su disco.

El extranjero llegaba en aquel momento susurrando unas palabras que Joel identificó como una oración.

-No traen intenciones de atacar, porque, en otro caso ya hace tiempo que hubieran apagado sus antorchas -dijo Hernán Rubio.

-Pues no es una hora para hacer visitas -murmuró con enfado Pedro Ovalle.

-Tienes razón, -terció Joel -, no parece que teman que se les descubra.

-Esos hombres que llegan tienen tanto miedo como podemos tener nosotros. Sin embargo, vienen hacia aquí armados porque les empuja otro miedo más poderoso. La guerra es una contienda entre diversos miedos que se tratan de superar aterrorizando a otros. Para vencer debéis demostrar que les resultará más difícil atemorizaros de lo que ellos pensaban cuando iniciaron esa procesión -el extranjero les sorprendió con sus palabras, que había pronunciado en voz alta para que todos le pudiesen oír.

Joel asintió a sus palabras. Ordenó a los otros freires y al sanjuanista que encendieran hogueras para advertir a los de Miranda que les estaban esperando.

-Eso sería tanto como hacerles ver que no necesitamos utilizar la sorpresa para combatirlos. Puede ser que les haga pensar que nuestras fuerzas no necesitan recurrir al acecho para vencerlos, porque tenemos otras armas. Parece una táctica acertada -afirmó el sanjuanista.

Tomó Joel unas antorchas y prendió fuego a un montón de ramas secas que habían reunido los cátaros. Pronto las llamas se elevaron crepitando en la noche. Mientras esto hacía, los cátaros tomaban en sus manos otras teas y las agitaban como posesos alrededor de la hoguera, moviéndose con rapidez para dar la sensación de que eran muy numerosos.

La partida de Miranda debió verles de inmediato, porque al instante se detuvo la serpiente de antorchas que formaban. Unas luces se acercaban a las del principio agrupándose, luego volvían atrás. Finalmente, tras una larga espera, la serpiente empezó de nuevo a moverse, pero ahora en sentido contrario. Al menos, eso parecía.

Víctor corrió a comunicar la noticia al pater Oigly y este mandó a dos hombres para que verificaran el movimiento de las tropas. Pronto entre las gentes del pueblo la sensación de alivio se hizo general.

Aunque los dos vigías volvieron convencidos de que los de Miranda daban por abortada la partida, el pater ordenó que se mantuviera una guardia durante todo lo que restaba de noche.

-Tenemos el guiso en la mesa -dijo, sonriente, el cátaro negro a Joel, e hizo señas al extranjero para que se uniera a la celebración.

-Acepto vuestra invitación, porque finalmente mañana debo partir y no quisiera hacerlo sin agradecer vuestra acogida -contestó el hombre.

El terreno hacia el pueblo descendía con suavidad. Caminaban entre risas y bromas, pero con el secreto temor de que la pesadilla del ataque reapareciera en algún momento entre las sombras de la noche.

Largo rato estuvieron sentados a la mesa después de que hubieran recogido las mujeres los restos del yantar. Al ver que los invitados no se levantaban, las dos cátaras les sirvieron unas meladas (pan tostado empapado en miel) que hicieron las delicias de Hernán Rubio. Finalmente, fue el pater Oigly el que cambió la conversación:

-Parece que cuesta más trabajo que otras veces elegir al nuevo Papa. Esperemos que sea porque se esfuerzan en decidir cual será el que mejor convenga a vuestra Iglesia.

-Permítame que haga una observación -corrigió de inmediato el extranjero saliendo de su aislamiento- Un hombre nunca es mejor que otro. En su ser son los dos iguales, pero llegan a la vida en circunstancias diferentes, y eso es lo que les hace parecer diferentes, pero siguen siendo iguales. Si las circunstancias se tornaran eso tan sólo, les harían parecer mejores o peores a los ojos de los demás.

El pater Oigly asintió con énfasis a las palabras del extranjero, y añadió.

-Ese credo es universal y nace de la aceptación de Dios como único ser superior. Creo que los hombres tendríamos que recibir ese mensaje nada más nacer.

-Lo recibimos -afirmó Joel-, puesto que todos nacemos desnudos y por tanto iguales.

-¿Y qué se puede hacer si eligen a uno que no sea bueno? -volvió el pater Oigly de nuevo al tema de la elección del Papa.

-Sería una equivocación de las dos terceras partes de los cardenales, y, probablemente, no pasaría nada. Tendríamos que esperar que durara poco y que el siguiente fuera mejor -dijo Mahonia con realismo franco y sencillo.

-Tanta gente notable no puede equivocarse. Buscarán a un hombre de compromiso que posea las virtudes cristianas que a ellos les parezcan más importantes de conservar, que decida combatir las desviaciones con mano de hierro y que sepa administrar con sentido común -Hernán Rubio hablaba como un ortodoxo convencido.

-Por lo que parece, resulta difícil que las dos terceras partes de los cardenales se vuelquen en un candidato. El colegio cardenalicio debe estar dividido por mitades,- sugirió el maestro Rodrigo sin mucho convencimiento.

Mientras hablaban, Joel observó con extrañeza cómo las diminutas gotas de sudor que perlaban la frente del extranjero iban tomando un vivo color rojizo, tal y como si estuviera sudando sangre. Los demás no podían darse cuenta de aquel hecho, porque el hombre estaba sentado lejos del único candil que iluminaba el recinto. Una sensación de extraño agobio se iba apoderando del templario viendo que, a más del sudor, el rostro de aquel hombre iba pasando a un rictus de dolor contenido capaz de hacerle derrumbarse.

La conversación se animaba entre el sanjuanista y Pedro Ovalle, por un lado, y el cántaro negro y las dos jóvenes mujeres, por otro. Éstos defendían la necesidad de una renovación en la Iglesia dando entrada a un Papa tolerante que rechazara el lujo y el boato. Del otro lado de la mesa, las miradas perdidas de Joel y del extranjero transmitían en un lenguaje silencioso un extraño misterio. Joel le acercó su copa de madera llena de agua; el hombre la tomó apurándola de un sorbo y al instante se la devolvió e intentó levantarse moviéndose con alguna dificultad.

-Me parece que voy a tener que retirarme. No me encuentro muy bien y ...

Ya estaba de pie sujetándose con la mano en el respaldo de una silla, cuando silla y hombre cayeron con estrépito al suelo.

Gutierre, que era el que estaba más próximo, se abalanzó para sujetarlo y tras de él hicieron lo mismo todos los demás.

El hombre sangraba por la cabeza; parecía que se hubiera hecho daño también en el pecho, porque su túnica estaba enrojecida en aquella zona. Como se había quedado sin sentido, el pater Oigly ordenó que le arreglaran una cama donde acostarlo.

La preocupación inicial por las heridas se fue tornando en tranquilidad, cuando el extranjero despertó, ya en la cama, y esbozó una leve sonrisa, diciendo:

-Parece que he olvidado despedirme de vosotros para terminar la velada. Ruego que disculpéis mi debilidad, pero no hay motivo de preocupación, lo que me ha pasado hoy no tiene importancia, ya me había ocurrido otras veces.

Su rostro estaba empapado de sudor y su larga cabellera dejaba entrever la sangre que se había resecado sobre su frente.

En un aparte, Hernán Rubio preguntaba inquieto a Joel:

-Es muy extraño todo esto. Este hombre aparece en las montañas desde una ruta que no viene de ninguna parte, luego sus palabras y su forma de obrar no le identifican con los lugareños de los alrededores, y ahora este extraño trance. Francamente creo que debiéramos tratar de averiguar de quién se trata, no fuera a ser que estuviera tras del tesoro que habéis ocultado.

Joel le tomó por el hombro y ambos salieron a la calle.

-No se debe volver a hablar de ese tesoro bajo ningún concepto. Alguien podría oírlo. En cuanto a lo que afirmáis, francamente debo decir que yo también he observado en ese extranjero algo especial.

-Tienes sangre en la mano –le señaló el sanjuanista.

Joel vio que efectivamente tenía la palma de la mano manchada de sangre, y dedujo que sería del extranjero. Se alejó un paso hacia una regadera que conducía el agua para el riego de los huertos, y la lavó, tratando de recordar cuándo se había manchado.

Más tarde subieron a ver cómo se encontraba el enfermo. Mahonia seguía sentada a su lado acompañada de la otra joven cátara; el hombre reposaba envuelto completamente en la sabana, sin que se le viera ni siquiera la cabeza.

-Ahora está tranquilo –dijo Mahonia antes de que la preguntaran-, hace poco que se ha quedado dormido.

-Quizá éste podría ser el buen *papable* al que os referíais antes. Así sus eminencias no tendrían que debatir tanto tiempo. –El sanjuanista quería transmitir a las dos mujeres que confiaba en la recuperación rápida del extranjero.

-¿Te parece éste un momento adecuado para esas bromas?

Consideró Joel que debía pedir la ayuda de Hernán Rubio para cumplir el cometido que le había llevado de nuevo allí.

-No es un motivo baladí. Se trata de que el cristianismo tenga un Papa que nos conduzca por la senda de la pobreza y de la humildad que predicó nuestro Señor.

El sanjuanista expresaba en su rostro su desagrado por volver de nuevo a aquel tema, y lo confirmaron sus palabras:

-He oído hablar del cardenal de Santo Eusebio. Se dice que es un hombre bueno y sencillo, como decís, pero el orbe cristiano precisa una dirección férrea, inteligente y hábil, porque los negocios de Dios no son sólo espirituales, ya que deben de tratar también sobre las cosas materiales de este mundo. El hombre es alma, pero también es cuerpo, luego no se ha de rechazar el cuidado del cuerpo si se quiere mantener el alma en él. Ese monje quiere ser la conciencia de la cristiandad, como antaño fueran vuestros Roberto de Molesme y Bernardo de Claraval. Y no digo yo que no haga falta retroceder otros doscientos años para limpiar las conciencias, pero primero encontrad al hombre adecuado que pueda hacer ese trabajo.

Joel movía la cabeza desaprobando aquellas observaciones, pero sin querer interrumpir a su amigo. Consideró que no era el lugar ni el momento para entrar en semejante polémica, así que trató de desviar la conversación.

-¿Y para qué les han de servir el oro y los objetos lujosos? Cuando se trata de un cónclave de cardenales deben usar las palabras, el mensaje, la oración incluso, pero ellos mismos deberían vestir modestos hábitos para dar ejemplo.

Hernán Rubio hizo un gesto de abatimiento como dando a entender que se consideraba incapaz de rebatir aquellas palabras de su amigo, y se dio la vuelta hacia la estancia donde estaba el resto de la gente.

-¡Vienen de nuevo! ¡Vienen de nuevo!

Jadeante y casi sin habla, el joven Roger subió las escaleras saltando los peldaños de tres en tres. Pasó como una exhalación delante de su amigo Joel, a quien desplazó con la mano para que no interrumpiera su camino, y se paró delante del cáтары negro que estaba saliendo de la cocina al oír sus gritos.

-Señor, hemos visto a los soldados del conde moverse ocultos entre los brezos del pico del Halcón. Yo calculo que habrá al menos doscientos.

-¿Por dónde estarán ahora? –preguntó el pater Oigly.

-Yo estaba en el puesto de vigilancia del Caozo y salí tras de unos helechos para hacer mis necesidades, cuando debieron sorprender a los demás. He corrido cuanto he podido, pero calculo que ya deben andar cerca de las Eras.

-Los caballeros habrán dado un rodeo y llegarán por el camino de Arroyomuerto –dijo Joel-. Debéis dar la alarma de inmediato, aunque presumo que los gritos de Roger deben de haber despertado ya a todo el poblado.

Pronto estuvieron dispuestos los templarios y el sanjuanista para salir al encuentro de los jinetes del conde, que esperaban sorprenderlos por la retaguardia. Joel suponía que ya estarían ocultos en algún lugar de entre los carrascales del camino que lleva de Arroyomuerto a Cargamancos; desde allí, seguramente, podrían escuchar los ruidos de la lucha cuando los infantes atacaran el poblado, para hacerlo también ellos desde el otro lado, en una hábil estratagema.

-Si cabalgamos ahora a su encuentro no podremos sorprenderlos, porque oirán desde lejos los cascos de nuestros caballos. Además nos doblan en número y podrían cazarnos como a conejos –exclamó Pedro, viendo cómo se movían sus amigos sin que nadie hubiera preparado un plan de ataque.

Joel se volvió desde su montura, y le dijo:

-Freire, tienes razón, pero la pierdes porque no sabes esperar.

Hicieron que sus monturas caminaran al paso y en silencio durante apenas media legua, para detenerse en una zona en la que se levantaban robles centenarios a uno y otro lado del camino.

En aquella zona el camino atravesaba un denso bosque de árboles muy altos, tanto, que tapaban parcialmente el brillo de la luna. Entre las ramas que se entrecruzaban formando una bóveda natural, sólo unos tenues rayos de luz plateada conseguían atravesarla, dispuestos a iluminar la senda.

Joel saltó del caballo y cogió del arnés unas cuerdas de cáñamo que llevaba enrolladas en él. Con ayuda de Hernán Rubio preparó un ardid tensándolas entre dos árboles del sendero, a la altura que llevarían las patas de los caballos cuando pasaran por allí. Situaron tres del mismo modo, atravesando el camino en la zona más oscura, y a diferentes cotas, palmo arriba, palmo abajo.

-Cuando estén tan cerca del pueblo, es seguro que ya vendrán al galope. Al menos los primeros notarán la dureza de este suelo –dijo Joel probando la tensión de una de las cuerdas- Nosotros les estaremos esperando ahí delante, detrás de esa revuelta.

-Eso equilibrará algo la situación –murmuró el sanjuanista alabando la idea de su amigo.

-Alguno de nosotros debería adelantarse para averiguar las fuerzas que traen, porque los del pueblo van a necesitar ayuda, si es verdad que les van a atacar tantos hombres.

Las palabras del viejo maestre produjeron un escalofrío en Joel al recordar que en Cargamancos estaba su querida Mahonia. Estuvo tentado de pedir a Rodrigo que tomara el mando de los caballeros para poder volver él mismo a ayudar a los del poblado, pero no se atrevió por temor a dejar a sus hermanos en una situación aún más desventajosa.

Los hechos posteriores sucedieron como el templario había predicho. No pasaron unos instantes desde que los gritos procedentes del pueblo avanzaran la noticia del ataque de los soldados del Conde, cuando escucharon al otro lado el ruido amenazador de la caballería que llegaba al galope. Los cuatro templarios y el sanjuanista sujetaban nerviosos sus corceles, que se revolvían inquietos barruntando la proximidad del combate. Rodrigo murmuró en voz baja la primera estrofa del Salve Regina, y los otros caballeros contestaron con la segunda. Después el viejo maestre murmuró:

-Son más de una docena: he contado los cascos y no me equivocaré en más de uno.

Las palabras del anciano Rodrigo sonaban en tono de apuesta, pero lo más que consiguieron fue que Hernán Rubio iniciara una breve sonrisa, sin que nadie añadiera otra opinión.

El ruido del golpe contra el suelo del metal de algunas armaduras les advirtió del éxito que había tenido su trampa.

-Han caído dos, así que quedan diez –volvió a decir el maestre.

Esta vez fueron todos los caballeros los que sonrieron la tozudez del anciano, al tiempo que se santiguaban blandiendo sus lanzas.

Los atacantes tardaron poco en reanudar la marcha, pero la sorpresa que había derribado a los dos jinetes les había hecho ser más precavidos, y ahora el paso de sus caballos era más lento. Cuando vieron a los cinco jinetes que les esperaban en dos filas al final de un tramo del camino, espolearon sus monturas lanzando gritos de guerra.

En la primera fila de los monjes estaba Joel flanqueado por Hernán Rubio y Gutierre de Monroy. Los tres lanzaron sus caballos al galope en busca del choque frontal con los atacantes. El encuentro de lanzas contra escudos y armaduras terminó con la escasa serenidad que le quedaba a aquella noche. La aparente ventaja en número de los hombres de Wion Carafa, quedaba limitada por la estrechez de la senda, que escasamente permitía el paso de tres cabalgaduras a la vez.

La oscuridad de aquella zona apenas permitía adivinar quien era el que daba los golpes y el que los recibía, porque a la espesura de los robles se habían añadido de nuevo las nubes que ocultaban al satélite de la tierra. La lucha era encarnizada y equilibrada, aunque el primer envite se había saldado con ventaja para los caballeros a las órdenes de Joel, ya que habían derribado a dos de los jinetes de Wion y abierto brecha entre ellos, de tal manera, que ya tenían al propio conde al alcance de sus lanzas.

Wion Carafa frenó con su escudo la primera embestida de Hernán Rubio y volvió grupas dejando que otro compañero ocupase su lugar. Hubo un momento en que pareció que la lucha se eternizaría sin remedio, porque los dos bandos se embestían con lanzas y espadas que ya no tenían el vigor del principio, y, por ello, sus golpes eran fácilmente detenidos por los abollados escudos de sus contrincantes.

Joel amagó un mandoble hacia el yelmo del que tenía frente a él, consiguiendo que el otro levantara el escudo para protegerse. Esto le dio el margen suficiente para cambiar la dirección de la espada y ensartar el costado del caballero. Fue un golpe certero, que penetró la cota de malla y abrió paso a un gran río de sangre que se desbordó cuando el templario sacó su espada. La montura del desdichado se encabritó al

sentir la falta de tensión en su bocado, y arrojó al jinete a los pies del caballo que estaba tras de él.

Se trataba sin duda de un joven inexperto, porque retrocedió horrorizado. Espoleó su corcel e intentó alejarse de aquel monje que ya había derribado a tres hombres fornidos. Pedro salió tras de él alcanzándolo cerca de la curva donde habían puesto la trampa. Sin darle tiempo a volverse, le golpeó con su lanza en el yelmo; la fuerza del impacto arrojó al joven entre los carrascos y zarzas del camino. No tuvo oportunidad Pedro de saborear su victoria, porque se vio rodeado por tres adversarios que hicieron inútil su defensa. Su ímpetu le costó la vida, ante la mirada impotente de los otros templarios, a los que resultaba imposible acudir en su ayuda, pues el sendero estaba cerrado por los atacantes.

-¡Freires, Beasant le Temple! –fue su grito desgarrado, que pronunció con el acero de dos espadas atravesando su cuerpo.

Tras las filas de los de Miranda y de sus propios caballeros, Wion Carafa observaba con preocupación la evolución de la batalla. Los cuatro monjes guerreros que quedaban en pie mantenían cerrado el paso e impedían que la superioridad numérica de los atacantes se pudiera traducir en una rápida victoria, porque su estrategia de mantenerse unidos les impedía atacarlos al tiempo con todas sus fuerzas.

Armó su ballesta, y se dispuso a terminar con la noble contienda. No consiguió enfrenar el dardo hacia Joel, como era su deseo, porque el joven templario estaba inmerso en la lucha en primera línea, protegido por la escasa distancia de los caballeros del conde. Optó finalmente por disparar hacia el anciano maestro que se había replegado, abatido por el cansancio, para tomar aliento. La fuerza de la flecha, disparada a tan corta distancia, atravesó la defensa del peto metálico y se clavó en el pecho de Rodrigo, muy cerca del corazón.

Era una herida mortal, y el anciano lo percibió de inmediato; por ello, para no desmoralizar a sus hermanos, hizo retroceder su caballo en silencio hasta que la maleza le ocultó. Allí, bajando con dificultad al suelo, se puso de rodillas, mirando las estrellas, para rezar por su alma, hasta que las fuerzas le fueron abandonando. Las voces y el fragor de la lucha se confundían con el susurro del viento atravesando las ramas de los árboles.

Satisfecho por el éxito, armó de nuevo el conde su arma buscando otra vez el cuerpo de Joel. Tomó tiempo para apuntar con precisión, pero varias veces tuvo que desistir, porque la armadura del caballero que se enfrentaba a Joel le servía de escudo. Nervioso e impaciente por la espera, creyó que podría alcanzarlo en un momento en que ambos contrincantes se separaban para tomar aliento; entonces disparó la ballesta. Joel le vio en la penumbra y escuchó el grito de triunfo que el conde pronunció, pero ninguna flecha atravesó su cuerpo: Gutierre de Monroy había contemplado la páfida acción de Wion Carafa y acudía con su escudo a proteger a su amigo, pero la saeta atravesó el escudo y se clavó en su costado, derribándole. Otro de los esbirros del conde se abalanzó hacia él, clavándolo al suelo con su lanza, mientras Joel trataba inútilmente de evitarlo.

No pudo salvar al templario, pero el contrincante que lo había ensartado cayó al lado de Gutierre con el cuello roto del espadazo que le propinó Joel. Hernán Rubio despachaba también en aquel momento al que tenía en frente, y otro de los jinetes volvía grupas, retrocediendo ante el ímpetu de los monjes. Los dos mirandeses que restaban, se apresuraron a retirarse para proteger al conde, que era el próximo objetivo de los freires.

Wion Carafa comprendió que ellos tres no podrían con aquellos terribles guerreros que habían puesto fuera de combate a nueve de los suyos, y dio orden de retroceder. La cabalgada tras de los fugitivos llegó hasta Arroyomuerto.

Ya estaban en el Humilladero de la Ermita, casi al final del pueblo, cuando se detuvieron al oír los cascotes de los caballos de sus perseguidores golpeando el suelo a sus espaldas. Pero los freires que llegaban traían la fuerza renovada que da el ansia de justicia, por ello, de poco les sirvió a los mirandeses el amago de defensa que pretendieron. La espada de Joel hizo añicos los restos del escudo de uno de los de Wion, abriendo una herida tan profunda en el brazo que lo sujetaba, que le hizo soltar la defensa. El siguiente mandoble del templario terminó con él.

La gente del pueblo ya estaba alertada de lo que ocurría por el ruido y el resplandor de las llamas que venían de Cargamancos, pero nadie salió para ponerse del lado de unos u otros: sus habitantes eran simples pastores, que difícilmente podrían distinguir a quien correspondía la razón de cualquier lance distinto del que pluguiera a sus ganados o pastos.

Cuando Hernán Rubio derribó a su oponente, él y Joel se detuvieron a contemplar el tremendo espectáculo que producía en la noche el enclave de Cargamancos: las llamas que quemaban el pueblo le trajeron a la memoria el día en que intentaron matar al Papa. Los incendios debían haberse extendido mucho, a deducir por la intensidad de la luz que despedían.

Aprovechó el conde la preocupación de los freires, para alejarse a toda prisa tomando la ventaja suficiente que le permitió desaparecer en la noche.

Poco a poco se fueron abriendo los pequeños ventanucos que ventilaban dando escaso paso al sol en las casas de adobe de Arroyomuerto. Sin duda aquellas gentes veían la tragedia que estaban sufriendo sus vecinos, y temían que pudiera ocurrirles lo mismo a ellos. Así que algunos se atrevieron a salir a la calle y se acercaron hacia el otero donde estaban los dos monjes.

-Señor –dijo uno de los pastores-, nosotros no somos guerreros, pero si se trata de defender a nuestros paisanos podemos descabezar a más de uno con esto –le enseñó un destal de los que se usan para desmochar las ramas de los árboles.

Hernán Rubio dio media vuelta hacia el que había hablado y se quedó mirándolo sin contestarle; luego comenzó a andar por el sendero que rodeaba los árboles en dirección hacia el pueblo, preguntándose dónde había oído aquellas palabras antes.

-Parece que cuando hay que luchar para defender lo que es de ellos, sí son capaces de guerrear, pero permanecen impassibles viendo morir a sus vecinos si creen que el peligro no les atañe. ¡Maldita sea la vida que nos acobarda! Más valiera no vivirla si ha de vivirse así.

-No nos vendrán mal unos brazos dispuestos a luchar –le hizo reflexionar Joel-sea cual fuere el motivo que les impulse a ello. Además, no tenemos tiempo que perder.

Le pidió Joel al pastor que reuniera a cuantos hombres estuvieran dispuestos a luchar a su lado, para salir cuanto antes en ayuda de los cátaros de Cargamancos. En poco rato tuvieron tras de sí a más de una veintena armados con hondas, arcos y, los menos, con puñales y espadas.

Al entrar en Cargamancos observaron cómo una mujer corría desesperada con un niño en brazos calle arriba perseguida por un soldado. Al ver a Joel, que se había adelantado a Hernán y a los de Arroyomuerto, se detuvo el guerrero, que dudó unos instantes entre seguir tras de la mujer o, lo que parecía más sensato, tratar de escapar de aquel inesperado intruso que le embestía enfurecido. Cuando ya parecía haber optado por lo segundo, Joel estaba a su lado golpeándole inmisericorde con su espada, con un

tajo que le abrió una profunda herida que partía del hombro derecho hasta llegar a la altura del pecho.

Más abajo de la calle, un numeroso grupo de soldados mirandeses se abalanzaban como posesos contra un improvisado muro, tras el que estaban parapetados algunos sobrevivientes cátaros. El joven se dirigió hacia la plaza donde estaba la casa del pater Oigly. Nada se movía allí, y tampoco se veían llamas, así que dedujo que podían permanecer ocultos algunos de sus moradores. Cuando llegó comprobó que estaba equivocado: los cadáveres de algunos soldados de Miranda se amontonaban junto a otros de los cátaros que se les habían enfrentado. Joel reconoció entre los muertos a varios de aquellos jóvenes que había visto saltar alegres sobre las brasas meses atrás.

-Al menos han partido con el alma limpia –murmuró, recordando la ceremonia de iniciación de la noche de San Juan.

La casa parecía desierta. Se detuvo un momento en el cuarto vacío donde habían acostado al extranjero, pero en su cama no quedaban más que las sábanas con las que habían cubierto al enfermo. Las cogió observando con extrañeza cómo el sudor y la sangre habían dibujado, mejor que lo hubiera hecho un pintor, la silueta y los rasgos de aquel hombre.

-¡Mahonia! –gritó- ¿Mahonia querida, dónde estás? –murmuró desesperado.

Finalmente comprendió que allí ya no quedaba nadie. Nadie había revuelto ni muebles ni otros enseres, todo estaba tal y como unas horas antes, salvo que ahora faltaban las personas. Salió a la calle y respiró con avidez el aire fresco que traía los olores del incendio.

Caminaba sin saber adonde ir, sin un destino fijo, cuando su cara se elevó buscando en el firmamento un astro de la noche que le indicara el paradero de su amada. La respuesta fue el destello momentáneo de una estrella fugaz que irrumpió en un trozo de cielo: “*Cuando una de las pléyades muere en el Cielo, un alma vive en la Tierra*”, le había dicho su madre siendo niño, mientras alumbraba su fantasía con cuentos infantiles en las cálidas noches de verano. Joel supo por ello que Mahonia estaba a salvo.

Las voces de un grupo de soldados que se dirigían hacia allí, seguramente para saquear la casa, le volvieron a la realidad. Estaba en medio de una batalla que todavía no había terminado y él luchaba con los que parecían tener las de perder.

-¡Ese es uno de esos monjes que ayudan a estos sacrílegos! –gritó al verle uno de los soldados.

-Maldito sea, malditos templarios, van a conseguir que acabemos todos en la hoguera condenados por herejes –dijo otro de los del grupo, mientras acometía lanza en mano hacia donde estaba Joel.

El joven montó en su caballo, y, sin dudar, salió al encuentro de los que le atacaban. Tenía la ventaja de su montura, pero los que le enfrentaban eran seis hombres decididos a terminar la tarea de exterminio que con tanto éxito estaban llevando a cabo.

Uno de los soldados tensó la ballesta dispuesto a situar al enemigo a su altura. Se entretuvo en apuntar con precisión sabedor de que no tendría ocasión de repetir el disparo; pero, cuando estuvo listo, tenía tan cerca el blanco que los nervios le traicionaron haciéndole enviar la saeta por encima del monje. Llegó Joel junto a él cuando el ballestero se apresuraba a cargar de nuevo el arma, pero no le dio oportunidad: levantó la espada con ambas manos y la descargó con fuerza, llevándose por delante la ballesta, que el otro antepuso a su rostro como postrer defensa, e incrustándose después en su cabeza.

Dos de las lanzas de los otros soldados pasaron silbando sobre él y otra hirió la panza de su caballo. Relinchó el animal, pero no frenó su marcha, llevándose por

delante al soldado que le había herido. El golpe le lanzó contra la pared de una cerca donde quedó tendido con el cráneo destrozado.

Un segundo mandoble de Joel alcanzó a otro de los infantes en la axila derecha, con tan fulminante efecto, que cayó al suelo herido de muerte. Cuando volvió la vista hacia los que quedaban, comprobó el pánico que su ataque les había producido: uno estaba paralizado mirándolo con ojos atemorizados esperando el golpe de gracia; los otros dos corrían después de haber tirado lanzas y ballestas para huir más deprisa.

-Ve tras ellos, pero toma el camino de vuelta hacia Miranda si no quieres estar como éstos –dijo Joel, clemente, al que permanecía ante él, señalando a los muertos.

El soldado seguía absorto agarrotado por el terror, por lo que Joel le golpeó levemente en el casco con su espada.

-¡He dicho que te vayas!

Esta vez el soldado despertó de su letargo y, tras sonreír agradecido, salió corriendo detrás de los otros dos.

Volvió grupas el joven hacia la barricada para ayudar a los sitiados. Cuando llegó se estaba librando una gran lucha, porque la llegada de Hernán Rubio con los de Arroyomuerto había animado a los supervivientes cátaros a salir de su escondrijo y enfrentarse a los atacantes. La ferocidad de los combatientes remorteños no parecía tener límites; no dejaban tras de ellos heridos ni prisioneros, tan sólo cadáveres de los mirandeses, que veían disminuir sus expectativas con la llegada de aquellos nuevos bárbaros.

Los soldados de Miranda ofrecieron una dura resistencia, porque, aunque las fuerzas parecían igualadas en número, la habilidad y el valor con la que luchaban los gañanes de Arroyomuerto, no tenían nada que envidiar a la de cualquiera de los más diestros peones del conde. Los pastores sembraban la confusión y el pánico entre los soldados lanzándoles grandes pedruscos con sus hondas, con la misma rara habilidad que distinguiera al rey David en su lucha frente al gigante Goliat. No pocos cayeron a consecuencia de la certera puntería de los cabreros. Después se abalanzaron sobre ellos, descargándoles terribles golpes con hachas y destrales. Los pocos que pudieron evitar su furia se apresuraron a ponerse a salvo saliendo de estampida por el camino de Garcibuey.

Cuando todo hubo terminado, el resultado no era para cantar glorias de alabanza, a pesar de que la victoria se había inclinado finalmente a favor de los de Cargamancos. El pater Oigly y poco más de veinte o treinta cátaros era lo que quedaba del próspero pueblo donde se habían refugiado los fugitivos del Languedoc.

-Pueden venir a vivir con nosotros –se dirigió uno de los jefes de los pastores al pater Oigly- Siendo más, podremos defendernos mejor. En Arroyomuerto hay pastos para todos.

El pater Oigly miró hacia lo que quedaba del pueblo: tan sólo tres ó cuatro casas permanecían en pie. Los incendios, alimentados por la brisa nocturna, amenazaban con extenderse también a ellas. Ni tan siquiera la iglesia se había salvado de la barbarie de quienes, entre otras cosas, venían a combatir una herejía contra la propia Iglesia. No contestó el cátrato a las palabras del remorteño, pero le hizo un gesto de agradecimiento que se podía entender como de aceptación.

Colocaron ordenadamente los cuerpos de los muertos, y situaron a los heridos en carretas para trasladarlos cuanto antes a un sitio donde se les pudiera atender.

-He contado ciento treinta y ocho muertos –dijo Joel al cátrato negro- Hay mujeres y niños entre ellos.

-La furia de la guerra desata el animal que llevamos dentro. Ahora sólo queda enterrarlos y que cada uno de nosotros ate a su propia bestia, aunque lloremos de pena al ver a nuestros hermanos muertos.

El pater ordenó que cavaran tumbas en el solar que ocupaba la iglesia del pueblo; allí enterraron juntos a los cátaros y a los soldados de Miranda y del conde Wion Carafa. Hernán Rubio situó los cadáveres de Pedro, Rodrigo y Gutierre en un carro para transportarlos hacia Arroyomuerto.

-Hemos de enterrar a nuestros freires. Muertos por defender a unos herejes ¡Qué ironía! Al fin, todos nosotros, en algún momento de nuestra vida, hemos considerado buenas algunas creencias que no compartimos. Pero cuando los cristianos nos comportamos así, no hacemos sino oscurecer nuestro credo –le dijo el sanjuanista a su amigo, señalando la fila de cadáveres que formaban los de Cargamancos.

-Llegará el amanecer. Siempre amanece tras una noche oscura –le contestó.

Momentos después, Joel sintió su amanecer al ver el pelo alborotado de una mujer: era Mahonia a lomos de una mula conduciendo un hato de reses.

-Mahonia –gritó- Gracias a Dios que te encuentro. ¿Estás bien?

La muchacha esbozó una leve sonrisa al ver a su amado sano y salvo. Pero se tornó pronto en tristeza cuando dijo, señalando hacia la fila de cadáveres:

-Creo que hoy ninguno de nosotros puede estar bien. Pero no me han herido, si es eso a lo que te refieres.

-Es absurdo. Una locura más de un loco que todavía anda suelto -murmuró abrazándola cariñosamente.

Después de enterrar a los muertos, los sobrevivientes cátaros con el joven Roger y el pater Oigly al frente, abandonaron las humeantes ruinas de Cargamancos con los escasos enseres que pudieron recuperar. Delante de ellos, Mahonia y dos pastores controlaban un rebaño que contendría más de doscientas cabras y otras tantas ovejas. Cuando estaban en un lugar al que llaman el prado del Barrero, prepararon unas corralizas donde los dejaron al cuidado de los cabreros.

Con los acontecimientos tan terribles que habían vivido, ni el pater Oigly ni ninguno de los dos freires, que escoltaban la comitiva en retaguardia, pareció preocuparse por la extraña desaparición del extranjero que los había acompañado desde el día de San Juan. Había quedado tumbado en la alcoba contigua a la cocina cuando los hombres de Wion Carafa iniciaran su ataque, y nadie le había visto después, ni entre los vivos ni entre los muertos.

Ya estaban llegando a Arroyomuerto cuando Joel le dijo a Hernán Rubio:

-Voy a volver a Cargamancos. Quiero asegurarme de que el extranjero no ha quedado herido en algún rincón donde nadie haya podido verlo.

-Muy bien, por mí no te preocupes; no creo que ninguno de los huidos tenga intención de volver; además, si lo hicieran te encontrarían antes a ti. Ya ves, amigo, que harás de retaguardia y vanguardia al mismo tiempo –le contestó el sanjuanista.

Joel volvió grupas y lanzó a su caballo al galope en un momento en que la luna iluminaba perfectamente aquella senda.

Empleó el resto de la noche y parte de la mañana siguiente en revolver piedras y vigas en busca de alguna señal que pudiera indicarle el paradero del visitante de la túnica blanca. Cuando la posición del sol correspondía a la hora del *angelus*, decidió dar por terminada la búsqueda: recogió la sábana con la que se había cubierto aquel hombre, que había quedado impregnada con su sangre dibujando en el lienzo su efigie, la observó con curiosidad y luego la dobló cuidadosamente.

Una voz surgió de entre la fronda con un sonido poderoso:

-“¡Oh Yahvéh, Señor nuestro, cuán glorioso es tu Nombre por toda la Tierra!”

El templario hizo voltear su cabalgadura hacia el lugar del que parecía salir el grito de alabanza que acababa de oír. La sorpresa y el terror hicieron presencia en su semblante, de tal modo, que se sintió obligado a apearse del caballo y poner rodilla en tierra para orar.

-¡No para nosotros, Señor, no para nosotros, sino para tu Nombre da gloria! – gritó Joel el lema del Temple, muy similar al salmo de David que había escuchado. Y lo hizo con voz desgarrada y emocionada ante lo que acababa de vivir.

En un recogimiento que hacía tiempo no había sentido, Joel rezó una oración que era al tiempo una petición y un deseo ferviente de que su tiempo se detuviera allí “Señor, ahora que te siento cerca. Ahora que sé que estas ahí, siempre a mi lado cuidando mi alma: llévame contigo, junto a mis hermanos muertos y junto a mis padres”. La respuesta llegó de inmediato: oyó el lejano galope de un jinete que se acercaba desde Arroyomuerto, y vio, sobre un corcel blanco, a Mahonia que sonreía alegre al comprobar que su amado no había tenido ningún percance.

Joel no tuvo duda de que aquel extranjero no era sino un enviado de Dios. Uno de sus ángeles, probablemente, que le dejaba el legado de su efigie grabada para siempre en el lienzo que le había cubierto.

-Si has terminado de rezar, levántate, porque es hora de volver. Van a enterrar a vuestros hermanos muertos.

En Arroyomuerto les recibieron con vítores, porque ya había trascendido la heroica lucha que habían mantenido los templarios contra los caballeros del conde Carafa.

Junto a la ermita del Humilladero, todavía estaban atados los caballos de los vencidos cargados con sus escudos y armas. A su alrededor corrían unos mozalbetes, que no tendrían todavía quince años, imitando la lucha que imaginaba su fantasía. El que parecía ser respetado en el pueblo como jefe, se dirigió a uno de los caballos y, cogiendo una pesada espada, golpeó con fuerza el abollado escudo repetidas veces, hasta que todos los presentes se callaron para escucharle:

-Queremos rendir homenaje a estos monjes que han muerto por defendernos. Hemos preparado unas tumbas bajo la tierra de nuestra ermita para que reposen ya siempre en suelo sagrado y podamos sentir su presencia y su valor cuando vayamos allí a rezar.

El pater Oigly estaba junto a él, y añadió:

-Anoche han muerto muchos hombres y mujeres por los que tenemos también que orar a Dios. Nosotros, en su nombre, y en agradecimiento a vuestro pueblo por la ayuda que nos prestásteis, os vamos a dar nuestro mayor tesoro: la imagen de la Virgen que trajimos desde las tierras de Francia. ¿Podría tener ella un sitio también en esta ermita? –dijo estas palabras en tono de pregunta hacia el de Arroyomuerto.

El hombre le miró con ojos firmes:

-Natural –contestó lacónico.

Después hizo una seña a uno de los tamborileros que esperaban entre la gente.

*El tamboril y la gaita, la gaita y el tamboril
Lo tocamos los más mozos a partir del mes de abril.
Más como abril no ha llegado y queremos celebrar,
Antes que empiece la fiesta tienen que dejar de hablar.
Siempre que sale la Virgen den ca del Humilladero,
Vienen los bobalicones a ofertarle su dinero.
¿Ay, estúpidos gznápiros!, mira si tenéis un real,
Lejos de aquí presunciones, Ella quiere la moral.
Igual le da más que menos si lo dais con devoción,*

*Entre iguales es feliz. Nadie quiera parangón.
Ni en el roble ni en la encina se mantiene la bellota,
Tiene igual final en ambos: el cerdo o bajo la bota.
El tamboril y la gaita, la gaita y el tamboril.*

Los congregados, que habían guardado un expectante silencio, celebraron la canción, que, en tono de copla, había entonado el que llevaba la dulzaina.

-“El más valiente”. También aquí los dulzaineros anuncian mensajes en sus trovas –comentó pensativo Joel a Mahonia y a Hernán Rubio que estaban a su lado.

-Supongo que te la dirigen a tí, puesto que tú eres el que han estado esperando para iniciar este festejo fúnebre.

-Pero yo no soy el más valiente. En todo caso, uno de los más afortunados – Joel miró hacia Hernán Rubio queriendo hacerle partícipe de aquel reconocimiento.

-¡Estábamos...asustados!; pero ahora hemos vencido y debemos alegrarnos por ello. La muerte no deber ser señal de duelo, sino de gloria –dijo el pater Oigly al jefe de los pastores de Arroyomuerto, que estaba junto a él, y parecía dubitativo sobre si se debía celebrar el acontecimiento como el otro le había propuesto.

Los muchachuelos empezaron a bailar y tras de ellos lo hicieron prácticamente todos los que se habían reunido junto a la ermita. Después, cantaron las viejas canciones de juglares que desde tierras del Languedoc habían conservado los cátaros en su forzado exilio. Los jóvenes no entendían lo que cantaban, pero les sonaba bien, y eso parecía ser suficiente.

Algunas mujeres hicieron un círculo alrededor de la imagen de la Virgen de Cargamancos, que habían situado sobre un tronco de roble. Empezaron a danzar, brazos en alto, con un ritmo suave y cadencioso que contrastaba con la alegría general. Se diría que, más que un baile, era una representación de homenaje hacia la imagen que llegaba, para darle la bienvenida.

Terminada la danza, Joel y Hernán Rubio fueron trasladando los cuerpos de Rodrigo, Pedro y Gutierre de Monroy, hasta las sepulturas que habían cavado bajo las lanchas de piedra que estaban frente al altar.

-Que descansen en paz nuestros hermanos para venir a acompañarnos cuando llegue nuestra hora.

-Amén –dijo Mahonia, que había permanecido en todo momento junto a los dos monjes.

A la caída de la tarde, mientras los de Arroyomuerto iban acomodando en corrales y graneros a los sobrevivientes de Cargamancos, Joel, Hernán Rubio y Mahonia dejaron preparados unos petates con lo que consideraron imprescindible para un largo viaje. Antes de la salida del sol habían aparejado sus caballos. Después de despedirse de Roger y del pater Oigly, salieron de Arroyomuerto por el camino de San Martín hacia Miróbriga, muchas leguas más allá de la Peña de Francia.

En todos los pueblos hacían las mismas preguntas y casi siempre recibían las mismas o similares respuestas:

-¿Conocen a algún monje ermitaño que viva por aquí?

-Los lobos habrían dado cuenta de él si se atreviera a andar solo por esos andurriales. En estos montes no hay más que alimañas.

Cansados ya de la infructuosa búsqueda, hicieron alto en Serradilla del Arroyo. El pueblo era un conjunto de viviendas fabricadas con piedras jarreñas mezcladas con barro y otras de ladrillos de adobe, que rellenaban los huecos de troncos de castaño fijados con cuerdas y clavos. Parecía querer esconderse de los salteadores y bandidos

que merodeaban por los bosques al acecho de los ingenuos viajeros que se atrevían a desplazarse a su través sin protección.

Había una pequeña plaza de forma triangular en uno de cuyos ángulos se levantaba una ermita, había una casa construida de piedra de sillería, con un gran pórtico por donde bien podrían entrar carruajes. Adosado a la pared colgaba un cartel, medio desprendido, donde se leía: “Mesón de la Costanera”.

Joel estuvo un largo rato Joel de pie en el centro de la gran estancia, donde se distribuían desordenadamente varias mesas de madera, que, a la sazón, estaban todas vacías, salvo una en el fondo, donde cuatro hombres jugaban a los dados y bebían animadamente.

Mahonia, Hernán Rubio y Joel se habían sentado junto a la puerta. La presencia en la taberna de una mujer habría llamado la atención probablemente en cualquier otro lugar, pero no en Serradilla, donde la tradición atribuía a la mujer tantos o mayores derechos que a los varones. Nadie sabía desde cuando venía aquel respeto, pero los hijos bebían de la tradición y de las normas que veían en sus padres, y, por ello, también ellos las respetaban, para legarlas después a sus descendientes.

Pasó un buen rato hasta que uno de los de la partida pareció compadecerse de los viajeros y llamó a gritos al mesonero:

-¡Moro, baja de una vez, que tienes parroquianos!

Joel le agradeció con un gesto de cabeza y se acercó hacia el final de una escalera de madera por donde se escuchó la voz del mesonero:

-¡Voy!...¡Ya voy!

Venía el hombre secándose las manos con un trapo tan sucio que parecía que las iba a dejar más tiznadas de lo que ya estaban. Cuando estuvo junto a la mesa, Hernán Rubio le pidió una jarra de vino y otra de hidromiel pensando en Mahonia. Después, Joel le hizo seña para que acercara su cabeza y en voz baja le preguntó si había algún monje viviendo como eremita en los alrededores.

-Creo que queda aún uno de los monjes que vivían en el pueblo de Guadapero - dijo el mesonero, rascándose el cogote pensativo, como si con el gesto quisiera estimular su torpe inteligencia para ayudarla a recordar.

Luego, satisfecho, le dijo al templario:

-Sí, estoy seguro, no hace mucho que he oído hablar de ese monje loco. Vive en una cueva por el camino de Guadapero, cerca de un monte que llamamos Cerro de la Mancha. Aquél que está sentado allí es ovejero y os podrá indicar mejor que yo. Si no tenéis inconveniente en que le pregunte -dijo, recordando que le había interrogado en voz baja.

-Ninguno -contestó Hernán Rubio adelantándose a su amigo.

El mesonero hizo una seña al parroquiano que le había llamado, pero el otro seguía enfrascado en su juego sin hacerle caso.

-Estos señores quieren invitarte a una jarra de mi mejor vino. Ese que guardo para el cura.

La propuesta debió de parecerle atractiva, porque se levantó de inmediato acercándose a la mesa.

-¿Cómo llaman a ese monje loco del regato de la Piedra Llana?

-¿El que vive en la cueva? -preguntó el hombre mirando con curiosidad a Mahonia-; creo que lo llaman por un número, pero no me acuerdo ahora de cuál -luego volvió a mirar al mesonero, afirmando despectivo -está loco, no habla, sólo hace señas y dicen que le han visto comer saltamontes y lombrices.

El mesonero había regresado con la prometida jarra de vino que enseñaba en su mano, situándola a la vista del pastor, pero sin dársela. Haciendo un ademán de que todavía no la había ganado, le inquirió:

-Cuenta a estos señores como pueden llegar allí.

-En el Cerro de la Mancha, que verán nada más salir del pueblo hacia donde se pone el sol, nace un arroyo de aguas muy claras y frías. Se puede rodear por un camino de cabras, y, junto a él, en medio de donde está la fuente, hay una cueva donde vive ese monje.

Satisfecho el mesonero, le entregó la jarra. El recipiente estaba tan lleno, que el otro bebió un sorbo allí mismo para que no se vertiera el contenido en el camino de regreso a la mesa de juego, donde sus amigos le esperaban ansiosos por poder compartirla.

-Dicen que es un monje del antiguo monasterio de Guadapero que vive retirado y alejado de todos. Puede que sea debido a que los que ahora sirven al Señor de Valdefuentes no quieren que pueda dar que hablar a su dueño, un esbirro del conde de Miranda, que ahora ocupa esas tierras que fueron del Temple.

Joel comprendió que la información bien merecía una recompensa mayor que la jarra de buen vino que el mesonero había entregado en su nombre, así que buscó en su bolsa y le entregó un sueldo de reales de Mallorca que no recordaba muy bien cuando había entrado en ella. El mesonero mordió el oro y satisfecho se ofreció a acompañarles cuando terminaran el vino.

-Con eso bien nos puedes servir unos trozos de pan con tocino –solicitó Hernán Rubio al tabernero, viendo que su amigo parecía olvidar que la barriga había que llenarla de cuando en vez.

-Eso está hecho –salió diligente el hombre en busca de lo que le habían pedido.

-Creo que vamos a tener suerte. Si ese freire es quien yo imagino, habremos terminado la búsqueda de ese libro –afirmó Joel, satisfecho e impaciente.

No les costó trabajo encontrar la cueva que les habían indicado, porque, como ya anochecía, el resplandor de una gran hoguera señalaba desde lejos la presencia de gentes.

Cuando estaban a menos de una legua de la luz que desprendían los leños ardiendo, Hernán Rubio gritó con fuerza haciendo bocina con sus manos:

-¡Somos gente de paz!...¡Somos gentes de Dios!

Nadie contestó a sus gritos, pero decidieron que si era el ermitaño quien estaba junto a aquel fuego, tendría buena predisposición hacia unos cristianos que se acercaban.

La hoguera ardía con llama viva devorando un montón de ramas y matojos de brezo, esparciendo su aroma por todo el contorno, pero no se veía a nadie, ni nada hacía presumir que el fuego estuviera destinado a calentar un hogar, aunque fuera al aire libre.

Fue Joel quien gritó llamando al ermitaño con el lema del Temple:

-¡Non nobis, domine, non nobis!...¡non nobis, domine, non nobis!

Su voz produjo un lejano eco, que retumbó de vuelta en la oscuridad de la noche, pero no vino solo:

-¡Sed nomini tuo da gloriam!

Respondió una voz rota, pero vigorosa, y tras de unas matas de escoba asomó un hombre vestido con pieles y con aspecto de no haber visto a un barbero desde uno o dos años atrás.

-¿Quiénes sois? –preguntó, acercándose con un grueso palo, que le servía de apoyo y defensa, hacia donde estaban Joel y sus amigos que aún permanecían sobre sus monturas.

Fue Joel quien contestó:

-Soy Joel, un desdichado caballero de la Orden del Templo de Salomón que busca a sus hermanos y la paz para su alma.

El ermitaño cogió de la fogata un tronco ardiendo y se acercó hacia el templario, levantando la improvisada antorcha para iluminar su rostro. Entonces Joel le pudo ver también a él con más nitidez. Algo en el rostro curtido y avejentado de aquel hombre le pareció familiar, pero fue el ermitaño quien habló:

-Baja del caballo, hijo, y deja que te abrace. Yo soy Sesentaydós, freire también de la, ya para siempre, Santa Orden del Temple. Acompañé a vuestro padre Hugo y presumo por haber sido uno de sus mejores amigos.

Joel se lanzó del caballo para abrazar al anciano templario. Los dos hombres permanecieron unidos así, en silencio, reviviendo una historia llena de recuerdos que ahora se agolpaban desbordando sus emociones. Mahonia y el sanjuanista les miraban desde sus caballos en silencio, comprendiendo lo que los dos freires sentían en aquel momento.

Cuando se separaron, Sesentaydós hizo señas a los de a caballo para que se acercaran al fuego.

-Poco tengo en esta casa –dijo señalando hacia una cueva que se abría tras de él iluminada por la luz de las llamas-, pero, si tenéis hambre y no hacéis ascos a las criaturas de Dios, no crujirán vuestras tripas esta noche.

Hernán Rubio, que había devorado hacía poco el pan con tocino del mesón, iba a decirle que estaba harto, pero Joel se le adelantó:

-Si esos manjares mantienen a un templario, bien pueden hacerlo con otro y dos allegados –bromeó.

-Siempre habéis dicho que nuestros hermanos son más exigentes que los vuestros –intervino el sanjuanista-. Veamos ahora si mi barriga os contradice.

Mahonia, que recordaba las palabras de los del mesón de Serradilla a propósito de la dieta del ermitaño, calló prudentemente, temiendo que la presencia de las langostas asadas la hicieran vomitar.

Sesentaydós entró en la cueva con el palo ardiendo. Parecía satisfecho con la actitud de sus visitantes. Joel le siguió, decidido a ayudarle.

La excavación donde tenía su alojamiento el ermitaño se abría en una masa rocosa de gran envergadura, muy próxima a un precipicio. La entrada mediría más o menos lo que un hombre erguido, y su ancho sería algo menor que su altura. Dentro, el viejo templario había construido un camastro con pieles de todas clases. Se dirigió hacia una zona que le servía de alacena, tomó una vasija llena de algún líquido y se la entregó a Joel, al tiempo que él cogía un puchero tapado con un trozo de madera.

Le hizo señas al joven para que saliera delante de él, porque el angosto lugar no permitía el paso de dos personas.

El cántaro que llevaba Joel despedía un olor dulzón que embriagaba. Era oscuro, pero entre aquellas tinieblas no se apreciaba su color. El joven lo situó junto a la lumbre.

-Cuidado, no lo acerques mucho, porque podría arder –advirtió detrás de él Sesentaydós- es una mezcla de zumo de moras con endrinas que he dejado fermentar con un método aprendido de nuestros hermanos cistercienses de Claraval. Yo lo llamo el vino de Bernardo. Os aseguro que mejora muchos de los bebedizos infames que ofrecen en los mesones.

Para demostrar su confianza en lo que decía, cogió un cuenco de barro, lo introdujo en el recipiente y lo sacó repleto de aquel líquido. Bebió un buen trago; y luego, se lo ofreció a Mahonia.

-Si bebe una dama ninguno de los demás se atreverán a rechazarlo –susurró haciendo una zalamería que quería ser galante.

Mahonia sonrió y bebió un trago. Dejó que el líquido entrara poco a poco en su garganta, sintiendo cómo a su paso el calor del alcohol la calentaba hasta un extremo insoportable, pero quiso aguantar impasible, porque sabía que los otros estarían pendientes de ella. Afortunadamente la muchacha no había tomado más que un pequeño sorbo y pudo disimular la quemazón.

-He bebido cosas peores –dijo cuanto tuvo aliento para hacerlo-, pero lo he hecho para no ofenderos. No me gusta que nada altere mis sentidos, porque podría dejar de tener control sobre ellos y hacer algo de lo que me arrepentiría después.

-¡Bah!,... bobadas –dijo Sesentaydós- también los sentidos necesitan estar libres alguna vez. Si se los ata siempre, todos podríamos llegar a ser santos.

El viejo templario trataba de justificar así sus excesos con aquel licor, que eran, probablemente, los únicos que ya se podía permitir.

Joel y Hernán Rubio tomaron también el cuenco pudiendo constatar que el líquido, además de fuerte, tenía un agradable aroma.

-Sin duda habéis tomado bien la receta del cister –exclamó Hernán Rubio.

Satisfecho, Sesentaydós abrió entonces el puchero, colocando, sobre un tronco que hacía las veces de mesa, un montón de saltamontes asados. Los bichos tenían un agradable color tostado y no ofrecían mal aspecto, si no fuera por la inicial predisposición que todos tenían ante su vista.

-Ahora son los sentidos los que alteran vuestra alma, porque estos bichos tienen un sabor excelente, y además de llenar la tripa, alimentan las fuerzas.

Como si considerara necesario demostrar lo que decía, tomó uno de los insectos por la cola, lo exhibió unos instantes a la vista de sus invitados, y se recreó llevándolo lentamente hasta su boca, donde crujió al ser aplastado por sus dientes.

-Está exquisito, aunque saben mejor cuando están recién asados –confesó.

Mahonia se sintió avergonzada por la velada reprimenda que le hacía el templario, y comió también uno de los saltamontes, reconociendo que su sabor mejoraba considerablemente su aspecto.

-El color del día de hoy era totalmente tenebroso. No me gustaba nada, pero veo que mis premoniciones no estaban acertadas –comentó Mahonia, mirando a Sesentaydós con clara simpatía.

-Puede que el día no fuera tan bueno como la noche –reflexionó el sanjuanista.

-¿Qué os trae por aquí? –preguntó Sesentaydós, dándose por satisfecho con que la mujer le hubiera acompañado en la comida.

-Buscamos un libro muy antiguo –dijo Joel.

Le explicó la disputa en la elección del nuevo Papa, que enfrentaba a las Hermandades de la Quimera y de los Hijos de Salomón.

-Dentro de poco hará un año que está la Iglesia sin Papa, porque en el cónclave hay tantos apoyos para el cardenal Duèse como los que tiene el de Santo Eusebio. Nosotros,...bueno algunos de nuestros hermanos del Temple –rectificó mirando hacia el sanjuanista-, creemos que la Iglesia precisa aplicar la revolución que predicó San Francisco, y esto sólo lo llevará a cabo Nicolás de Santo Eusebio, si accede a la prelatura de San Pedro.

Sesentaydós le escuchaba silencioso mirando el crepitar de las ramas secas de roble. Joel continuó explicándole la importancia del libro, ya que la profecía de San Malaquías señalaría hacia dónde deberían inclinarse los votos de los cardenales que debían elegir al pontífice:

-Ese libro de San Malaquías dará la señal definitiva sobre quien debe ser el Papa -terminó.

Sesentaydós levantó la vista para mirarlo, luego la paseó sobre Mahonia y Hernán Rubio, como si su presencia le hiciera ser más circunspecto. Así al menos lo entendió Joel, que aclaró:

-Mahonia es una perseguida cántara, como lo fue mi madre. Ella ha ayudado mucho a nuestra causa, y Hernán Rubio es un caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén, que también pertenece a nuestra Hermandad de los Hijos de Salomón – terminó diciendo al ver que el viejo mantenía su gesto desconfiado, terminó diciendo-. Respondo por ellos.

Aquellas palabras parecieron suficientes para Sesentaydós:

-Yo tengo ese libro –dijo.

Capítulo XIII . El Manuscrito de San Malaquías

En Avignon, se iba a iniciar la enésima reunión del cónclave del colegio cardenalicio. Los dos prelados que tenían alguna posibilidad de ser elegidos, habían coincidido en uno de los pasillos del claustro que antecede a la sala capitular. Nicolás de Santo Eusebio saludó a Jacques Duèse:

-Hay quien dice que sois mi enemigo, pero yo no siento nada contra vos. Convendría que aclaráramos que cualquiera de los dos respetará, acatando la voluntad de Dios, la elección del otro. ¿No creéis?

Jacques Duèse se detuvo, miró a Nicolás y luego a los otros cardenales, que algo más distanciados les observaban mientras caminaban hacia la sala del Cónclave. Entonces sorprendió a todos abalanzándose para abrazar a Nicolás, que, sorprendido, le dejó hacer.

-Nadie podrá decir ahora que sois mi enemigo. A veces, a los que tienen la desconfianza o el rencor en sus almas, no les bastan las palabras, -dijo, señalándole a los otros prelados que miraban asombrados a sus dos compañeros.

-Este abrazo os proporcionará sin duda algún voto más –le confesó con sincera simpatía Nicolás-, pero lo doy por bien empleado.

Entraron después en la sala de reuniones, situándose cada uno junto a los que constituían sus más fieles apoyos.

Nicolás, como casi siempre, estaba rodeado por los dos Arnaldos. El cardenal de Santa Prisca fue el que primero le habló:

-Todos han visto como os abrazaba. La interpretación que se hará, salvo que vos expliquéis otra, es que él os ofrece su perdón. Eso presupone la generosidad con el vencido del que se sabe ganador.

-Jesús perdonó a todos desde la cruz, cuando todavía le iban a dar la lanzada final en su corazón. Era el perdedor en la tierra pero el ganador ante su padre Dios. No creo que esas interpretaciones que decís puedan alterar nada de modo definitivo; a fin de cuentas, yo también correspondí a su abrazo.

Santa Sabina les había escuchado atentamente. Comoquiera que ambos callaran después de las palabras de Nicolás, quiso también intervenir para darles su opinión.

-Creo que deberíais ir y devolverle el abrazo ahora en presencia de todos. Probaréis que no le tenéis rencor, convenciendo a los que no os conocen de que sois clemente.

Nicolás y el otro Arnaldo ya estaban acostumbrados a las propuestas insospechadas del de Santa Sabina, por lo que se limitaron a pedirle que guardara silencio para que pudieran empezar las intervenciones del cónclave.

Pero el cardenal interpretó mal a sus amigos, y se levantó con ánimo de iniciar los debates. Cuando Nicolás se apercibió, intentó evitarlo, pero ya Arnaldo de Santa Sabina estaba camino del púlpito de oradores:

-Eminencias, hoy nos reunimos para decidir, como lo hicimos hace una semana y antes, varias veces, hace meses. Pero debemos olvidarnos de los ayeres para pensar tan sólo en los mañanas –se complació de lo ingenioso de su frase, callando unos instantes- Somos depositarios de una gran responsabilidad: la de elegir al nuevo Papa. No debiera recordarlo, pero lo hago: el Papa es el representante de Dios sobre la Tierra, y Dios fue pobre, porque las escrituras dicen que no tuvo nada propio, ni por sí ni en comunidad con sus discípulos. Esa doctrina predicaba también hace años el Santo de Asís, patrono de muchos de nosotros, y yo quería recordároslo. Es cuanto tenía que decir –terminó.

Todos conocían la sencillez y falta de brillantez del cardenal franciscano, por lo que temían un discurso aburrido e inconsistente, pero aquella vez, algunas voces admirativas sucedieron a su intervención.

Cuando volvió a su sitio, Nicolás de Santo Eusebio se levantó inclinando la cabeza en un gesto de reconocimiento que agradó al otro.

Se sucedieron muchas otras intervenciones, la mayor parte de las cuales referentes a la necesidad del ornato o de la pobreza para la liturgia y el clero. Hubo argumentos brillantes a favor de una y de otra tesis, pero finalmente las cosas parecían estar de nuevo igualadas, y ese fue el resultado.

El obispo de Pamiers esperaba al cardenal Duèse a la salida de la reunión para preguntarle por lo ocurrido. Cuando el otro se lo relató, clamó indignado:

-Sólo se resolverá este empate cuando se les presente a los incrédulos como prueba el lema que asigna al sucesor de Clemente V el libro de San Malaquías.

-Lo sé –suspiró resignado Jacobo Duèse-,... lo sé -repitió.

Mientras esto ocurría, en la Sierra de Francia alguien iba a tener en sus manos la prueba tan esperada por los cardenales.

En las proximidades de Serradilla del Arroyo, junto a la Peña de Francia, Sesentaydós se levantó yendo de nuevo hacia la cueva que constituía su habitáculo. Cuando Joel hizo ademán de seguirle, le detuvo con un gesto firme:

-Voy a buscar ese libro. Espera aquí con los otros.

Al fondo de la oquedad había una hornacina con una estrecha abertura, que el viejo templario tenía disimulada con una piedra arrancada de la propia pared, de manera que sería imposible, para quien no conociera el escondrijo, averiguar que allí se ocultaba nada importante.

Introdujo la mano hasta más arriba del codo, pues el hueco era profundo, extrayendo un envoltorio de finas pieles de cabrito. Con él en la mano volvió hacia donde estaban Joel y sus amigos. Los tres esperaban impacientes la revelación por la

que se había derramado tanta sangre, y que tenía indecisos a los cardenales de la cristiandad.

Sesentaydós entregó el envoltorio a Joel. El joven templario lo tuvo entre las manos sabedor del valor que representaba, pero, antes de decidirse a abrirlo, le preguntó al anciano:

-Tú lo has leído, supongo.

-Supones mal. Tal como te lo he entregado lo recogí de donde me indicó el Gran Maestre. Él no me dijo que lo leyera y yo no lo he hecho, porque no he querido arriesgar que, en un momento de debilidad, cuando la bebida alterara mis sentidos – miró hacia Mahonia- pudiera revelar algún secreto que debiera ser guardado.

Joel entendió la lección que le daba el viejo templario, y guardó el envoltorio en las alforjas de su caballo, ante la decepción notoria de Mahonia y de Hernán Rubio.

-Es un caballero templario –les dijo, orgulloso de la acción del muchacho, Sesentaydós a los otros.

De pronto, se oyó un fuerte crujido de ramas pisadas por los pies de gentes que se movían con rapidez. Un grupo de soldados irrumpió desde la espesura y una voz conocida gritó:

-Dadme un motivo y estaréis todos muertos antes de que salga el sol.

El conde Wion Carafa se acercó hasta donde sus soldados tenían rodeados y amenazados con sus lanzas, a los monjes y a la muchacha.

-Ya veo que habéis hecho parte de mi trabajo –dijo golpeando con su mano la alforja donde Joel había guardado el manuscrito- ¡Cruz de hierro! Veamos si también me ayudáis respecto a la otra parte.

Los soldados ataron con cuerdas a los monjes a unos árboles, y esperaron junto a la cátera, interrogantes, las órdenes del conde. Alguno miraba con lascivia a la muchacha, pero no tenían muy claro lo que debían hacer con ella.

-¡Cruz de hierro! –gritó Wion, interpretando las dudas de aquellos soldados-. No sabéis que estamos en unas tierras donde hombres y mujeres tienen los mismos derechos. Eso dicen los cátaros, y eso fue lo que dijo también aquel tabernero, ¿no? Así pues, atadla también a ella, no fuera que incumpliéramos alguna ley –rió, divertido.

Después de maniatar a la muchacha, cuidando de no apretar demasiado los nudos para no herirla, dos soldados se situaron junto a la lumbre para hacer guardia. Los restantes se recostaban buenamente donde podían, después de cubrirse con hojas de helechos para protegerse del frío húmedo que acompañaba la neblina nocturna.

El conde entró en la cueva, ante la mirada indignada de Sesentaydós. Como tardara en salir, presumió el viejo templario que el otro se habría acostado en su lecho, y aquello superó su capacidad de aguante:

-¡Maldito seas si osas yacer en mi cama! –su grito rasgó el silencio de la noche, alarmando a los soldados que empezaban a dormir.

El conde salió también de la cueva portando en su mano una espada envuelta en un trozo de terciopelo rojo.

-¡Cruz de hierro! Mal pluguiera a mis huesos si cayeran sobre vuestro inmundo catre, ¡monje soldado!, que no sois ni una cosa ni otra, según presumo ¿Es esta vuestra reliquia de las cruzadas? –dijo elevando el arma.

Se trataba de un alfanje sarraceno que tenía una hermosa empuñadura de nácar. No excesivamente valioso, pero que, sin duda, sirvió una vez a algún árabe principal.

Comoquiera que Sesentaydós no pareciera dar importancia a que hubiera tomado el conde aquel recuerdo, una vez que no iba a usar su cama, todos parecieron calmarse.

-Después de todo no estaban desacertadas mis premoniciones de ayer –se lamentó Mahonia.

Cuando el sol asomó junto a la Peña de Francia, los soldados ataron a los monjes y a Mahonia a la grupa de sus caballos, y así esperaron hasta que se presentó el conde.

-Veamos entonces cual va a ser nuestro viaje. Vosotros nos indicaréis el camino, y yo decidiré si iremos al paso o al galope. Claro que ya imaginaréis el escaso trecho que recorrerán vivos vuestros cuerpos arrastrados entre esos peñascos.

-Lo preguntaré sólo una vez: ¿dónde está el tesoro que me robasteis en Oviedo? –se dirigía a Joel, sabedor de que el joven tendría aquella información.

-¡No se lo digas! –gritó Hernán Rubio-, a fin de cuentas nos matará igual.

Uno de los soldados propinó un golpe al sanjuanista con el mango de su lanza e hizo avanzar a su caballo al trote arrastrando tras de él al monje. Tras un breve recorrido, retornó a donde estaba el grupo. Hernán Rubio apenas se podía levantar; sus ropas se habían convertido en un montón de jirones y a su través se podían ver las terribles desgarraduras que las rocas y las ramas le habían producido.

-¡Cruz de Hierro!, terco monje. Puede que a ti te mate en uno u otro caso –dijo Wion Carafa-, pero prometo respetar a esa belleza... Al menos durante algo más de tiempo. ¿No os parece? –preguntó, riendo, a sus hombres.

-Hazle daño a ella, y amanecerás una mañana capado por una hoja más fina que la que anoche robaste, ¡maldito! –le amenazó con voz airada Joel.

-Ya veo que vuestra terquedad no ha decaído con la disolución de vuestra orden. ¡Cruz de Hierro! Es igual: sé a donde tenemos que ir, pero tendremos que hacerlo deprisa.

Hizo señas a los de a caballo para que hicieran avanzar a los animales a un paso rápido. El vivo ritmo hacía tropezar, y a veces caer, a los tres monjes, provocándoles golpes y desgarraduras contra las piedras; luego, a duras penas, de nuevo conseguían ponerse de pie. Respetaron más a Mahonia haciendo que el caballo al que iba atada la cántara anduviera algo más despacio.

Antes de la hora tercia ya estaban en las laderas del Pico del Halcón, también llamado de la Mina por la antigua explotación que había tenido lugar en él.

Joel no comprendía cómo podía haber averiguado el lugar donde escondieron el tesoro, pero Wion ciertamente lo sabía, porque había ido directamente hasta la vieja boca de la mina de hierro romana. “¿Pero entonces...?” se preguntaba el templario, “¿para qué los habría conservado vivos a ellos?”

-Te preguntas por qué vives todavía templario, ¿verdad? –la voz del conde sonaba tras de él- ¡Cruz de Hierro!, te lo voy a decir: porque quiero que escuches antes una historia, la historia de este tesoro y lo que mi Señor logrará con él, gracias a que tú lo has sabido esconder tan bien, que yo lo he podido encontrar, ja, ja, ja....

Joel no se volvió para mirarlo cuando le contestó:

-Quien traiciona una vez un secreto, puede hacerlo ciento, conde –le dijo, despreciativo, preguntándose todavía quien podría ser el traidor.

Wion Carafa se acercó hacia la entrada arrumbada bajo las piedras, calculando el tiempo que les llevaría despejar todo aquello para dejarla expedita.

-¡Empezad a retirar esas piedras ya! –gritó a los peones-. Quiero ver despejado eso antes de que anochezca.

-Bueno, muchacho, hemos quedado en que yo te cuento una historia y tú me dices el lugar exacto en el que están enterradas las cajas. Ese oro realmente os pertenece. Era de vuestra Orden y yo lo traía para devolvéroslo. ¡Cruz de Hierro!... Ese era el trato que se acordó entre el Gran Maestre de la Quimera, no aquel Marte al que

mató un caballo, si no el verdadero Gran Maestro que no precisa de títulos para dirigirlo todo, y vuestros hermanos prisioneros en París.

Observó, complacido, cómo el joven templario le escuchaba con aparente interés.

-Yo venía dispuesto a cumplir el trato de entregaros el oro y recibir a cambio el manuscrito de San Malaquíás, pero vuestro comendador Paien quiso ser más listo y quedarse con todo, así que ahora no tendréis nada. Así es el juego, quien arriesga puede doblar o quedarse con la bolsa vacía –suspiró, satisfecho-. Después nos indicará el lugar exacto donde se encuentran las cajas, ¡Cruz de Hierro!..., o tendré que enfadarme de verdad con tu amiga.

Mahonia miró a Joel suplicándole que no lo hiciera:

-Prefiero morir antes que estar en manos de ese canalla. No le digas dónde está.

-Si alguien va a morir, ese será él –le susurró Joel-. Confía en mí.

Toda la tarde y la noche siguiente estuvieron los soldados acarreando piedras en una interminable cadena que apenas hacía un alto para comer y dormir unas horas. Por fin llegaron a la entrada del pasadizo que iniciaba la pendiente de bajada hacia la bifurcación. Entibaron cuidadosamente el acceso y esperaron a que amaneciera.

Durante la noche, el frío y el viento azotaron el lugar convirtiéndolo en un auténtico infierno. El conde había prohibido que encendieran hogueras para no despertar el interés de cualquiera que pudiera observarlas desde la lejanía, y los cuerpos tuvieron que soportar la inclemencia recurriendo a cubrirse con hojarasca y helechos.

Cuando el sargento de la guardia presentaba al conde la obra concluida, con todos los peones a su alrededor, se oyó la voz de Joel gritarle en voz alta al sanjuanista:

-¡Amigo, ahora sí que moriremos sin remedio!: ¡han abierto las tumbas donde enterramos a aquellos apestados!

Apenas oyó aquello, el soldado que estaba más cerca se volvió como si le hubiera caído encima un rayo.

-¿Has dicho peste?, ¿hay aquí apestados?

Levantó tanto la voz que los otros pararon, también inquietos por la noticia.

Wion Carafa se acercó hacia él dispuesto a descargar su espada sobre el joven, pero un pensamiento le contuvo.

-¿Por qué asustas a mi gente con esas mentiras?

-No son mentiras, os lo aseguro –dijo Joel con voz templada y firme-, podéis preguntar a cualquier lugareño de los alrededores. Veréis que llevamos aquí más de un día y ningún pastor se ha acercado para que el ganado aproveche esas frescas hierbas. ¿Veis acaso en los alrededores alguna corraliza donde hayan estercado las ovejas recientemente?

Hasta el propio conde estuvo a punto de dejarse convencer por los lógicos argumentos del templario, que terminó diciendo:

-Todo eso es por lo que os he dicho. Ahí hay enterrados unos hombres que murieron apestados –utilizó el joven la doblez del término para no mentir una vez más.

Puso tal énfasis en sus últimas palabras, que los que estaban más cerca de la bocamina se precipitaron hacia atrás, alejándose de allí unos cuantos pasos.

Wion comprendió que estaba perdiendo la batalla de la comunicación, la misma que la Quimera había utilizado con tanta habilidad para destruir la leyenda de la Orden del Temple. No encontró otro medio para vencer la situación que hacer él mismo un gesto espectacular: Comoquiera que la entrada había quedado ya completamente despejada, se adelantó por ella portando una antorcha encendida y otra de repuesto en su mano izquierda. Ninguno de sus hombres se atrevió a seguirle, tanto era el temor que inspiraba aquella terrible enfermedad.

Pasó un buen rato sin que hubiera señales del conde, por lo que el nerviosismo empezó a cundir entre sus tropas. Joel se aprovechó de la situación:

-No saldrá. El mal de la peste le habrá convertido en una piltrafa humana por lo que ahora él solo no podrá ni arrastrarse –dijo cargando las tintas-. Alguien debiera ir a ayudarlo.

Las inteligentes palabras del templario causaron el efecto que pretendían, que no era sino el de convencer a los soldados que allí podrían contraer rápidamente la enfermedad maldita. Joel sabía que el recorrido de todas las galerías le llevaría al conde un tiempo más que suficiente como para que a sus hombres se les acrecentara la duda.

-Si consigue salir, que lo dudo, podrá comprobar lo valientes que sois por no haber bajado a ayudarlo. Estoy seguro de que os premiará convenientemente.

Todos los peones sabían de la furia del conde, por eso, aquellas palabras acabaron por convencer a algunos de que esperar allí no les traería más que problemas; así que cuatro de ellos corrieron ladera abajo, mientras que, dubitativos todavía, los otros ocho entraban en la galería con más miedo que otra cosa.

Entretanto, Mahonia, que había conseguido aflojar las cuerdas que ataban sus manos, aprovechó la ausencia de guardias para terminar de soltarse. Buscó luego una piedra afilada cortando con ellas las ligaduras de sus amigos.

-No tenemos armas –dijo Sesentaydós, cogiendo una piedra de mineral de hierro- con esto sólo podremos hacer alguna que otra pitera antes de que nos ensarten como a pollos.

Se planteaban la conveniencia de escapar antes de que salieran los del Conde, cuando Mahonia, que se había alejado unos pasos, volvió haciéndoles señas para que guardaran silencio.

-Vuelven los cuatro que se fueron –susurró.

Se escondieron entre las escobas provistos de gruesas piedras, y cuando los arrepentidos desertores pasaban junto a ellos, los golpearon dejándolos sin sentido.

Cogieron sus armas para dirigirse al interior de la mina. Al no disponer de antorchas, tubieron que esperar donde la galería se bifurca hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. En aquel lugar, las paredes no parecían muy firmes, y las maderas que sostenían la estructura natural estaban bastante deterioradas. Observó aquello Hernán Rubio, que había percibido un ligero movimiento de la estructura al apoyarse en el entibado:

-Si retiramos esta parte podremos quitarnos de en medio a los que se hayan adentrado por aquí –propuso, dubitativo.

Nunca tenía claro el sanjuanista que tuviera derecho a terminar con la vida de otros cristianos, a pesar de que su espada había abierto ya muchas cabezas que no eran de infieles.

-El tesoro está por aquella otra galería, así que nada se pierde –aceptó Joel.

Sesentaydós y Joel comenzaron a retirar los pilares de madera haciendo palanca con sus armas, mientras Hernán Rubio y Mahonia amontonaban piedras que traían desde la entrada para cerrar antes el pasadizo. No hubieran sido necesarias, porque, falta de los soportes que la mantenían, la galería se derrumbó con estruendo cerrando completamente el túnel. El ruido alertó a los de dentro que corrieron inútilmente tratando de escapar. Cuando llegaron hasta allí, encontraron que el derrumbe convertía aquel pasaje en su tumba.

-No podrán retirar todas esas rocas antes de que les falte el aire –dijo Sesentaydós oyéndolos escarbar al otro lado en su afán por abrirse paso entre la tierra y las piedras.

-Creo que debemos rezar por sus almas –propuso Hernán Rubio.

-Pero antes tendremos que proteger las nuestras. No sabemos cuántos han ido por el otro lado –terció Joel.

Avanzaron a tientas por el túnel que llevaba hacia el lugar donde estaba enterrado el tesoro, sin toparse con nadie. Las paredes y el suelo estaban húmedos y resbaladizos, por lo que, debido a la ya completa oscuridad, se hacía necesario asentar bien el pie para evitar que el ruido de una caída alertara a los del conde Carafa.

Iba en cabeza Joel, seguido de Mahonia y Sesentaydós. Hernán Rubio cerraba la marcha. Curiosa coincidencia con la costumbre de que en las batallas libradas en Tierra Santa, también los templarios fueran en vanguardia, mientras que los hospitalarios-sanjuanistas guardaran la retaguardia.

Cuando ya habían avanzado un buen trecho, escucharon voces a lo lejos:

-¿Cuántos serán? –preguntó Hernán Rubio desde atrás.

-Sólo el anciano maestro Rodrigo tenía esa capacidad –rememoró melancólico Joel la exactitud con que el templario había predicho los caballeros que les atacarían en la batalla de Cargamancos.

-Eran doce además del conde. Cuatro ya han quedado fuera, así que ahora son ocho –hizo Sesentaydós aquella rápida deducción.

Cuando la galería se acercaba a la gran sala donde yacían enterrados los templarios junto al tesoro, el resplandor de las antorchas de los que allí estaban permitió a Joel hacer un balance exacto:

-Son cinco, y están todos, excepto el conde, en el hoyo cavando las tumbas. No se han creído lo de la peste, así que encontrarán pronto las cajas con el tesoro.

Todos esperaron la decisión del joven templario. Parecía que iba a ordenar un ataque de inmediato, cuando Sesentaydós tomó su brazo susurrándole:

-Déjalos que se cansen cavando, nosotros no debemos tener prisa, además ellos nos aventajan en dos. El trabajo que hagan con esas palas equilibrará algo las fuerzas.

-¿Es que yo no cuento, viejo? –dijo molesta Mahonia.

Sesentaydós la miró sonriendo, luego contestó con rapidez en un tono suave que sorprendió a la muchacha:

-El que no cuento soy yo, porque ya no estoy para muchas batallas.

La joven avergonzada se disculpó.

-Siento haberos llamado viejo. Realmente no quería hacerlo, pero...

-Está bien, no os disculpéis por algo que a todos nos llega.

Aguardaron en silencio un buen rato hasta que oyeron un cierto alboroto en el interior.

-Han debido encontrar los cofres. ¡Vayamos ahora por ellos! –ordenó Joel.

-¡Beasant! ¡Que Dios nos asista! –gritó Sesentaydós siguiéndole.

Estaban todos los del conde dentro del foso que habían excavado, contemplando dos hermosos cálices dorados que habían quedado al descubierto.

Wion Carafa se volvió justo a tiempo para ver como los caballeros y Mahonia se abalanzaban sobre ellos. Esquivó ágilmente la primera estocada que Joel le lanzó. Su mirada evaluó rápidamente la situación de sus hombres y su rostro reflejó un miedo que no se había asomado a su cara desde muchos años antes.

Sesentaydós había puesto fuera de combate a uno de los peones en el primer envite y ahora cruzaba su espada con otro.

Mahonia mantenía firme su arma contra otro de los del conde, sin que su aparente condición de mujer pareciera una desventaja decisiva, y, el otro peón, había salido del hoyo en busca de Hernán Rubio, que se mantenía en un segundo plano, sin decidirse claramente a derramar la sangre de un cristiano.

Esa aparente cobardía del sanjuanista distrajo un momento a Joel. Lo suficiente para que Wion Carafa aprovechara para alcanzarle con un mandoble en el brazo izquierdo, que le produjo un terrible corte. Ese fue un mal menor, porque el golpe iba dirigido contra su cabeza, y allí habría llegado si no fuera porque el instintivo movimiento del brazo del templario lo había puesto como escudo.

El conde sonrió, sintiéndose vencedor, mientras describía un movimiento amenazador con la espada cogida con ambas manos. Ya no miraba la evolución de la lucha de sus soldados; fijaba su objetivo único en acabar con aquel joven que siempre venía a alterar sus planes cuando menos lo esperaba.

-¡Me muero! –se oyó un grito de estertor a su lado.

Sesentaydós había partido la lanza con que trataba de defenderse uno de los peones, y la hoja de su espada, impulsada por una fuerza impropia para la edad de quien la manejaba, se clavaba por el costado del esbirro, quedando empotrada en su cuerpo. Sesentaydós no se molestó en sacarla, cogió un trozo de la lanza rota del soldado para volverse y con ella atravesar al peón que luchaba con Mahonia.

Wion Carafa no observó aquel desastre de su mermada tropa; si lo hubiera hecho seguramente se habría relajado aquella sonrisa de triunfo con la que miraba a Joel.

El conde era un maestro consumado con la espada; un arma la suya, por lo demás, que medía al menos un palmo más que la del templario. Él la blandía con sus dos manos dando fuertes golpes que tan sólo la pericia de Joel podían frenar.

Sesentaydós había despachado también al soldado que se enfrentaba con cierta prevención al sanjuanista. La actitud de Hernán Rubio había sido tan sólo defensiva, quizá por ello el peón había mantenido la lucha en equilibrio, porque su pericia con las armas era notoriamente más escasa que la del hospitalario de San Juan de Jerusalén.

Desde lo alto de la excavación miraban los tres el desarrollo de la contienda entre Wion y Joel. Un cierto respeto les retenía sin atreverse a intervenir en apoyo del que consideraban su jefe, a pesar de que en aquel momento estuviera llevando la peor parte.

El último golpe del conde había desarmado al templario desequilibrándolo, por lo que el joven estaba tumbado y a merced de Wion Carafa. Su oponente aprovechó la ocasión para mirar en derredor suyo y comprobar que todos sus soldados estaban muertos. Observó la rabia contenida de los tres que le observaban desde arriba comprendiendo que no le permitirían salir vivo de allí, así que se recreó en la última satisfacción que le quedaba. Anduvo unos pasos hacia Joel, que se movía con dificultad en el suelo entre la tierra removida, mirando desesperado cómo su espada estaba tras del conde muy lejos de su alcance.

Ya se disponía el templario a rezar por su alma, cuando, entre la tierra su mano apreció la presencia de un objeto duro. Se aferró a él con fuerza sin desenterrarlo del todo: era la espada de Païen que habían dejado colocada sobre su tumba. Cuando el conde estaba ya sobre él dispuesto a descargar la estocada final, el joven levantó su brazo y la espada del que había sido comendador y senescal del Temple hizo un postrer servicio a favor de su amigo: se enterró en el vientre de Wion Carafa, que, confundido y doliente, veía el puño del acero asomar, como un apéndice inesperado, de su barriga.

Joel se sacudió, y miró a sus amigos.

-Parece que esto acabará por ser un cementerio –dijo, mirando la multitud de cadáveres que les rodeaban.

-¿Qué quieres hacer con el tesoro? –le preguntó Sesentaydós.

Joel le miró, mientras encendía una de las antorchas que se habían apagado con la lucha.

-Ya no lo sé amigo. Dime tú qué es lo que crees que debe hacerse.

Sesentaydós se refirió a las necesidades que tenían los caballeros de la extinta orden que, tras cumplir sus condenas, iban saliendo de las prisiones quedando desamparados y sin sustento.

-Ese oro podía tener un buen uso si se destinara para atenderlos. Además, el rey Dionis de Portugal está tratando de que se autorice una nueva orden en la que se integrarían los templarios portugueses y cualesquiera otros que, procedentes de otras tierras, quisieran profesar en ella.

Hernán Rubio y Mahonia asistían en silencio a las reflexiones de los dos templarios sin querer dar ninguna opinión, puesto que comprendían las razones que movían a los dos monjes a dudar sobre lo que fuera más conveniente.

Finalmente, fue Joel el que dijo:

-Cogeremos las monedas, y dejaremos aquí los objetos sagrados.

Tomó las copas de oro que habían quedado medio enterradas. Una estaba engarzada con cuatro rubíes del tamaño de la uña del pulgar de un hombre, y la otra, que era de mayor grosor, estaba finamente trabajada por el orfebre, que había grabado en caracteres arameos en círculo que se leían de izquierda a derecha y de arriba abajo, uno de los salmos del rey David, que Sesentaydós tradujo:

-“¡Oh Yahvéh, señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre por toda la Tierra!”

El sanjuanista, que no entendía el hebreo, pero conocía el salmo, lo continuó con voz profunda:

-“Pues ha sido puesta tu majestad por cima de los cielos”. Parece que habéis encontrado el salmo que inspiró el lema de vuestra orden –dijo, meditando la semejanza.

-Sí..., eso parece –contestó pensativo Joel mirando detenidamente el cáliz. Creo que estos objetos debieran permanecer aquí –dijo interrogante mirando a Sesentaydós.

El anciano torció la vista deliberadamente hacia otro lado sin hacer ningún comentario.

Cargaron las alforjas de los cuatro caballos con las monedas que sacaron de las cajas y dejaron el resto de los objetos colocados en el mismo lugar, enterrados debajo de las tumbas de los templarios.

Cuando salieron, el sol estaba ya en su cénit.

-Realmente, la majestad de Dios ha sido puesta por cima de los cielos –murmuró Mahonia impresionada por la belleza de aquel día-; quizá los templarios comenzaron antes de lo que imagináis y hasta es posible que ya el propio rey David lo fuera.

-Ja, ja, ja..., pudiera ser –rieron los tres hombres la ocurrencia de la cátera.

Cuatro días de viaje emplearon en llegar a la fortaleza templaria de Tomar, en Portugal, allí se encontraron con los caballeros Lorenzo Monsaraz y Gil Martínez que ya habían regresado de su periplo como escoltas de Víctor Sort. A ellos decidieron entregar en depósito la valiosa carga que transportaban.

-Podéis estar seguros de que este oro será empleado conforme habéis decidido –prometió Gil Martínez haciéndose cargo del tesoro.

Tras la entrega, Sesentaydós se disculpó de su amigo, y tomó el camino de regreso a su cueva:

-Parece extraño, pero echo de menos aquella paz.

-¿También la comida? –preguntó burlona Mahonia.

Cuando se alejaba se volvió hacia ella:

-¿Acaso no os gustó? –replicó el anciano con una sonrisa.

Una semana después, Hernán Rubio tomaba también el camino de regreso a Zamora:

-En la iglesia de San Gil deben pensar que he muerto. Ya han sido demasiados días alejado de mi ministerio, pero si precisáis de mis servicios no dudéis en pasar por allí. Podremos hablar sobre el nuevo papa. Y espero que sea aquél por el que tanto habéis luchado.

-Ojalá podamos hacerlo. Será una buena señal para toda la cristiandad – contestó Joel, satisfecho de que su amigo hubiera cambiado de opinión.

Durante las semanas siguientes, Joel, que había decidido no incorporarse a ninguna de las órdenes monásticas que iban a sustituir al Temple, disfrutó de la compañía de la hermosa cátara, recorriendo a su lado el litoral atlántico portugués hasta más allá de Coimbra.

Cuando pasaron por la afamada ciudad universitaria, visitaron al canónigo, al que expresaron su deseo de que les desposara.

-Nada me haría tan feliz como poderos unir en santo matrimonio, pero precisáis la dispensa del Papa –dijo dirigiéndose a Joel-; otra cosa sería un grave pecado en que yo no puedo ni debo participar.

Mahonia mostró su desagrado por las palabras del prelado, sin comprender muy bien la lógica que tenía aquella situación:

-El papa ha disuelto tu orden y, sin embargo, sigues unido a ella por tus votos. ¿Puedes explicarme esto?

Realmente la disolución de la orden del Temple rompía sus vínculos con el Papa y con los hombres, pero no podía romper los que tenía hechos con Dios. El problema era explicar aquello de forma convincente a una mujer enamorada.

Ambos desahogaron su frustración recorriendo al galope las hermosas playas que se extienden por los alrededores de Coimbra. En un pueblecito de pescadores, unas pocas millas al norte, se detuvieron junto a una hermosa casa rodeada de jardines. Sus grandes puertas estaban desvencijadas y medio caídas. Joel y Mahonia se adentraron en ellas.

Un estrecho y largo macizo de rododendros perfumaba el ambiente a la entrada del jardín; más allá había una alberca de la que salía un canal de ladrillo rojo que se perdía bajo los setos.

-Éste podría ser un hermoso lugar para ver crecer a nuestros hijos –susurró junto a la oreja, abrazándola-, poco importa si el papa me concede o no la dispensa. Si no lo hace, profesaré yo también tu religión. Lo he decidido esta tarde mientras cabalgábamos.

-No nos lo permitirían. La persecución fanática llegaría algún día también hasta aquí para dar fin a nuestra felicidad. Es mejor que convenzas al Papa.

-Pero todavía no hay Papa –clamó, inquieto, Joel.

-Entonces es posible que sea este el mejor momento, ¿no crees?

Meses después salía de Coimbra una embajada secreta enviada por el rey Dionis a los dos cardenales que aspiraban al trono de San Pedro. Joel y Mahonia viajaban en ella acompañados del canónigo de Coimbra, Pedro Pérez.

Fue un largo y penoso viaje, porque la hambruna, que desde años antes abrumaba a gran parte de Europa, había alcanzado en aquellos días a los reinos de

España. Se decía que los bandidos, a falta de otro alimento, llegaban al extremo de comerse los cuerpos de sus víctimas. Para moverse de una ciudad a otra, hubieron de esperar a que coincidiera la marcha de algunas partidas de soldados o caballeros en suficiente número como para hacer desistir a los malhechores de un ataque. Sólo así se podía tener alguna garantía de sobrevivir, pero no absoluta, porque, acuciados por la necesidad, los bandidos habían formado también partidas numerosas que osaban, a veces, enfrentarse a convoyes protegidos e incluso a unidades militares, cuando consideraban que eran conducidas por inexpertos o se comportaban sin la debida precaución.

Llegaron a Avignon el treinta y uno de julio de 1316, una semana antes de la fecha para la que estaba convocado el siguiente cónclave, ya el enésimo de una interminable serie desde que muriera Clemente V, más de dos años atrás. El canónigo Pedro Pérez entregó las dos cartas, escritas personalmente por el rey Dionis, por las que convocaba a una reunión urgente y secreta a los cardenales Duèse y de Santo Eusebio, los dos candidatos que seguían concitando las mayores posibilidades de ser elegidos. La reunión se celebraría en uno de los salones del palacio pontifical.

La compañía del canónigo abrió a Joel y a Mahonia las puertas del palacio, por lo que, sin mayores complicaciones, entraron los jóvenes acompañados por el clérigo en la sala de recepciones.

Jacques Duèse llegó primero, y lo hizo acompañado de su inseparable obispo de Pamiers. La presencia de Mahonia sorprendió al cardenal y al obispo, puesto que no habían sido advertidos de ello, pero Jacques Duèse se acercó cortés a Mahonia como si se tratara de una vieja conocida:

-De nuevo por aquí. Espero que esta vez no se moleste conmigo –la saludó, recordando su anterior visita con el mensajero de Burdeos.

Obispo y cardenal entretuvieron la espera hablando entre ellos en una esquina algo alejada de los convocantes. Mientras tanto Joel y el canónigo se interesaban en escuchar de Mahonia las circunstancias en las que había conocido al cardenal.

Nicolás de Santo Eusebio también fue puntual, de hecho su entrada coincidió con el toque de campanadas que llamaba a las oraciones de tercia, que era la hora de la cita. Saludó en primer lugar al canónigo, a quien ya conocía, y después inclinó levemente la cabeza cuando Duèse y Fournier se volvían hacia él con un gesto similar.

Arnaldo de Santa Prisca llegó precipitadamente instantes después, cuando ya Pedro Pérez se levantaba para hablar.

-Eminencias e Ilustrísima, me encuentro en una casa que es de todos, puesto que todos formamos nuestra Iglesia, por ello osaré pedir al obispo Fournier y al cardenal de Santa Prisca que esperen en la antesala.

El obispo de Pamiers interrogó con la mirada a Jacques Duèse, y como viera el gesto hierático que solía poner el cardenal cuando no quería contestar, optó por salir sin pronunciar palabra, acompañado del cardenal Arnaldo de Santa Prisca.

-Gracias eminencias, creo que cuando escuchen lo que voy a decir comprenderán el motivo de mi petición. Este caballero –dijo señalando hacia Joel- ha traído desde lejanas tierras el manuscrito profético de San Malaquías...

Se interrumpió para contemplar el interés que su revelación producía en los dos cardenales.

-Os lo quiere entregar a cambio de un favor. Pero dejemos que él os lo exponga.

Joel se levantó, y se dirigió hacia el centro de la sala, situándose frente a los dos cardenales con el libro en su mano.

-Hemos conocido la lucha que se está librando por conocer a quien predice el Santo Obispo de Irlanda como sucesor del difunto Clemente V. He luchado junto con mis hermanos templarios; hemos matado y otros han muerto por conseguir este documento. Por ello, y en memoria de los que se han sacrificado en esta lucha, queremos pedirlos a ambos, ahora que todavía no sois ninguno Papa, la promesa de que mañana, cuando uno lo seáis, cualquiera que fuere el elegido, autorizará una nueva orden que llevará el nombre de Cristo nuestro Señor, para integrar en tierras de Portugal a todos los caballeros que profesaron en el Temple y a cualquiera otro que haga méritos para merecerlo. A esa orden pasarían todas las propiedades que la nuestra tenía en Portugal.

Joel exhibió el libro, cubierto todavía por la piel de cabra según lo recibiera de Sesentaydós, con un aire que se podría considerar como retador.

Jacques Duèse se adelantó a contestar:

-No se puede hacer esa clase de exigencias al representante de Dios en la Tierra. ¡Cuán osado sois, templario!

Joel esperaba algo así, porque, decidido, se acercó a un hachón que colgaba de la pared, y tomándole con su mano derecha, lo acercó al libro.

-No se pueden hacer exigencias a un Papa –dijo-, pero si este libro se quema, podremos estar lustros sin que dos tercios de los cardenales se pongan de acuerdo ni el Papa salga elegido. ¿Vais a aceptar lo que pido, o este libro arderá como ardieron mis hermanos?

La firme decisión que observaron en el joven hizo que Duèse le pidiera calma.

-Está bien, muchacho. Lo que pides no va contra nadie, y de hecho, ya se rumorea que el rey de Aragón está preparando una petición similar para una orden que quiere formar en Montesa. Por mi parte, no creo que hubiera inconveniente en aceptar vuestra petición.

Joel miró entonces hacia Nicolás, que sonreía, enigmático.

-Yo tampoco veo inconveniente –dijo finalmente.

Se hizo un silencio tranquilizador, que rompió Mahonia adelantándose para ponerse de rodillas antes los cardenales.

-Ahora soy yo la que pido, mejor dicho, ruego al futuro Papa que permita que el amor que siento por este hombre y que él corresponde, pueda celebrarse con el sacramento católico.

La sencillez de la muchacha se ganó de inmediato el aprecio de ambos cardenales, que se adelantaron para ayudarla a levantarse.

-Creo que vuestro amor bien merece esa dispensa –dijo el cardenal Nicolás mirando hacia Duèse, que asintió con la cabeza.

Entonces Joel entregó el manuscrito al canónigo Pedro Pérez, quien lo situó en un bargueño entre ambos cardenales.

-Ahora pueden entrar nuestros arcedianos. Ellos serán los testigos que necesitamos –propuso Nicolás, saliendo para llamar al obispo de Pamiers y al cardenal de Santa Prisca.

Cuando todos estuvieron dentro, el canónigo retiró la cubierta de piel, y sacudió el polvo que acumulaba el libro. Luego lo abrió y pasó lentamente página tras página con una lentitud exasperante. Finalmente se detuvo para leer:

-Treinta y cuatro: *De fessis Aquitanicis*.

-Ese apelativo se refiere a Clemente V. ¿Cuál es el siguiente? –interrogó, nervioso, Jacques Fournier.

-Treinta y cinco: *De sutore osseo*.

El canónigo pronunció el nombre latino alargando las letras de tal forma que se diría que se estaba recreando en su lectura. El cardenal Duèse sonrió levemente; para él aquella revelación no parecía representar ninguna sorpresa.

Por un momento Nicolás le miró con incredulidad. El cardenal Duèse hizo la señal de la cruz, y añadió con voz aterciopelada:

-Lo que está escrito no se puede cambiar, eminencia.

Los otros preladados se arrodillaron ante él y Jacques Duèse los bendijo saliendo de la sala de reuniones con paso mayestático. Al pasar junto a Joel y Mahonia levantó de nuevo su mano derecha uniendo los dedos índice y corazón:

-Sed felices –les dijo, mientras les bendecía.

El canónigo había dejado el libro sobre el bargueño; después se retiró satisfecho acompañando a Joel y a la cántara.

-Creo que podremos celebrar esa boda dentro de muy poco tiempo –se ofreció sonriente.

Jacques Fournier y Arnaldo de Santa Prisca comprobaron la veracidad de lo que les había leído el canónigo Pedro Pérez. Tras asegurarse de que no había errores, Arnaldo se retiró en busca de Nicolás, pero Jacques Fournier siguió hojeando el manuscrito, pasó la página para leer lo que San Malaquías había escrito sobre el siguiente sucesor del solio de San Pedro:

-*Frigidus Abbas* -pronunció para sí.

Una sonrisa de satisfacción iluminó su cara, después cerró el libro, lo envolvió cuidadosamente con la piel que lo protegía, y lo guardó entre sus hábitos.

FIN

Capítulo XIV . Epílogo

Don Ramón de Vilanova, enviado a Avignon por el rey de Aragón, Jaime II, expuso a su Santidad Juan XXII, que fue el nombre que adoptó como papa Jacques Duèse, los perjuicios que para su reino representaría la entrega a la orden hospitalaria de los bienes que habían pertenecido a los templarios; por ello, le pedía la autorización para fundar en Valencia una orden militar que llevaría el título de Santa María de Montesa: en ella se integrarían los caballeros que pertenecieron al Temple y a ella pasarían las anteriores propiedades de la Orden en el reino de Aragón. Juan XXII le concedió su autorización el 8 de junio de 1317.

El rey Dionis de Portugal envió en embajada oficial al canónigo de Coimbra, Pedro Pérez, y al que fuera caballero templario Juan Lorenzo Monsaraz, para solicitar la concesión de una nueva orden militar en Portugal, que llevaría el nombre de Orden de Cristo; su regla sería la de Calatrava, y proponía como primer maestre a don Gil Martínez. Según la ficción de nuestra novela, Juan XXII cumplió la palabra que había comprometido cuando fuera cardenal, aceptando la petición en carta dirigida desde Avignon el 16 de marzo de 1319, dos días antes de que se cumpliera justamente un lustro desde la muerte del último Gran Maestre del Temple.

Juan XXII gobernó la Iglesia desde 1316 a 1334. Murió a los 89 años. Su centro de interés principal fueron las finanzas: consiguió sanear unas arcas que

Clemente V había dejado casi vacías. Condenó por herética la orden mendicante de los fraticcelos espirituales y su teoría de que Cristo y los Apóstoles no poseían nada ni a título individual ni en comunidad. Durante su mandato nombró cardenal de Sardum en el país de Foix a su amigo Jacques Fournier.

Al moriri Juan XXII, le sucedió Jacques Fournier, que tomó el nombre de Benedicto XII. *Frigidus abbas* era el lema que le correspondía en el libro de San Malaquías, y el que fuera obispo de Pamiers y abad del monasterio cisterciense de Fontfroide, se correspondía precisamente con aquel lema.

Algunos han querido ver en la hermandad de los Hijos de Salomón el nacimiento de un nuevo poder sobre la Tierra, la masonería operativa.